Donde los RECUERDOS se hacen REALIDAD



ELENA PICÓ

Donde los recuerdos se hacen realidad

Elena Picó

Título: Donde los recuerdos se hacen realidad

Copyright © 2026, Elena Picó

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Corrección y maquetación: Sandra Moya
Diseño de cubierta: Adela Aragón

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición, marzo de 2026

«El amor es saltar al vacío y esperar
que en la caída te crezcan alas».

—Benjamín Griss

A esas princesas a las que también llamo amigas.

Contenido

1
2
3
4
5
6
7
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

20
21
22
23
23
24
25
26
27
28
Tres años después…
29
30
31
Cuatro años después…
Agradecimientos
Biografía

1
Lancine

El griterío se escuchaba por cada rincón del Olympiastadion y todos los focos estaban puestos en nosotros. Eran los últimos minutos de prórroga del partido. Recuerdo perfectamente aquel día. Estábamos jugando la final de una Eurocopa, a la cual jamás pensé que llegaríamos. Bueno, si soy sincero, había muchas cosas que nunca pensé que viviría; como mi debut en el Mundial, que se celebró dos años atrás, logrando ser el jugador más joven —en aquel momento— en formar parte de una competición de esa magnitud. Desde entonces, todo había sido un sueño para mí. Tenía que pellizcarme más de una vez para asegurarme y recordarme que era real.

Pero en esos momentos, con los gritos del estadio de fondo y la tensión que flotaba en el ambiente, todavía continuaba sin creer que me encontrara allí, en un campo de fútbol, en el que disputaban encuentros importantes, en una gran ciudad europea como Berlín y representando a mi país. Tal vez y, simplemente, por las circunstancias en las que me encontraba, no podía permitirme siquiera pensar en esos minutos decisivos, solo correr.

Mientras avanzaba por el campo, no podía evitar pensar en la enorme presión que llevábamos: hacía unos treinta minutos que habíamos empatado 1-1, desde que Moncho marcó el primer gol que nos mantenía igualados y nos dejaba respirar un poco. En esa larga jornada, el equipo contrario se estaba dedicando a seguir una precisión de pases, manteniendo la posesión del balón todo el tiempo, intentando alejarnos de su lado del campo, pero sin hacer

esfuerzos y ni arriesgarse a intentar marcarnos. Entrábamos en el tiempo de prórroga y, si eso sucedía, solo quedaba desempatar o ir a penaltis. Lo segundo era lo que querían los otros.

Sí, era una gran responsabilidad. Yo era el más joven del equipo. Tenía diecinueve años y una sensación de que, si no demostraba de lo que era capaz en esos últimos segundos, mi nombre podría perderse entre tantas promesas. Era una presión muy grande, pero el fútbol era así: aprovechar las oportunidades en los momentos adecuados, si no, todo se puede evaporar.

Y la oportunidad llegó. Faltaban diez segundos para que el árbitro pitara el final del partido. Vélez le quitó el balón a nuestro rival, Hammer, lo paseó un poco y se lo pasó a Moncho. A Moncho nunca le gustó hacerse el héroe, era un tío legal y no buscaba protagonismo, sino el bien del equipo. Yo tenía la suerte de jugar con él, no solo con la selección nacional, sino con nuestro equipo. Por eso, con una sola mirada que intercambié con Moncho, lo dijo todo: «Tío, no llego, te la paso ya». Mientras corría, le sostuve la mirada y asentí.

Cinco segundos. Tenía a tres defensas delante de mí, estaba fuera del área y la posición de Moncho se encontraba más cerca que yo de la portería, pero había que arriesgarse.

Tres segundos. Moncho me pasó el balón, lo tomé y, marcando una línea imaginaria, lancé con el interior de mi pie izquierdo hacia el poste contrario de la portería. Schmith, el portero de los alemanes, no se esperaba que lanzara desde tan lejos. Quizás pensó que se la devolvería a Moncho y que procuraría chutar en un último intento desesperado para desempatar. Pero el de la desesperada fui yo. Estaba convencido de que podía hacerlo. Él no se la esperaba. Y gol.

El árbitro pitó el final del partido.

No esperé siquiera a saber si daban mi gol por bueno, corrí a abrazarme a Moncho. Sin él no habría conseguido ese tiro que, estaba seguro, nos había llevado a la victoria. Éramos los campeones.

—Cabronazo, ¡lo has hecho! —me gritaba Moncho con un entusiasmo extremo, mientras se tiraba encima de mí, cayendo los

dos al suelo.

—Hermano, lo hemos bordado. —Era lo único que podía decirle mientras lloraba abrazándolo en el suelo.

Enseguida fueron llegando y comenzaron a tirarse otros compañeros encima de nosotros. Me estaban aplastando, pero la euforia no me dejaba sentir dolor o agobio, sino todo lo contrario.

Pronto nos levantamos y fuimos a abrazar al entrenador.

—Niño, ¿eres consciente de que has hecho historia?

Mi entrenador me dio un abrazo, palmeándome en la espalda.

La verdad es que, incluso en aquel momento, seguía sin ser consciente de la magnitud que habían tenido los últimos segundos de esa final de Eurocopa para toda la afición deportiva y para el país. Oía gritos sordos y sonidos de fondo, como un avispero agitado. Las banderas ondeaban con los colores que identificaban a la afinidad de un país.

Tras la alegría inicial, celebrar con mis compañeros y darme la mano con el equipo rival, solo deseaba una cosa: examinar entre las gradas. No buscaba a Nadia; sabía de antemano que no iba a asistir al partido y mucho menos viajar a Alemania. Le dejé claro que el rollo que llevaba conmigo no iba con mi forma de ser, por lo tanto, no valía la pena para ella ese esfuerzo si no iba a *compartirlo* con su familia virtual. A quien intentaba interceptar era a mi familia, los que siempre habían estado ahí.

Hacía dos días, mis padres cerraron la tienda de ultramarinos del barrio de San Blas en Madrid, y vinieron con el peque a Berlín. Les había comprado los billetes. Necesitaba tenerlos cerca, ganara o perdiera. Y, en esos instantes, nada me hacía más ilusión que llevar conmigo a mi hermano. Acompañaría a Seydou, de tan solo cuatro años recién cumplidos, al centro del estadio para tumbarnos en el césped y celebrar con él un momento único para mí. Mi hermano llevaba la camiseta, tamaño mini, de la selección con mi número y mi nombre: «Yassa, 18».

Me llamo Lancine Yassa. Aunque por mi nombre no lo parezca, soy español, nacido en Madrid y juego al fútbol desde que camino por mí mismo.

∞∞∞

Tras recibir el trofeo y hacer las fotografías con los miembros de la federación de fútbol, saludar a políticos y demás, finalmente pude ir con mis padres, abrazarlos y llevarme a mi hermano para que acariciara la copa con sus propias manos. Quería que viera por sí mismo que los sueños se cumplían, fueras quien fueras, vinieras de donde vinieras. Llevaba un rato con Seydou en el campo, contemplando los *flashes* desde la distancia y disfrutando de un césped que no sabía si algún día volveríamos a tocar juntos, aislados en nuestra burbuja imaginaria. Por eso di un respingo cuando mi entrenador me llamó sin esperarlo para sacarme de aquel trance.

—Sé que estás en una nube, lo que has hecho hoy es para digerirlo, pero me dicen que vayamos al vestuario. Está la prensa deportiva y el rey quiere felicitaros uno a uno. Seguro que quiere hablar contigo.

Me sonrió. Paco, el entrenador, era como un segundo padre.

—Sí, míster.

Me abrumaba bastante hablar con la prensa, ya lo tuve que hacer tras ganar los anteriores partidos de la Eurocopa y me podían los nervios. Al fin y al cabo, solo tenía diecinueve años, poca soltura en cuanto a expresión y me cohibía mucho que —en numerosas ocasiones— los reporteros dedicaran ruedas de prensa deportivas o asaltos callejeros para preguntarme por Nadia. Siempre procuraba mantenerme al margen y, en ese caso, creo que la mejor persona para hablar en nombre del equipo era Paco o Charly, el capitán.

Y darle palique al rey, ¿cómo se hacía eso? En el Mundial —de hacía dos años— pasé bastante desapercibido: un apretón de manos, una palmadita en la espalda, «Muy bien, campeón» y al siguiente. Por aquel entonces, yo tenía diecisiete años. Marqué unos cuantos goles en los últimos partidos que jugué, en la semifinal y en la final, cuando el delantero estrella se rompió la pierna haciendo el gilipollas en la piscina del hotel de Río y tuve que sustituirlo como titular. Fue una gran oportunidad, y ahora estaba ahí gracias a la imprudencia de ese idiota. Las cosas del destino.

Desde aquel momento, todo fue a mejor. Pude demostrar muchas cosas a base de currar, por supuesto. Continué jugando en los torneos y competiciones importantes de la FIFA, me consolidé en el equipo que me acogió; primero como juvenil y, hacía dos años, como titular en el equipo principal. Lo único que no conseguí fue convencer a mi padre para que dejara la tienda de San Blas; él y mi tío decían que, hasta que no se jubilaran, no la cerrarían.

Mientras me dirigía a los vestuarios para saludar a un hombre que no vivía precisamente en San Blas —más bien, en el Palacio de la Zarzuela—, pensaba en mis padres, en mi barrio humilde.

—Corre, muchacho. Que está el rey con la princesita.

Llegué a los vestuarios, donde mis compañeros estaban riendo y bromeando con un hombre muy alto, con barba bien recortada y que vestía con un traje de corbata muy elegante. Los fotógrafos estaban inmortalizando todo, y algún que otro cámara filmaba la celebración en aquel lugar reservado para los jugadores, en el que se cambiaban las tornas y el diplomático más importante del país se convertía en un aficionado más. Solo que este gozaba del privilegio de estar ahí con nosotros.

Él se giró y me vio llegar.

—Felicidades, muchacho. Ese gol en el último momento ha sido increíble, nos has hecho sufrir —me dijo mientras me apretaba los hombros.

—Gracias, señor.

¿Cómo debería llamarlo? ¿«Alteza»? ¿«Majestad»? A todo esto, la prensa seguía grabando y fotografiando.

—Has hecho historia, eres un orgullo para el país y para el mundo del deporte. ¿Verdad, hija?

Y, entonces, la vi por primera vez. Había oído hablar de ella. Sabía que el rey tenía dos hijas y un hijo, alguna foto había visto de ellos en la tele o de refilón en alguna revista. Pero no sabía con exactitud sus edades aproximadas, su aspecto, sus gestos. Vamos, esas cosas que descubres en las personas cuando las tienes a pocos centímetros de distancia.

No sabía cuál de las dos hijas era, pero debía de tener más o menos mi edad. Era alta y esbelta, tenía el cabello por debajo de los

hombros, castaño claro, ojos verdes con motas marrones, labios carnosos —el inferior ligeramente más—. Sus mejillas sonrosadas delataban su incomodidad, pero lo disimulaba con una sonrisa cercana y amable. Parecía que todo a su alrededor se había congelado y los fogonazos de *flashes,* que iluminaban su rostro de forma intermitente, era la única señal de que el mundo seguía funcionando a nuestro alrededor.

Ante mí se encontraba un ángel inalcanzable que, en aquellos momentos, dudaba de que algún día volviera a tener tan cerca.

2
Catalina

Estaba muerta de vergüenza. A papá no se le pudo ocurrir otra cosa mejor que llevarme con él a Berlín para presenciar la final de la Eurocopa. ¡Ni siquiera me gustaba el fútbol! Mamá tenía compromisos y Gabi, que era quien debía acompañado por ser la mayor y la futura *heredera*, estaba haciendo unos exámenes muy importantes; en pocas semanas, finalizaba su primer curso de estudios castrenses para la Armada. La verdad, no la envidiaba. La ventaja de ser la segunda en la línea de sucesión era que el foco de atención y la responsabilidad siempre la iba a tener Gabi; el resto se lo llevaba Nico, que para algo era el chico.

Seguro que Nico hubiese disfrutado la final de la Eurocopa, pero a pesar de insistir e insistir papá y él, mamá no lo dejó acudir; se aferraba al hecho de que era muy pequeño para hacer esa clase de viajes oficiales. Porque, en realidad, se trataba de eso: de representar y ejercer nuestras funciones diplomáticas.

Lo cierto era que, más allá del esfuerzo que suponía dar la cara y sonreír en eventos públicos, me había venido bastante bien alejarme durante unos días. Después de lo que me hizo Fernando días antes de finalizar el curso, necesitaba un cambio de aires. Menudo cerdo. Y presenciar un acontecimiento histórico como aquel, tampoco estaba nada mal, aunque yo no fuese una fanática del fútbol. El chico moreno que marcó el último gol acababa de hacer algo espectacular, y no hacía falta ser una experta en el deporte; bastaba con ver la reacción de toda la gente que nos rodeaba en las gradas. Estaban eufóricos.

Cuando le entregaron la copa al capitán y a su equipo, pasándosela entre todos para tocar y, de algún modo, llevarse ese pedacito de gloria, celebrando y haciéndose fotos, me mantuve al margen, a pesar de que papá me animara a que fuera con él para formar parte de la celebración. Pero, para la visita a los vestuarios, no me había dejado opción:

—Catalina, hija, tienes que venir. Nuestra presencia dice mucho, debemos ser un ejemplo de orgullo hacia esos chicos. Has venido para hacer el papel que habría desempeñado tu madre o tu hermana.

—Lo sé, lo sé… Pero entrar a los vestuarios…

—Catalina, no van a estar duchándose. —No pude evitar ponerme roja—. Estará lleno de periodistas y ese es su territorio, donde se sigue celebrando, aunque de una forma más distendida. Somos unos privilegiados al estar aquí, seguro que muchos amigos tuyos darían lo que fuera por estar en tu lugar. Díselo a Fernando y verás.

Escuchar ese nombre me puso muy tensa. Pero me recompuse y, cuando menos lo esperé, estábamos dentro de los vestuarios. En pocos minutos, pasaba de la tensión a un estado de nervios controlado. Papá tenía razón, no se trataba de un espacio *íntimo*. Los jugadores todavía estaban con la equipación, brindando con cava y hablando con unos cuantos periodistas acreditados con sus cámaras y sus fotógrafos. Pero enseguida focalizaron la atención en nosotros y los *flashes* fueron a parar a mis ojos.

—Majestad, ¿viene a celebrar con los jugadores? —preguntó un reportero.

—¿Qué le ha parecido el partido?

—Princesa Catalina, aquí, mírenos. ¿Es aficionada al fútbol? —Alguien me puso la alcachofa delante.

Yo asentía y sonreía, dejando que fuese papá quien contestase. Me acerqué a los jugadores y les estreché la mano, dándoles la enhorabuena con un tímido hilo de voz. Debía parecer ridícula, rodeada de tanto entusiasmo colectivo. Cuando estoy en un lugar con mucha gente que —además— no conozco, me bloqueo. Me sigue ocurriendo, a pesar de llevar a mis espaldas varios cursos de protocolo y dialéctica. En aquel momento sabía que, una formación

de ese tipo, de poco me iba a servir. Era simple: yo no valía para todo lo que implicaba ser el centro de miradas.

Papá hablaba muy animadamente con la prensa y se dedicaba a comentar el partido con un chico que creo que era el capitán. Yo, entre tanto, intentaba sumarme a las bromas del tal Moncho —había leído su nombre en su camiseta—. De pronto, toda aquella euforia y expectación señalaron detrás de mí, justo por donde había entrado minutos antes. Todo el mundo se giró, los *flashes* comenzaron a lanzar fogonazos de luz a esa dirección y no pude evitar girarme al mismo tiempo para ver qué estaba ocurriendo.

—Hermano, ¡¡ven aquí!! —gritó Moncho al chico que entraba al santuario deportivo.

Era él, el chico moreno —que, de cerca, comprobé que lo era mucho más; casi del color del ébano— que había marcado el golazo final en los dos últimos segundos antes de que pitara el final del partido. Sonreí; veía en su rostro una timidez que me recordaba a mí misma. Pobre chico, ahora sí que teníamos un auténtico y merecido foco de atención.

Yassa, ese era su nombre. Aunque más tarde descubrí que, en realidad, era el apellido; su nombre de pila era Lancine. Me sorprendió mucho. No era un nombre típico español, tampoco su aspecto: era muy moreno. Comprobé que era mestizo y con rasgos africanos cuando lo tuve a una corta distancia. Tenía unos ojos marrones, unas cejas muy expresivas y un cabello rizado con las puntas decoloradas —parecían los vestigios de un antiguo pelo teñido que me alegré de que estuviera desapareciendo—. Su cuerpo era muy atlético. Desde lejos no lo aprecié, pero ahora parecía incluso más mayor de lo que en realidad podía ser. Supuse que él tendría su propia historia y, de repente, sentí una pequeña curiosidad por descubrirla. El caso es que, en mi mente, se agolpaba información retenida de tiempo atrás y que había olvidado. Su nombre me iba sonando más, a pesar de que tenía una memoria de pez para recordar detalles de fútbol, motociclismo, básquet… La natación y el tenis me llamaban más la atención.

Todos palmearon y abrazaron a Lancine. Papá se acercó a él, le dio un fuerte apretón en sus hombros mientras lo felicitaba,

sonriente. Estaba claro que él sí disfrutaba de ese rato, mientras que yo permanecía paralizada.

El héroe indiscutible de la noche me miró, y yo le sostuve la mirada. Sonreí, no sabía qué más hacer. Hasta que recordé por un microsegundo que era la «consorte en funciones» y le extendí de inmediato mi mano. Él me devolvió el saludo y nos estrechamos las manos. Sentí electricidad.

—Enhorabuena —musité con una sonrisa tímida.

No se me ocurrió decirle otra cosa. Por suerte, lo pensé hacia mis adentros. Aquella situación tan incómoda no podía durar mucho más.

∞∞∞

Por fin me encontraba a salvo, en la tranquilidad del hotel, acostada en mi cama. Papá y yo cenamos con representantes de otras casas reales europeas, políticos y diplomáticos. Fue una cena muy aburrida, diría que yo era la más joven. Por suerte, me manejo con el inglés y el alemán, por lo que al menos pude participar en conversaciones. La idea de permanecer en una larga cena sin hablar con nadie hubiese sido una lenta agonía para mi aburrimiento.

Por si todavía no lo sabes, mi nombre es Catalina de Moncada y Sáez, pertenezco a la dinastía de los Moncada. Mi familia lleva más de tres siglos reinando en mi país, España, en diferentes modalidades y con distintos paréntesis políticos, aunque hoy en día es una monarquía parlamentaria y nuestro papel es más diplomático. Siempre fui consciente de mi destino y de lo que se esperaba de mí. El curso pasado comencé a estudiar en un instituto internacional en Gales, siguiendo los pasos de mi hermana, pero mis sueños y mis inquietudes se encontraban fuera de todo aquello, solo que no tenía el valor de decirlo.

Abrí el chat de mi móvil antes de dormir, dejando atrás una larga jornada diplomática entre partido, felicitaciones y cena con una dilatadísima sobremesa. Tenía mensajes de Gabi.

¿Qué tal ha ido?

No me contestas, ya veo que te lo estás pasando genial en un acontecimiento deportivo histórico, mientras yo me arrastro por el barro, trepo cuerdas y me examino de temas aburridos sobre Aeronáutica.

Pobre Gabi. Enseguida le contesté:

Ha sido divertido hacer de ti. Pero no más, por favor. Lo del partido ha estado guay, papá y yo hemos ido a los vestuarios y hemos hablado con los jugadores, muy majos. La cena ha sido más aburrida, pero bien. Mañana por la mañana volamos para casa.

Gabi no tardó en responder, se ve que no tenía sueño:

Mmm… jugadores y vestuarios. Seguro que ya has olvidado a Fernando.

A ese ni me lo nombres. Y, respecto a los futbolistas… El jueves los tienes en casita, en la sala de audiencias para hacerte el besamanos, uno detrás de otro. Todos tuyos ;x

Cuánto me alegro de leer eso. Me tendré que hacer la manicura en cuanto salga de Alcatraz. Buenas noches, Cata.

Buenas noches, Gabi. Mañana hablamos.

Antes de cerrar los ojos, no pude evitar entrar en el panel de noticias de mi móvil. Los periódicos digitales hablaban de la final de la Eurocopa y de la gran jugada de Yassa, «El héroe de la Eurocopa». Gracias a lo poco que leí, descubrí que aquel chico acababa de cumplir los diecinueve años, que debutó con la selección con apenas diecisiete y despuntó en el par de partidos que jugó en la última temporada de la UEFA. Se presentaba como el mejor delantero, provenía de un distrito humilde de Madrid, donde jugó en un equipo de fútbol de barrio hasta que fue descubierto y fichado para la cantera juvenil del Real Madrid y el resto ya se sabía.

Apareció ante mi pantalla una fotografía de esa misma noche de Lancine, sentado en el césped del campo de fútbol donde acababa de hacer historia, con un niño pequeñito con él, que llevaba una camiseta de la selección igual a la suya: «Yassa celebra con su hermano». Así que tenía un hermanito pequeño, qué mono.

Pinché en su biografía, pero Wikipedia todavía tenía poco que decir de él. Esta segura de que, a la mañana siguiente, se triplicaría

la información. Sin embargo, leí que nació un veinte de febrero, que era hijo de Karim Yassa y Fátima García, él guineano y ella española. Seguí bajando y aparecieron titulares relacionados con Lancine Yassa y la *influencer* Nadia Blume, su noviazgo de idas y venidas durante casi dos años, declaraciones de la chica, etc.

Mi curiosidad me llevó a acceder a mi Instagram. Una cuenta no oficial, obviamente, y mi ventana al mundo para asomarme de forma anónima —«@euridice_8» era mi nombre en el perfil, por mi pasión por la mitología griega— y, de ese modo, busqué el que creía que era el perfil oficial de Lancine Yassa. Era una cuenta pública, por lo que la estuve ojeando. No supe si sus fotos tenían una planificación o si la cuenta se la gestionaba algún asesor de imagen… Le di a «Seguir».

Lo mejor era apagar el teléfono.

Un futbolista y una *influencer*. Qué típico.

Todavía notaba la electricidad en mi mano.

3
Catalina

Gabi estaba radiante. No nos veíamos desde las últimas vacaciones en primavera; ella enclaustrada en esa base militar de Murcia y yo en el internado de Gales. Estaba ubicado en un pueblo —llamado Llantwit Major, para ser más exactos—, donde seguía sus pasos; Gabi terminó el bachillerato allí el curso pasado. Yo, en septiembre de ese año, iba a comenzar el último, solo que a partir de ahí dejaría de seguir los pasos de mi hermana mayor.

Ella tenía un compromiso con la Casa Real, de ahí que estuviera realizando una formación más *especial*, como papá hizo en su día. Yo también tenía una responsabilidad, solo que menos… rígida. Por eso estaba valorando opciones para seguir estudiando y formándome, a pesar de que mis padres tenían pensadas varias carreras para mí. Me quedaban unos meses para reunir el valor de hablar con ellos y convencerlos para que me permitieran estudiar Historia y Arqueología, algo poco útil para servir en nuestra institución. Sabía que mamá estaba mirando posibles universidades especializadas en Derecho —aunque todo dependía de mi nota final — y siempre me terminaba conformando, pensando que habría sido mucho peor hacer la misma formación que Gabi.

No me extrañaba que mi pobre hermana estuviera eufórica, llevaba sin ponerse un vestido desde Navidad. Era el lunes siguiente tras el triunfo deportivo en Berlín y había que hacer los correspondientes actos. Gabi lucía un conjunto precioso de falda de flores y una blusa blanca de tirantes. Ella tenía el cabello del mismo color que yo y sus ojos eran azules. Sus rasgos se evidenciaban más

fuertes y definidos, una Moncada, como toda la familia Real, y su cuerpo era más voluptuoso, aunque tonificado por el duro entrenamiento. Yo llevaba un vestido vaporoso de color verde menta, me había recogido el pelo con dos sencillas trenza —que se unían en mi nuca en un recogido sencillo— y había ganado algo de altura con mis cuñas de esparto.

—Estoy deseando que pase todo y nos marchemos a Mallorca —le confesaba a Gabi entre susurros, mientras íbamos juntas. Yo iba un paso por detrás, como marcaba el protocolo, hacia la sala de audiencias, donde papá siempre recibía a personalidades notables.

—Tranquila. Cata, tienes que empezar a disfrutar.

Gabi valía para ser reina, yo no. Me alegraba de no ser la primogénita. Cuando Gabi nació, una de las mejores cosas que impulsó papá para que se modificara, fue la Reforma de la Ley de Sucesión. Si la continuidad de los Moncada en la monarquía hubiese dependido del nacimiento de un varón, la llegada de Nico se hubiese hecho muy larga —de hecho, creo que ya no se lo esperaba—.

Él tenía diez años y estaba de morros en su habitación, todavía era pequeño para acudir a esos actos. Cuando supo que la Selección Española de Fútbol venía a su casa y que él —una vez más— se perdería un encuentro con ellos, montó un drama que casi me hizo llorar hasta a mí. Le hubiese cedido encantada mi lugar. Papá me contó en secreto que, más tarde, cuando se marchara la prensa, mandaría buscar a Nico para que conociera a los futbolistas y hacerse fotos con ellos.

Entramos en la sala de audiencia. Papá estaba en pie, junto a mamá —tan elegante como siempre— y, por protocolo, Gabi se colocó al lado de ella y yo la última, a la derecha de mi hermana. Todo sucedió bastante rápido. Entró la prensa, nos hizo fotografías sin parar a los cuatro, ahí plantados y sonriendo, hasta que a alguien le diera por dar el siguiente paso.

Y por fin llegaron en fila, como los enanitos de Blancanieves, solo que eran —con diferencia— mucho más altos y atléticos e iban bien trajeados: los jugadores de la selección al completo, el presidente de la federación, el seleccionador nacional y más gente de la que no sabría decir sus cargos. Todos caminaban despacio dándole la mano,

primero a papá, después a mamá, Gabi y, finalmente, a mí. Muchos de ellos me sonaban del día de los vestuarios, el día de la victoria.

Seguía pensando en mis cosas, y desconecté durante un periodo de tiempo que no sabría definir. Mientras mantenía mi sonrisa cercana, iba estrechando mano tras mano hasta que sentí de nuevo esa electricidad. Mis ojos miraron y lo tenía enfrente de mí. Alguien carraspeó para que no bloqueara la fila y Lancine Yassa se movió para unirse a su grupo. Lo miré de reojo, solamente un instante, y percibí en él un amago de sonrisa mientras permanecía mirando al suelo.

Definitivamente, necesitaba marcharme a Mallorca.

∞∞∞

—Cuéntame, ¿qué tal en la escuela militar? —Había hablado mucho con mi hermana en los últimos meses, pero no era lo mismo chatear que estar las dos tumbadas en la misma cama compartiendo secretos, como en los viejos tiempos.

—¿Alcatraz? Un sueño para cualquier chica —ironizaba Gabi, aunque se lo tomara con humor. En realidad le gustaba para lo que se estaba preparando, el deber y el honor siempre han ido mucho con ella—. Lo que tienes que contarme bien es qué pasó con el gilipollas de Fernando, no sé qué viste en ese marquesito larguirucho y lechoso.

—No sé, Gabi. No sé si el hecho de tener una cara amiga en esa escuela me hizo aferrarme a él como mi tabla de salvación o si realmente sentía algo. El caso es que estoy muy dolida: llevábamos cinco meses saliendo e íbamos a pasar al siguiente nivel… Menos mal que no lo hice.

—¿Te insistía mucho?

—Continuamente, sobre todo las últimas semanas. El día de la fiesta del solsticio ya fue… —Me sonrojé al recordarlo. Aunque fuese con Gabi, me daba mucha vergüenza hablar de mi intento frustrado de pérdida de la virginidad—. Fue un cerdo con todas las letras. Yo estaba decidida a hacerlo esa noche, la gente estaba en la hoguera

y la supervisión en el edificio de los dormitorios era nula. Cuando un compañero de clase me dijo que Fernando todavía no había bajado, supuse que él me estaba esperando en su habitación.

—Pero ¿tú querías? —La insistencia de Gabi, por saber si el deseo de consumar era mutuo, me hizo sentir insegura y tonta respecto a lo que yo quería y si me tenía en cuenta a mí misma.

—Eso ya da igual, nunca sabré si hubiese llegado hasta el final o me hubiera echado atrás como hice en otras ocasiones. El hecho es que lo vi en su habitación, tumbado en la cama y con una chica de otro curso sentada a horcajadas encima de él, los dos tan solo con la ropa interior… Te puedo asegurar que no era un encuentro casual, me jugaría lo que fuera a que se han visto otras veces. Y yo calentándome la cabeza para sentirme preparada, para encontrar el momento perfecto.

No pude evitar llorar de rabia.

—Entonces agradece a la casualidad o a lo que fuera que provocara que decidieras estar en ese momento preciso allí, sino habrías desperdiciado una experiencia única con alguien que no te merece —dijo mi hermana con total franqueza y alivio.

—Lo sé, Gabi. La teoría está clara, pero no puedo dejar de sentirme como una idiota. Además, no nos escondíamos, aunque no se lo puse muy difícil a la vigilancia externa. Papá y mamá sabían que salíamos juntos, era algo medio formalizado… si hasta su madre me quería invitar a comer algún día a su casa este verano. Y desde que he regresado, papá no hace otra cosa que meter a Fernando en las conversaciones, en plan «Puedo ser tu confidente».

—A papá se le da mejor hacer de madre. En fin, díselo: «Lo que fuera que supierais de Fernando y de mí, ya no existe. Fin de la historia. Ni me lo nombréis». Ya está.

—Si él veraneara en otro lugar, todo sería más fácil —me lamenté.

—No tienes por qué encontrarte con él.

—Eso espero…

—Y otra cosa, como hermana mayor y con la experiencia que llevo por delante, debes plantearle a papá que retire la vigilancia para este curso. Te hará estar más cómoda y tu último año en el

college debe ser un recuerdo bonito que llevarte contigo. Créeme, no sentirte observada te ayudará a estar más relajada. ¿Qué te puede suceder? Allí ya tienen normas, supervisión y toque de queda. Si a mí me concedió ese deseo, a ti también. Háblalo —me insistió.

Me pareció una buena idea y guardé esa propuesta para hacérsela más adelante a papá.

—Gracias, Gabi. Por cierto, ¿tú qué tal en la «Academia Alcatraz»? ¿Has conocido a alguien? —Era mi turno de preguntas.

—Algo he hecho…, pero eso te lo cuento otro día. Buenas noches —contestó mi esquiva hermana mientras apagaba la luz.

Maldita, siempre hacía igual.

4
Lancine

Después del intenso día que estaba llevando, que no era otra cosa que la prolongación de la ola que habíamos causado hacía apenas dos días, cuando ganamos la Eurocopa, solo me apetecía tranquilidad, aunque iba a ser difícil de conseguir. Si antes éramos personajes más o menos conocidos, ahora nos habíamos convertido en el foco de todas las miradas. En héroes nacionales.

Me encontraba en el reservado de la discoteca que había contratado la Federación, como broche final de todos los eventos del día. Primero fuimos al palacio a ser recibidos por los reyes y sus dos hijas, más tarde a ver al presidente del gobierno y, finalmente —después de pasearnos por toda Madrid en el autobús sin techo—, acabamos en un escenario enorme en el Palacio de las Comunicaciones. Lo del autobús fue una pasada, la verdad. El resto se podría calificar como muy raro, pero no estuvo mal.

Moncho no se callaba ni mientras bebía del cubata, estaba abrumado y no era para menos. No dejaba de contarme anécdotas de todas las chicas que se le habían acercado, de la gente que había contado que llevaba la camiseta con su número, de la fiesta que le esperaba con sus amigos del pueblo y del viaje que tenía programado a un *resort* de esos de «todo incluido» en la República Dominicana. Yo no deseaba otra cosa que irme a casa y pasar tiempo con los míos, después ya veríamos.

Hacía un par de años, con todo el efecto que tuvo el Mundial y el hecho de que mi cara se hizo mucho más conocida, mi agente, Gaspar Granados —un tío bastante legal, por cierto—, me

recomendó salir del piso de San Blas y buscar una vivienda más protegida, con más privacidad para mí y para mi familia.

Al principio, mi padre no quiso dejar el barrio ni loco; estaba la tienda y trabajaba codo con codo con mi tío, pero la cosa empezó a salirse de madre. Seydou apenas tenía dos años cuando mi portal se llenaba de chavales que me pedían autógrafos y de niñas que querían hacerse fotos conmigo —me pedían fotos a mí, que solo tuve un par de novias sin ser algo serio y que siempre pasé desapercibido en los parques donde me juntaba con la cuadrilla de amigos—, en la tienda solo entraba la gente curiosa para ver si yo estaba por allí y mi madre no podía ni salir a por el pan.

Así que compré una casa adosada en una urbanización cerrada de Pozuelo de Alarcón, de cuatro habitaciones, plaza de garaje y piscina compartida con otras cinco viviendas. No estuvo mal dar ese paso. Ahora, mi familia y yo vivíamos en una casa amplia y más cómoda. Mi hermano iba a un colegio que estaba bastante bien, mucho mejor que al que yo acudí en el barrio. Mi madre estaba tranquila; y mi padre, a pesar de que no lo necesitaba, todas las mañanas continuaba cogiendo las combinaciones de transporte que nos separaban de nuestro antiguo hogar para abrir la tienda. Había dejado bien claro que eso jamás lo dejaría, que le había costado mucho montar el negocio con su hermano y que se jubilaría en el mismo sitio. Todos respetamos su decisión. Mi padre podría haber trabajado para mí —llevando contratos publicitarios, por ejemplo—, pero él fue sincero y dijo que solo podía trabajar de lo que sabía y que, a esas alturas de la vida, no podía ponerse a aprender otra forma de ganarse el pan —aunque sabía que no lo necesitaba—. Si ellos eran felices, yo también lo era.

Me hubiese gustado acabar la noche durmiendo en casa y levantarme a la mañana siguiente para desayunar con Seydou. Pero la realidad era que, mientras Moncho continuaba hablando, Nadia apareció en la zona de los reservados, con su minivestido negro —le quedaba como un guante—, sus sandalias de tacón de aguja y ese cabello largo y liso que tanto la caracterizaba y por el que la perseguían las marcas de cosmética capilar. ¿Cómo sabía que estábamos ahí? Esta chica siempre tenía chivatos por todas partes.

—Lan, por fin te veo —interrumpió ella, sin preguntar ni nada.

Nadia se me lanzó al cuello y dejó al pobre Moncho con la palabra en la boca.

—Hola a ti también —le soltó Moncho en plan coña. No la soportaba, era un hecho. Antes no paraba de decir lo buenísima que estaba mi novia, pero se notaba que estaba un poco cansado de sus llamadas de atención y sus dramas. Y eso que él no la aguantaba directamente como lo hacía yo.

Nadia lo miró y volvió a centrarse en mí, como si mi amigo fuese una mosca flotando en un vaso. Moncho se levantó del sofá y me alzó la mano en silencio, a modo de saludo.

—Tío, ¿ya te vas? Todavía queda gente por aquí. —No ganas de quedarme solo con Nadia.

—Sí, *bro*. Mañana me iré temprano al pueblo. Ya hablamos para las vacaciones, ¿vale?

—Adiós.

Nadia, que permanecía rodeando mi cuello con sus brazos desnudos —salvo por los incontables brazaletes—, se quedó mirando a Moncho mientras se alejaba y después me miró a mí. Su mirada *foxy eyes*, que formaba parte de sus tratamientos estéticos, dejaba entrever su recelo ante el comentario de mi amigo. Los labios de Nadia, con un ligero toque de colágeno, comenzaron a moverse para hablar y supe al instante que irían acompañados de un reproche:

—¿Te vas con el paleto de vacaciones? —preguntó molesta.

—No, ya te dije que me voy con mi familia, pero tal vez coincidamos unos días en Mallorca cuando él vuelva del *resort* de Santo Domingo.

—A Santo Domingo deberías irte tú, pero conmigo —ronroneó en mi oído.

—Nadia…

—Bueno, pues a Mallorca, me conformaré con no salir del país.

—Ya te dije que me voy con mis padres y con mi hermano —se lo había dicho varias veces—, y que podías unirte.

—Y yote contesté que no me gusta mezclar placer y familia política.

—¿Familia política? —Reí—. Si aún no los conoces.

—Te vas a arrepentir de tenerme tan abandonada.

Nadia se inclinó lo suficiente para atrapar mis labios en los suyos. Era su forma de dar por terminado un tema que, cada vez que yo sacaba, ella eludía o se excusaba.

Nadia era puro fuego, sorprendente, espontánea, loca. Pero también era caprichosa, desesperada y podía llegar a ser muy insistente. Necesitaba saber que era adorada e imitada, por eso le daba tanta importancia a sus redes sociales y a la interacción con sus *followers*.

Alguna vez habíamos ido, por insistencia de ella, a algún restaurante de moda de la capital, porque se lo habían recomendado o porque nos invitaban al menú degustación a condición de que ella promocionara la cena en su Instagram. Salir con ella se convertía en una continua sesión fotográfica, posando ante los platos y haciendo como que comía —aunque ella no probara bocado y terminara comiéndome yo todo—, montando *stories* para ir subiendo en tiempo real. En sus intentos de generar contenido, siempre buscaba la forma de incluirme a mí. Yo siempre me negaba.

Desde que comenzamos a salir, Nadia no hacía otra cosa que intentar incluirme en sus fotos o directos. Yo le expliqué que demasiado expuesto me sentía en situaciones normales, como para ir buscando más atención. La única vez que *colgó* una foto mía fue durante una escapada de fin de semana en Marbella; llevábamos saliendo un par de meses. Nos conocimos después de que nos presentaran en una de las fiestas post Mundial de hacía dos años. Ella estuvo haciéndose la encontradiza durante semanas, pero era algo que —si soy sincero— me encantaba. Nadia Blume era esa clase de chicas que solo podías ver al otro lado del escaparate y que jamás tocarías. Y, de repente, yo me encontraba junto a ella, al otro lado del cristal blindado. No me lo podía creer.

Nadia siempre me decía que me hice de rogar, aunque en realidad se resumía en que era un poco tímido e inseguro, sobre todo con una chica como ella. Ella se lanzó y me dio el primer beso unos cinco meses después de conocernos, con eso lo digo todo.

Cuando subió nuestra foto en un pequeño yate, frente a la costa de Marbella —yo ya comenzaba a ser conocido y tomaba ciertas

precauciones para mantener mi privacidad y pasar desapercibido para esa prensa tan banal, la rosa—, me enfadé muchísimo con Nadia. En cuestión de segundos, estábamos en las páginas principales de las revistas digitales y, esa misma noche, teníamos una horda de periodistas fotografiándonos y acosándonos en la entrada de un restaurante. Nadia estaba encantada. Ahí ya hubo algo que no me gustó, aunque no le di importancia. Pensé que nos conoceríamos más con el tiempo y, de ese modo, ella sería respetuosa con todas esas cosas que a mí me incomodan.

A mí nunca me ha gustado esconderme, todo lo contrario, si tengo una pareja, me gusta exponerme con ella, pero con naturalidad, sin forzar nada. No podía evitar que me reconocieran por la calle o que me pidieran un autógrafo en un restaurante, pero sí podía controlar el pasar desapercibido en ciertos lugares y momentos que consideraba que debían ser así, privados. Nadia lo compartía todo, solía decir que se debía a toda esa gente que la ensalzaba y que formaba parte de su trabajo.

Sabía que Nadia nunca pisaría el barrio en el que crecí, ni visitaría la tienda de mi padre. También era consciente de que buscaba mil excusas —y, de momento, le salía bien— para no ir a mi casa y conocer a Seydou y a mi madre. Sin embargo, Nadia tenía un don y era una maestra para cambiar los acontecimientos y acabar haciendo que los planes fueran a su gusto. Por aquel entonces, no sabía si Nadia y yo éramos los adecuados el uno para el otro.

De lo único que estaba seguro era de que había momentos en los que era imposible no doblegarme ante ella. Cedía y hacíamos las cosas a su manera. Como en ese momento, en la discoteca. Nadia me mordisqueó el lóbulo de la oreja, a sabiendas de que otras chicas la observaban y que era el centro de sus conversaciones.

—Vámonos de aquí —me dijo.

Eso solo podía tomar una dirección: su apartamento de lujo en Recoletos, un regalito de su padre. Era lo que tenía ser hija de un reputado cirujano plástico con consulta privada; que, con veinte años, podía estar emancipada en una de las mejores zonas de la ciudad.

∞∞∞

Me desperté en la habitación de Nadia. Hacía horas que unos discretos rayos de sol se intentaban colar por las rendijas de su ventana. Los cristales con *climalit* mantenían la temperatura de 25 grados dentro de la casa y aislaban cualquier ruido del exterior. Me levanté y lo primero que hice fue mirar mi móvil: tenía un mensaje de mi madre con un «Vale, cariño» a la contestación del que escribí la noche anterior —cuando me marché en taxi con Nadia— para que no se preocupara si no llegaba a casa a dormir. Me sentí culpable, todavía no había celebrado con mis padres todo lo que me estaba sucediendo.

Observé a Nadia. Llevaba un antifaz de esos para que la luz no le molestase, una camiseta de tirantes negra de encaje y satén, a conjunto con sus braguitas, que se puso cuando decidimos descansar un poco tras una insaciable sesión de sexo. Ese plano tan *sexy* y arrebatador lo rompían sus ronquidos y el sutil hilo de baba que le caía por la comisura de los labios. Jamás se lo hubiese dicho, ella no reconocería nunca que ronca. Por un momento, se me ocurrió coger su iPhone, hacerle una foto y subirla desde su cuenta… Sacudí la cabeza y me reí de mi ocurrencia. Hubiese sido hombre muerto si llego a hacer eso.

Me vestí y me marché sin hacer ruido. Le había dejado a Nadia una nota en la mesita de noche, despidiéndome y explicándole que me marchaba a casa. Tenía ganas de tumbarme en mi cama y jugar con mi hermano en la piscina de la urbanización, no me importaba en qué orden. Mi equipaje había llegado a casa antes que yo, de hecho, me llevaba veinticuatro horas de ventaja. Era para reflexionar.

Lo bueno de estar por la calle un martes a las ocho de la mañana, en pleno mes de julio y tras una noche de celebración para muchísimas personas, era que todo estaba tranquilo. Podía pasear de incógnito sin cubrirme el rostro sin mucho más que las gafas de sol. Entré en un bar que se encontraba poco concurrido y me senté

en un rincón de la barra. En cuanto me quité las gafas, el camarero me reconoció.

—Chaval, cómo lo bordaste. Enhorabuena.

—Gracias —contesté tímidamente, esperando que ninguna de las otras dos personas que estaban en las mesas del fondo repararan en quién era.

Creo que el camarero se dio cuenta de que no tenía muchas ganas de llamar la atención. Me preguntó qué quería tomar, pedí un solo y me sirvió el café en menos de un minuto y añadió un plato con dos porras espolvoreadas con azúcar.

—Invita la casa.

—Gracias. —Sonreí.

El camarero me enseñó una fotografía de su hijo, debía de tener unos cuatro años, como Seydou, y llevaba una camiseta de mi equipo.

—Espero que a mi pequeño también le guste el fútbol. Anoche estuvimos en Cibeles, viéndoos llegar en el autobús.

—¿Puedo escribir por detrás? —pregunté señalando la fotografía.

—¡Joder! Lo que tú quieras —contestó entusiasmado.

Me pasó un bolígrafo en cuestión de segundos.

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Raúl. —El hombre estaba emocionado y yo no podía evitar sentirme, no sé, valioso.

Escribí unas palabras bonitas para Raúl: «Estoy tomando el mejor café con porras de mi vida con tu padre. A veces, los grandes logros van acompañados de pequeños detalles. Que en tu futuro ganen los pequeños detalles», puse la fecha de aquel martes extraño y firmé. Le devolví la foto al camarero y me levanté para marcharme.

—Muchas gracias por el café —dije a modo de despedida.

—¿Vas a seguir celebrando, muchacho?

—En realidad me voy a mi casa, tengo ganas de ver a mi madre.

Por el camino, tras salir del bar, mientras decidía a qué altura de aquel largo paseo llamaría a un taxi, pasé por un quiosco. Estaba lleno de periódicos con las imágenes de los acontecimientos del día anterior. Miré una de las portadas, la de un periódico monárquico: una imagen del primer plano del rey, dándole la mano a uno de mis

compañeros del equipo, Sebas, al fondo Moncho, y Lucas saludando respectivamente a la reina y a la princesa Gabriela. Y, al final del todo, se me distinguía a mí, estrechando la mano de la hermana, la que estuvo en los vestuarios. Catalina se llamaba, si no recordaba mal. El titular en grande:

Primera parada: Las princesas acompañan a los Reyes en el recibimiento de los campeones en Zarzuela.

Me vino el recuerdo del momento en el me quedé paralizado durante unos segundos mientras mantenía contacto con esa mano suave y electrizante.

Decidí llamar a un taxi y regresar a casa.

5
Lancine

Había podido descansar durante unos días en casa. No supe cuánto necesitaba esa paz, no hacer nada, hasta que me vi en mi habitación tirado en mi cama. A veces era necesario no hacer nada, aunque en realidad era un decir; el ejercicio diario no lo podía descuidar, era fundamental para mi rendimiento.

También había ultimado los preparativos para el viaje a Mallorca. La intención era pasar unos días —a partir de mediados de agosto— para que Seydou disfrutara de la playa, mi madre de la piscina y mi padre del bufet libre del hotel. Y yo de tenerlos conmigo. Posiblemente coincidiría con Moncho, y eso estaba bien; no es el mismo turismo el que haces con tu familia que con un amigo. A finales de mes, comenzaría la Liga y los partidos de la primera vuelta, así que el tiempo libre no daba para mucho más.

Nadia haría sus planes, había comprendido que no podía invertir todo mi tiempo libre en nosotros y, según ella, no estábamos en ese punto en el que le apeteciera viajar conmigo y mis padres. La entendía. Por eso, esos días, además de estar tranquilo en casa, fui al centro de la ciudad para quedar con Nadia y cenar con ella. Me insistió en que la acompañara a una fiesta esa misma noche, pero tuve que declinar la oferta; primero porque salía de viaje justo al día siguiente, segundo porque estaba bastante saturado de fiestas y, por último, por negocios.

No me iba mucho eso de meterme en compras o inversiones. Nunca he entendido ni he sentido interés especial en esas cosas, pero desde hacía algún tiempo, le estaba dando vueltas a una idea.

De momento, tenía la solvencia para hacerlo y sería una buena manera de tener un plan de futuro —podría romperme el fémur dentro de una semana— y, al mismo tiempo, ofrecer algo bueno a otras personas. Había conseguido una reunión con un par de patrocinadores y con el dueño de una nave desocupada en la zona de mi antiguo barrio. Estaba decidido a comprar ese espacio e iba a hacer algo increíble con él.

∞∞∞

La reunión fue genial. Quise quedar con Nadia a la salida para contarle lo que pensaba hacer, pero cuando respondió a mi llamada, fue bastante cortante.

—¿Qué quieres? Estoy en plena sesión de fotos y después tenemos la fiesta de la marca, creía que ya te ibas a Mallorca.

—Quería contarte una cosa.

—Cuéntaselo a tu madre.

Sonreí para mí, ella no podía verme. Todavía estaba enfadada por lo de mis vacaciones, era incapaz de entender que también necesitaba esos días con los míos. Hacía dos meses desde que estuvimos juntos en Lisboa —antes de disputar la Eurocopa— y, en cuanto tuviera un hueco a finales de año, pensaba proponerle otra escapada. Pero Nadia era como una niña y siempre esperaba exclusividad para ella.

—Me apetece contártelo a ti mientras comemos algo —insistí—. Te recojo donde estés y después te vuelvo a llevar para que acabes, porque imagino que comeréis.

—Olvídalo, en otro momento. Me he comprometido con la gente de la campaña para comer todos juntos.

—Está bien, pero no quiero irme sabiendo que estás enfadada o molesta conmigo —le tanteé.

—No lo estoy.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

— …

—*Te tengo que dejar. Hablamos pronto. Pásatelo bien.*

—Un beso. Te quiero.

—Adiós.

Todo había sido muy frío. Y, tal vez, mi «Te quiero» sobraba ahí. A veces tenía la sensación de que Nadia y yo habíamos abusado tanto de esa palabra, que ya carecía de sentido. La quería, aunque no sabía si de la forma en la que se quería a la mujer con la que deseabas pasar el resto de tu vida. Tal vez creía que *eso* era amar. En esos momentos, no sabía si nos veía a Nadia y a mí en un futuro. Éramos muy jóvenes, teníamos muchas oportunidades y una vida por delante para hacer lo que quisiéramos en el momento que decidiésemos. O eso creía.

Pensé que, cuando regresara de Mallorca, antes de meterme de lleno en los partidos, debía tener una charla con Nadia y saber a dónde nos estaba llevando esto. Era necesario.

∞∞∞

Llevaba dos días en la isla. Estaba en un hotel en el que, por suerte, casi nadie reparaba en mi presencia y me encontraba bastante tranquilo. No había mirado el móvil salvo al bajar del avión, cuando me acosté y el día anterior por la mañana. Ese día estaba solo en la piscina. Mis padres y Seydou se habían ido a la playa, que estaba algo más concurrida. Yo prefería seguir de incógnito.

Bajé a la recepción, me habían despertado por teléfono desde allí abajo. Al parecer, tenía una nota importante.

—Señor Yassa —me dijo el recepcionista—. Tengo orden de dar contestación.

Abrí la carta, que decía lo siguiente:

SS.MM. Los Reyes don Nicolás y doña Paula,
Nos complace invitarle, el próximo día catorce de agosto, al décimo octavo cumpleaños de nuestra hija, su Alteza Real la princesa Catalina de Moncada y Sáez, en la residencia de la familia Real en Palma de Mallorca, el Palacio de Marivent.

—Vaya, ¿y esto? —Miré al recepcionista con un rostro que evidenciaba que no tenía ni idea de lo que quería decir aquello.

—Verá —este salió en mi ayuda—, es habitual que, durante su estancia en Mallorca, sus majestades den algunas fiestas y recepciones en el Palacio de Marivent. Recientemente abrieron el palacio al público como acto de bienvenida y, en esta ocasión, al tratarse del cumpleaños y de una edad tan señalada para la princesa, se va a celebrar una fiesta en su honor. La intención, según el mensajero al que debo dar respuesta, es contar con jóvenes celebridades, hijos de la nobleza y de las grandes familias de la isla, representantes del séptimo arte que veranean aquí, artistas emergentes o representantes del deporte, como es su caso.

—¿Debo contestar ya? —pregunté desde la completa ignorancia.

—Disculpe, señor Yassa, ¿es consciente de la relevancia de esta invitación y de quiénes se la ofrecen? —No sabía si aquel cuestionamiento llevaba algo de ofensa.

—En realidad, no los conozco de nada. Solo les he dado la mano…

—Imagino que, si declina la invitación, buscarán a otra persona que represente su disciplina. Habrá más personas del mundo del deporte en la isla, de hecho, está previsto que su compañero Ramón Prieto…

—Espere, espere… Diga que sí.

Fue un impulso. Las voces que me rondaban en la cabeza no hacían más que recordarme que era un mestizo de San Blas, hijo de un inmigrante, y que nada tenía que ver con esa pomposidad que desprendía aquella nota con letras doradas y con el escudo real bien prensado sobre el papel.

—Como desee. Ahora hago enviar su confirmación. ¿Ha almorzado ya?

—No, iba a la terraza de la piscina a tomar un bocado.

—Si no es indiscreción, ¿puedo sugerirle algo? —preguntó el recepcionista sin cambiar su semblante serio.

—Sí, claro. Diga.

—Si tiene acceso desde su teléfono móvil, eche una ojeada a las noticias digitales… de la prensa rosa. —Por primera vez en mi

conversación con él, noté cierta incomodidad en sus palabras.

Puse los ojos como platos. ¿Ese tío estirado me había visto cara de chismoso? Asentí, algo confuso, e hice el gesto de «Adiós» con la mano. Me aseguré de que había cogido el teléfono, lo llevaba en el bolsillo de las bermudas.

Me senté en una de las mesas de la terraza que estaban libres y, al desproteger el móvil, vi todas las notificaciones. No sé cuántas llamadas perdidas y mensajes de WhatsApp, notificaciones de Instagram… ¿Por dónde empezaba? Mi intuición me decía que hiciese caso al señor estirado de recepción y abriese el buscador de noticias. Al principio no supe qué debía buscar, pero no fue necesario, lo que necesitaba saber apareció por sí solo:

LA GACETA COTILLA.COM

Noches apasionadas en Madrid: la *influencer*
Nadia Blume ha sido sorprendida con el modelo
Ginés Tortosa.

Nuestra *it girl* por excelencia se encuentra estos días en la capital, antes de retomar sus vacaciones estivales, por motivos profesionales: ha sido fichada por la firma de ropa y complementos española, *Cossimo Tutti*, para protagonizar la campaña fotográfica de la próxima colección otoño-invierno, junto con nuestro *top model* más internacional. Ella es joven y una habitual de las redes sociales y las fiestas, él un hombre cada día más atractivo a pesar de que le dobla la edad, pero está claro que la atracción no entiende de edades y la belleza y el *status* se atraen. Hasta ahí todo bien.

El problema es que Nadia mantiene una relación de más de un año con el actual campeón de Europa, Lancine Yassa, de la que, a día de hoy, no se ha confirmado ruptura. ¿Qué tiene que decir Yassa de esto? ¿Y los dos implicados?

Está claro que Yassa, si ya es conocedor de este dato, debe de estar pasando un momento agridulce: una derrota amorosa tras un éxito deportivo.

Joder, a uno no le preparan para esto.

Analicé las fotos con atención. Eran de bastante mala calidad, se notaba que se tomaron por la noche y a larga distancia, pero se veía claramente que era ella: con un vestido de esos ceñidos que tanto le gustaba llevar —y que le sentaba genial, valga la redundancia—,

abrazada a ese tío que —sí, reconozco que era guapete— le estaba sobando el culo. Eran varias instantáneas besándose, acariciándose, lamiéndose… Vamos, un *peeting* en un lateral de una discoteca que, por muy exclusiva que fuese y por mucho que en agosto bajara el nivel de *paparazzis*, estaba en pleno centro de Madrid. Los dos parecían un cartel de neón.

Si Nadia lo había hecho para castigarme o llamar la atención, por ahí no pensaba pasar. Si era cierto que ya no sentía nada por mí y que se sentía atraída por el modelo madurito… pues, oye, que fueran felices. ¿Qué iba a hacer? ¿Montar una escena a lo Chenoa con el chándal en el portal de casa y llorarle?

Contesté mensajes a Moncho, a un par de amigos más y a Gaspar —llevaban horas enterados de mi cornamenta—, más que nada para que supieran que estaba bien, que no me había abierto las venas en la bañera ni tenía intención de hacerlo.

Hecho eso, terminé de almorzar solo, pensativo y en silencio. Tenía muchas cosas que digerir. Después me fui a la zona de la piscina, me quité la camiseta, la dejé en una de las tumbonas y me lancé al agua sin pensar.

Sumergirme en el agua tibia de la piscina me hizo romper con esa inactividad emocional. Estar separado del resto del mundo por el líquido elemento, me proporcionó cierta intimidad que no encontraría ahí fuera, así que grité. Grité muy fuerte y liberé cientos de burbujas de aire que salían de mi boca durante un rato que, sorprendentemente, se hizo largo. Cuando noté que me quedaba sin oxígeno, volví a emerger, pero esa vez renovado y limpio. Como si toda la posible rabia contenida, la vergüenza y la decepción hubiesen salido de mí, dentro de esas burbujas.

∞∞∞

Cuando mis padres llegaron de la jornada de playa, yo estaba en la terraza de nuestra *suite* familiar, mirando las vistas tan espectaculares que tenía del mar. Unas vistas que no podía disfrutar

en Madrid y de las que quería llevarme conmigo, reteniendo su imagen y sus detalles todo lo que me fuera posible.

—¿Has visto las noticias, hijo?

Mi madre llegó de inmediato y puso las manos sobre mis hombros. Con ese contacto, sabía si estaba para hablar o si era mejor dejarme un rato. Pero me notó sosegado, me besó el nido de pelo revuelto y rizado y se sentó a mi lado.

—Tranquila, todo está bien —le contesté para tranquilizarla.

Ella me miraba con cara de pena, le preocupaba que pudiera estar sufriendo o pasándolo mal y no quisiera decir nada.

—¿Seguro? —insistió.

—Mamá —sonreí—, no me digas que le habías cogido cariño, si ni siquiera la conocías, no llegó a venir a casa ninguna de las veces que la invitaste.

—Pero esto es muy mediático. No puedes ni pasar este mal trago tranquilo.

—No pasa nada, a las cosas hay que darle la importancia que merecen. Cuando la gente vea que yo sigo con mi vida, dejará de causarles morbo y ya no hablarán de esto. —Y lo decía completamente en serio.

—Te escucho hablar y eres tan maduro. Lo poco que has vivido hasta ahora te ha hecho crecer de golpe. No creo que otros chicos de diecinueve años sean tan responsables como tú, tan preocupados por su familia…

—Me vas a sacar los colores. —Me levanté y le rodeé con mis brazos por la espalda—. Además, no todo es responsabilidad. Me han invitado a una fiesta, no te vas a creer dónde es y quién la organiza.

6
Catalina

Mamá, Gabi, Nico y yo viajamos a la isla a finales de julio. Papá se adelantó unos días para prepararlo todo, aunque la abuela nos llevaba algunas semanas de ventaja. El recibimiento fue como el de todos los veranos: aterrizaje en pista privada en la más estricta intimidad. Nada más llegar a la casa, donde veraneaba desde que tenía uso de razón y a la que acudía sin excepción toda mi familia paterna desde hacía décadas —lo que lo convertía en una firme tradición—, nos instalamos en nuestras habitaciones, descansamos y nos arreglamos para lo que venía siendo otra imprescindible tradición: la foto, el posado veraniego.

Marivent era y sigue siendo un palacio construido junto a un precioso acantilado que ofrece una vista magnífica del mar Mediterráneo y que, al mismo tiempo, recibe una brisa de frescor y sal; de ahí su nombre: mar y viento. El edificio se construyó en los años veinte del siglo pasado, y por allí pasaron grandes artistas de diferentes corrientes. En un principio, esa gran casa iba a ser un museo dedicado a su dueño, pero al final —algún alto mandatario— decidió que sería un edificio institucional. Se lo cedieron al abuelo durante el verano y, desde aquel momento, se convirtió en un lugar en el que se practicaba la diplomacia.

Los jardines de Marivent eran inmensos. Mamá me contó en alguna ocasión que, la primera vez que estuvo allí, se perdió en ellos. Todavía me cuesta entender que mamá renunciara a todo —a su libertad y a su privacidad— por ser lo que es ahora. Mamá era actriz de teatro, llenaba grandes salas de actuación de diferentes

ciudades, viajaba y conocía a gente. Paula Sáez era un camaleón que se ceñía a un personaje y lo interpretaba como si se tratara de ella misma. Antes de retirarse, mamá ganó varios premios de arte dramático y construyó una carrera profesional que, por mucho que pasaran los años, nadie olvidaba. Gabi y yo, muchas veces, veíamos trozos de algunas de sus funciones de teatro que permanecían colgadas en YouTube. ¿Qué tan enamorada estaba de papá como para dejarlo? Quizás no lo entendía en ese momento, todavía no había llegado a querer así. Mamá decía que, algún día, lo entendería. Y cuánto recordé después esa afirmación.

Tras la fotografía oficial, que daba por iniciada nuestra llegada a la isla y la agenda social, Gabi y yo nos fuimos con la abuela a merendar a nuestro lugar favorito y a hacer unas pequeñas compras para la recepción que se celebraba al día siguiente: una tarde de puertas abiertas en la que se permitía la entrada a un número limitado de personas en los terrenos del palacio y tomar un cóctel; una forma que buscó papá, hacía algunos años, para mostrarse más cercano al pueblo.

El resto de días consistieron en bañarme con Nico en la piscina, escapadas a las calas, navegar, pasear por las calles de Palma y, sobre todo, salir a cenar y a bailar con Gabi y nuestro grupo de amigos, siempre con la escolta cerca.

Salir con los amigos no fue fácil, estuve evitando a toda costa coincidir con Fernando. En cuanto supe que él también estaba en la isla, procuraba adelantarme a sus pasos. Él me estuvo escribiendo mensajes para visitarme, pero le advertí que no se atreviera a presentarse en el palacio. En cuando lo hiciera, sería capaz de dejarlo en evidencia delante de quien hiciera falta y no creo que él quisiera que se corriese la voz de lo que me hizo en Llantwit Major, mientras todavía estábamos estudiando en los dominios del castillo de St. Donat.

Pero no todo se podía evitar.

—Hija, pasa. —Entré en el despacho de papá y me senté en una silla estilo isabelino frente a su mesa—. Este verano va a ser diferente para ti.

—Ya sé a qué te refieres, pero no tengo muchas ganas de…

Papá alzó una mano para indicarme, de manera elegante, que me callara la boca.

—Tu hermana, cuando cumplió la mayoría de edad, se le hizo una celebración acorde con dicho momento; y, en tu caso, no va a ser menos. Tu cumpleaños coincide con nuestra etapa de verano aquí, en Palma. Siempre soplas las velas en esta casa y, en esta ocasión, no va a ser distinto. Solo que cumplir dieciocho años, para alguien como tú, implica cierto compromiso y un acto de compartir y mostrarse cercana.

—Pero ¿qué quieres que haga? No voy a pasearme en coche por la ciudad saludando a la gente.

Papá se rio por mi ocurrencia, pero aunque mi comentario hubiese sonado irónico, estaba hablando muy en serio.

—Qué ocurrente eres, Catalina. No, tranquila. Cuando me refiero a *compartir*, no estoy hablando de un acto multitudinario —suspiré de alivio… demasiado pronto—, pero sí de una fiesta juvenil.

—¿Una fiesta juvenil?

—Tienes dieciocho años, invitar a políticos y a gente de mi edad no tiene sentido. Pero sí lo tiene hacer una recepción con cena y baile aquí, en Marivent, con una selección de la juventud que hay en la isla. Una representación de chicos y chicas de todos los ámbitos: cultural, deportivo, empresarial, político, de la sociedad destacada de la isla y, por supuesto, tus amistades. Personas que se reúnen a veranear aquí, que destacan en lo suyo o que representen a una familia o a un grupo cultural.

—¿Y cómo se supone que voy a invitar a personas que no conozco?

—Eso déjalo en mis manos. Ya puedes irte.

Me levanté para marcharme de esa habitación, no sin antes preguntar a papá:

—Una cosa más. —Papá me miró y asintió para que continuara—: ¿Fernando Osorio entra en esa lista de invitados juveniles?

Papá se levantó de su sillón de trabajo y avanzó hacia mí. No supe en ese momento si debería haber dicho nada.

—Catalina, los Osorio Alcalá de la Alameda mantienen un lazo de amistad con nuestra familia y de lealtad hacia la Corona desde hace

siglos. Fernando no solo es el hijo, también es el heredero del marquesado de Villaflores. Hasta donde tenía entendido, ha sido tu compañero en el *college*, formaba parte de tu grupo de amigos de St. Donat y tenía entendido que erais algo más.

—Ya no somos algo más.

—Bien, pues eso no debe influir en los actos diplomáticos —contestó tajante.

—¿Ahora mi cumpleaños va a ser un acto diplomático?

—Tómatelo como un ensayo. Es el primer acontecimiento social en el que tú serás la anfitriona.

Resultaba que mi dieciocho cumpleaños iba a ser una reunión con mis ciento cincuenta amigos íntimos, que incluían a muchos desconocidos y a mi ex traidor.

∞∞∞

Y llegó el día. Era inevitable.

Llevaba un vestido blanco de tela vaporosa, con tirantes y escote en V y por debajo de la rodilla. Mi peinado consistía en un recogido de moño bajo. Mi maquillaje era bastante discreto, en tonos *nude,* salvo los labios, que me los habían resaltado con un *glosh* rojo. Saludé a la gente con torpeza o, al menos, así lo sentí; no estaba acostumbrada a ser el centro de atención. Generalmente era Gabi quien se llevaba el protagonismo, como era lógico, y yo me había acostumbrado a ello. De hecho, me encantaba que fuera así.

Saludé a las personas que se encontraban en el porche trasero del palacio, donde se estaba sirviendo el cóctel, junto a las puertas que daban acceso al gran comedor interior. Nadie superaba los veinticinco años y, a pesar de ello, no dejaba de parecer un ambiente rancio y viejuno. Estaba lleno de *viejóvenes*, chicas con el collar de perlas que probablemente perteneció a su abuela, jóvenes que me daban repelús y que no dejaban de recordarme al pequeño Nicolás, con sus rostros aniñados y sus trajes con corbata de sastre, que con total seguridad costaban el sueldo de tres meses de una familia normal. No conocía a nadie.

Miento. Habían venido mis primas de Grecia, estaban mis amigos que veraneaban en Palma y algunos hijos e hijas de familias de renombre, nobles, aristócratas o herederos europeos, que habían coincidido estos días aquí, pero también había caras conocidas —me sonaban de las redes sociales— entre algún actor o actriz o incluso hijos de estos, cantantes, jóvenes emprendedores; entre quienes se encontraban una diseñadora de vestidos de fiesta, un directivo de banco, un empresario del aceite, un torero, unas chicas que conducían un conocido *podcast*; también había deportistas: una campeona olímpica de natación, algunas jugadoras de fútbol femenino, un tenista, participantes de la competición de vela, un jinete y alguno más.

Gabi también estaba. Ella lucía espectacular con un vestido azul marino, palabra de honor, con falda globo de plumas. Llevaba un recogido sencillo, que dejaba caer estratégicamente para disimular su ancha espalda. Gabi se había tonificado mucho en el último año, debido a su instrucción militar, y tenía un poco de complejo, pero para mí estaba genial.

Tal vez por los nervios, por mi incomodidad y por verme abrumada ante tantos invitados, de los cuales conocía a un tercio, tenía el estómago cerrado. No me entraba la comida, pero bebí vino blanco; primero una copa, y luego otra. No estaba acostumbrada a tomar alcohol y, cuando terminé esa segunda copa, me noté mareada.

Decidí ir en dirección a los grandes jardines, que normalmente estaban abiertos al público, pero que esa tarde eran un remanso de paz y, al estar oscureciendo, eran un lugar perfecto para sentarme y dejar que se pasara ese mareo antes de que entráramos al comedor.

—¿Estás bien? —Gabi y mi prima Olimpia se acercaron a verme.

—Sí, tranquilas. Solamente necesito tomar un poco de aire. Me he pasado con el vino…

—Si hablaras más, no tendrías que beber tanto. —Olimpia, a veces, parecía tonta.

—Ya. Bueno, me voy un rato. Enseguida vuelvo.

Ya en los jardines, me relajé. Parecía que el alcohol estaba completando su efecto y necesitaba sentarme en uno de los bancos

de piedra. Me hubiera quedado así toda la noche. Cerré los ojos, a pesar de tambalearse mi cuerpo, alcé la cabeza e intenté que el malestar fuese pasando. Y parecía que funcionaba.

—Vaya, parece que por fin te dignas a que hablemos.

Aquella voz.

—¿Qué? Fernando, ¿qué haces aquí? —Era la última persona a la que me apetecía ver.

—Venga. Llevas toda la fiesta mariposeando de lado a lado, nerviosa y mirando a todas partes. Sé que estabas captando mi atención para citarnos a solas.

—Ni siquiera había reparado en tu presencia, de hecho, pensaba que no te habías atrevido a venir —contesté con indignación.

—No me guardes rencor. —Fernando se sentó a mi lado y todos mis sentidos se pusieron en alerta. La sensación de embriaguez se fue de golpe—. Lo de Joanna fue una tontería, era mi último curso en el *college* antes de graduarme e ir a la universidad. Necesitaba probar otras experiencias antes de atarme a ti para siempre, pero ahora me siento preparado. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Nuestros padres están encantados de vernos juntos, lo sabes.

Fernando me pasó un brazo por el hombro y yo lo aparté con asco.

—Pero ¿te estás oyendo? ¿*Atarte*? Yo no quiero atar a nadie, nunca quise que te sintieras en la obligación de nada. Si para ti era una atadura, me alegro de que lo nuestro terminara antes.

—No seas infantil. —Sonrió, acariciándome la mejilla.

—Y tú no seas rudimentario. —Le aparté la mano de mi rostro, me daba asco—. No pienso perdonarte y regresar contigo solo porque digas que estamos predestinados. Eso no lo sé; a diferencia de ti, yo no he estado con nadie más. Y mucho menos porque digas que nuestros padres están encantados. Sabes que eso a mí no me importa.

—No seas boba, ven. Entiendo que ahora quieras ponérmelo difícil —insistió con un brillo de lascivia en su mirada que no me gustó nada.

Me asedió con sus brazos y yo intenté zafarme. Comenzó a buscar mis labios y a manosearme, me apretó un pecho y grité.

—Para, ¡¡ino me toques!!!

Le di un bofetón que debió sonar hasta en el infierno, pero él no desistía. No entendía esa táctica de justificación de un «Sí» que no había por dónde cogerlo, cuando claramente se trataba de un «No». Cuánto me alegré de no haber pasado al siguiente nivel con ese imbécil ególatra.

—Deja ya de hacerte la dura… —continuaba con su intento de atraparme entre sus brazos.

De repente, noté que el peso de Fernando desaparecía.

—Pero ¿qué haces, gilipollas? —soltó Fernando. Conociendo su voz, estaba bastante más asustado que enfadado, aunque jamás lo reconocería.

—Ya la has oído, te ha dicho que no la toques —contestó una voz desconocida.

Ese chico me sonaba…

—Ahora verás… —El fallo de Fernando fue anunciar que iba a atacar antes de hacerlo. El otro chico, que además se notaba que era más atlético y alto, no le supuso nada coger su brazo y retorcérselo por la espalda—. ¡¡¡¡AAAAAHHHHH!!!! Me haces daño. ¡Suéltame, joder! Puto negro… ¡AAAHHH!

—No te estoy haciendo nada, eres tú que te estás moviendo. Si te quedas quieto, no te dolerá. —El chico hablaba de forma muy sosegada para lo despectivo que estaba siendo Fernando con él—. Te agradecería que no me hablaras así. ¿Vas a parar?

—Cuando esto termine, me voy a asegurar de que no te vuelvan a contratar en ningún otro *catering*…

—¿Vas a dejar tranquila a la anfitriona de la fiesta y después marcharte para que no te veamos el careto de pijo el resto de la noche? —A Fernando apenas se lo oyó, chulo y orgulloso hasta el final—. No te he oído.

—¡Sí, joder, sí! ¡Suéltame! —El chico, mi salvador, accedió y lo soltó—. Ahora me vas a oír puto camarer… Hostias.

—Como puedes ver, no es necesario que hables con la empresa de *catering*. Ahora lárgate, antes de que te haga salir de aquí con los calzoncillos de *Lacoste* en la cabeza.

Fernando se marchó, dando algún que otro traspié, pero salió de los jardines —y esperaba que también del palacio—, dejándome a solas con ese chico que me acababa de sacar de un gran apuro.

Cuando me levanté para darle las gracias y vi su rostro, me di cuenta de por qué Fernando se había quedado sin palabras cuando lo reconoció.

—Vaya, yo a ti te conozco. —Me quedé mirándolo un rato—. Esta sí que es buena. El imbécil de Fernando pensaba que eras del servicio de *catering*.

Él se rio conmigo.

—Lancine —se presentó para darme la mano de nuevo.

—Catalina. —Hice lo mismo.

La electricidad. Otra vez.

7
Lancine

Me presenté en la fiesta de cumpleaños de la princesita.

No tenía muchas ganas de ir, pero por otro lado, por mucho que intentara hacer ver que no me afectaba, la puñalada de Nadia me había jodido bastante y tal vez no fuera buena idea quedarme en el hotel. Al final, Moncho no había podido venir, tenía el vuelo de regreso de Santo Domingo justo al día siguiente y acordamos vernos en Madrid para la preparación.

Llegué al famoso palacio, el orgullo de la isla, y enseñé la llave mágica —la invitación—. Nadie me dijo cuál era el código de vestimenta: las chicas llevaban vestidos de cóctel y sandalias de tacón y los chicos iban enfundados, en su gran mayoría, con un pantalón de pinza o chinos con camisas arremangadas. Era agosto en Mallorca, ¿estaban locos? Por eso no era de extrañar que, los tíos de seguridad que estaban custodiando la puerta, cuando me vieron llegar con mis pantalones de lino, las sandalias de piel que compré días atrás en el mercadillo y una camiseta de cuello de pico, se pensaran si dejarme entrar o no.

Por suerte, tal y como me explicó el recepcionista del hotel, en esa fiesta no solo había gente estirada. Me entretuve un rato hablando con unas compañeras de fútbol femenino. Pero me sentía un poco incómodo. Cuando iba de invitado a un cumpleaños, qué menos que conocer y entablar unas cuantas conversaciones con el cumpleañero. Esa reflexión me llevó a buscar a la anfitriona con la mirada. Y la encontré entre la muchedumbre.

La vi tan nerviosa e incómoda como yo, y eso que debía de estar más que acostumbrada a aquella pompa, pero se notaba que no era lo suyo. De hecho, estaba bebiendo y no comía nada. Ella no era consciente. Los demás tampoco, iban a lo suyo, pero yo continué observándola. Me percaté de cómo le subía el rubor y de sus movimientos cada vez más torpes.

No era de extrañar que, en un momento dado, vaciara la copa de un trago y desapareciera por los jardines. Escuché previamente a su hermana, quien le preguntó si se encontraba bien. Ella hizo un gesto de «Todo controlado», pero era mentira. Así que, disimuladamente, me colé por otro lado del jardín e intenté seguirla. Solo quería comprobar que la chica estaba bien, no soy un perturbado ni nada parecido.

Para mi sorpresa, cuando estaba viendo desde lo lejos a la princesa, sentada en un banco de piedra, con su precioso vestido blanco —parecía un hada—, apareció un capullo salido que, sin preliminares, se le lanzó e intentó manosearla. Qué asco de tío. Ella estaba siendo muy clara con él y se notaba que estaba molesta.

Cuando vi que el pijo insistía y empezaba a subir el nivel de manoseo y ella comenzaba a gritar, me invadió una rabia inmensa —para que luego digan que lo de sobrepasarse con una chica solo es cosa de personas de nivel bajo—, y me acerqué para intervenir. Le hice un placaje a ese subnormal que no entendía un clarísimo «No». Lo tuve que hacer así, estaba muy alterado y no tenía ganas de secundar una pelea y que me echaran de la fiesta. Ese tío me acababa de demostrar con su comentario que podía pasar por uno de los del *catering* y sabía, por experiencia, a quién le terminaban dando la razón en estas cosas. Por suerte, el pijo se relajó y se fue.

No tenía previsto estar a solas con la chica del cumpleaños. Solo nos vimos en dos ocasiones y estábamos rodeados de mucha gente. Aunque siempre me pareció ver un aura angelical en ella, algo mágico. Nos presentamos, a pesar de que sabíamos quién era cada uno, pero esa vez lo hicimos de manera oficial. Todavía me sorprendí más al repetir el mismo gesto —el único— que nos habíamos profesado hasta ahora: nos dimos la mano.

En ese instante, unos calambres recorrieron todo mi brazo, como cuando recibías electricidad estática al abrir la puerta del coche.

—¿Estás bien?

Era inevitable que le hiciera esa pregunta, al fin y al cabo, lo había visto todo. Un mechón se había escapado de su bonito peinado y mi mano cobró vida y, sin pedirle permiso a mi cerebro, le apartó ese mechón y se lo colocó detrás de su oreja. Tenía una piel muy suave. Ella cerró los ojos.

Entonces, le comenzó a brotar una lágrima por uno de sus ojos verdes. Ella se refugió en mi pecho y yo la rodeé con mis brazos, acogiéndola.

—Ssshhh. Tranquila, todo está bien. Ya ha pasado.

Estaba temblando.

—Si no llegas a venir, no quiero pensar qué…

—No lo pienses.

Nos sentamos los dos en el banco en el que, hacía un minuto, ella estaba aterrorizada. Dejé que tomara aire, que recuperara el ritmo normal de su respiración, para retomar la conversación de una forma en la que no se sintiera violentada.

—¿De dónde ha salido ese pijo sobón? ¿Estaba en la lista de invitados?

Ella sonrió. Me alegré de haberle sacado una sonrisa.

—Por desgracia, sí. Y mira que le pedí a mi padre que no lo invitara.

—¿Tu padre te hace la lista de invitados de tu cumpleaños?

—Te puedo asegurar que esta no era mi idea de cumpleaños.

—¿No? —Lo cierto es que me sorprendió—. Creía que la gente como tú, ya sabes, de la realeza, siempre celebrabais todo con mucha gente y bien vestidos. No como yo. —Me señalé a mí mismo —. No me extraña que el *Borjamari* ese me confundiera con un camarero.

Ambos volvimos a reír.

—¿Y cómo has acabado tú en mi fiesta? Si se puede saber. —Se quedó un instante pensativa y enseguida negó con la cabeza, rectificando—. No quiero decir que me moleste que estés, al

contrario, si no llega a ser por ti… Es que no pareces de esas personas que les gusta… esto —dijo señalando a su alrededor.

—La verdad, es que, por lo que he estado observándote esta noche, tú tampoco pareces de esas personas que les gusta… esto —repetí su gesto.

Ella sonrió, bajando la mirada con timidez. Si en otro contexto alguien me llega a decir que esa chica era una persona normal, que vivía en un piso en el extrarradio de Madrid y que asistía a un instituto público, me lo hubiese creído. Transmitía cercanía y la suya era la sonrisa más bonita, auténtica y cálida que había visto.

—Me cuesta —reconoció—. No se me da bien ser abierta con la gente, soy una pésima anfitriona. Por suerte, la *herencia* es para Gabi.

—¿Gabi?

—Gabi es mi hermana mayor y heredera al trono. Tú la conocerás como la princesa Gabriela.

—¿Ves? No te sitúo como un personaje público. Pero a lo que me preguntabas. —Saqué la invitación del bolsillo trasero—. Como puedes ver, no me he colado ni me he hecho pasar por conde. He sido invitado personalmente.

—Claro. Ahora mismo eres una promesa del deporte, eres el invitado perfecto para lo que mi padre tenía planeado.

No sabía si sentirme alagado o todo lo contrario. Era evidente que el rey deseaba que, además de los otros allí presentes, yo estuviera y representara a esa parte de jóvenes destacados; pero también era indudable que Catalina no había tomado partido y tal vez no hubiese contado ni conmigo ni con más de la mitad de la fiesta. Sobrábamos. Me invadió una incomodidad y me volví a sentir desubicado.

—Pero como ya te he dicho —volvió a hablar ella, creo que había notado mi decepción—, me alegro de que haya sido así.

—¿Cómo hubieses celebrado tu dieciocho cumpleaños?

Por un instante, se quedó pensando y sonrió. Otra vez esa preciosa e ingenua sonrisa.

—Me hubiese ido con Gabi y con mis mejores amigas de viaje, no hubiésemos sido más de cinco. Me hubiese ido a París, habríamos

tomado café por Montmartre y hubiese soplado las velas en la última planta de la Torre Eiffel.

—Suena mucho mejor.

Ambos nos relajamos. Debo reconocer que empecé a sentirme muy a gusto sentado en ese banco, perdido en los jardines de aquel palacio junto al mar. Estuvimos hablando de muchas cosas, de nuestra infancia, de nuestros años de colegio, todo ello tan distinto, de su primer año en el *college* y de mi fichaje en el equipo juvenil y el posterior salto a primera división.

Catalina me habló de su relación con el *Borjamari* —en realidad se llamaba Fernando y su padre era marqués de algo de las flores—, de que había sido su primer y único novio y que resultó ser una gran decepción cuando lo pilló con otra en el mismo internado en el que vivían. Yo no le conté mucho. A mis amigas del barrio no las podía llamar *novias*, aunque sí le comenté que recientemente me había sucedido algo parecido con la que era mi chica.

—¿Te refieres a las fotos que han salido de la *influencer*? —preguntó ella con total ingenuidad.

Yo agaché la cabeza y me reí.

—Vaya, las princesas también leen la prensa rosa. No pensaba que mi vida personal estaba tan expuesta.

Catalina se sonrojó. Se sonrojó mucho.

—Lo siento.

—Para nada, es la pura verdad. A veces me olvido de que estaba con una chica que publicaba por redes las veinticuatro horas del día de su vida y de que mi cara, por todas las cosas buenas que me han pasado, también es cada vez más conocida.

—¡Caaaaata! —se oyó llamarla de fondo.

Catalina me miró con una especie de resignación y fastidio contenidos.

—Es mi hermana, deberíamos regresar. Se me ha ido el santo al cielo, estaba tan a gusto… Ojalá pudiera seguir hablando más contigo, es una lástima que no vayamos a estar sentados en la misma mesa durante la cena.

—¿Sabes dónde me sientan?

—No, pero sé con quién me siento yo. —Me guiñó el ojo y se levantó.

Yo la seguí, aunque dejando que ella caminara y separara la distancia. No quería comprometerla y que su hermana le preguntara qué hacía conmigo. Volvió a desaparecer entre los árboles, con su vestido blanco de hada. Solo pude observarla durante el resto de la noche en la distancia, mientras cenaba junto al hijo de un empresario textil y una diseñadora de moda flamenca.

6
Catalina

Con quién estabas? —me preguntó Gabi, en cuanto me vio aparecer por una de las entradas al gran jardín.

—Estaba con… —Cuando me giré para presentarle a Lancine, este no me seguía—. Estaba conmigo misma, pensando en mis cosas.

—Venga, no te hagas la misteriosa y ve a anunciar que comienza la cena. Si al final te va a gustar eso de ser el centro de atención. —Me sacó la lengua.

Me alegré de que Gabi no se hubiera dado cuenta de nada, de que no se percatara de la presencia de Fernando o de Lancine. Me hubiese muerto de la vergüenza solo de pensar en las explicaciones que tendría que dar, aunque el que debería sentirse avergonzado era Fernando.

El resto de la fiesta transcurrió bien, sin incidentes. Cenamos y reímos cada cual repartido y agrupado en sus quince mesas redondas, distribuidas en el salón y organizadas por la empresa de *catering* contratada para la ocasión. Soplé las velas acompañada de un eufórico «Cumpleaños feliz», me aplaudieron, brindamos y bailé con mi grupo de amigas con la música a cargo de un conocido DJ.

Fernando debió marcharse tras el incidente en los jardines, no lo volví a ver. A Lancine sí, pero él no bailaba, sino que se mantenía expectante en círculos de conversaciones, sin participar mucho. Debía de ser muy duro estar allí esa noche, de fiesta con tanta gente desconocida, cuando hacía tan solo unos días que se hicieron públicas unas fotografías de su novia con el modelo ese tan famoso.

A cierta hora, algunas personas —aquellas que imaginé que vinieron a mi fiesta más bien por obligación que por deseo— comenzaron a hacer amagos de despedidas. ¿Para qué continuar más en ese palacio rancio, controlado por un operativo de seguridad y amenizado por una empresa contratada y supervisada por la reina Paula, pudiendo beber y bailar sin vigilancia a la zona del *Passeig Marítim*? Aun así, casi que lo prefería de ese modo. De hecho, estaba pensando en cómo iba a continuar mi celebración esa noche: me estaba imaginando en la piscina con vistas al acantilado y al mar, bañada por el agua y por la luz de la luna, que estaba preciosa esa noche de agosto. Ese sería mi autoregalo.

Era evidente que Lancine formaba parte del grupo de los obligados a asistir, pero se acercó para despedirse. Mirándolo en ese momento, sin los nervios causados por el miedo que había pasado, me pareció un chico muy atractivo con ese *look* tan informal. Su cuerpo —marcado por horas y horas de deporte— y esa cara infantil, pero que al mismo tiempo, percibí que escondía mucho esfuerzo, madurez y responsabilidad. Sentí la necesidad de saber más él, de conocer su historia.

—Muchas gracias por la invitación, lo he pasado muy bien —me dijo sin más y mi decepción se hizo evidente en mi rostro.

¿Qué esperaba? ¿Que me dijera «Vente conmigo, nos vamos de discoteca con los demás»?

Me dio la mano mientras esperé a recibir esa carga eléctrica que, de forma inexplicable, atravesaba nuestros cuerpos en cada una de las escasas ocasiones en las que nos habíamos tocado. Era lo que sentí que sucedió en los tres momentos en los que nos habíamos visto y, por cómo reaccionaba él, creo que Lancine también lo sentía. Pero además de electricidad, recibí algo más que dejó descansando en mis dedos para que lo atrapara. Era un trozo de papel doblado. Lo guardé en el dobladillo de la faja del vestido que estilizaba mi cintura. Él me guiñó un ojo y se marchó.

En cuanto me quedé a solas en mi cuarto, para lo que tuve que esperar mucho —despedidas, tertulia con Gabi y las primas, y el imprescindible interrogatorio de mamá, entre otras cosas—, me desvestí para ponerme el bikini y darme mi baño nocturno y fue

cuando noté caer el papel doblado sobre el suelo de madera. Lo había olvidado por completo. Los nervios se apoderaron de mí mientras me agachaba para coger el papel y abrirlo. Contenía lo que parecía un número de teléfono móvil y un simple «Lan» escritos a lápiz.

Sonreí. Me había dado su número de teléfono. ¿Qué era lo que debía hacer? Mi voz interior me decía que grabara el número en mi teléfono de inmediato y que le escribiera un WhatsApp, pero esa otra vocecilla interior aguafiestas —que solía aparecer para aplacar los instintos y cuestionar las primeras decisiones— me dijo que no fuera patética y que mucho menos pareciese desesperada. Estaba montándome una película de comedia romántica, cuando tal vez el chico solo quisiera una amistad o le hubiera dado cierta lástima por lo que sucedió en los jardines.

Lancine Yassa, ahora que había conocido más de él, era un triunfador que llevaba luchando y abriéndose camino para destacar desde que era un niño; todo lo contrario a mí. Venía de estar con —nada más y nada menos— Nadia Blume, una *influencer* de las que todo el mundo sabía su nombre, aunque no tuvieran Instagram o TikTok. Lo de ella era otro nivel, tres coma tres millones de seguidores, eventos día sí y día también, y colaboraciones y campañas con infinidad de marcas de todo tipo. Y va la muy pava y se lía con un modelo cuarentón que no creo que buscara la estabilidad con una chica que podría ser su hija y que, en caso de que así fuera, la brecha generacional les pasaría factura, cuando tenía a un chico que, por lo poco que había conocido de él, contaba con muchísimos puntos a favor.

Pero tampoco debía opinar desde fuera, no podía hacer un juicio de valor de una chica que no conocía y de un chico al que había visto en tres ocasiones contadas y con el que había mantenido una única conversación de media hora en un contexto bastante peculiar. Al fin y al cabo, mi única experiencia en pareja fueron los meses en los que estuve saliendo con Fernando. Quizás, Lancine y Nadia no eran compatibles, no eran felices juntos o su relación no estaba tan consolidada como intentaban vender los medios. Debía de ser una tortura saber que cada paso que dieras en tu vida, cada relación que

iniciaras o que acabaras o cada gesto que hicieses ante un *photocall*, iba a ser cuestionado por miles de ojos y puesto a debate en revistas y programas del corazón.

Mamá nos contó a Gabi y a mí que los comienzos con papá, cuando se supo su *romance* —así lo llamaba la prensa, no «noviazgo» o «amistad»—, dándose a entender con ese apelativo que era algo pasajero, no fueron fáciles. Decía que al principio se veían en secreto en salas de cine o casas de amigos y que, cuando fueron fotografiados juntos y esas instantáneas salieron en las revistas antes de que la Casa Real pudiera negociar o retenerlas un tiempo, mamá se vio invadida en la puerta de su casa y en la entrada trasera del teatro. Tuvo que suspender sus funciones durante un tiempo y recluirse. Fue un infierno y, por otro lado, no ayudó que la abuela —siempre fue un hueso duro de roer— no viera con buenos ojos que papá no se casara con alguien de la nobleza, mucho menos que saliera con una actriz. Pero en su caso, triunfó el amor, aunque mucho les costó. Además, coincidió con el deterioro de salud del abuelo —a quien no conocí— y murió sin apenas tiempo de dar su beneplácito a papá y mamá. Sin embargo, papá fue claro y, cuando se vio con una inminente coronación, anunció que si no le dejaban casarse con quien él quisiera, renunciaba a sus derechos dinásticos. La abuela decía que le supuso un soponcio: preparar a una candidata a reina desde el principio, sin base, sin unos mínimos de conocimiento del protocolo, cuando podría escoger a cualquiera de las jóvenes casaderas de las casas europeas —suena muy rancio, pero así lo dijo—, hubiese sido un trabajo casi hecho.

Todavía me sorprendía cómo mamá llegó a un entendimiento y a mantener una relación cordial con la abuela, que se lo puso tan difícil al principio. Debía de ser terrible para cualquiera acceder sin haberse hecho siquiera a la idea, y formar parte de un círculo en el que se la criticó tanto y evitaban su entrada a toda costa. Por suerte, todo fluyó y papá y mamá demostraron que lo suyo no era un capricho.

Ya en la zona de la piscina, me sumergí. Hice unas cuantas brazadas en esa agua cálida y reconfortante que solo se percibía en esa época del año y únicamente cuando las temperaturas altas le

daban una tregua a la noche. Nadar así era otro nivel. Cuando me noté lo suficientemente fatigada, descansé mis brazos entrecruzados sobre el bordillo, posando mi cabeza sobre ellos, manteniendo mi cuerpo sumergido y flotando en el líquido transparente.

Volví a pensar en todo lo sucedido esa noche, en cómo Fernando intentó sobrepasarse conmigo y en la incursión de Lancine. La imagen de Lancine invadió mi mente y se formó un hormigueo en mi estómago, que fue bajando por el vientre, hacia partes de mi anatomía que hacía tiempo que permanecían dormidas. Ese hormigueo lo había sentido en otras ocasiones, especialmente cuando Fernando y yo nos escondíamos en las cuadras del *college*, en el bosque colindante o en el *pub* que frecuentábamos en Llantwit Major para comernos a besos. Era cuando él exploraba lugares de mi cuerpo que nadie más había tocado y mi reacción siempre afloraba con ese hormigueo y la posterior humedad. Pero jamás llegué a hacer algo más que besos intensos, roces y caricias con él. Y, visto lo visto, me alegraba por ello.

De repente, me sentí ridícula por esa reacción que estaba experimentando mi cuerpo con tan solo pensar en el futbolista. Debía poner los pies sobre la tierra. En breve regresaría a Gales para terminar el Bachillerato, estaría recluida y alejada de todo y, en mi caso, no podía permitirme fracasar; llevaba un año de desventaja. De niña sufrí una trombocitopenia inmunitaria, una enfermedad que genera anticuerpos contra las plaquetas, de la que por suerte me recuperé, pero me hizo perder un año escolar por los múltiples ingresos hospitalarios y tratamientos. Aquel bache en mi salud me hizo parecer débil ante el mundo y parecía algo permanente, y no fue así. Necesitaba acabar mi formación, pero también demostrar que era fuerte e independiente. De hecho, tenía una conversación pendiente con papá respecto a prescindir de escolta en el *college.*

Ese chico, Lancine Yassa, iba a continuar con su vida y yo sería testigo porque en el *college* había una potente red wifi que me mantenía en contacto con lo que ocurría en España y en otros lugares.

Pero, por una sola vez y porque era mi cumpleaños, me permití ser atrevida y espontánea y responder a esa reacción que

experimentaba mi anatomía y que, precisamente por eso, me hacía envalentonarme más de la cuenta.

Hola. Soy Cata.

Enseguida recibí contestación.

Q CATA?

«Soy idiota».

Catalina, acabas de estar en mi cumpleaños.

Ups, perdona. No tenía esperanzas de que fueras a escribirme.

Vaya, ¿por qué? Dudo mucho que te suelan dejar sin contestación.

Uy, no sé si me siento halagado o sobrevalorado, pero gracias y sobre todo, gracias por contestar tan pronto a la nota. Cómo has acabado la noche? Cómo t encuentras después de lo q ha pasado con el borjamari?

Estoy bien. Al principio todo ha sido bastante desastroso, pero, por suerte, ha acabado bien y en parte ha sido gracias a ti. Gracias a que apareciste, el borjamari, como tú lo llamas, se ha marchado y he disfrutado de la fiesta sin tensión. Y el rato en el que estuvimos hablando también ha sido uno de los mejores momentos de la noche.

Di a «Enviar» ese último texto, cerrando los ojos y apretando los dientes, arrepintiéndome enseguida de haber escrito esas últimas palabras. Seguro que lo espantaba y me decía «Hasta luego». En la pantalla del chat de WhatsApp, me salía esa palabra con puntos suspensivos que lo volvía todo más eterno y angustioso —«Escribiendo…»— hasta que, finalmente, contestó.

Yo también he estado muy a gusto hablando contigo. No sabía que acabaría estando tan relajado hablando con una princesa. Ahora que tienes mi número, cuando te apetezca, podemos chatear.

Lo mismo te digo. Bueno, te dejo, estoy empezando a congelarme, tengo medio cuerpo en la piscina y ya va siendo hora de ir a la cama.

Vaya, qué bien te lo montas. Aunque yo también estaba en la piscina, la del hotel. Pasado mañana me vuelvo a Madrid, empiezan los partidos.

Yo también me marcharé pronto a Gales. Estudio cerca de Cardiff.

Esperé a que él conteste. Parecía que dudaba de lo que quería escribir, o al menos era la sensación que me daba. Pedía por favor, al ser cósmico o al Dios que regía nuestros destinos, que no fuera muy cortante conmigo…

Entonces, puedo seguir escribiéndote?

¡Pues claro!

Claro que sí. Hablamos pronto. Buenas noches y que tengas una buena vuelta al trabajo.

Buenas noches, princesa.

Era la segunda vez en aquella noche que Lancine me guiñaba el ojo. ¿Y lo de «princesa»? ¿Iba con segundas? No sabía si esos mensajes y aquel coqueteo inofensivo se iban a quedar en algo para el recuerdo. Desconocía si volveríamos a coincidir. El caso es que esa noche había experimentado muchas emociones, buenas y malas, pero me sentía muy bien. No sabría cómo explicarlo, pero esa noche, saliendo de mi baño nocturno en la piscina, pensé que al final valió la pena aquella locura de cumpleaños solo por ese último momento de la noche.

7
Catalina

Dos meses después…

Agosto y su luz veraniega quedaron muy atrás. El día en que me despedí de Marivent para regresar a Madrid y preparar mi equipaje de vuelta al *college* en el pueblecito de Llantwit Major, me invadió una pena tremenda. No volvería a ver a Gabi durante largos periodos de tiempo. Pensaba que esas semanas sin el contacto con mi hermana —que, además, era mi mejor amiga— serían interminables y deprimentes. No sé por qué, me imaginaba un otoño más apagado al estar sola en el curso. Mi gran fallo fue que, en el curso anterior, me apoyé mucho y me dejé arropar por Fernando. Por suerte, él acabó bachiller y estaba fuera del perímetro de Cardiff.

Conseguí ese voto de confianza y ese último curso prescindí de escolta, lo que me permitió relajarme y disfrutar del entorno tan bonito de la costa galesa y ser yo misma con mis otros compañeros y compañeras. Tuve que hacer grandes esfuerzos por integrarme de nuevo; no soy lo que se dice en la prensa, una persona dada a socializar y a hablar por hablar. Pero parece que encontré a una igual en una situación bastante parecida a la mía, compartíamos aula y dormitorio.

Se llamaba Alexandra Bennett, aunque desde el principio me pidió que la llamara Lexy. Era hija de un abogado bastante importante de Derechos Humanos y de una diseñadora de tocados y pamelas muy popular en Londres y alrededores. Había vivido toda su vida en el

barrio de Belgravia, en una preciosa y elegante casa de esas con columnas jónicas, verdes macetas que rebosaban de los balcones y una verja en la entrada, con el típico acceso de sobresuelo para el servicio. Era —y sigue siendo— un barrio bastante pijo y, lo cierto, es que aquel ambiente no encajaba con ella: una chica de estética *punk* suavizada, con las uñas pintadas de negro, mechas rosas en su despeinado cabello rubio, coleccionista de collares y pulseras de cuero, amante del arte y con un talento desbordante para el dibujo; siempre estaba dibujando bocetos de flores y hojas otoñales.

Lexy acudió al Eaton House Belgravia School y, cuando cumplió los doce años, ingresó en el Harrow School. Créeme, para alguien que tuvo que revisar los pros y los contras de cada escuela prestigiosa de Reino Unido con el ojo analítico de una madre controladora, puedo decir que Lexy recibió la educación más selecta.

¿Que por qué Lexy acabó cursando su último año de instituto aquí, en el Atlantic College, cambiando Londres por una pedanía de Cardiff? Era algo que ella eludía, parecía que prefería no contarme su historia de momento. Decía que, cuando tuviéramos más confianza y considerara que yo era una chica de fiar, me contaría hasta el más escabroso de sus secretos; seguro que incluía explicarme cada detalle de ese cambio drástico de institución académica. Podría haberme ofendido eso de que «considerara que era de fiar», pero en realidad, solo estaba recibiendo una más que aceptable sinceridad, lo que piensa alguien con lógica cuando conoce y tantea a otra persona, solo que ella no se andaba con evasivas y decía las cosas como son —además— con una auténtica elegancia británica.

Sin embargo, yo sí que quería contarle a Lexy el drama que viví con Fernando a finales del curso pasado. De hecho, lo hice; incluso el incidente del día de mi dieciocho cumpleaños. Aunque, por algo que ni siquiera yo sabía, no le mencioné el papel que desempeñó Lancine. Por eso, cada vez que recibía un mensaje de él, apartaba un poco la pantalla del móvil. Creo que ya era imposible ocultarle algo que intentaba guardar con celo, que —en realidad— si se miraba bien, no era nada. Únicamente se trataba de dos conocidos hablando de vez en cuando por WhatsApp.

—¿Me vas a decir quién es el chico misterioso con el que te mensajeas? —preguntó Lexy, mientras dibujaba un pequeño mural de flores a lápiz, intentando aparentar desinterés, aunque las dos sabíamos que no era así.

—Es un conocido… Aunque, en estas semanas, se ha convertido en un buen amigo.

—Pues yo no me quedo hasta las tantas de la noche hablando con un *amigo*, tampoco pierdo el culo en andar mirando el móvil entre clase y clase para saber si tengo mensajes de un *amigo*. —Se rio y no pude evitar contagiarme con ella—. Venga, va. ¿Quién es él?

—No es nadie, pero al mismo tiempo, es muchas cosas. No tengo ni idea qué color es su favorito o qué perfume gasta, pero puedo mantener una conversación durante horas con él. Y por mis circunstancias, por las suyas, por dónde vivimos y a dónde pertenecemos, seguramente no volvamos a coincidir en persona en mucho tiempo. Y lo más extraño de todo es que…

No pude evitar sonreír por lo irónico de la situación.

—¿Qué?

—Que tengo la posibilidad de verlo todas las semanas.

«En cada uno de los partidos que juega y que te obligo a que me acompañes a ver al *pub* del pueblo o a la sala de televisión de la residencia del *college*».

Lexy pensaba que era una fanática del fútbol y una hincha silenciosa del Real Madrid cuando, en realidad, mirar los partidos solo tenía un propósito para mí: intentar recordar esa electricidad.

Prefería no compartir una sensación de la que no sabía si era correspondida. Tampoco quería lanzarme y contarle a nadie que me sentía atraída por el futbolista más joven de primera división y destacado del momento; probablemente, era la fantasía de cualquier chica de mi edad. El *mensajearme* con él y contarnos lo que hacíamos cada día no implicaba nada. Seguro que tenía a otras como yo, pendientes del móvil. Eso último me lo repetía mil veces para convencerme y desinflar esa ilusión, incitada por mis propias fantasías, y me funcionaba la mayor parte del tiempo. Pero, de vez en cuando, me escondía de esa voz de la conciencia realista y aguafiestas, me deleitaba imaginando que cualquier conversación de

Lancine escondía una especie de mensaje subliminal que yo no conseguía entender. Eurídice, mi *alter ego*, se alimentaba de imágenes e historias de su Instagram… Patética.

Pero esa sensación fue disipándose en las siguientes semanas. De repente, Lancine dejó de escribir, lo que corroboró que aquel coqueteo fue producto de mi propia fantasía. ¿Cómo no iba a ensalzar a la persona que me protegió en un momento tan violento?

Me confundí, no había más.

No estaba enfadada ni mucho menos. Recordaba esa electricidad con cariño. Tal vez, en otras circunstancias o incluso en otra vida, eso hubiese significado algo, pero no así. No en esa vida mía tan aislada.

Me metí de lleno en el curso, me centré en los estudios de tal manera que dejé de estar al tanto de los encuentros de fútbol. Estaba exenta —al igual que el año anterior— de acudir a acontecimientos institucionales, por lo que octubre terminó siendo un mes frío e insulso.

A veces me aparecían titulares en el teléfono: «Histórico gol de Yassa en el primer Clásico de la Liga», «Otro año será: Lancine Yassa se queda fuera del podio del Balón de Oro» o «Lancine Yassa retoma su vida tras su mediática ruptura con Nadia Blume».

Yo agradecía no ser objetivo de la prensa de la forma tan incisiva que lo eran con él. En los últimos días, sí que había notado la presencia de *paparazzis* en los alrededores del *college*, incluso por el pueblo, cuando fui con Lexy a despejarnos y a tomar un café al White Hart. Mi vida debía resultar poco atrayente, ya que la visita fue breve y enseguida pude ver por Internet el anodino reportaje que hicieron para una revista española, en el que muy brevemente se explicaba mi rutina y mi vida de estudiante en Gales. Ni siquiera trascendió en la escuela. Y fue un alivio.

Definitivamente, no era carne para la prensa.

∞∞∞

Una mañana de principios de noviembre, amanecí con una notificación en el teléfono móvil que —primero— me sorprendió y después me dejó unos segundos paralizada, sin saber qué contestar.

Hola, soy Lan. Q tal estás?

¿Qué se respondía a eso? ¿Tenía derecho a sentirme molesta porque una persona que solo me tuvo de frente en tres ocasiones —a pesar de que mantuvimos conversaciones de WhatsApp durante horas y horas—, y que de repente dejó de hablarme por mensajes, ahora me saludara como si nada? Decidí no contestar enseguida. Fui a clase e hice vida normal, como siempre. No cambié nada de mi rutina y procuré parecer despreocupada. Pero Lexy tenía un radar para percatarse de pensamientos indecisos en los demás.

—Se te nota a la legua que algo te ronda por la cabeza. Llevas todo el día poniendo una cara muy rara —me dijo.

—¿Cara rara? —pregunté ofendida, al mismo tiempo que intentaba ocultar mi bochorno por haber sido pillada como una principiante.

—Mírate, eres transparente como el agua. Te delatas tú sola. Aunque me alegro. Te notaba decaída en las últimas semanas y hoy, por lo que sea, te vuelve a correr la sangre por las venas.

8
Lancine

Desde la fiesta de cumpleaños de Catalina, me pasé el siguiente mes haciendo el idiota. Le escribía casi todos los días. Me sentía bien hablando con ella y era una forma de desconectar tras jornadas de entrenamientos. El hecho de que me hablara de cosas, que para mí pertenecían a otro mundo, me distraía.

En ningún momento le dije algo que sonara a exclusividad o a amistad especial. Pero un día, en los vestuarios, Moncho me abrió los ojos cuando dejé el chat del iPhone abierto sobre el banquillo.

—Tío, ¿quién es Cata? —preguntó mi amigo, mirando la pantalla del teléfono.

—No es nadie —me limité a decir, mientras tomaba el móvil de forma brusca y lo guardaba en la mochila.

—Joder, te veía enganchadísimo al móvil y creía que estabas chateando con Nadia. Te juro que pensaba que ibas a volver con ella.

Nadia ya no estaba con el modelo cuarentón. Del mismo modo que yo me enteré de que ella me la estaba dando con el tal Ginés Tortosa, ella supo que algo andaba mal cuando también vio unas fotos publicadas de este paseando por Barcelona con su ex, otra modelo. Aunque las fotografías no eran tan explícitas, tuvo que subir una historia en su Instagram, diciendo que Ginés y ella solo eran amigos y que se alegraba de que él estuviese teniendo acercamientos con su ex. El karma se la había devuelto a ella.

Pero no tuve noticias de ella hasta un par de semanas después.

Debo decir que el hecho de volver a saber de Nadia me confundió, me alteró y me dejó con una actitud muy insegura. Por eso también dejé de escribir a Catalina. Podría haberle explicado cómo estaban las cosas con Nadia para que me aconsejara, había encontrado una buena amiga en ella, pero sentía que hablarle de Nadia a otra chica, aunque fuera en plan amistad, no era honrado por mi parte.

Nadia me pidió que nos viéramos. Al principio le daba largas, pero al final accedí. Aquella incertidumbre me tenía confuso y bloqueado, aunque puse mis condiciones: no quería fotos nuestras publicadas en sus redes y nada de vernos en un lugar público. Nos encontramos en el Vincci Soho para cenar, un lugar en el que contaba con la seguridad de que no se filtraría nada de ese encuentro, ni siquiera por parte de ella.

Como siempre, tuve que esperar y Nadia hizo su entrada triunfal casi cuarenta minutos después de la hora acordada, con su espectacular vestido ceñido de manga larga y falda muy corta, de color verde oliva, unos *stilettos* que volvían sus piernas interminables y su melena castaña, lisa y larga, sin ningún añadido, cayendo por su espalda. Estaba espectacular y, de repente, me vinieron a la mente infinidad de imágenes de ella, en nuestros momentos más ardientes, que me hicieron olvidar lo insoportable que eran sus esperas y todo lo malo que nos había sucedido.

Muy torpemente, separé la silla de la mesa, intentando parecer un caballero, tal vez un hombre como el maldito Ginés.

—Sient… siéntate, por favor —dije tragando saliva.

—Gracias. —Ella me dio dos besos, apartando su melena con la mano y se sentó con gracia.

Con lo nervioso que me encontraba, ella exteriorizaba una seguridad envidiable. Aquello era el colmo. Yo era el agraviado, era el que debía infundir dignidad, hacer que me suplicara perdón.

Tras tomar nota de las bebidas y sugerirnos los platos de fuera del menú, el camarero nos dejó solos.

—Lan, no me andaré por las ramas. Sé que lo hice muy mal, no tengo derecho a pedirte perdón siquiera. —¿Cómo?—. Pero debes entender que me tenías muy abandonada. Una relación hay que

cuidarla, mantenerla con vida y tu priorizabas como unas veinte cosas antes que yo.

—Si te refieres a mis vacaciones con mi familia…

—Me refiero a todo, Lan. Yo te quería. Te quiero. Solo buscaba sentirme correspondida y Ginés apareció en un momento realmente vulnerable para mí. Me encontraba muy sola.

Nadia bajó la mirada y me pareció ver el brillo de una lágrima, aunque no pude cerciorarme. Ella puso sus dedos, con cuidado, en el nacimiento del ojo y no llegó a causar estragos en su maquillaje.

No sabía qué hacer, pero lo que tomé su mano de la mía para que entendiera que no le guardaba rencor. No podía hacerlo. Tal y como lo había explicado, pensé que tenía razón y me sentí culpable por haberla descuidado.

—Lan… Cuánto te he echado de menos. ¿Tú a mí no?

—Claro que sí, Nadia, pero también me hiciste mucho daño —contesté con sinceridad.

—Oh, por favor, no puedes pasarte la vida guardándome rencor. Necesito demostrarte que, si volvemos a intentarlo, no será un error. —Sonaba tan convincente.

—Nadia…

Llegaron nuestras bebidas y nuestros entrantes.

—¿Nos deja más tiempo para decidir el plato principal? —Nadia irradiaba un encanto especial, casi hipnotizante, con esa sonrisa estudiada que tantas veces la había visto utilizar para conseguir sus propósitos—. Vuelva dentro de quince minutos, por favor.

En cuanto nos volvimos a quedar solos, Nadia retomó su objetivo de reconquista. Estaba funcionando, anhelaba tenerla entre mis brazos.

—Lan, no nos hagamos esto. El orgullo nunca ha servido de nada.

Nadia se acercó más a mí y, cogiéndome de forma desprevenida, me besó. Fue un beso lento y casto. Yo le correspondí y, durante unos segundos, prolongamos ese acercamiento. Cuando ella decidió que era momento de separarnos, lo hizo con una sonrisa triunfal. Yo estaba confuso, no sabía si estaba haciendo lo correcto, pero una parte de mí se sentía bien.

—No te vas a arrepentir.

—Seguro que no. —Y así lo sentía, no me gustaba guardar rencor a nadie y, quién sabía, tal vez esa segunda oportunidad podía ser buena—. Pero esta vez, hagámoslo bien.

Yo estaba pensando en ir despacio y, en un momento dado, que accediera de una vez a conocer mi mundo, mi familia y mis amigos.

—Claro que sí.

Comenzamos a comer. Ella estaba muy entusiasmada, contándome los proyectos y colaboraciones que tenía entre manos y las personas que había conocido tras la última campaña, evitando el nombre de Ginés Tortosa en todo momento.

—Y, bueno, no todo son buenas noticias para mí. Quiero compartir las tuyas también. —Volvió a tirar de su poderosa sonrisa —. Te acompañaré a la ceremonia del Balón de Oro, ¿no? Tengo un vestido pensado para la ocasión, los de *Cosimo Tutti* me lo han prestado adrede y…

—¿Como?

—Pensaba que… —Ella misma se estaba dando cuenta de su error.

—¿Cómo podías tener apalabrada una colaboración con una marca de ropa para lo del Balón de Oro si ni siquiera sabías que ibas a acompañarme a…? —Me eché las manos a la cabeza. Qué gilipollas—. Joder, casi caigo.

Con una tranquilidad que no sabía que tenía, saqué un fajo de billetes, los suficiente para pagar las bebidas, los entrantes y las molestias de ocupar una mesa sin llegar al plato principal en el Vincci Soho. Me levanté y me marché.

—Lan, ¡no me dejes aquí! ¡Lan! —Escuché los gritos de enfado de Nadia mientras me alejaba, dejando a mi paso miradas de asombro de camareros y comensales.

∞∞∞

No gané el Balón de Oro. Tampoco lo esperaba, había otros jugadores con más logros a sus espaldas y más trayectoria que se lo

merecían más que yo. Tampoco fui acompañado de Nadia, sino que acudí al evento con mi madre; llevó un vestido digno de una actriz de Hollywood y con más presencia que todas las *influencers* del mundo juntas. Fue bonito.

Aquella noche, ya en casa, con la camisa medio desabrochada y sentado en una hamaca en la terraza de mi dormitorio, me quedé en silencio, contemplando el cielo de Madrid. Qué distinto era al de Mallorca… Pensé en la isla e inevitablemente apareció la imagen de Catalina con su vestido de hada. ¿Qué estaría haciendo ahora? Seguramente estudiando y pasando frío. Me apetecía hablar con ella, pero tal vez me mandaría a la mierda. Fui muy cortante y muy idiota por perder el contacto con una persona así. Una chica vitamina, se podría decir.

¿Qué le íbamos a hacer? Tal vez, algún día, de una forma menos forzada que intentando retomar una amistad por chat que yo había roto, volviéramos a empezar de cero. Y si no era así, sería porque la chica vitamina, la princesa, no tenía que estar en mi vida ni yo en la de ella.

∞∞∞

Pero sí llegó ese día. A comienzos de noviembre, el equipo tenía programado un partido en el Cardiff City Stadium. Jugábamos un encuentro amistoso contra el Manchester y se había escogido ese campo, aunque yo no caí en la cuenta hasta el día antes de salir.

Cuando me acosté temprano para trasladarme al día siguiente al aeropuerto, donde nos esperaba el avión privado del club, me puse a mirar dónde estaba Cardiff en el mapa —si estuve antes, no la situaba—. Quería ubicar el aeropuerto cercano, el hotel donde nos alojaríamos y el estadio. Amplié un poco más el mapa.

Cuando viajaba, aunque fuera por trabajo, me gustaba informarme de los alrededores. Me apareció el pueblo de Llantwit Major y, justo al lado, St. Donat´s Castle. Me sonaban mucho esos nombres; recordé que habían salido en conversaciones de WhatsApp, las que mantenía con la princesa vitamina.

Escribí varios mensajes: «Hola, princesa», «Hola, ¿me recuerdas?», «Hola, perdona por no escribirte antes. Ha sido una locura de semanas. ¿Todo bien? Adivina a dónde voy»… Ninguno me pareció bueno para ella después de dejar la conversación con un mensaje sin contestar desde hacía un mes, preguntándome cómo estaba, justo cuando comencé a tener noticias de Nadia.

No le escribí nada esa noche.

Pero sí lo hice al día siguiente, antes de salir de casa.

Hola, soy Lan. Q tal estás?

No recibí respuesta. Me despedí de mi madre, que estaba en la cocina conmigo.

—Anda, deja el móvil y dame un beso. Recuerda llamar cuando llegues.

—Mamá, mejor te mando un WhatsApp.

—Está bien, como sea, pero avisa.

Me acarició el pelo despeinándomelo, como si todavía fuese pequeño como Seydou. Mi madre siempre tenía gestos que me hacían recordar que un día tuve una infancia normal, y me gustaba. Me llevaba por las tardes a jugar en el campo de fútbol de San Blas, a los bocadillos que mi padre me preparaba para merendar en la tienda con el pan que le sobraba de la mañana y con la cortadora de fiambre que yo escogía, o en las rodilleras que me cosía mi madre en los pantalones para duraran un poco más.

Ya en Cardiff, en el hotel, avisé en casa de mi llegada, como había acordado. No tenía mensajes de Catalina. Por la tarde, estuvimos concentrados en el hotel; algunos acudimos al gimnasio para distraernos. Moncho estaba conmigo.

—¿Otra vez la tía esa? —Se refería a Nadia. Moncho estaba al tanto de mi cita truncada en el Vincci Soho.

—Qué va, es otra cosa.

—¿Esa *cosa* se llama Cata?

No pude evitar agachar la mirada y sonreír. Moncho parecía un tío básico y alelado, pero jamás se le escapaba una.

—Sí, algo así, pero no es lo que crees.

—Yo no he dicho nada —contestó, alzando las manos.

Ya en los vestuarios del gimnasio, saliendo de la ducha —tenía mi propia ducha con bañera de hidromasaje en mi habitación, pero hay costumbres que se quedan muy arraigadas, como ducharse en un vestuario, estés donde estés—, Moncho llamó mi atención.

—Tío, la misteriosa Cata te ha contestado. A ver si con eso ya te centras y cenas algo, hostia.

—¿Qué dices, gilipollas? —Me reí, aun sabiendo que no era creíble.

—Sí, sí, lo que tú digas. Ahí te quedas, te veo en el comedor. *Catalina, trátame bien. No te rías de mí, no me arranques la pieeeel…*

—¡Es «Carolina», inculto!

Se fue tarareando una canción de M-Clan que ya se quedó en mi mente, reproduciéndose toda la noche.

En cuanto me quedé solo, abrí la *app*.

Bien, ya sabes, estudiando. Me alegro mucho de tu nominación al Balón de Oro, aunque no ganaras. Ha sido un gran logro.

No era una conversación que diera para mucho más. La pelota estaba en mi tejado. Pero ya que la había cagado tanto, esa vez tenía que hacerlo mucho mejor.

∞∞∞

A la mañana siguiente, siendo bastante temprano, pedí prestado un coche al hotel. Podía estar fuera hasta después de comer como muy tarde y apurando.

Moncho accedió a acompañarme. Tenía ganas de conducir el Honda Civic que me habían prestado, aunque se arrepintió en cuanto llegamos al lugar del frío que tenía.

—Joder, espero que valga la pena este viajecito —se quejaba, tirándose el aliento a las palmas de las manos y frotándoselas.

—No seas quejica. Tanto decirme que los de pueblo tenéis más aguante… —le piqué.

—Y, ¿a quién dices que vamos a ver?

—A una amiga.

9
Catalina

Estaba molesta y, al mismo tiempo, contenta de que Lancine se dignara a escribirme después de varias semanas. Veinte días en un lugar apartado como lo era mi internado en St. Donat´s Castle, junto a un pueblecito en el que solo había un par de *pubs* y una iglesia normanda, se convertían en veinte meses si no tenías una pequeña distracción o un aliciente que te permitiera ver que al día siguiente sería uno nuevo y distinto.

Me costó mucho no contestar de inmediato cuando él me respondió enseguida al mensaje que yo le acababa de enviar y que envió esa misma mañana, casi doce horas antes. De hecho, no me esforcé en dar pie a una conversación y, en el fondo, me arrepentía. Tenía ganas de hablar con él, de preguntarle cómo estaba y de chatear durante horas, como hicimos durante ese periodo de tiempo que todavía no sabía por qué cortó.

Oye, princesa. ¿Sigues viviendo en ese castillo donde estudiabas?

Al menos, él insistió en seguir hablando, ¡qué menos! ¿Para qué querría saberlo? Tal vez estaba como yo, no sabía ni qué decirme.

Sí, allí sigo. Algunas no podemos escapar del castillo.

Ya no contestó, qué poco había durado y qué patética me sentía.

Ya me había puesto el pijama cuando miré el teléfono por última vez. Al día siguiente era sábado y el fin de semana se presentaba como cualquier otro aquí: sola. Papá y mamá no podían venir a

visitarme, Gabi mucho menos —se encontraba navegando en un buque escuela— y Lexy —como tantos otros fines de semana— se marchaba a Londres.

—Puedo quedarme, si quieres —me dijo Lexy al verme con cara de aburrida y tirada en la cama, mientras contemplaba cómo hacía su pequeña maleta de viaje para ir al día siguiente a la estación de tren.

—¿Estás loca? Un fin de semana aquí se limita a salir a tomar algo al White, pasear por los acantilados o montar a caballo. Ya tienes que hacerlo durante la semana, no permitiré que sacrifiques ninguno de tus fines de semana en Londres por mí.

—Recuerda que la semana que viene te vienes conmigo. Mi padre nos recogerá el próximo viernes por la tarde. ¿Lo has arreglado?

—Sí —sonreí—, mis padres han hablado con el colegio para que me den el permiso. Tengo que agradecérselo a tu madre, no sabes las ganas que tengo de salir de aquí. Me tienes que enseñar Londres de punta a punta.

Fui corriendo a abrazarla. Lexy se había convertido en una persona muy importante para mí en muy poco tiempo.

—Ya verás, te enseñaré Camden, Piccadilly, Portobello Road… Vas a alucinar.

—¿Y me llevarás al paso peatonal de los Beatles? —pregunté entusiasmada.

—Mucho mejor, tengo dos entradas para una cabina privada en el London Eye.

∞∞∞

Al día siguiente, cuando hacía rato que Lexy se había marchado, y tras haber madrugado bastante para estudiar, decidí salir a dar un paseo y despejarme.

El camino que conectaba St. Donat con el pueblo era un recorrido corto y tranquilo. Esa mañana, enfundada en mi abrigo Barbour, con mi bufanda de cuadros y mis guantes de lana con el gorrito a juego,

anduve casi como una autómata: tenía sobrecarga cerebral de tantas horas de estudio.

Llegué a la plaza de Llantwit a una buena hora para parar en el Old Swan, el bar más antiguo del pueblo y donde preparaban el mejor café. Sí, era un buen plan de sábado de comienzos de noviembre, teniendo en cuenta que no tenía ningún plan.

A lo lejos, un coche, de marca Honda, estaba estacionado delante del bar. Aunque no identificaba el modelo, siempre he sido malísima para las marcas de coche. Era un coche rojo muy llamativo, y los pocos viandantes que había por el pueblo, miraban de reojo. No formaba parte de la pequeña familia de coches de Llantwit.

Yo seguí mi camino.

Vibró el teléfono en mi bolsillo. Cuál fue mi sorpresa cuando miré la pantalla y vi «Lancine» escrito en ella. Él nunca me había llamado.

—¡Hola! Qué sorpresa. ¿Qué tal?

—*Hola… Espero no molestarte. Y que no pienses que soy un perturbado ni nada de eso…* —Su voz sonaba prudente.

—¿A qué te refieres?

—*¿Ves el Honda que hay aparcado a tu derecha, más adelante?*

—No me lo puedo creer…

Sin cortar la llamada, pero sin hablar, fui acercándome. Del asiento del copiloto —que, en realidad, en un coche normal para mí sería el sitio del conductor—, salió una figura alta con un abrigo negro y un gorro de lana de esos de marca deportiva. Se giró y me sonrió.

Dios mío, era él. Colgué y guardé el teléfono.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida, dirigiéndome hacia él y sin poder ocultar también una sonrisa de mis labios.

—Estoy en Cardiff. Esta tarde jugamos un partido… —Él se rascaba la nuca y miraba de reojo sin saber muy bien a dónde dirigir la mirada. Tenía vergüenza. Definitivamente, no me lo podía creer—. Me dijiste que estudiabas aquí y pensé que podía hacerte una visita, no sé…

—Y ponernos al día de cómo nos va la vida, por ejemplo. —Debo decir que, en esos momentos, no tenía intención de ser diplomática, correcta o agradable.

—Lo siento, la verdad es que no tengo excusa.

—Está bien, tampoco es que fuéramos los mejores amigos. No tenías ninguna obligación de darme conversación cada día. —Le resté importancia a su rechazo, aunque en realidad me dolía—. Ya que has venido hasta aquí, ¿tomamos algo?

Su sonrisa y su expresión de alivio eran un «Sí». Me tomó de la mano para saludarme y nos dimos dos besos amistosos. Pero no pude ignorar esos calambres que me recorrieron el brazo. Seguían ahí. Él me miró y, por un momento, creí que también le sucedía lo mismo.

—¿Tu amigo no viene? —pregunté, señalando al coche, donde se veía a otro chico, enfundado en un plumífero y con un gorro.

—No, Moncho se queda en el coche.

Lancine saludó a Moncho con la mano y el otro le devolvió el saludo con una peineta.

Entramos en el Old Swan y nos sentamos en una de las mesas más alejadas que había junto a una pared; parecía una taberna medieval. Nos quitamos los abrigos y nos acomodamos. Enseguida pedimos nuestros cafés calientes.

Nos miramos, esperando a quién hablaba primero. Decidí que iba a ser él.

—Bien. —Levantó él las manos en señal de rendición—. Reconozco que estas semanas han sido algo movidas. Han sucedido muchas cosas.

—Pues cuéntame —le ofrecí sonriendo, aunque de forma irónica.

—Vale. Apareció Nadia.

No sabía por qué me lo contaba, tampoco tenía la obligación, aunque tenía cierto sentido que actuara así. Al menos, así era como se actuaba cuando alguien tenía miedo o dudas, y eso era lo que le sucedía con ella: no sabía si Nadia quería volver, él también tenía dudas respecto a perdonarla o no y, por otro lado, su sensación era que no era honesto si intentaba solucionar su relación con ella y, al mismo tiempo, hablaba con otra persona. ¿Con esa *otra persona* se refería a mí?

—No sé qué decir. Debiste de llevarte un buen chasco cuando te enteraste de que ella estaba preparando el terreno para volver

contigo con la intención de hacer una colaboración millonaria.

—En realidad, lo agradecí, solo necesitaba saberlo para nivelar la balanza del todo —contestó él, demostrando que no estaba nada afectado—. Viéndolo ahora con más claridad, no estábamos hechos para estar juntos.

—Aun así, no había necesidad de que vinieras hasta aquí para…

—Sí la hay. —Me tomó de las manos sobre la mesa—. Yo no soy así, no dejo colgado a un amigo o le dejo de hablar porque me encuentre en un momento confuso con una ex. Y, para mí, tú eras mi amiga. Vale que nos hemos visto en contadas ocasiones que no sumarían ni tres horas, pero hemos hablado mucho, te he contado muchas cosas y tú a mí… Y eso no se le hace a una persona que te importa.

Me quedé sin respiración.

—¿Te importo? —pregunté, necesitaba escucharlo otra vez.

—Claro, eres mi amiga.

Claro.

—Catalina, nunca me ha pasado esto —prosiguió.

—¿El qué?

—Tener una conexión así con alguien. No lo digo por decir. El día que pasó aquello con el pijo ese, el día de tu cumpleaños, supe que ibas a ser alguien presente en mi vida.

—Vaya, Lancine. —Estaba abrumada—. Si esto era una disculpa, debo decirte que tu viaje no ha sido en balde.

—Lan, por favor —me corrigió.

—Entonces, Cata.

Sonreímos. Nos miramos.

Se abrió la puerta y separamos las manos.

—Tío, me muero de hambre y de frío. —Era su amigo Moncho.

—Anda, ven y siéntate. —Le hizo un sitio en su banqueta.

Moncho me miró de pasada, pero enseguida clavó los ojos en mí. Acababa de reconocerme.

—¿Eres tú? ¿La princesa?

—Hola —le tendí la mano sonriendo—, soy Cata.

—Lo sé, te reconocería en cualquier parte. No sabes la cantidad de revistas que tiene mi madre por casa en las que sales tú. —Me

estrechó la mano con entusiasmo. Lan negaba con la cabeza riéndose de las ocurrencias de su amigo.

El tiempo había pasado muy rápido. Pedimos unas hamburguesas con patatas y comimos los tres juntos, compartiendo charlas y risas. Me hablaron del partido de aquella noche y les aseguré que lo vería en directo. Después, los acompañé al coche y nos despedimos con dos besos. Aunque el beso de Lan duró más tiempo, o al menos eso creí notar.

Se ofrecieron a llevarme al *college*, pero les insistí en que prefería pasear. Todavía me abrumaba la idea de enseñarle a alguien conocido el lugar en el que vivía, no dejaba de ser un castillo con más de diez siglos de historia.

Mientras entraban en el coche, no pude evitar escuchar a Moncho hablarle a Lan antes de que cerraran la puerta y arrancaran el Honda:

—Joder, ¿esa era *tu* misteriosa «Cata»?

Y se alejaron por la carretera en dirección a Cardiff con el fin de prepararse para la concentración previa al partido de esa noche.

Estaba deseando contarle a Lexy sobre ese extraño sábado, en el que comencé paseando sola y aburrida, y terminé compartiendo la comida con dos chicos que me animaron la mañana. Me negaba a admitir que uno de ellos me provocaba más de un pensamiento. Y me alegraba saber que Lancine, Lan, formara parte de mi vida de nuevo.

10
Lancine

El regreso a Cardiff fue una tortura. Moncho estaba literalmente alucinado, aunque ojalá también pudiese decir que «sin palabras». Desde el instante en que descubrió que la misteriosa Cata era la princesa Catalina de nuestro país, comenzó a construir una serie de preguntas que, en cuanto estuvimos a solas, las resumió en un «Cuéntamelo todo».

Y se lo conté todo. Pero también le pedí que fuese discreto. No porque tuviese algo que ocultar, sino porque tenía la sensación de que, el hecho de que una chica como ella fuese relacionada conmigo —aunque solo fuera por amistad—, podía perjudicarla. Yo sabía muy bien lo que era tener a la prensa sensacionalista detrás de mí para conseguir una historia —Nadia—, y había visto que Catalina vivía en un entorno protegido, sencillo e idílico.

También saltaba a la vista que ella era muy distinta a mí, comenzando por nuestros orígenes. Si mis circunstancias hubiesen sido las normales, jamás hubiese intercambiado mensajes con ella. Y seamos sinceros, con Nadia tampoco.

—Pero se la ve buena tía, no tiene nada que ver con la estirada de Nadia y eso que ella tiene motivos para dárselas más de diva, es de la realeza —me dijo Moncho, siempre intentando verle el lado bueno a todo—. Joder, si es que daba gusto hablar con ella. Quién lo diría.

—A ver, Moncho, tampoco nos dejes a nosotros por los suelos. Tú y yo también tenemos todo el derecho del mundo a que nos hablen y nos traten bien, aunque se trate de princesas o marquesas.

En ese momento, recordé el incidente con el gilipollas en los jardines, de cómo me habló, pensándose que era un camarero del *catering*, basándose únicamente en mi aspecto. No le había dado importancia a esas cosas hasta que mantuve esa conversación con mi amigo.

—Esas cosas pasan a diario, todos juzgamos. Yo, antes de conocer a esta chica, hubiese pensado que era una estirada y resulta que no lo es. La hermana mayor es la que parece más siesa y antipática.

—No juzgues…

—Es verdad. Pero ¿no te diste cuenta de lo seria que estaba en el saludo en el palacio de Zarzuela, cuando regresamos de Berlín? No se le movía ni un músculo.

—No.

Aquel día tan lejano, recordándolo con Moncho, solo estaba pendiente de, conforme avanzaba la fila de jugadores, llegar al momento de tener a Catalina delante de mí para mirarla de cerca y, cuando pasó, lo único que pude hacer fue mirar al suelo. No había vuelto a recordarlo y no entendía por qué Cata me provocaba esa sensación. De hecho, pensaba que todo había sido fruto de los nervios de la victoria. Y no era así.

Ahora ya lo sabía.

∞∞∞

Mañana vuelo a Londres.

¿Y eso? Si estuviste en Cardiff hace unos días.

Me ha salido un patrocinador, una marca inglesa de cuchillas de afeitar. La publicidad a veces hace ganar más dinero que el fútbol. ¿Qué plan llevas tú?

Pues no te lo vas a creer… Mañana me voy a pasar el fin de semana a Londres. Me ha invitado a su casa mi amiga Lexy.

Wow, ¿qué me dices? Podríamos quedar por allí…

No sé si podré.

Si no quieres quedar conmigo, dímelo.

¡No es eso, bobo! Es que conozco a mi amiga y seguro que ha planificado al milímetro el fin de semana. Ya que me acoge en su casa, no quiero fastidiarle ni cambiarle los planes… Pero se lo diré, tal vez podamos vernos los tres y tomar algo.

No era la contestación que esperaba, pero me valía.

Está bien, vamos hablando. Adiós, princesa.

Buenas noches, Lan.

Tras la visita sorpresa a Llantwit, estuve hablando con Cata durante los días siguientes.

Regresé de Cardiff de muy buen humor. Había ganado un partido que, aunque fuese amistoso, me subió bastante la moral y había arreglado mi error con Cata y retomado nuestra creciente amistad.

Estando en casa, Gaspar —mi agente— me llamó para recordarme que teníamos un vuelo el viernes por la mañana para Londres y que debíamos leer condiciones, negociar y firmar el contrato con la famosa marca de cuchillas de afeitar y, de paso, poner fecha para rodar un *spot*. También me informó de que el proyecto del polideportivo de San Blas iba viento en popa.

—*¿Qué te parece, chaval?* —Gaspar estaba eufórico.

—Genial, gracias.

—*No lo oigo…*

—No pienso decirlo, capullo. —Me reí—. Me consigues una publicidad y ya te crees Jerry Maguire.

—*¡¡Seeeee!! ¡¡Enséñame la pastaaa!!*

Gaspar estaba como una puta cabra.

—Deja de hacer referencias a películas de agentes deportivos de los noventa, estás hablando con un Gen Z.

Aun así, me reí con él. Había sido tan pesado con la película de *Jerry Maguire*, refiriéndose a que él era Tom Cruise —más quisiera— y yo Cuba Golding Jr., que un día terminé viéndola y pude entender más de una chanza de las que me solía lanzar respecto a la famosa película.

Sentía que la suerte estaba de mi lado.

Mi madre me veía contento y eso la tranquilizaba. Había estado muy preocupada por si me había afectado lo de Nadia.

Esa era otra. Me habían llegado rumores de que Nadia había firmado un contrato con una revista masculina y parecía que revelaba detalles de nuestra relación y lanzaba algunos dardazos. Había decidido no intervenir. Si en esa entrevista decía algo que me dejaba en mal lugar, la mejor forma de restarle credibilidad era ignorándola.

El mismo miércoles de esa semana, jugamos contra el Bayern en casa. Moncho, Efrén y yo nos reencontramos con algunos viejos conocidos de la final de la Eurocopa; todavía estaban bastante resentidos, especialmente Hammer. Pero fue una victoria en nuestro campo y los del equipo alemán tuvieron que consolarse haciendo turismo por Madrid.

Entre partidos, entrenamientos, alguna que otra salida con amigos y estar en casa, la semana pasó a un ritmo vertiginoso. Ahora regresaba a Reino Unido, aunque esa vez iba a Londres y no para jugar. Lo único que haría que la semana fuera perfecta, sería quedar un rato con Cata. Casualmente, estaría en la misma ciudad.

Pero ella tenía otros planes.

¿Qué creía? ¿Que por pedírselo iba a dejar su vida a un lado?

Nadia no cambiaba sus compromisos por mí siendo pareja; a Cata la conocía desde ese verano y las veces que nos habíamos visto se podían contar con los dedos de una mano y sobraban. Por mucho que nos mensajeáramos a diario, tenía menos motivos de dejarlo todo para verme y… ¡Joder! Era una amiga. ¿En qué momento había terminado divagando de esa manera?

Me prometí a mí mismo no pensar en ella en cuanto pisara Londres. Iba allí a trabajar.

∞∞∞

El viernes llegué a las once del medio día a Londres. Era una fría y gris mañana de noviembre, comparada con la que había dejado en Madrid. La negociación se planteó como una comida informal o

almuerzo o como lo llamaran allí a esa hora de comer tan temprana a la española.

Fuimos a comer a un restaurante muy elegante, situado en la City, que era el distrito financiero de la ciudad. Después, acompañado por mi inseparable Gaspar y por los CEO. de la marca, visitamos las oficinas de la marca de cuchillas de afeitar. Acordamos que, estando allí y habiendo cerrado el contrato de patrocinio, al día siguiente haríamos una sesión de fotos con los productos y grabaríamos el *spot*, que sería muy simple. Se trataba de cuchillas de afeitar, no tenía misterio.

El viernes por la tarde, tras abandonar las oficinas y dejar a mi agente descansando en el hotel, decidí dar un paseo por Hyde Park; quedaba muy cerca de donde nos hospedábamos. Viajaba mucho, pero no me permitía el lujo de disfrutar de los lugares en los que estaba, solo, paseando y contemplando el lugar. Lo normal era que, tras un partido, me fuera al hotel a descansar o con los compañeros a encerrarme en algún local de cenas y copas. Y, al día siguiente, tomaba un vuelo de regreso a casa. Pocas veces *vivía* la ciudad en la que estaba.

En esa ocasión, el viaje era por trabajo, aunque particular. Los pasos no estaban tan concentrados en tan poco tiempo ni implicaban a un gran número de personas. El bueno de Gaspar se había tomado la molestia de no provocarme una insuficiencia cardiaca y había programado con la firma de las cuchillas un *planning* bastante bien de llevar. De hecho, el sábado también podría tomarme la tarde con tranquilidad, ya que el vuelo de regreso lo teníamos el domingo por la mañana.

Mientras daba mi paseo, pensé en Catalina, que también se encontraba en esa inmensa ciudad, pero no le escribí. La imaginaba con su amiga, divirtiéndose, comiendo, bebiendo, bailando… haciendo todas esas cosas que la disciplina de su escuela, la soledad del pueblo en el que estaba y su condición de personaje institucional en circunstancias normales, no le permitían. En Londres, con toda aquella cantidad de gente, Catalina se iba a sentir una más. Ya tenían bastante con su propia Familia Real. Yo mismo me sorprendía

de moverme entre el gentío y que la gente no se percatara de que era Lancine Yassa, en Madrid sería impensable.

Deseaba que Catalina estuviese pasándoselo en grande, pero una parte egoísta de mí —una muy pequeña, pero muy ruidosa— se moría de ganas de que se acordara de mí, que me escribiera o que me mandara un *selfie* en plan «Mira qué estoy haciendo, me lo estoy pasando genial, aunque ojalá estuvieses conmigo».

En fin, ya estaba bien de pensar en Catalina.

Esa noche cené con Gaspar en el restaurante del hotel y, aunque me insistió en tomar algo rápido en la zona del bar, decidí retirarme pronto y descansar en esa inmensa cama de uno ochenta. Desconecté el teléfono para olvidar un poco a Cata. Miré un rato la tele, pero todos los canales eran en inglés y ese idioma se me antojaba pésimo de pronunciar y entender, así que me dormí.

Al día siguiente, entre sesiones de fotos y grabaciones, se me pasó completamente la mañana. Me sentía ridículo viéndome en una posición estática, a pecho descubierto, con media cara embadurnada de espuma de afeitar y sosteniendo la cuchilla con la mano, haciendo el amago de haber recorrido ya el rostro limpio. Apenas me salía vello facial, y no sabía usar uno de esos chismes. Solo utilizaba una maquinilla eléctrica cada cierto día, pero a nadie le importaba. Se suponía que la gente iba a comprar esas cuchillas porque yo las anunciaba.

Era gracioso ver desde dentro cómo funcionaban las cosas.

Volví a comer con Gaspar, los CEO. y con el equipo de grabación. Durante el postre, miré el móvil por inercia. Se me hizo un nudo en el estómago cuando vi un mensaje de ella.

11
Catalina

Llegué a Londres el viernes por la tarde, aunque a una hora suficientemente temprana para disfrutar de las horas que quedaban de luz. El padre de Lexy nos recogió de St. Donat justo después del almuerzo, cuando concluyeron las clases. Pasamos el viaje en silencio: Lexy hacía bocetos en su libreta y yo miraba por la ventana. No salió ninguna frase tópica del tipo «¿Qué tal la semana?» o algo parecido; se me antojaba muy fría la relación padre e hija.

La residencia de los Bennett se encontraba en Belgravia, a un paso de las zonas verdes de Hyde Park. Era un barrio muy exclusivo que se distinguía por sus elegantes casas adosadas. Desde luego, el padre de Lexy debía ganar mucho dinero como abogado de Derechos Humanos. La casa era tal y como me la había imaginado por las historias que me contaba Lexy; de cuando se escapaba por el balcón de su habitación atando sábanas o cuando volvía a entrar a hurtadillas por la puerta del servicio. Era curioso; las historias de Lexy y de su casa nunca tenían que ver con las cosas que ocurrían dentro, sino con sus huidas y sus extradiciones.

La madre de Lexy era una auténtica dama inglesa, estéticamente bastante parecida a su hija: rubia, delgada y con rasgos muy definidos. Cuando llegamos, nos estaba esperando para tomar el té. Lydia Bennett —sí, como la hermana presumida y coqueta de Elizabeth, de *Orgullo y prejuicio*— era toda una institución de la moda nacional. Tenía dos importantes tiendas de tocados en la ciudad, con clientas exclusivas que llegaban de toda Inglaterra —y

de fuera— y un taller; ella lo llamaba el *atelier*, en el que se encargaba de dirigir la confección de cada pieza única.

Durante la hora del té, mientras la servidumbre llevaba nuestras pertenencias a las respectivas habitaciones, Lydia quiso saber qué planes teníamos. Quería asegurarse de que íbamos juntas en todo momento. Lexy puso los ojos en blanco y le explicó a su madre que me iba a enseñar Camden, que al día siguiente visitaríamos por la mañana la zona del Big Ben y Buckingham Palace y que, por la tarde, había preparado una visita muy especial al London Eye; el domingo me llevaría a Abey Road.

—Hija, te noto un poco congestionada —comentó Lydia.

—No es nada, mamá —contestó mi amiga con fastidio.

—Me quedaría más tranquila si subieras al botiquín y te tomaras un antihistamínico…

Lexy emitió un bufido y se levantó del sofá de mala gana para hacer lo que su madre le pedía. Yo conocía poco de su relación con sus padres, no solía hablarme de ellos. En cuanto nos quedamos a solas, Lydia centró su atención en mí.

—Catherine, ¿no? —Asentí, no quise corregirle mi nombre en castellano—. Verás, años atrás tuvimos muchos problemas con Alexandra. Entiendo que no te haya contado nada, pero agradecería que no te separaras de ella y que, si vieras que se junta con algún… hombre, me lo hagas saber.

—Descuide. Que yo sepa, no vamos a vernos con nadie más —contesté.

Lydia asintió aliviada.

—Y, por favor, no comentes esta pequeña conversación. Yo solo me preocupo por el bienestar de Alexandra, su padre también.

—Entendido.

Lydia se levantó del sofá y yo permanecí sola, pensando en qué quería decir con todo eso. ¿Qué había sucedido con Lexy? ¿A qué se refería con «hombre»? Lexy no es que fuera muy dada a hablar de su vida, pero por lo que me contaba y por su actitud en cuanto llegamos, estar en su casa la asfixiaba y mantener una conversación con sus padres se convertía en algo muy forzado. La actitud del

señor Bennett también era distante. No sabía qué había sucedido entre ellos, pero ahora me sentía incómoda.

Por eso no era de extrañar que, en cuanto Lexy y yo nos cambiamos y nos arreglamos un poco, nos fuésemos directas a Camden.

En Camden se respiraba libertad y diversidad. En ningún momento nadie me reconoció ni se quedó mirándome de reojo. Por Dios, ¿por qué reparar en mí cuando en Inglaterra tenía una Familia Real con mucho más filón? Me gustaba estar en una ciudad y moverme con libertad.

Visitamos las calles, las estrambóticas y únicas fachadas, y el multitudinario mercadillo de Camden. De vez en cuando, miraba mi móvil. Solo tenía un mensaje de mamá, preguntándome cómo me lo estaba pasando y pidiéndome que llevara mucho cuidado. No fue difícil convencerla de esa escapada: iba con una amiga del *college* y lo corroboraron con los Bennett. Mamá, más que nadie, sabía lo que significaba unas horas de libertad sin que te miraran o te juzgaran. Gabi también me había escrito, pidiéndome que le mandara fotos y reiterándome la envidia que me tenía por mi aventura londinense.

Esperaba haber recibido también algún mensaje de él.

Lexy, a pesar de que su congestión nasal, intentaba abrirse paso. Puso el broche a nuestra tarde en Camden, llevándome a uno de sus locales de música en directo, el Assembly. En ese local actuaron músicos de la escena londinense como Oasis, Amy Winehouse, Simple Plan o mi Ed Sheeran —adoraba a ese pelirrojo—; esa noche, tocaba Dave Melia. Bebimos cerveza, comimos hamburguesa con patatas fritas —mamá se echaría las manos a la cabeza si me veía comiendo esa cantidad de grasas— y continuamos bebiendo más cerveza. Yo estaba achispada, he de reconocerlo, pero jamás había tenido una sensación de libertad como la que sentía dentro de ese local ruidoso, con olores corporales variados y su suelo pegajoso.

En nuestra mesa alta del bar, bebiendo cerveza y comiendo patatas fritas, Lexy y yo fraguamos nuestro viaje de fin de año en París.

—Nena, si jamás has estado en París y deseas ir, ¡iremos a París!

—¿En serio? —pregunté emocionada.

Lexy me decía las cosas tan convencida, tan segura de sí misma, que hacía que todo pareciese muy fácil.

—Lo que todavía no entiendo es cómo, siendo tus padres reyes y tú una jodida princesa, tengas tan poco mundo.

Yo encogí los hombros y brindamos.

Regresamos a Belgravia bien entrada la noche acompañadas de Charles, el hombre de confianza de los Bennett —una especie de chófer guardaespaldas regordete y de aspecto entrañable—, con quien habíamos quedado en un punto de Camden a cierta hora. La condición de Lydia, para que Lexy y yo saliéramos sin supervisión, era que siempre debíamos regresar con Charles.

Para cuando llegamos a la residencia Bennett, Lexy empezaba a mostrar síntomas de un cuadro febril, aunque no quería reconocerlo.

∞∞∞

Lexy amaneció con mucha fiebre, dolor de cabeza y una tos cargada de mucosidad. Lydia llamó al médico personal de la familia y, antes de la hora del almuerzo, la habían revisado y recetado medicamentos para tratar una gripe común. Nada preocupante. Era evidente que Lexy no estaba para nada y que, esa misma mañana, mi *tour* londinense se había quedado sin guía.

Me paseaba por la casa sin saber qué hacer. De vez en cuando, me asomaba a la habitación de Lexy y le hacía compañía. Comí algo con sus padres; reinó un incómodo silencio entre nosotros, solo me hacían preguntas sobre la noche anterior para cerciorarse de que no nos habíamos mezclado con ningún «hombre». Me estaba empezando a plantear si sería mejor regresar a Llantwit Major, encerrarme en el colegio y recordar mi tarde noche en Camden como un salto en mi lineal y predecible vida.

Y entonces, en una de mis visitas a la habitación de Lexy, mi amiga me regaló un poco más de la magia de Londres.

—Toma —me tendió un sobre—, aquí tienes las entradas para subir al London Eye. Sería una pena no utilizarlas, teníamos una cabina privada.

—¿Una cabina privada? —pregunté mientras abría el sobre—. ¿Tres entradas?

—Sssshhhh… —Me hizo un gesto para que bajara la voz—. Oye, ya te lo explicaré, pero también hay una carta. Ve al Queen´s Walk a las cinco en punto, y espera en el monumento del Jubilee Oracle. Verás a alguien allí, él sabrá quién eres. Dale la carta.

—¿Él?

—No preguntes, tú dale la carta y vete a tu cabina particular del London Eye para disfrutar sin gente de las mejores vistas de Londres.

Lexy me guiñó el ojo y, a los pocos segundos, Lydia entró a la habitación. Las dejé a solas, mientras una montaña de preguntas respecto a Lexy se me acumulaban en mi cabeza.

Vi que faltaba poco menos de dos horas para la hora acordada en Jubilee Oracle. De repente, se me ocurrió la idea impulsiva de escribirle. Todavía se encontraba en Londres.

Hola, Lan. ¿Te apetece ver Londres desde el aire?

Contestó a los pocos minutos para tranquilidad de mis pobres nervios.

No sé qué me propones, pero cuenta conmigo.

Le envié la ubicación y la hora a Lancine y este, enseguida, supo a dónde lo llevaba.

WOW… Después me cuentas a quién has asesinado…

Y eso que no sabía que la cabina era privada.

Me arreglé para salir. No me puse nada del otro mundo, de hecho, iba ataviada con un jersey calentito de cuello alto. Pero sí fui cuidadosa en darle un toque de color a mi cara. Me puse brillo de labios de tono rosado y *rímel* para mis pestañas; no solía maquillarme, así que con eso ya cambiaba mi rostro. Me eché el abrigo blanco con la capucha rodeada de pelo blanco y gris y fui a la puerta.

Lydia me insistió en que Charles me llevara a la conocida atracción, pero le dije que prefería hacer el trayecto sola y hacer algo de turismo. No quería que Charles se quedara por allí y viera mi encuentro con la persona misteriosa para darle la carta… o con Lancine. Quedamos en que permanecería por la zona del London Eye, también accedió a que cenara yo sola por allí, pero Charles me recogería en el punto de quedada a las nueve y media en punto.

Lo comprendía, al fin y al cabo, ese fin de semana yo era responsabilidad de los Bennett, más allá de que me dejaran salir a ver la ciudad. Lo de que Lexy hubiera cogido una gripe había sido «un contratiempo desafortunado», según la señora Bennett… Aunque yo tenía la corazonada de que la mujer se sentía aliviada de saber a su hija indefensa y débil en la cama, sin salir de casa.

∞∞∞

Después de tomar una combinación de metros desde la estación Victoria hasta Waterloo, llegué al punto de la ciudad de la Milla Cuadrada en el que deseaba estar. Pensaba que yo, una cría a la que no la habían dejado andar sola en su vida, me perdería entre líneas y estaciones, pero lo cierto es que estaba deseando experimentar esa libertad que me estaba proporcionando aquel fin de semana. Pasear por las calles como una desconocida más era un lujo que no me podía permitir en Mallorca, Barcelona o Madrid. Y, ciertamente, en ningún lugar. Siempre que visitaba una ciudad, lo hacía con mi familia y era anunciado de manera oficial.

A la hora esperada, me encontraba en Queen´s Walk. Llegué antes de tiempo, así que disfruté de las pequeñas postales del lugar: el tiovivo, los reflejos que ya se veían de las luces del London Eye sobre el Támesis, los edificios modernos… Paseé un poco por Jubilee Gardens. Era precioso, un pequeño oasis de zona verde en medio de la zona del South Bank y una mezcla de historia y modernidad.

Cuando volví a mirar el reloj, era el momento. Fui al Jubilee Oracle, un monumento bastante raro y moderno situado en medio

del paseo; estaba dedicado a las víctimas de las Brigadas Internacionales de la Guerra Civil Española. Y ahí, entre esos dos cuerpos extraños, se encontraba un hombre de mediana edad —treinta o treinta y cinco años—, atractivo, moreno con ojos azules y unas gafas que lo hacían muy interesante, alto, de semblante serio… No sabía qué tenía que ver con Lexy, tampoco había leído el papel que contenía el sobre, jamás se me hubiera ocurrido. Me acerqué a él, quien enseguida supo que iba de parte de Lexy, me saludó tímidamente al igual que yo, que le di el sobre y giré sobre mis pasos.

Fue muy extraño. Lexy tenía mucho que contarme.

Y llegué a la zona de *tickets* de la gran noria que se alzaba sobre el Támesis. Y allí estaba él: alto, con su ropa de *sport*, uno de sus característicos gorros que le cubría su pelo rizado, con su abrigo abombado —capucha enorme incluida— y esa sonrisa irresistible. «Cállate, Cata. Deja de fantasear. Es un A-M-I-G-O.», me dije a mí misma para aligerar esa sensación de atracción, nervios e inseguridad.

—¡Hola!

Lancine me saludó, también con timidez, y se acercó a mí. Primero dudó, pero se lanzó a darme dos besos. Mi atarantamiento provocó que nos chocáramos nuestras frentes y narices.

—Qué torpe. Lo siento —dije mientras me cubría mi dolorida fosa nasal y veía cómo dejaba escapar una oportunidad de saludo cálido y cercano.

—Tranquila.

Él no hacía más que sonreír. Qué mono.

«¡Basta!».

—Bueno, ¿vamos allá? —lo animé para salir de esa incómoda situación.

Mientras accedíamos al recinto del London Eye, me percaté de la extraña tensión que había entre Lan y yo. Con lo fácil que resultaba hablarnos por el chat, incluso en el encuentro de la semana anterior en Llantwit Major —tras semanas de silencio por su parte— estuvimos más relajados. ¿Qué sucedía? ¿Por qué él también estaba titubeante e inseguro? Íbamos a pasar, como mínimo, treinta

minutos encerrados en una cabina de cristal. La situación tenía que cambiar.

Saqué el otro sobre con las entradas de la noria. Antes me percaté de que había tres entradas y, no sabía por qué, intuía que ese tercer *ticket* estaba relacionado con el misterioso hombre del Jubilee Oracle. Era otra cosa pendiente para preguntar a Lexy.

Cuando llegamos a la entrada de la atracción y mostré mis pases a la chica, me di cuenta de que ambos actuábamos igual: intentábamos ocultar nuestras caras en las capuchas y solapas de nuestros abrigos. Creo que los dos temíamos que alguien nos reconociese o quizá actuábamos así por inercia. Pero nada más lejos, la chica nos trató como los clientes VIP que éramos y nos hizo esperar en la parte del *fast lane*.

—Aquí tienen su cesto con el *champagne* y las copas. Disfruten de la experiencia del London Eye en su cabina privada.

Enseguida estábamos dentro de una de esas jaulas de cristal que pasaba a ritmo lento para dejar salir a unos y entrar a otros —en nuestro caso, solo nosotros— y para ver el ascenso, la altura y el descenso de la ciudad de Londres y sus horizontes violáceos.

—¿Cabina VIP? —me preguntó Lancine alucinado—. Si querías estar a solas conmigo, no hacía falta alquilar una de estas.

Yo me puse roja como un tomate, literal. Me tuve que quitar el abrigo; de repente, me subieron unos calores por el cuerpo. Qué vergüenza, lo que menos quería era que él pensara que yo había orquestado todo esto para…

—No era así la cosa… Yo tenía que subirme con Lexy. —Y, al parecer, con una tercera persona—. Esto no entraba en mis planes…

Lancine se rio, estaba disfrutando de mi bochorno. Pero no era una burla malintencionada, más bien se debía a la situación cómica en sí.

—Tranquila. Creo que nunca me había alegrado tanto de que alguien pillara la gripe. Vamos a brindar por tu amiga Lexy —propuso Lan con ese derroche de humor a costa de mi pobre amiga.

Sonreí. Ya me sentía más cómoda. Contemplé a Lan mientras llenaba las copas con el líquido burbujeante. Yo odiaba el *champagne*, pero ese día haría una excepción.

El río se veía precioso contemplado desde ese mirador tan privilegiado, con ondas brillantes producto de las incesantes luces de la ciudad, junto con los destellos violeta propios de la misma rueda giratoria que nos estaba llevando hasta el infinito. O eso parecía.

Se escuchaba un hilo musical con canciones tranquilas de artistas británicos, todo muy en sintonía.

—Es una pasada —me tendió la copa—, gracias.

Brindamos.

—Ya te he dicho que ha sido pura suerte. En tu lugar debía estar mi amiga Lexy.

—Entonces, he tenido mucha suerte. El doble de suerte.

Me quedé sin palabras durante unos segundos, pero enseguida retomé la conversación y la conduje a terreno neutral.

—¡Mira! ¿Has visto eso? —Marqué con mi dedo el perfecto *skyline* que se perfilaba en el horizonte cercano.

Como si fuese un juego, comenzamos a señalar y a nombrar cada uno de los lugares significativos que íbamos descubriendo durante el ascenso. En realidad, era muy fácil hablar con él. Éramos unos expertos en conversar, hablábamos a diario.

Los primeros quince minutos estuve libre de peligro.

12
Lancine

Me había imaginado en muchos lugares con Catalina, pero jamás pensé que compartiría una cabina privada con ella en la maldita noria de Londres.

Estaba anocheciendo. Todo era perfecto. Habíamos sorteado varios momentos de tensión: ella, esquivando mis bromas con leves insinuaciones; yo, evitando tocarla. Si la tocaba, estaba perdido.

Catalina no paraba de contarme cosas, de su alocada noche en The Assembly y Camden durante el día anterior, de su próxima escapada a París en Fin de Año o de las ganas que tenía de traer a su hermana Gabi aquí.

—¿Es cierto que tu hermana está haciendo algo así como la mili, pero a lo bestia? —pregunté.

Desde que buscaba información de Catalina en Internet —es decir, desde agosto—, no hacía más que salir información diaria de los reyes o de la heredera, su hermana, que estaba haciendo una formación y unas pruebas físicas que ni en las oposiciones a bombero.

—Algo así —encogió los hombros—, pero le encanta. Y eso que en las revistas y en los programas del corazón no dejan de criticar que se le está poniendo espalda de hombre. Pero Gabi tenía claro que, si nuestro padre movilizó a todo el Congreso y el Senado para modificar la ley de sucesión a favor de una mujer, ella se iba a comprometer a hacer la misma formación que él. Y eso incluye la instrucción militar —me explicó, hablando con orgullo de su hermana.

Observé cómo le caían unas hebras de su cabello, que se habían desprendido de su oreja y se posaban en su rostro. Pero volví a concentrarme en nuestro diálogo.

—¿La echas de menos? —le pregunté, aprovechando aquella conversación tan cercana.

—Es mi mejor amiga. Nos lo contamos todo —se sinceró ella.

—¿Todo, todo? —Pasaron por mi cabeza muchas cosas. ¿Le habría hablado de mí?

—Bueno —Catalina me miró de reojo—, todo no. Hay cosas que me gusta guardarme para mí. Al menos, hasta que pueda saber cómo interpretarlas…

—Entiendo.

¿Entendía? Yo solo entendía una cosa en ese momento y era todo lo que estaba sucediendo en torno a Catalina y al perfil que dibujaba ante el cristal iluminado que había tras ella.

—Imagino que la relación con tu hermano es muy diferente.

Me miró burlona.

—Sí. —Sonreí al pensar en la cara regordeta de Seydou—. Mis padres se lo pensaron mucho para tener a Sey, y ahora tengo una especie de juguete con el que gastar energías, en vez de un confidente.

—También debe de ser bonito. Quiero decir que tu hermano, tarde o temprano, te admirará y serás un ejemplo para él.

—Dicho así, es una gran responsabilidad.

—Llega un momento en el que todo son responsabilidades, ¿no te das cuenta? Yo debo ser consecuente con la imagen que doy, no puedo hacer ciertas cosas en público porque perjudicaría a otras personas, a mis padres o a mi hermana, aunque yo quiera desvincularme de todo lo que tiene que ver con la Familia Real.

Cata miraba con tristeza al vacío.

—¿Quieres dejar de ser… princesa? —Esa sí que no me la esperaba—. ¿Qué te supondría?

—Tal vez, algún día, tenga el valor de decírselo a mis padres —dijo con poca convicción—. Me gustaría dejar de pertenecer a la institución. Supongo que eso implicaría perder privilegios como un

título de duquesa, por ejemplo, y también que desaparezca la opresión de verme expuesta en cualquier momento.

—Eso es lo que querrías.

Lo entendí porque, de algún modo, yo también estaba expuesto en todo momento. La diferencia era que, lo que yo hiciera en público, no trascendía de la misma forma.

—Querría que mi vida fuera como estar en esta cabina —añadió Cata con un deje de melancolía.

El mechón seguía ahí, en su cara. Me estaba molestando porque no me dejaba disfrutar de su perfil. Había intentado frenar mi mano durante minutos, pero ya no pude evitarlo. Ahora tenía vida propia. Le aparté el mechón, y mi mano aprovechó para acariciar su cara de porcelana.

En el hilo musical de la cabina, estaba sonando *Perfect*. Sonreí al pensar en las veces que me había dicho Cata, mientras hablábamos por el móvil, cuánto le gusta Ed Sheeran, contándome si lo estaba escuchando en aquel momento o haciendo referencia a alguna canción suya. Y resultaba que, en ese preciso instante, estaba sonando para nosotros. Los dos solos en la cabina. Y es que, como decía la canción, ella era perfecta para mí.

Catalina giró su rostro, como si persiguiera el contacto de mis dedos, que seguían deslizándose, colocando su pelo donde debía estar, detrás de su oreja. Tenía un cabello castaño claro, casi rubio, muy bonito. Y unos ojos con tonos verdosos que hacían que me perdiera en ellos, como si fuese un bosque.

Ella tomó mi mano. Y la descarga eléctrica fue increíble. Estoy convencido de, por cómo reaccionó ella, también la notó. No era solo cosa mía. Solo fue cuestión de milésimas de segundos en las que se me pasó por la cabeza si ella me lo estaba pidiendo con la mirada, si era correcto por mi parte, si estropearía nuestra naciente amistad…

A la mierda.

Rodeé su cara con mis grandes manos y la besé, muy suave. Tenía miedo de que cualquier movimiento brusco rompiera ese momento y quería que durara todo lo posible. Los labios de Cata sabían un poco a *champagne* y también a chicle de fresa.

Sin darnos cuenta y sin separar los labios, nos mecíamos al ritmo de la música. Yo continuaba sosteniendo su rostro, ella se sujetaba a mis brazos.

Cuando separamos nuestros labios, sin perder el contacto, apoyé mi frente contra la suya y sonreí. No quise mirarla a los ojos por si veía arrepentimiento en ella. Pero Cata se soltó de mis brazos, solo para acurrucarse en mi pecho y abrazarse a mi cintura, mientras permanecía contemplando el descenso de la noria.

—Ha sido perfecto. —Fue lo único que dijo.

Y a mí me bastó. Eso y mantenerla abrazada me acompañó el resto del tiempo que duró el corto viaje.

∞∞∞

Pensaba que —al bajar de la noria— se rompería ese hechizo que habíamos creado en nuestra pequeña cabina, nuestra burbuja. Pero nada más lejos. Sin embargo, Catalina tenía una hora límite y había quedado con el chofer de la familia pija con quienes se hospedaba. Debía cumplir sus normas.

Pero nos dio tiempo a perdernos por las calles cercanas. Acabamos en el túnel de los *graffitis*, un lugar poco conocido y con el que dimos de casualidad. Recorrimos el túnel con el bullicio del arte callejero: el agitar de los *sprays* y la pintura que salía contra la pared para crear obras espontáneas; la música *hip hop* procedente de los altavoces conectados al *bluetooth* de algún móvil, sonando en corrillos de gente, a modo de pistas improvisadas. Éramos unos más, haciéndonos fotos con diferentes dibujos de fondo en las paredes de ladrillo, mientras decenas de artistas urbanos trabajaban concentrados. Aunque paseáramos, observáramos, habláramos y riéramos, yo ya no podía dejar de robarle besos. Y lo mejor de todo era que Catalina me correspondía.

—¿Cuándo ha pasado esto? —preguntaba ella, risueña y sin soltarme la mano, en un túnel multicolor en el que éramos unos auténticos desconocidos para los transeúntes que lo frecuentaban.

—¿Acaso te sorprendes? Desde que te vi con tu vestido de hada blanca, el día de tu cumpleaños, ya no dejé de pensar en ti —le confesé sin ninguna vergüenza.

No me importaba reconocerlo, aunque mi inquietud con ella comenzó el día que sus ojos se cruzaron con los míos, la noche de la victoria de la Eurocopa en Berlín.

—Te recuerdo que estuviste semanas haciéndome *ghosting*.

Me sacó la lengua mientras intentaba desprenderse de mi agarre. Pero yo la atraje hacia mí.

—Y cuánto me equivoqué. Por eso fui a buscarte a la maldita aldea donde estudias, con mi amigo pelado de frío acompañándome, para conducir un coche con el volante del revés —confesé con un fastidio fingido.

Nos besamos. Una pandilla de jóvenes de edades similares a la nuestra nos silbó, nos aulló con sorna y nos aplaudió. Cata hundió su rostro en mi pecho.

—Vayamos a comer algo —propuso.

—Sí, será lo mejor. Es eso o seguir comiéndote a besos.

—Espera, un momento. —Cata sacó su teléfono y fotografió un *graffiti*; eran unas manos entrelazadas, una oscura y la otra más clara, con el fondo de un universo infinito y rodeado de planetas y constelaciones—. Ya está, vamos.

Cenamos en un bar cercano y bastante austero situado en la boca del túnel de los *graffitis* —o Banksy Tunnel, que era su nombre oficial—, que parecía estar frecuentado por los mismos grafiteros y alternativos que veíamos en su interior. En la mesa del bar, la más apartada y recóndita que encontramos, entre *fish & chips*, manos encontronadizas y risas contenidas, estuvimos valorando mil y una posibilidades de volver a vernos.

—Podríamos quedar el próximo viernes por la tarde en plena Gran Vía madrileña —propuse.

—Sí, y poner en marcha un *flashmob* para asegurarnos de que todos nos miran y que a nadie se le pase —añadió ella.

—Ahora en serio —dije mientras enlazaba mis dedos con los suyos—, puedo ir a verte algún día entre semana. Será más fácil.

—Puedo intentar escaparme dentro de dos fines de semana. Tengo previsto volar a Madrid para ver a la familia, ya vería cómo hacerlo. Y mientras tanto, seguimos hablando por teléfono.

—¿Hablar por teléfono? —Hundí la cabeza sobre la mesa y Cata rio—. Eso ha sido cruel. Después de hoy, va a ser una tortura.

Los dos sabíamos que sería difícil. En ese momento, en aquel lugar, solo éramos Cata y Lan, pero ambos éramos conscientes de que la princesa Catalina de Moncada y el delantero Lancine Yassa no podían eludir indefinidamente las miradas —no pude hacerlo cuando estaba con Nadia—. O sí, pero sacrificando muchas cosas.

El resto de la noche no pensamos ni planeamos nada más, simplemente hablamos como solíamos hacerlo por el móvil, solo que piel con piel, paseando de la mano. Decidimos que lo siguiente que tuviese que pasar, si tenía que ser, sucedería.

Ojalá hubiese podido proponerle vernos en una cafetería por Malasaña al día siguiente o irnos al cine de algún centro comercial una tarde de esa semana. Pero sabía que no sería sencillo y, lo que fuera eso que estaba surgiendo entre nosotros, necesitaba hacerlo alejado del morbo y el escrutinio público. Tenía la sensación de que, en cualquier momento, podría romperse.

Nos despedimos con un largo *hasta pronto* traducido en beso, teniendo la certeza, de que esas horas juntos en nuestros pequeños rincones de Londres, no las olvidaríamos nunca. Sin ser conscientes, habíamos creado un recuerdo.

A la mañana siguiente, tomé el avión. Gaspar no hacía más que preguntarme qué bicho inglés me había picado para llevar esa sonrisa de idiota todo el tiempo. Solo le dije que el bicho no era inglés.

Cuando regresé a casa, y después de pasar un rato con mi familia, me tumbé en mi cama e hice algo que no solía hacer —delegaba bastante en una *community manager*—: accedí a mi Instagram, descartando mensajes y *likes*.

Me sorprendió ver una fotografía en la que se me había etiquetado y que era muy familiar para mí: dos manos con diferentes tonalidades de piel, entrelazadas y rodeadas por un universo, pintadas sobre la superficie de una pared de ladrillo.

Le di al icono del corazón.

13
Catalina

Hola, Eurídice».

Con ese mensaje, Lan me despertó y me hizo entender que ya conocía mi identidad en redes sociales. No es que yo tuviese una presencia muy activa en Instagram, tan solo había compartido —con mis noventa y ocho seguidores— imágenes de una puesta de sol, una flor extraña y bonita o una pulsera de hilo que compré idéntica con Gabi. Y la última, el precioso *graffiti* del Banksy Tunnel. Era la primera fotografía en la que etiquetaba a otra persona y, a pesar de que se trataba de Lancine Yassa, mi perfil @eurídice_8 era anónimo. Y así debía seguir siendo.

Por eso agradecí que la siguiente fotografía que colgó en su multitudinaria cuenta, continuando con nuestro juego de recordar pequeños retales de ese sábado mágico, no mencionara nada. Se trataba de la imagen nocturna del London Eye. Nada más. Pero para mí era suficiente. Porque él sabía que yo lo vería.

Por qué Eurídice?

Porque me encanta la mitología griega. ¿No conoces ninguna historia de ninfas y dioses?

Creo que me las tendrás que contar… este jueves.

Mi rostro no podía disimular el rubor que ascendía por mis mejillas, provocado por esos nervios que no eran otra cosa que la combustión de mis ganas de volver a verlo y su intención de buscar

excusas para estar conmigo. ¿Realmente iba a venir, otra vez, en tan poco tiempo desde sus dos últimos viajes a Reino Unido?

Los días pasaron lentos y tortuosos. Intentaba estudiar, pero no retenía nada y eso no era normal en mí. Al menos, contaba a mi favor con que Lexy no estuviera en el *college*; la gripe del fin de semana le había dado bien fuerte. Sabía que si hubiese estado pululando por la habitación, se habría percatado de las reacciones que mi cuerpo revelaba por todo lo que Lan provocaba en mí, y me habría sometido a interrogatorios incesantes que habrían acabado en una confesión para la que todavía no estaba preparada.

Pero Lexy no venía.

Aquel jueves, cinco días después de nuestro primer beso en el London Eye, Lan y yo volvimos a vernos. No quería pensar en la combinación de vuelos o en las excusas con su entrenador y su agente para venir a verme. Pero ahí estaba él, con un coche de alquiler, conduciendo por la derecha, maldiciendo el frío y no traer ropa de más abrigo y con esa sonrisa que intentaba ocultar todos esos inconvenientes, en cuanto me vio aparecer por el camino que me traía de St Donat´s Castle.

Me hacía feliz saber que provocaba eso en alguien y que ese *alguien* fuese Lan. Jamás imaginé que sentiría todas esas cosas, ese hormigueo en el estómago con tan solo verlo salir del coche. La electricidad que inundaba mi cuerpo cuando nos tocábamos.

Esa tarde, escondidos dentro del coche que había alquilado en Cardiff, frente a los salvajes acantilados de Glamorgan, ambos nos contuvimos en muchas cosas: nuestros cuerpos clamaban más, pero el sentido común, como un jarro de agua fría, decía «Basta».

—Cuéntame algo que sea repelente y antierótico —me pedía Lan buscando el ritmo natural de su respiración, después estar enredados y todo lo físicamente posible que se nos permitía estar pegados en esas circunstancias.

—El director de mi escuela y la profesora de filosofía, el señor Chambers y la señorita McFadden, todos creemos que están liados. Existen sospechas de que los jueves se citan en la sala de informática, después del desayuno y la reunión de profesores. Hay

quien ya los ha visto salir de allí, digamos que con el mismo tono en la cara que tenemos tú y yo en estos momentos.

—¿Y qué es lo antierótico de todo eso? —preguntó.

—¿Has visto Harry Potter? —Él asintió, sonriendo—. Pues imagínate al maestro Horace Slughorn y a Sybill Trelawney abrazados, manoseándose y dándose besos de tornillo entre pantallas de ordenadores y teclados.

Los dos nos tronchamos de risa. Pero mi evocación surtió efecto y, gracias a la poco seductora imagen del señor Chambers y la señorita McFadden, Lan y yo bajamos nuestra temperatura corporal. Los cristales comenzaron a desempañarse y disfrutamos de una puesta de sol única, mientras intentábamos —al menos, yo lo intentaba— aprovechar todo el contacto posible, atiborrar mi sentido del tacto de Lan. Quería pensar que después sería más fácil sentirlo cerca cuando regresáramos a la rutina del chat de WhatsApp y de las imágenes cifradas de Instagram.

Regresé a mi dormitorio del *college* casi anocheciendo, pero minutos antes de que se cumpliera la hora de cierre de puertas. Nunca había estirado tanto una salida. El conserje quedó alucinado cuando vio llegar a la responsable Catalina; hubiera pensado en cualquier otra de las chicas menos en mí. Tan solo esperaba que no informaran a mis padres de ese inusual horario de llegada.

Mi sorpresa fue encontrarme a Lexy echada en la cama.

—¡Lexy! ¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida.

—No, mejor pregunto yo: ¿qué hacías tú no estando aquí?

Yo me reí. Con que esas teníamos.

—¿Quién era el hombre del Jubilee Oracle?

—Me rindo.

Lexy levantó sus manos en señal de paz y fue al baño a desmaquillarse. Lexy podría estar con una gripe brutal, pero jamás haría su entrada en St. Donat hecha unos zorros.

—No, señora. —La seguí hasta el umbral de la puerta del baño—. Me lo vas a contar. Me dejaste tirada en una ciudad desconocida en mi primera escapada adulta sin padres.

—Te di un planazo: una cabina en el London Eye para ti solita. Y a pesar de estar sola, Charles te recogió y te llevó de regreso a mi

casa ya cenada —atacó ella.

—No me quedó otra que hacer turismo por la zona. Había que aprovechar la escapada. ¿Quién era, Lexy? —insistí.

—Está bien, te lo has ganado. Es una historia muy larga y trágica. ¿Te apetece escuchar un cuento con final triste para dormir?

—Por favor —le supliqué, haciéndole un gesto de reverencia con la mano para que comenzara.

—Bien, allá voy.

Se sentó en su cama mientras comenzaba a desvestirse y a ponerse el pijama, quizás con la intención de tener algo entre las manos para hablar con mayor arrojo. Y me contó su historia, esa que había guardado con tanto secretismo durante meses de convivencia.

El hombre a quien le entregué la carta se llamaba Peter Dickinson. Tal y como me imaginaba, tenía treinta y dos años, aunque aparentaba menos y era muy atractivo. Era profesor de Literatura en Harrow School, donde Lexy estudió antes de venir aquí. Al principio, el trato de Lexy con Peter era de alumna y profesor; coincidieron por primera vez en su último año de Secundaria. No fue hasta que inició el sexto grado, al año siguiente —el curso pasado, justo antes de ingresar en la Atlantic School—, cuando su relación se volvió más estrecha. Solo las paredes del despacho del Departamento de Literatura saben cómo se fraguó aquella atracción y posterior deseo.

Lexy me aseguró que Peter, al principio, se resistía. No dejaban de ser catorce años lo que les separaba, él era su profesor y ella era menor de edad, entre otras cosas. Pero Lexy también me reconoció que se lo puso muy difícil al profesor. Ella lo deseaba, pero después de estar con muchos chicos y habiendo conocido y tratado con Peter, supo que ya no le podría interesar nadie más. Jamás pensé que Lexy fuera tan entregada a una persona con la que tantas brechas la separaban; la hacía una rompecorazones, aunque todavía no la había visto tontear con nadie del *college*, más bien espantar.

Sin entrar en detalles, Lexy me contó que se había entregado a Peter en cuerpo y alma. A él le atormentaba pensar que estaba faltando a sus principios morales y docentes, pero también le podía

más lo que fuera que estuviese sintiendo por Lexy. Peter quiso hacer las cosas bien, quería hablar con los señores Bennett, explicarles que quería a su hija, a pesar de la diferencia de edad, pero ella lo disuadió. «Espera a que termine mis estudios y me gradúe en Harrow, después lo haremos a tu manera», le pidió ella. Peter cedió.

Pero Peter también había bajado la guardia. Los dos la bajaron. Y, simplemente, un día se descubrió el pastel. Fue un escándalo entre el profesorado, los alumnos de Harrow y la asociación de padres y madres. Los Bennett hicieron todo lo posible por callar las habladurías para que no trascendiera. Compraron silencios y clausuraron a su hija en casa. Lexy era una deshonra y, a partir de aquel momento, el control y la vigilancia sobre ella fueron máximos. Peter Dickinson fue expulsado de Harrow School y el consejo escolar se encargó de que no pudiera ejercer como docente en ninguna escuela de Reino Unido. Los Bennett quisieron denunciar a Peter, pero Lexy les amenazó con desaparecer para siempre. Ella les prometió que, si lo dejaban en paz, no volvería a buscarlo ni acercarse a él, finalizaría sus estudios donde ellos quisieran y acataría las normas de la casa hasta que pudiera valerse por sí misma para independizarse. Sería la hija ejemplar que nunca había sido. Eso los calmó.

Pero hay promesas que se hacen para no cumplirse. Lexy siguió manteniendo el contacto con Peter desde entonces, se veían de forma muy puntual —incluso en Llantwit, sin que yo me hubiese percatado— y continuaban en contacto a través de teléfonos públicos; Lexy tenía su teléfono controlado, también sus perfiles en redes sociales y su correo electrónico.

La tarde en el London Eye, el plan era entrar los tres en la cabina. Ella pensaba explicármelo todo y, de paso, buscar una aliada en mí.

—Creo que ya me has demostrado con creces que eres una buena amiga —dijo con sinceridad, aunque evitando las miradas, haciendo uno de sus pequeños dibujos a lápiz sobre su libreta.

Fui a su cama, le aparté la libreta y la abracé. Ahora entendía muchas cosas: su mutismo en temas personales, los interrogatorios que me hacía su madre, el acompañamiento continuo de Charles… Pobre Lexy.

Yo también tenía un secreto. Pero todavía no me sentía con confianza suficiente para contárselo.

∞∞∞

—Todavía no puedo creerme que estemos haciendo esto. Se supone que soy la mayor, la responsable. Si me han concedido un fin de semana libre en la Escuela Militar, es para descansar —bufó mi hermana.

—Y vas a descansar. Mirar cuadros es relajante —la animé.

—Si solo fuera mirar cuadros…

Ese fin de semana de finales de noviembre, por fin nos reunimos toda la familia, aunque solo fuese por dos días. Todos en Madrid, en nuestra casa, en la que hacíamos *vida* junto al palacio. La gente estaba muy confundida: pensaban que los Moncada residíamos en aquel enorme palacio, pero esa ostentosa fachada con tantas ventanas era el lugar de trabajo de mi padre, donde se hacían reuniones diplomáticas o se recibía a personalidades de cara a los periodistas. Mis padres, mis hermanos y yo vivíamos en el recinto palaciego, aunque en una casa bastante menos ostentosa, algo alejada del gran edificio principal de estilo barroco.

Le había tenido que contar mi secreto a Gabi. No todo, solo que había quedado con alguien, que era bastante más que un amigo y que habíamos acordado vernos en las discretas y silenciosas salas del Museo del Prado. El domingo, a primera hora, era el momento más tranquilo de toda la semana.

—Pero si no es de tu escuela, ¿dónde narices lo has conocido? —quiso saber mi hermana.

—¿Te he dicho que estás guapísima?

Lo decía en serio, a mi hermana le sentaba muy bien el fuerte entrenamiento y las rutinas. Tenía unas piernas torneadas, una espalda atlética —en su justa medida— y un bronceado en pleno invierno que solo se conseguía con largas jornadas de exposición al sol desde el alba y las prácticas navales por el Mediterráneo. Pero

ella hizo un mohín de fastidio a mi comentario y continuó caminando.

Eran las diez en punto. Gabi y yo entramos al museo utilizando un pase exclusivo, gracias al cual no teníamos que acceder por la entrada habitual. Estuvimos paseándonos por varias salas de la planta principal: Velázquez, Goya, Murillo… Casi todas las pinturas me eran familiares. No era la primera vez que caminaba por esas salas con olores variados; a antiguo, limpio, cerrado. Algunas de esas imágenes podían considerarse «retratos de familia», antepasados de los que sabía más por los libros de historia que por anécdotas familiares.

Mientras contemplaba un cuadro pintado al óleo, de doscientos ochenta por trescientos treinta y seis, datado del año mil ochocientos, una mano silenciosa se posó en mi hombro. Era él. Mi rostro se iluminó, Gabi murmuró algo como «Ay, mi madre, es el futbolista», pero apenas la escuché.

Lancine también sonreía, aunque se mantenía cauto. Había pocas personas en la sala, pero el museo comenzaba a llenarse.

14
Lancine

Una vez más, Moncho me acompañó a un nuevo encuentro con Catalina. Él estaba encantado, le gustaba eso de jugar al despiste y ser cómplice. Y lo más importante era que confiaba plenamente en él, sabía guardar un secreto.

—Pero ¿es tu novia? —preguntó de pronto.

Y esa pregunta tan simple y tan fácil de contestar, aparentemente, me dejó dubitativo.

—Tío, no lo sé.

—Joder, Lan. Esta es diferente, es princesa, no puedes andar golfeando con ella.

—Yo no ando golfeando con ella, pedazo de animal —contesté molesto—. Mírala, ahí están.

—¿*Están*? ¿Ha venido con una amiga? —se interesó Moncho.

—Con la hermana.

—No me jodas… —alzó la voz mi amigo al no esperarse esa respuesta.

—Ssshhh. Compórtate, estamos en un museo.

Nos acercamos. Fui directo a donde estaba Cata, de espaldas a mí, contemplando un inmenso cuadro lleno de personajes rancios. En cuanto puse mi mano en su hombro, la electricidad hizo su aparición y ella se giró con su característica sonrisa que me pareció que iluminaba toda la sala. Entendía que su hermana Gabriela no sabía que era yo a quien esperaba; su cara era un cuadro cuando me vio, valga la redundancia.

—Hola, princesa —saludé.

—Lan, has venido.

—Ya te dije que vendría, no iba a desaprovechar la oportunidad de tenerte tan cerca, aunque sea aquí —miré a mi alrededor, todos esos cuadros tan… sobrios—, con estas caras mirándonos.

—Cuidado con lo que vas a decir, muchos son antepasados míos —bromeó ella.

—No me digas. ¿Este? —Era un hombre panzón, con peluca blanca, ojos de besugo, pantalones blancos ajustados y botas hasta las rodillas.

—Tatara, tatarabuelo, por lo menos. Como ves —se señaló a sí misma—, la cosa ha mejorado un poco.

—Un poco bastante, diría. No te pareces a ninguno de esos de ahí, y tu hermana tampoco. —Señalé a Gabriela con la cabeza.

—Nosotras nos parecemos mucho a mi madre —puntualizó Cata con orgullo.

—Tengo entendido que ella no era… ¿de sangre real?

Cata comenzó a reírse y a negar con la cabeza mi referencia.

—¿«Sangre real»? ¿Todavía se usa ese término? Pensaba que solamente salía en los cuentos.

No pude evitar enrojecer, debí sonar patético. «Sangre real», ¿a quién se le ocurre decir eso? Pues a mí, un cateto que terminó la Secundaria a duras penas y que jamás estaría a la altura de alguien como Catalina.

—Ya, es ridículo —dije en un murmullo, mientras me rascaba la cabeza, por hacer algo. Aunque podría haber sido peor, podría haber dicho «sangre azul».

—No es ridículo, es tierno. —Me rozó la mano—. Ven, vamos a otro sitio. Esto se empieza a llenar de gente que viene a ver a *Las meninas*, y en el subsuelo no hay tanto tránsito.

Cata le murmuró algo a su hermana, señalando también a Moncho. Ella la miró con fastidio, pero asintió. Antes de marcharnos, Gabriela llamó nuestra atención y se acercó a nosotros.

—Por favor, sed discretos. —Luego me dedicó una amenazante mirada a mí—. Y tú, no te pases.

Asentí, tragando saliva. Gabriela, a pesar de tener un rostro angelical como Catalina, infundía mucho respeto. Se le daría bien

dirigir algún día.

Bajamos las escaleras y entramos en varias salas, prácticamente vacías, llenas de estatuas de mármol y figuras de bronce, todas sobre sus pedestales. Daba la sensación de un recogimiento absoluto a los ojos ajenos.

No tenía experiencia en visitar museos, pero jamás me olvidaría de la «Sala 72». La colección de Taller Romano del museo acumulaba múltiples estatuas y figuras, esculpidas con una precisión y delicadeza que, aun acercándote a ellas, y si no fuera porque la gran mayoría estaban mutiladas por algún lado, hubiesen pasado por cuerpos reales. Cuerpos blancos, pero muy reales.

Catalina rodeó una escultura en concreto, el cartel decía «Hypnos, el Sueño». Estaba dedicada a alguna deidad.

—Me encanta esta parte del museo —dijo.

—Desde luego, no tiene nada que ver con lo que estábamos viendo arriba —contesté, pensando en esos cuadros tan recargados, al contrario de las esculturas que rodeábamos. Estas eran delicadas, reales y al mismo tiempo como pertenecientes a otro mundo.

—El arte romano, al igual que el griego, es increíble. Creo que es porque se basa en todo lo mitológico: nos acercan a los dioses, dándoles esa apariencia tan antropomórfica y vulnerable, que los hacen más humanos que los nobles que plasma Goya en sus retratos.

—Si alguna vez tienen que poner una imagen de ti en este museo, espero que sea como en una de estas esculturas —pensé en voz alta, aunque me di cuenta tarde.

—Lan, la mayoría están desnudos…

—Mucho mejor. Como esa Eurídice de la que tomas prestado el nombre. —Le guiñé un ojo.

Y en ese instante, contemplándola, me pregunté cómo sería Catalina así, desnuda como una estatua de una ninfa griega. Creo que ella leyó mis pensamientos y enseguida llevó el tema a otro punto, como siempre hacía, haciéndose de menor o quitándose valor.

—No sé qué pintaría yo en un museo.

Rodeó la estatua de Hypnos, quedándose detrás de ella. No era falsa modestia lo que decía. Ella, sin darse cuenta, revelaba mucha inseguridad en sí misma.

—Eres la segunda en la línea de sucesión al trono, si no recuerdo mal. Algo pintarás —le recordé, dándole el valor que merecía.

—No te creas. Hace doscientos años puede que sí, pero el mundo avanza. Mi padre solo es un diplomático al que hay que dirigirse con un tratamiento por simple costumbre histórica. Antes, los reyes y príncipes lo eran por «gracia de Dios» —explicó, entrecomillando con los dedos—; que, por otro lado, lo veo fatal. Ahora hay que demostrar que uno vale para llevar ese título que le corresponde por herencia. Gabi tiene mucho que demostrar, aunque también tiene mucha energía.

—¿Tú no?

—Ya te dije que no va conmigo. Y, desde luego, no me imagino posando como nuestro amigo el Dios del Sueño —dijo señalando la estatua de mármol blanco.

—Pensaba que ese era Morfeo.

—Bueno, es mucho más complicado. —Sonrió—. Siempre relacionamos a Morfeo con dormir; entregarnos al sueño, a los brazos de Morfeo. Pero el Dios del Sueño es Hypnos, viene de la palabra griega Ὕπνος. Hypnos era la personificación del sueño, tenía un péndulo que hacía oscilar de forma constante y que hacía dormir a quien se acercase. En esta estatua no hay ningún péndulo, imagino que se perdió junto con los brazos… ¿Te estoy aburriendo?

—No, por favor, continua. Contigo estoy aprendiendo más cultura clásica que cuando estaba en la ESO —contesté fascinado por todo lo que me contaba.

Me acerqué más a ella, rodeándole la cintura.

—Bien. Hypnos es el Dios del Sueño y Morfeo es un hijo de Hypnos, es un dios que hacía llegar mensajes de los dioses a una persona mortal a través de los sueños. Digamos que Hypnos controlaba el sueño en sí, y tenía tres hijos que se encargaban de diferentes formas de sueños: Morfeo de los sueños con forma

humana; Fobetor, los sueños con animales; y Fantasos, sueños con formas animadas.

—¿Cómo consigues acordarte de tantos nombres? —Me coloqué frente a ella, con mis manos apoyadas en su pequeña cintura y mirándola con real admiración.

—Me gusta la simbología de los dioses en la mitología griega. Es como explicarles el mundo a los niños, es fácil de entender e incluso tiene su lógica, si lo reinterpretamos hacia el pensamiento abstracto.

—No tengo ni idea de esto último que has dicho…

Los dos nos reímos. Pero no me sentía inútil o inseguro. La rodeé más con mis brazos y la besé. Nos besamos durante unos segundos que se me hicieron más cortos de lo que realmente eran, cobijados tras el Dios del Sueño.

Escuché ruidos y llegó un grupo de turistas japoneses, demasiado atentos a las piezas del museo como para haber visto a dos jóvenes detrás de una estatua. Nos separamos, retrasando el momento, hasta que las puntas de nuestros dedos dejaron de tocarse.

—Me voy a buscar a Gabi, debe estar con tu amigo en la cafetería. Nosotras salimos por otra puerta —dijo ella, despidiéndose con la mirada.

—Hablamos esta noche. —No podía dejar de mirarla con mi particular cara de tonto y sonrisa permanente, mientras Cata se alejaba. No sabía cuándo volveríamos a vernos, a tenernos frente a frente y tocarnos. Mensajearme cada noche ya se me estaba quedando corto.

—Sí, esta noche.

—Adiós, princesa Eurídice.

Le dejé tiempo para que hiciera el camino de marcharse. Después me acordé de Moncho. Esperaba que ese tiempo no se le hubiese hecho muy largo, haciéndole compañía a la hermana de Cata. Él era bastante… impresionable y Gabriela imponía. Me lo imaginaba entablando conversación con ella mientras se trababa con sus propias palabras y le temblaba la voz al hablar.

Lo encontré en la entrada de la cafetería.

—¿Qué tal te ha ido con Gabriela? ¿Te has divertido? —fui directo a preguntarle.

—¿Con la teniente O'Neil? ¿Estás de coña? —se quejó él.

—¿Tan mal ha ido?

—No, lo que pasa es que es muy… seria. Y seca. En fin, solo ha sido un rato. ¿Y tú qué tal con tu princesa? ¿Qué hacíais por ahí abajo? —Me dio un codazo que no me dejó disimular mi alegría—. Uuuhhh, ya veo.

—Muy bien. Ha sido corto, pero entre eso o no volver a vernos hasta a saber cuándo, lo prefiero.

—Joder, sí que te ha pegado fuerte. ¿Es tu novia o algo así? —preguntó mi amigo otra vez.

—De verdad, tío, no lo sé.

No lo había pensado en ningún momento. Actuaba por inercia sin valorar las opciones que podría encontrarme cuando le di mi número de teléfono anotado en un papel, cuando reaccioné y busqué enmendar mi cagada de dejar de hablarle presentándome en Llantwit Major sin avisar y cuando la besé por primera vez en la noria. Hasta ahora me había ido bien, pero…

—Tío, pues díselo. «¿Quieres ir en plan formal o relación abierta?». A ver qué te dice —me aconsejó Moncho con su habitual simpleza que hacía que todo pareciera fácil.

—¿Y si no soy lo que se espera de ella? —Me invadió la inseguridad—. Piensa que antes estaba con el soplapollas ese que estudiaba con ella.

—¿No me dijiste que era un pijo capullo? —me recordó mi amigo.

—Ya, pero es marqués o hijo de marqués o qué sé yo. Y yo solo sé jugar al fútbol. Si no hubiese destacado en esto…, ahora estaría en San Blas, ayudando a mi padre en la tienda —contesté.

No quería decir que me avergonzara de dónde venía o a lo que se dedicaba mi padre, pero era muy consciente de que mi suerte y mi talento me llevaron a un punto en el que, en un escenario más realista, no habría llegado. En circunstancias normales, tampoco habría conocido a Catalina ni de lejos.

—Bueno, tú verás lo que haces. Vamos a comer churros, eso de traerme a un museo un domingo a las diez de la mañana tiene delito. —Comenzó a caminar hacia la salida—. Y yo se lo pediría —añadió.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? Que sea tu chica.

∞∞∞

—¿Qué tal tu mañana, cariño? No paras, apenas te he visto en toda la semana entre viajes y entrenamientos. —Mi madre me besó la cabeza y me revolvió el pelo de forma cariñosa—. Y estos pelos, si me dejaras, te pasaba la maquinilla.

—Ay, mamá —me quejé riendo.

—Está bien.

Mi madre se sentó junto a mí en el sofá. Yo estaba viendo *El Rey León* con Seydou. Joder, de verdad me apetecía ver la peli, no era por estar con mi hermano mientras pensaba en mis cosas. Y tenía toda la pinta de que mi madre quería hablar largo y tendido.

—¿Qué pasa, mamá? —le pregunté para acabar con ese escrutinio que había comenzado.

—Nada, hijo. Es solo que te noto distinto.

—¿Distinto? —Me giré y la miré despreocupado—. ¿En qué sentido?

—Te veo feliz.

—Bueno, es para estarlo. No me puedo quejar. Me va muy bien en el fútbol y lo del proyecto en San Blas va para adelante. Quiero que me ayudes a convencer a papá de que se meta en lo del polideportivo y también al tío. Con la excusa de que necesito a gente de confianza, podrían dejar la tienda; cada vez van más pirados y fanáticos que clientes —le planteé sin venir a cuento.

—¿Qué tal por Inglaterra? —El cambio en la conversación fue tremendo. Y me puse nervioso.

Las madres son intuitivas a más no poder. Y la mía era la mejor para adivinar mis pensamientos. Nunca le había ocultado nada. Pero eso era más delicado. Solo lo sabía Moncho y le hice jurar por su pueblo —lo que más quería— que no diría nada.

—¿Qué pasa con Inglaterra? —tanteé primero.

—Pues que, en un mes, has viajado tres veces.

—A ver, primero fue el partido en Cardiff, después el contrato de patrocinio con las cuchillas de afeitar y el último fue una quedada.

—¿Una quedada?

—Compañeros de allí —especifiqué.

—¿Un viaje exprés de veinticuatro horas para quedar con unos compañeros? —insistió mi madre. Mi cara ya no podía controlar las muecas, que habían cobrado vida propia—. Es muy descerebrado y derrochador tomar un vuelo de ida y vuelta para algo así. ¿No hay nada más?

—¿Qué más podría haber?

—No quiero que vuelvan a romperte el corazón —contestó tajante, aunque preocupada.

—Mamá, nadie me rompió el corazón —dije con expresión de fastidio—. De hecho, si te refieres a Nadia, fue lo mejor que pudo pasar.

—Está bien. —Me dio una palmada en el hombro, dándose por vencida.

—Mamá.

—Dime.

—Cuando conociste a papá, ¿te dio miedo que pensaran que fuera poco para ti? —Me incorporé para mirarla de frente—. Es decir, él era inmigrante y no tenía nada. Nunca me lo has contado bien.

Y era cierto. Mi padre llegó a España con tan solo quince años para reunirse con su hermano, quien emigró dos años antes y malvivía trabajando en las temporadas de campo por Andalucía. Hizo un largo viaje desde Guinea hasta Ceuta y, de ahí, cruzando a Tarifa. Mi padre hablaba balengue y chapurreaba español y francés. No supe cómo, pero conoció a mi madre en el bar de mis abuelos maternos —ella ayudaba como camarera— cuando él repartía fruta y verdura del Mercatarifa; trabajando en negro, por supuesto. Y algo debió de pasar entre ellos. Mis padres se vinieron solos a Madrid —mi madre me tuvo aquí— y no fue hasta que yo cumplí los cinco años que no conocí a mis abuelos. Teníamos relación con ellos, pero lo indispensable.

—Bueno, es algo de lo que no me gusta hablar. Son tus abuelos y no quiero que te crees un juicio de ellos por algo que sucedió, que

se equivocaron y luego no supieron solucionar bien, aunque sé que se arrepienten —me respondió con una expresión de dolor, aunque procurara ocultarla.

—No les gustó que te hicieras novia de papá, ¿no?

—La verdad es que no. —Sonrió, intentando ser prudente.

—¿Es porque era extranjero? —insistí.

—Era extranjero, no tenía dónde caerse muerto, sus creencias eran distintas… La lista era muy larga.

—¿Por eso pusiste distancias? ¿Lo elegiste a él?

—No, te elegí a ti.

—¿Qué quieres decir? —Me lo imaginaba, pero quería escucharlo de ella.

—Nunca he querido hablar de esto contigo pero, en fin, ya eres todo un hombre. Te has hecho tu propia vida. —Suspiró—. Yo fui demasiado imprudente, me quedé embarazada muy joven —me miró, sonriéndome y asintiendo hacia mí—, pero tomé la decisión de traerte a este mundo. Los míos me retiraron su apoyo cuando más lo necesitaba.

»En cambio, un chico joven, sin nada que ofrecerme y al que apenas conocía, me lo ofreció todo. Me fui con él, lo seguí, te tuvimos, nos afianzamos, empezamos un negocio de cero con tu tío… Y hasta aquí hemos llegado. Podría haber salido mal, tenía toda la pinta, tu padre y yo éramos muy distintos y casi no nos conocíamos.

—¿Y los abuelos? Recuperaste el contacto.

—Sí. Tardaron —dijo con pena—, pero jamás los privaría de conocer al nieto tan estupendo que tenían. Aunque cuando una relación está dañada, todo es más artificial, incómodo y comprometido. Pero son tus abuelos. Son tu sangre. Imagino que debió de ser muy duro que a su hija la dejara embarazada un hombre tan extraño para ellos. Yo tampoco les conté que tu padre era mi novio, por eso les vino todo tan de súbito. No les guardes rencor. —Me miró fijamente—. A las personas hay que comprenderlas, entender cómo se han criado, sus costumbres, sus creencias, la época que han vivido.

—No, para nada les guardo rencor. A mí no me afecta, pero me duele por ti y por papá.

—Ya no nos duele. Ya no me duele. Me gusta la familia que hemos formado. Estoy muy orgullosa de ti y de este canijo. —Señaló a Seydou, que estaba absorto en la canción de *Hakuna Matata*.

—¿Tú crees que yo puedo ser bueno… para alguien? —pregunté.

—Tú, hijo, eres una buena persona, lo has demostrado cuidando de todos nosotros y dándonos lo mejor. La persona que no te quiera o no te valore será porque no es para ti. Y nunca dejes que nadie te haga de menos —insistió—, eres hijo de un hombre que cruzó media África y un estrecho.

—Y de una mujer que me puso por delante de todo —añadí yo con orgullo.

La abracé. Y ese abrazo me hizo sentirme más seguro de mí mismo, más valorado. Por primera vez, creí que podía merecer a otra persona. Aunque esa persona fuera la segunda en la línea de sucesión a la corona de mi país.

15
Catalina

Salí más o menos intacta del interrogatorio de Gabi cuando regresamos a casa tras la visita al museo y no teníamos cerca oídos de chóferes, escoltas o cualquier otra persona a nuestro alrededor. Y digo «más o menos», porque Gabi fue bastante dura conmigo. En parte la entendía, ella tenía que hacer de abogado del diablo, ponerse en la peor situación, ofrecerme un escenario catastrófico para esa historia que acababa de comenzar con Lan y que ni siquiera tenía nombre.

¿Éramos amigos con derecho a algo más? ¿Novios? Lo dudaba, él no me lo había pedido. Pero ¿acaso se pedía algo así? ¿Qué se suponía que debía interpretar?

—¿Cuándo se supone que ha sucedido esto? ¿Fue en Berlín? —preguntó Gabi alucinada.

—No. Allí lo vi por primera vez, pero fue… A ver por dónde empiezo. ¿Te acuerdas de mi fiesta de cumpleaños?

Le conté a mi hermana lo que sucedió en los jardines con el cerdo de Fernando, quien demostró todo lo ruin que había en él, pero la intervención de Lancine hizo que aquello no acabara peor. Le conté sobre nuestro intercambio de mensajes, su visita sorpresa a Llantwit Major y finalmente llegué a la parte del London Eye y todo lo sucedido después.

—Pero ¿ese no estaba con la *influencer*? Los futbolistas estrella hacen eso, Cata, se lían con *influencers* o mocatrices y así se relacionan todos ellos y entre ellos. Te hará sufrir. Te romperá el corazón. Ni siquiera te ha pedido formalizar lo que sea que tengáis.

—¡Gabi! Pensaba que me apoyarías —le dije decepcionada.

—Cata, en cuanto pasen las Navidades, me embarco en el buque escuela. Nos separará todo un océano y no volveré a casa en meses. No quiero marcharme pensando que te pueden llegar a hacer daño y no estar cerca para pasar un desengaño. Recuerda que con Fernando…

—Esto es muy diferente, te aseguro que Lan no tiene nada que ver con Fernando. Y si fuera así, si saliera mal o no llegara a nada, no me infravalores. No des por hecho que saldré malparada y no seré lo suficientemente fuerte para afrontarlo sola —me quejé.

Odiaba que Gabi me protegiera tanto. Yo ya no era una niña.

—Está bien, tienes razón. Es tu vida y debes vivirla a tu manera, dentro de lo que nuestra realidad nos permite… Pero cuídate, sabes a qué me refiero. No es lo mismo vivir algo en privado y que, salga bien o salga mal, sea de tu intimidad a que veas cada semana en las revistas digitales un seguimiento de lo que haces y cómo lo haces. Hasta ahora estás pasando bastante desapercibida.

—Gracias —le contesté con toda la sinceridad y con un gesto de cariño. Sabía, por la naturaleza de mi hermana, cuánto le costaba hacerse a un lado y no protegerme.

Esa tarde, después de comer en familia, tanto Gabi como yo nos despedimos de papá, mamá y Nico. Mamá no dejó de recordarme que cuidara mi alimentación —ella odiaba cómo se cocinaba en Reino Unido—, pero papá se centró más en Gabi para darle consejos; al fin y al cabo, ella estaba siguiendo sus pasos.

Nosotras, Gabi y yo, nos despedimos en la puerta. Cada una tenía preparado un coche que nos llevaría a nuestros diferentes destinos. En mi caso, en dos horas y media debía tomar un vuelo a Gales y trasladarme a mi castillo de St. Donat para proseguir con mis clases. Tenía una maratón de pruebas y exámenes antes de las vacaciones de Navidad, que ya estaban a la vuelta de la esquina.

Al día siguiente, una *web* digital de cotilleo nacional publicaba el titular de «La realeza hace amistad con el deporte. ¿Un romance de invierno?» y unas fotografías demasiado granuladas, pero mi corazón iba a mil por hora y no descendió su ritmo hasta que no leí la noticia completa con los nombres de Gabi y Moncho. Gabi me iba

a asesinar. La fotografía no era comprometida, tan solo se deducía que eran ellos sentados en la cafetería del museo y, por la mala calidad del enfoque, se obviaba la actitud incómoda de ambos. Sabía —por ella— que ese rato en la cafetería fue «denso» y que Moncho era «insufrible». Por Lan también conocí la opinión del lado contrario. Si alguien esperaba sacar de Gabi y de Moncho algo parecido a un romance, se iba a llevar una desilusión.

Pero la condición de Gabi implicaba que se actuara rápido y también comprobé que la Casa Real, horas después, emitía un comunicado desmintiendo «cualquier vinculación sentimental de la princesa Gabriela con el señor Ramón López» y que solo les vinculaba un «almuerzo casual por el buen trato y apoyo que nuestra princesa, dado el sostén que la Familia Real confiere al deporte español, otorgó en nombre de la institución que representa».

Perdón.

Fue lo único que me atreví a escribirle a Gabi.

Esta me la pagas.

Fue su contestación. Podría haber sido peor.

∞∞∞

Continué hablando con él a diario. No intentamos hacer por vernos, y no por falta de ganas por mi parte —esperaba que por la de él tampoco—, pero yo andaba hasta arriba de trabajos y exámenes y él estaba dándolo todo en la liga.

Yo tenía la ventaja de que podía verlo en un momento dado, poniendo los partidos que jugaba y que me sabía al dedillo. Me anotaba su calendario de partidos por si podía verlo en directo, bien en la sala común del pabellón de estudiantes o sola en mi habitación con el portátil. Cuando veía a Lan, corriendo tras el balón, en la

televisión común con mis otros compañeros, pasaba bastante desapercibida. Daba la sensación que estaba ahí, mirando el fútbol por simple socialización. Cuando lo hacía a través de mi portátil, en mi habitación, para Lexy no pasaba inadvertido.

Esa noche, ella estaba hablando con Peter a través de mi teléfono móvil. Se lo prestaba, ya que el suyo estaba controlado por sus padres. Ella estaba ultimando nuestra escapada de Fin de Año a París, que incluiría reencontrarse con él. No me extrañaba, la entendía. Yo también hubiese aprovechado la ocasión. El problema era que yo iba a ser una especie de carabina, tenía que hacerme a la idea. Disfrutaría igualmente de París.

Yo estaba descansando de la preparación del examen de Literatura Contemporánea, mientras miraba un partido en directo que jugaba Lan. En ese momento, después de que Lan hubiese marcado un golazo que dejaba a su equipo con una buena ventaja, el árbitro pitó el descanso y yo aproveché para releer los apuntes.

A los diez minutos, Lexy me sacó de mi concentración de una forma totalmente inesperada.

—*Cathy*, no me gusta leer mensajes privados, pero en tu móvil me sale la notificación de un tal Lan, diciendo que «Ese último gol iba para ti». ¿De qué va todo esto? —preguntó Lexy, yendo directa al cuello.

—¿Qué? —Me había encontrado desprevenida, no había tomado ninguna precaución. Sabía que Lexy no accedería a mis conversaciones de WhatsApp; tampoco me preocupaba, Lan nunca me escribía durante un partido.

—Espera —dijo Lexy dejando mi móvil sobre la mesa—. Los partidos. A ti no te gusta el fútbol y, sin embargo, siempre lo ves cuando juega… Y justo ha marcado un gol antes… ¡No! ¡Ese «Lan» de tu chat es Lancine Yassa! —Rio de forma nerviosa, como si acabara de encontrar un tesoro del que no debería revelar nada.

—Pero ¿qué dices? —Intenté mostrarme despreocupada, restarle importancia a la revelación de Lexy e, incluso, hacer que pareciese ridícula. Pero ya no había nada que hacer. Lexy era muy observadora y de razonamiento rápido.

Lexy se quedó mirándome. Y con esa mirada me decía «Cuéntame la verdad, ni se te ocurra decirme una sola mentira».

Y eso hice. Al igual que con Gabi, me sentí muy bien, como si pesara un poco menos. Podía confiar en ella. Lexy también guardaba con mucha cautela su secreto y, aunque le costó mucho, había confiado en mí para contarme todo lo que sucedió con Peter Dickinson. Ella estaba mucho menos tensa desde entonces, de hecho, dibujaba flores distintas, mucho más alegres que las de sus anteriores diseños grises y marchitos.

—Madre mía, Cat. Entonces, si yo no me hubiese puesto mala el fin de semana en Londres, ¿tú no hubieses quedado con él?

—No creo.

—Qué irónico suena todo. Tuve que dejar de verme con mi novio secreto para poder verte tú con el tuyo.

—No pensé que acabaría así, solo éramos amigos. De hecho, ni siquiera sé qué somos ahora —dije con cierta vergüenza.

—Eso no se dice. Se sabe o no se sabe, dependiendo del grado de implicación. —Se lo pensó antes de preguntar—. ¿Tú cómo lo ves?

—No lo sé… —pensé con cierta turbación—. Él me habla a diario, le gusta que le cuente lo que hago durante el día. Imagino que, si no le gustara, no buscaría la forma de estar a solas.

—Os habéis visto muy pocas veces, ¿no?

—Sí, la verdad es que muy pocas. Tampoco se puede hacer mucho más. Si tú lo tienes difícil, imagínate yo, siendo quien soy, y él con su popularidad. Todavía no sé cómo nadie nos reconoció en Londres…

—A ver, puede que yo no tenga una cara famosa, pero mis padres tienen unos detectives a sueldo que son peores que una noticia viral o un grupo de mirones —se quejó y argumentó Lexy.

—Tienes razón, perdona…

—No te lo decía ofendida. —Sonrió—. En fin. ¡Oye!

—¿Qué pasa? —Me asustaba cuando Lexy tenía un cambio brusco en la conversación. Era una exclamación de una idea en ciernes.

—¿Tu futbolista tiene planes para la noche de Fin de Año? ¡Invítalo a París! —Me lanzó el teléfono para que acatara su

propuesta.

—¿Que lo invite a París? No sé, seguro que ya tiene planes y…

—Venga, tú hazlo. Según lo que conteste, dirá mucho de él —propuso Lexy, emocionada, como si estuviese proyectando sus propias ilusiones en mí. Tal vez lo hacía—. Venga, hazlo. Madre mía, *Cathy*. Un futbolista, con cuerpo atlético, guapo, popular… Muchas andan suspirando por él.

Cuando iba a acceder al chat de WhatsApp, la alerta de mi navegador me anunció una noticia. Generalmente me saltaban las que estaban relacionadas con temas que yo había rastreado y, como era evidente, muchas de ellas trataban sobre Lancine Yassa.

Nadia Blume al desnudo. La *influencer* revela en su más íntima entrevista los altibajos en su noviazgo con Yassa y su breve relación con Ginés Tortosa: «Fue un paréntesis necesario, de hecho, hemos estado a punto de retomarlo».

—Mira esto.

Le enseñé la noticia a Lexy. En realidad, era un extracto de un artículo. Para conocer la noticia a fondo debía comprar la revista, que solo se publicaba en territorio español. Se podía interpretar que ella tuvo un acercamiento con Lan después del verano. Lo que no contaba con claridad era cuándo sucedió, aunque yo intuía que correspondía a las semanas de silencio de él, en las que dudó. La sombra de Nadia estaba ahí, él llegó a pensar en volver con ella. ¿Y ahora? ¿Lo seguiría teniendo tan claro? ¿Y si me desarmaba ante él y, en el momento en el que reapareciese Nadia Blume, me dejaba?

La miraba en las fotografías de la noticia. Esa mirada de gata, su piel perfecta, su melena larga, su cuerpo en sí. Ella era toda una mujer, era deseada y controlaba lo que quería mostrar. Yo, a su lado, me sentía diminuta.

Dejé el móvil en la mesilla.

—Si quieres hablar con Peter, cógelo sin problema —autoricé a Lexy.

—¿En serio vas a hacer caso a esa absurda noticia? Esa tía busca publicidad a cualquier precio y sabe que Lancine Yassa vende. —Yo

no quería escucharla, pero ella insistía—. Ella lo dejó escapar y él demostró, por lo que me dices, que no le interesa. Es a ti a quien ha estado buscando.

—Déjalo.

—¡Invítalo a París!

—Lexy, no quiero que eso —señalé el teléfono, refiriéndome a las noticias de internet— se interponga en mi vida y en mi felicidad.

—¿No ves que ya lo está haciendo? —me cuestionó con la razón de su parte.

—Precisamente, por eso, tal vez debería pensar si me implico más.

—*Cathy*…

Me acosté y apagué el teléfono.

Esa noticia me había puesto de muy mal humor. Esa chica conocía mucho mejor a Lan de lo que yo podría conocerlo. Ella había viajado con él, habían compartido cenas, pasado las noches juntos y habían hecho todas esas cosas que se suponía que hacían las parejas. Comenzó a aflorar una sensación extraña en mi interior, una sensación oscura y molesta. Estaba empezando a sentir algo que jamás había sentido a ese nivel: celos desmedidos. Y esos celos se convertían en una ira que nublaba mi cerebro cuando pensaba que, esa tal Nadia, se permitió el lujo de engañar a Lan, sabiendo que en cualquier momento podría volver a atraerlo hacia ella.

Si Nadia Blume tenía esa seguridad y se permitía hablar de Lan como si todavía le perteneciese su afecto, ¿tal vez era porque era así?

Al día siguiente, al mirar el teléfono a mitad de mañana, tenía un montón de notificaciones de Lan. Un «¿Me viste ayer?», otro «¿Te pasa algo?», «Por qué no me contestas»…

Contesté a Lan con un escueto:

Perdona, tengo muchos exámenes y trabajos.

Pero él me contestó al instante y fue tajante, directo.

Es por la entrevista de Nadia, ¿verdad?

Déjalo. Ya hablaremos.

Me estuvo llamando después, pero hice oídos sordos.

Lexy, desde su cama, me miraba con actitud inquisitiva.

—¿Qué? —le pregunté enfadada y desbordada.

—Eres tonta. Allá tú. —Se giró e intentó dormir.

Yo también lo intenté, aunque con el zumbido de mi móvil resultaba difícil. Lo apagué.

Lexy no me dijo nada más ni me insistió, porque le convenía estar a buenas conmigo para pedirme el móvil y hablar con su profesor Dickinson. Mejor así. No tenía ganas de explicar por qué hacía las cosas como yo creía que era mejor, que no era otra cosa que la única forma de protegerme.

Una tarde de mediados de diciembre, apenas tres días después de la entrevista de la imponente Nadia Blume, terminaba de hacer una serie de exámenes preparatorios y me dirigí a mi habitación, dejándome caer sobre el colchón. Lexy se acercó en son de paz, devolviéndome mi teléfono, que yo le había prestado para sus diálogos personales.

Yo me había propuesto no mirar el chat de Lan, por muchas notificaciones que tuviese, al menos hasta que pasaran los exámenes. No podía permitirme más distracciones. Resultaba difícil concentrarme, pensando que ella —Nadia— podría estar buscándolo continuamente. Y yo mientras aquí, la niña pija de internado, sin poder hacer nada. Tarde o temprano, él caería. Estaba segura.

—Nena, necesitas distraerte. Venga, vayamos paseando al White Hart a por nuestro café —me propuso Lexy mientras me lanzaba el abrigo.

La seguí como una autómata, dándole vueltas sin parar a mi silencio ante la insistencia de Lan. ¿Lo hacía bien? ¿Me estaba equivocando? Tal vez fuera tarde, no me había vuelto a sonar el teléfono en todo el día y, en el rato en el que Lexy lo había tenido, no me había dicho nada. Nosotras teníamos un código para el uso de mi móvil, ella no podía mirar mis mensajes y, aunque el teléfono era mío, yo no iba a leer los mensajes de ella con Peter.

Recorrimos el sendero hacia el pueblo y apenas hablamos de temas banales, sin que el nombre que había resonado últimamente se mencionara por parte de ninguna de las dos. Entramos en el White, tan acogedor como siempre. En lugar de ir a la barra para pedir nuestros cafés para llevar, Lexy me condujo al fondo de la sala.

Y ahí estaba él. Sentado en una mesa bastante arrinconada, protegido por su visera y su amplia sudadera con capucha. Pero esa tez morena, casi de ébano, que tanto me gustaba acariciar, esos ojos negros que miraban suplicantes y ese amago de sonrisa que asomaba en sus gruesos labios —a pesar de que tal vez pudiera estar todo perdido— y se exhibía ante mí de una forma muy íntima. Madre mía, cuánto necesitaba esos labios pegados a los míos.

Miré a Lexy y lo entendí todo.

—Gracias —le dije a mi amiga.

—Me voy a por mi café al Old. Te estaré esperando allí. Os dejo que habléis —contestó ella.

16
Lancine

Hola —saludé yo primero para romper el silencio.

—Hola.

—¿No quieres sentarte?

Le hice un gesto con mi mano, señalándole la silla vacía que tenía delante de mí. Cata se acercó silenciosa y se sentó. Cuando la tuve frente a mí, quise esperar a que ella fuera quien hablase. Al fin y al cabo, si yo había llegado hasta ahí, era por algo. Estaba en desventaja y necesitaba saber en qué punto se encontraba. Porque no entendía nada.

—Has venido —dijo por fin—. Estás loco, ¿cómo has hecho para presentarte sin avisar y en cuestión de horas?

¿Cómo explicarle que, cuando supe que su actitud era diferente, me invadió una inquietud que se convirtió en angustia conforme se prolongaba su silencio y su indiferencia? ¿Cómo decirle que jamás había tenido esa sensación de miedo a la pérdida? ¿Cómo contarle que, cuando su amiga Lexy me contestó en su lugar a mis continuos mensajes, fue para mí un rayo de luz?

No tardé en atar cabos cuando me enteré del lanzamiento de la entrevista de Nadia —yo ya era sabedor, pero no pensaba que causaría tal efecto en Cata—, y en cuestión de segundos, mi cabeza comenzó a pensar en cuarenta mil posibilidades de tenerla frente a frente, incluso sopesé la posibilidad de ir a nado hasta la jodida Gran Bretaña. Por suerte, no hizo falta nadar y logré fletar un vuelo chárter desde Bilbao a Cardiff. Y allí estaba, mirando a Cata.

—La incertidumbre me mata, es una manía que tengo desde siempre. —Sonreí, nervioso—. Si hay algo que te preocupa de nosotros, por favor, nunca me dejes con la duda.

—Nosotros…

—Sí, nosotros. ¿Qué crees que eres para mí? —pregunté, poniendo al fin todas las cartas sobre la mesa.

—No lo sé, dímelo —propuso ella, sin mostrar ninguna emoción.

—Eres la última persona en que pienso cuando me acuesto y la primera que está en mi mente cuando me levanto. ¿Qué soy yo para ti?

—Eres la primera persona que ha provocado mariposas en mi estómago… También la primera persona por la que he sabido lo que es… consumirse de celos. —Suspiró—. Tuve miedo.

Le tomé una de sus manos en cuanto le sirvieron un café. Yo apenas había probado mi zumo.

—Te prometo que nunca te daré motivos para que dudes de mí. Antes de engañarte o de ocultarte algo, te lo diría. Créeme, sé lo que es eso. Jamás se lo haría a otra persona.

—¿Y ella?

—¿Nadia? —Asintió—. Ella no es nada para mí. Lo fue en el pasado, pero me demostró que no valía la pena. Yo sabía que iba a lanzar una entrevista hablando de mí, todavía necesita rentabilizarme. Pero, si te soy sincero, en ningún momento la frené porque me da completamente igual. Mi cabeza está en otro lugar.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—En el London Eye. Y no puedo bajarme de ahí.

Por fin sonrió.

—Perdóname —dijo ella.

—Tú no has hecho nada —le contesté tajante. Lo último que pretendía con esa visita era hacerle sentir culpable.

—Sí. Por inquietarte y hacerte venir hasta aquí.

—Mira el lado bueno. Ha sido la excusa perfecta para vernos. Pero la próxima vez, si algo te preocupa o te cabrea, dímelo. No te quedes callada. No quiero silencios absurdos entre nosotros.

—Está bien. —Ella agachó la mirada—. Creo que no he sabido gestionar lo que me ocurría. Tenía miedo de perderte, de que esto

se terminara así, sin más.

Le tomé la barbilla para que alzara su rostro y pudiéramos devolvernos las miradas.

—Eso es porque te importo tanto como tú a mí. —Ella asintió a mi afirmación—. Me gusta saberlo, pero no quiero que nos lleve a situaciones como esta.

Miré el reloj, en breve debía regresar a Cardiff para tomar un nuevo vuelo si quería estar al día siguiente jugando en Barcelona.

—Ven conmigo —le pedí.

Pagué las consumiciones y salimos al frío de la tarde. A pesar de las bajas temperaturas de diciembre y de que comenzaba a caer la tarde, tornándose el cielo de un color entre anaranjado, violeta y rosa, estaba despejado. Era la primera vez que, estando en Gales, veía esos colores en el cielo, normalmente cubierto de nubes grises.

Fuimos a la parte trasera del edificio del White Hart, un callejón lleno de cajas de fruta y cubos de basura. Ideal para lo que tenía en mente.

Le tomé su rostro con mis frías manos —siempre olvidaba que en Reino Unido se necesitaban guantes— y la besé con todo el anhelo que había acumulado en esos tortuosos días. Ella me correspondió con la misma entrega y, en ese momento, supe que Catalina se sentía segura respecto a nosotros. Se había convencido de que yo jamás le haría daño; al menos, no intencionadamente.

No sé cuánto tiempo transcurrió mientras permanecimos así, ajenos a todo y absortos en nuestros propios besos, encerrados en nuestra burbuja particular, como en aquella cabina de la gran noria de Londres.

Y supe que era el momento. Separé mis labios de los suyos y se lo dije.

—Te quiero. Te quiero mucho.

Catalina sonrió, por un instante escondió la mirada, pero enseguida volvió a mirarme. Me besó intensamente.

—Yo también te quiero, Lan.

Y así, entre cajas vacías de fruta y cubos de basura, nos dijimos el primer «Te quiero».

La abracé. Nunca pensé que me sentiría así. Vacío, pero en el buen sentido. No me guardé nada de lo que tenía dentro y lo había compartido con ella. Cata sabía lo que sentía por ella. Sabía que ya podía marcharme tranquilo, incluso podía estar semanas sin vernos o que surgieran noticias falsas sobre mí, y ella ya no volvería a experimentar esa inseguridad.

—Me tengo que ir —le informé con pena.

Estaba muy a gusto, pero debía cumplir al día siguiente en otro lugar. Esto había sido una escapada de locos, pero había merecido la pena. Nos dimos un beso de despedida antes de marcharme con el coche de alquiler y ella a buscar a su amiga Lexy. Bendita Lexy. Si algún día tenía la oportunidad de coincidir con ella, le debía mucho. Que me pidiera lo que quisiera, yo se lo concedería.

Me marché para no postergarlo más, aunque con una alegría por todo mi cuerpo.

—Oye, Lan. —Me giré—. ¿Tienes planes para Fin de Año?

∞∞∞

Había sobrevivido a un viaje de ida y vuelta Bilbao-Cardiff-Bilbao con visita exprés a Llantwit Major. Había visitado tantas veces ese pueblo en tan pocos meses que estaba pensando seriamente en comprar una casa de veraneo. Había dormido en un hotel de aeropuerto para, al día siguiente, viajar a Barcelona y reunirme con mi equipo. Esa tarde jugué un partido en el que lo di todo, como si hubiese pasado las últimas veinticuatro horas concentrado y descansado y, por la noche, morí en mi cama de hotel. Otra vez.

Por la mañana del día siguiente, engullí todo lo que encontré a mi paso por el *bufet* libre del hotel y me preparé para marcharme junto al resto de mi equipo a Madrid, a nuestros hogares. Sentí una necesidad inmensa de estar en casa, con los míos. Tenía la sensación de haber estado semanas lejos de casa, cuando en realidad solo habían sido días. Pero esos días habían sido intensos. Y gratificantes… Y agotadores, pero todo había valido la pena si me

paraba a pensar en lo que por fin me había atrevido a decir y dar nombre en voz alta.

—¿Cómo se llama? —Me preguntó mi madre esa misma noche, cuando me encontraba tumbado en el sofá sin hacer nada en especial.

—¿Cómo se llama quién?

—La chica.

No pude evitar reírme y esconder mi rostro. Mi madre me conocía demasiado y sabía cómo hacerme hablar. Quería contarle cosas de Catalina, cómo la había conocido, las sensaciones que me provocaba en lo más profundo de mi estómago y las cosas que me impulsaba hacer por ella sin tener que pedírmelo. Pero no podía decirle quién era ella, de momento.

—Se llama Cata —dije.

—Mmmm… Cata. ¿De Catalina? —Asentí—. Es un nombre con mucha personalidad ¿Vive en Madrid? —me animó ella a seguir hablando.

—Sí, pero ahora está viviendo en Londres… Es estudiante de intercambio. —Una verdad a medias con omisiones y datos disfrazados.

—¿Qué estudia? —continuó preguntando mi madre, animada porque, aunque brevemente, le iba respondiendo.

—El último año de instituto. El año que viene irá a la universidad.

—Vaya, es una chica estudiosa…

—Sí. No es como yo —la chinché. Al principio no estuvo muy de acuerdo con que dejara de estudiar para dedicarme al fútbol profesional.

—Bueno, no es como tú, pero te ha elegido a ti. Debe de ser muy lista, porque además ha visto todas las cualidades tan maravillosas que tienes. —Me revolvió el pelo.

Y, de repente, me acordé del plan de París.

—Mamá, se me había olvidado. Voy a pasar el Fin de Año fuera.

—¿No me digas? Contaba con ello. Tienes diecinueve años, no esperaba que te tomases las uvas aquí en casa con nosotros. —Rio.

—Sí, pero me iré fuera, fuera.

—¿De Madrid, quieres decir?

—De España, pero solo tres días.

Tres días y dos noches, era lo que me había explicado Cata. Ella se iba a quedar en el apartamento que los padres de su amiga Lexy tenían en la ciudad.

17
Catalina

Estaba en París. ¡Estaba en París!

Por más que lo repitiera en mi mente, no terminaba de creerlo. Por mucho que mirara a mi alrededor y observase —sobre los tejados de las casas— cómo asomaba la esbelta Torre Eiffel, no conseguía llegar a ese punto de certeza que permite que disfrutes realmente de las cosas.

Me encontraba en la amplia terraza de la casa que los Bennett poseían en la ciudad francesa. Me encontré con Lexy en el aeropuerto de París-Orly, ella había venido con el coche contratado que la había recogido en la Estación Gare du Nord —había viajado desde Londres en tren— y que nos iba a dejar en el apartamento del fabuloso barrio de Le Marais.

Era treinta de diciembre. Había convencido a mamá y sus estrictas normas familiares para que me permitiera pasar tres días de mis vacaciones de Navidad. Estaría ausente de su agenda de cenas, comidas y compromisos varios. Gabi estaba molesta, lo notaba y lo entendía. Nunca nos separábamos en época de vacaciones y siempre recibíamos el año juntas y, aunque ella permanecería en casa hasta después de Reyes, yo debía estar el día dos de enero en el *college;* para el calendario académico del UWC Atlantic, no existían los Reyes Magos. Sabía que Gabi sentía celos de mi amistad con Lexy y de los planes que hacía con ella y, en el fondo, yo me hubiese sentido igual si Gabi se hubiese marchado en mitad de vacaciones con una amiga y yo me hubiese quedado en casa sin plan. Pero no podía explicarle cuáles eran los verdaderos

propósitos de Lexy en París y, por lo tanto, lo que suponían estos para mí.

La madre de Lexy, aprovechando que yo me encontraba en Madrid, me llamó para comentarme cuestiones del viaje *express* y del apartamento que «debería tener en cuenta y que Lexy, probablemente, se olvidaría de indicarme». Pero sus motivos reales de la llamada eran los de tantearme, asegurarse que el viaje no era una patraña de mi amiga y que yo también estaría con ella en París. La petición, tras un correcto mensaje sobre el honor y la confianza, de que si Lexy hacía «alguna tontería» —como citarse con su antiguo profesor, por ejemplo—, la informara de inmediato. La regla principal era que permaneciéramos juntas en todo momento. Y esa regla era la primera que íbamos a romper.

Lexy y yo, tras dejar las maletas, descansar y arreglarnos un poco, bajamos a la calle para disfrutar de la fiesta de sentidos que nos ofrecía el distrito parisino, aunque primero nos dejamos caer por la portería para que Lexy mantuviera una breve conversación con la portera y le entregara de forma disimulada una suculenta propina.

—¿Qué has hecho? —pregunté confusa.

—Asegurar nuestra libertad. —No entendía nada y Lexy lo notó en mi expresión—. Hortense es portera permanente en el edificio, la conozco desde hace años y sé que aborrece a mi madre; la he pillado más de una vez mirándola mal. El caso es que, con propinas, Hortense puede pasar por alto muchas cosas y mirar hacia otro lado si tenemos visitas o llegamos tarde.

Almorzamos en una de esas fabulosas terrazas de la Rue du Trésor. Al instante, apareció Peter y se sentó con nosotras. Lexy le dio un ardiente beso que a él le costó un enrojecimiento de cara. Parecía extraño que fuese más mayor, más adulto que nosotras y, sin embargo, no llamaba la atención en esa mesa. Pero sí resultaba un tanto peculiar la combinación de Lexy y Peter viéndolos juntos: ella tan alocada, espontánea y llamativa y él tan serio, desapercibido y silencioso. Quizás eso era lo que les hacía funcionar. Tal vez, a solas, esas diferencias evidentes se disipaban y se evaporaban junto a todos los demás prejuicios.

La pareja se fue, tenían vía libre y una coartada increíble; o sea, yo.

—¡No me esperes para cenar! —me dijo—. Ni para dormir —terminó susurrándome al oído.

—Lo suponía —le contesté.

Y así, sin más, me quedé paseando sola por las transitadas calles de Le Marais. No quise alejarme de la zona en la que se encontraba el apartamento, al menos hasta verme ubicada y saber bien hacia dónde quería ir, pero caminando y mirando escaparates, acabé saliendo del distrito y llegué a la Ille de la Cité.

Contemplé por primera vez la catedral de Notre Dame y, si me hubiesen dicho que ver todas esas gárgolas y vidrieras cortaban la respiración con tan solo mirarlas, no lo hubiese creído. Terminé sentada en un trozo de césped de la zona más estrecha del pedazo de isla sobre el río Sena, en la Square du Vert-Galant —por el apodo que recibía el rey Enrique lV—, rodeada de gente que no reparaba en mi presencia. Aquello era perfecto.

Iba a escribir un mensaje a Gabi, pero recibí un WhatsApp de Lan:

Dónde estás?

Le mandé mi ubicación, mientras mi corazón comenzaba a funcionar a un ritmo peligroso para mi salud y mi respiración se volvía insuficiente. Eran puros nervios de felicidad, de saber que un encuentro prohibido —pero deseado— estaba aproximándose. Decidí echarme sobre el césped, como las otras personas. A pesar del invierno y de estar junto al río, era un día soleado. Con mi abrigo y cubriéndome con la capucha, me sentía ajena a la humedad.

Cerré los ojos.

∞∞∞

No sé cuánto tiempo había permanecido dormida. Me despertó el tacto de unos labios cálidos sobre los míos. Cuando volví a notar ese vacío en mi boca, ahora más frío, abrí los ojos. Era Lan.

Sonreí.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté todavía tumbada, refiriéndome al rato que llevaba dormida.

—Seguramente unos pocos minutos, solo ha pasado media hora desde que me enviaste la ubicación. Pero deja de quedarte dormida por la calle, tenías la nariz helada. —Arrugó su nariz mientras tocaba la mía con la punta de su dedo—. No me gustaría que te enfermaras. No quiero perderme ver París contigo y mucho menos que te quedes encerrada en la casa de tu amiga con un gripazo.

—Eso no suena nada romántico —negué.

—No.

Nos fundimos en un largo beso sobre el césped que podría haber durado horas. Pero la plaza del Galán Verde comenzó a llenarse de gente más joven; gente que, probablemente, reconocería a Lancine Yassa con un solo vistazo.

Me ajusté la capucha con el borde de pelo blanco. Lan se aseguró el gorro de lana y se subió la braga para cubrirse hasta la nariz. Me tomó la mano para ayudarme a incorporarme, me pasó su fuerte y largo brazo por mis hombros, atrayéndome hacia la calidez de su cuerpo y comenzamos a caminar. Y yo me sentí la chica más especial de todo París; incluso, tal vez, del mundo entero.

Pasamos el resto de la tarde paseando por el cementerio de Pere Lachaise. Lexy me había contado que, en otras ocasiones en las que estuvo en París, iba a buscar inspiración para sus dibujos. Lexy tenía una variedad de dibujos de flores y me llegó a confesar que las combinaciones más bonitas para sus ilustraciones las encontraba en los centros que decoraban las tumbas, aunque también me había revelado que los cementerios en París eran tan turísticos a la par que tranquilos. Un lugar hermoso, lleno de calma y arte… Un paraje perfecto en el que perdernos y pasear sin ser observados.

Podríamos haber buscado la tumba de Oscar Wilde, la de Jim Morrison o la de cualquiera de las celebridades enterradas allí y dignas de ver, pero la realidad era que no nos interesaba. Me sentía extraña e irrespetuosa, escondiéndome detrás de árboles y panteones, dejándome llevar por las caricias que tanto había esperado. Era demasiado tentador estar en un lugar público y hacer

las cosas que las chicas de mi edad hacían con sus novios en cualquier parte, sin la amenaza de verse expuestas y comentadas.

Por eso, cuando un guarda fue pasando por los diferentes caminos del camposanto y dando avisos a los escasos visitantes, nos dimos cuenta de que eran las cinco y media de la tarde. Nos costó salir de ese clima íntimo para enfrentarnos al mundo exterior del que nos habíamos refugiado.

Regresando sobre nuestros pasos, tomando líneas de metro a la inversa y mezclándonos entre el gentío camuflados por nuestros gorros y abrigos, en silencio y tomando cierta distancia, conseguimos llegar al distrito en el que se encontraba el apartamento de los Bennett. Hacía rato que había anochecido; las tardes de diciembre en París eran cortas, tan cortas como en Llanwit Major.

Nos encontrábamos a menos de un cuarto de hora paseando de mi alojamiento. Era ahora o nunca.

—¿Quieres…? ¿Quieres subir al piso? Lexy me ha escrito, creo que no va a aparecer por aquí hasta después de Año Nuevo.

Y era cierto. Lexy había organizado un tórrido fin de año con su profesor Dickinson, con quien llevaba sin estar a solas eones —según ella— y su intención era aprovechar al máximo con él. No sabía por cuánto tiempo iba a permanecer bajo arresto domiciliario; este caso era una excepción. Se suponía que yo estaba cuidando de Lexy para tranquilidad de la pobre Lydia.

—Solo si tú quieres que suba…

Mi sonrisa lo decía todo. «Claro, ¿no es evidente que estoy loca porque subas y pases todo lo que queda de tiempo en París conmigo?». Y Lan debió entender mis deseos, porque me siguió, permitiéndose acercarse un poco más a mí.

—*Regarde, cést lui, Yassa!!!*[1] —Un alboroto de voces a nuestro lado hizo que Lan se quedara quieto y yo siguiera avanzando.

Era un grupo de chicos, tal vez de nuestra edad —o incluso más jóvenes— que, de pronto, estaban rodeando a Lan, alabándolo.

—*Bien joué! Tu as gagné la partie avec brio!*[2] —gritaba uno.

—*Un utographe, s'il vous plaît… Et pas une photo*[3] —reclamaba otro, señalando su Smartphone para inmortalizar el momento.

Comprendí que, por ese día, había sido suficiente. Era muy arriesgado retomar nuestro paseo, mucho más entrar al portal de la casa de Lexy juntos. Lan ya había sido visto por varias personas.

Nos dijimos un «Buenas noches» y un «Hasta mañana» con las miradas. Esperaba que, al día siguiente, no se hubiese roto la magia que acabábamos de dejar en el aire gélido de la ciudad de la luz.

∞∞∞

Era la mañana del último día del año. Me tomaba mi café del desayuno mientras hablaba con mi anfitriona, la misma que no había vuelto a poner un pie allí desde la mañana anterior… y que no volvería a ponerlo hasta nuestro regreso a Inglaterra. Resultaba extraño ser la invitada en una casa sin anfitriona, pero así era Lexy.

Necesitaba con urgencia saber cómo se desbloqueaba la placa de la cocina. Podría haberle escrito a mi amiga una interminable lista de muchas cosas, pero sabiendo eso —y cómo funcionaba el calentador y dónde tenía guardada la llave que daba acceso a la azotea— era suficiente. El resto lo podía descubrir por mí misma, como averiguar de qué manera organizaba la señora Bennett la despensa de la casa. Los padres de Lexy, creyendo con su ingenuidad que ella y yo íbamos a pasar gran parte del tiempo en el coqueto piso, dejaron la despensa y la nevera abastecidas. Contaban con asistentes en París que limpiaban la casa a fondo y la dejaban habitable antes de que alguien de la familia llegara y, con total seguridad, hacían el mismo trabajo cuando cerraban la casa hasta la siguiente estancia.

Cuando terminé de hablar con mi amiga, volvió a invadirme esa sensación de incomodidad e incursión. ¿Qué hacía yo, sola en ese piso desayunando el día de Fin de Año, sin ninguna perspectiva para el resto del día? Después de que la avalancha de aficionados que rodeó a Lan la noche anterior, diese por finalizada nuestra salida juntos, regresé sola a la casa de Lexy. Intenté digerir mi decepción y

me acosté en la amplia y mullida cama que me dejaron preparada en la habitación de invitados, con una incertidumbre que me acompañó hasta que conseguí cerrar los ojos.

Mi panorama era todo lo contrario a lo que Lexy había transmitido en nuestra llamada, a quien se la escuchaba pletórica al estar viviendo un sueño libre y navideño con su profesor Dickinson.

Me empezaba a regodear en el pensamiento de lo idiota que era, ya que yo continuaba sola y sin noticias de Lan. El doble *check* de los mensajes de WhatsApp permanecía gris y no contestaba a las llamadas. No sabía lo que acabaría haciendo ese treinta y uno de diciembre, pero me parecía una auténtica derrota pedir a mis padres que me organizaran un vuelo de regreso a Madrid. Me negaba a darle a Gabi la satisfacción de lanzarme una de sus miradas de «Ya te lo advertí».

No. Mi plan era vivir un Fin de Año en París, con sus espectáculos de fuegos artificiales incluidos, pasara lo que pasara. Había decidido que vería el espectáculo nocturno desde la azotea, cenando espaguetis con gambas y brindando con vino blanco. Aunque fuera sola.

Eran las nueve de la mañana. Tras un último intento de contactar con Lan a través de mensajes, me quedé unos segundos mirando el móvil y pensé que sería una estúpida si dejaba pasar aquel hermoso día esperando una llamada o una notificación. ¿Habría sido capaz de marcharse? Quería pensar que había una explicación lógica para estar ilocalizable, pero no podía condicionar mi vida a una respuesta por su parte.

Me vestí, le di un poco de color a mis mejillas, me coloqué el gorro de lana y el abrigo y bajé a la calle, a la gélida mañana de finales de diciembre. Mi plan consistía en pasear, así de simple. Una vez me dirigí a la *boulangerie* que había a unas calles cercanas, compré una *baguette* y *croissants* y después caminé sin rumbo fijo. Pensé que ir acompañada de una barra de pan, mientras saboreaba unos jugosos *croissants* de mantequilla, me daría una imagen de persona ocupada con un objetivo, no de una pobre niña sin rumbo y sin plan en París.

Llegué a Notre Dame de nuevo, cruzando el Pont d'Arcole y continué paseando por el otro extremo del Sena hasta que me vi frente al lugar en el que quería estar. Ya eran más de las diez de la mañana y las puertas de Shakespeare & Company estaban abiertas; el carro de libros de saldo y de novedades fuera, en la acera, y algún que otro curioso que tal vez estaba matando la víspera de Nochevieja —al igual que yo— se adentraba entre los acogedores pasillos y estanterías de libros.

No sabía cuándo volvería a París, y todavía no había hecho lo que se esperaba de alguien que viaja a París: subir a la Torre Eiffel, visitar el Louvre, fotografiarse en Montmartre… En su lugar, me había perdido en un cementerio y estaba pasando el tiempo en una librería. Pero qué cementerio y qué librería. El hecho de no estar en esos lugares tan concurridos y turísticos también garantizaba mi privacidad. Me gustaba estar en París sin que nadie lo supiera.

Y pensando en la privacidad, qué fácil había sido destrozar la de Lan. Él era una persona conocida a nivel mundial, un ídolo de masas, y era lógico que le costara más pasar desapercibido. En mi caso, solo interesaba a los monárquicos y a las señoras que leían revistas y tenía un perfil más bajo; hasta las escandalosas de mis primas griegas eran más apetecibles para los *flashes*.

Pensando y divagando sobre un millón de cosas, entorné a la pregunta clave. «¿Por qué no me llama?». Terminé sentada en los Jardines de Luxemburgo, y pensé que podría hacer una foto para mandársela a Gabi. Tal vez con ese pequeño detalle me perdonara por dejarla colgada en Fin de Año y me hablara. Saqué el teléfono del bolsillo y, cuando fui a desbloquearlo, noté que el patrón no era igual, aunque ya me estaba percatando de que la fotografía del salvapantalla no era la mía. Aparecía un precioso niño de piel muy morena y cara regordeta… Ese debía de ser Seydou, el hermanito de Lan. Y si estaba en esa pantalla era porque…

—Oh, Dios. —Me golpeé en la frente, riéndome de mí misma.

Corrí todo lo que pude y más. No tenía tiempo de averiguar combinaciones de metro ni de calcular de qué manera llegaría antes. Debía desandar mis pasos e ir al apartamento de Lexy, el único lugar en el que —con certeza— él me encontraría. Crucé de nuevo el

Sena, aunque por otro puente, Notre Dame se veía desde otra perspectiva.

Todo tenía una explicación. Me reía, aunque al mismo tiempo tenía miedo de que, a pesar de que conocíamos el lugar exacto donde encontrarnos, no acertáramos con el minuto exacto en el que debíamos estar allí, los dos.

Y se iluminó el teléfono. El de Lan. No tenía sonido ni vibración. Probablemente sonó más veces, incluyendo las veces que lo llamé, pero no me había dado cuenta.

¿Qué hacía? ¿Descolgaba? Podría ser su madre, un amigo, su representante…

—…

—¿Cata? —Era su voz.

—Lan… —contesté con alivio.

—Estoy llamando desde el hotel. Por suerte, el de mi teléfono es de los pocos números que me sé de memoria.

—Qué tonta. Me estaba imaginando lo peor. Pensaba que te habías ido.

—Vaya, sí que lo eres. —Escuché su risa—. *¿Dónde nos vemos?*

—¿Qué pasa? ¿Tienes prisa por recuperar tu teléfono?

—No, tengo prisa por verte otra vez y recuperar todo el tiempo que hemos perdido.

18
Lancine

Lo que me había sucedido era una locura. Después de que me avasallaran aquellos chavales a doscientos metros del portal de Cata, no nos quedó más remedio que dar por terminado el día. A ella no la había visto nadie, pero en cuestión de segundos ya sabía todo el distrito de Le Marais que Yassa estaba en París.

Llegué a mi hotel en taxi y, durante el trayecto, me percaté de que no llevaba el móvil encima. Recordé que, cuando esa tarde estuvimos en el cementerio de Pere Lachaise, le pedí a Cata que me sostuviera el teléfono mientras rebuscaba por el bolsillo de mi abrigo, a ver si tenía euros sueltos. Ella me dijo que lo guardaba para que no se cayera entre empujones y viandantes. Nos olvidamos de ese detalle una vez salimos de la boca del metro y comencé —al menos yo— a pensar en ese apartamento, Cata y yo, solos… Hasta que me pillaron esos chavales con sus alabanzas y lo demás ya era historia.

Durante la noche, por más que solicité utilizar la línea telefónica del hotel, no tuve respuesta cada vez que llamaba a mi propio teléfono. El de Cata no me lo sabía de memoria, de hecho, no me sé ninguno de mi lista. Quise pensar que el teléfono no se había perdido por las calles o los metros de París; seguramente lo tenía en silencio, como siempre cuando quería desconectar un poco de todo. Y así era.

Por suerte, en algún momento, Cata se percató del teléfono y de mis llamadas… casi al mediodía, cuando estaba terminando de hacer el *check out* del hotel. No tenía sentido permanecer más tiempo

alojado si quería continuar moviéndome por París con cierta intimidad. Le dije al hombre de la recepción que me marchaba ya, que volvía a Madrid y que en breve me recogía un vehículo privado para trasladarme al aeropuerto. Si se había filtrado a la prensa que me alojaba allí, era una forma de jugar al despiste.

Cargué con mi mochila de viaje y pedí hacer una última llamada para probar suerte. De lo contrario, la única alternativa que me quedaba era dar vueltas cerca del apartamento de Lexy —sabía, más o menos, la calle en la que estaba— y cruzar los dedos para encontrarme con ella. Con Cata, que era el único motivo por el que decidí pasar el Fin de Año en una ciudad con la que no me unía nada y donde no conocía a nadie.

Y… bingo. Cata descolgó, por fin.

Hubiese sido muy deprimente pasar la última noche de ese año, que resultaba ser tan importante y decisiva para mí, vagando solo por las frías calles parisinas.

Ahora que tenía la dirección exacta del apartamento de Le Marais, pensé que lo mejor era llegar paseando hasta allí. No quería exponerme. Tuve que salir por otro acceso del hotel, en la puerta principal había dos fotógrafos. Tal vez estaban esperando a otra persona, pero opté por no arriesgarme. Me abrigué, me puse unas gafas de sol y una gorra para cubrirme el rostro y colgué mis escasas pertenencias en la mochila de deporte. Salí del hotel caminando y me mezclé entre los parisinos que deambulaban por las calles en su último día del año.

∞∞∞

No podía llegar con las manos vacías. Mi madre me enseñó que, cuando iba de visita a casa de alguien, siempre debía presentarme con algo. Así que, por el camino, paré por una de las cientos de panaderías.

Ella estaba en el portal, rodeándose con los brazos mientras se frotaba. No llevaba puesto el abrigo y tal vez llevaba un rato

esperando. Me acerqué y Cata sonrió, no sin antes abrir la puerta para entrar e invitarme a que yo lo hiciera.

—Rápido, vamos al ascensor —me apremió ella—. La portera ha salido un momento. Lexy dice que le pagó para que mirara hacia otro lado durante estos días…, pero no me fío.

Cata no se relajó hasta que no entramos en el piso de su amiga y cerró la puerta tras de sí. Eso respecto a posibles miradas; una vez se vio a salvo de la gente de fuera, no tardé en notar otra clase de nerviosismo. Conocía ese lenguaje físico, todos lo sufrimos ante momentos que no podemos controlar o que no conocemos. Incluso cuando uno sabe lo que va a suceder y ya ha pasado por eso, nunca es igual. Y por eso yo también estaba hecho un flan.

—He traído pan —dije para romper el silencio, señalando la *baguette* que portaba conmigo.

—Yo también he comprado pan hoy… Y *croissants*…, pero me los he comido y… —Cata se bloqueó, pero meneó la cabeza riéndose de sí misma y continuó—: Y he hecho una salsa especial para la pasta. ¿Quieres dejar la mochila?

Me había olvidado de que todavía cargaba con la mochila de viaje, estaba distraído pensando en cómo hacer que ella se relajara. Era increíble a la velocidad que hablaba. Me reí porque, de pronto, pasó por mi mente la única solución que le veía a aquella situación.

—Ponte cómodo, en serio. Yo… —ella seguía.

La besé. Ella no lo vio venir. Pero, en cuanto sus labios entraron en contacto con los míos, toda la tensión que cargaba su cuerpo desapareció. Lo noté en sus brazos mientras se los acariciaba desde los hombros hasta los codos una y otra vez. También cuando acaricié su cuello y hundí mis dedos en su pelo para separar mis labios.

—Creo que nunca he necesitado tanto mi móvil como en estas últimas horas —le confesé. No podía ser que los dos estuviésemos en París para pasar el último día del año juntos y no pudiese localizarla.

—¿Te lo doy? —preguntó con timidez.

—No —sonreí—, ya no hace falta.

Y volví a besarla, solo que esa vez mis manos buscaban más: el contacto con la piel. Tal vez fuera porque, junto con mis palabras,

también había salido la angustia que sentí por ese largo rato de incertidumbre. No quería regresar a Madrid sin la oportunidad de estar a solas con ella, sabía que no volvería a suceder en mucho tiempo.

Iba a ocurrir. No era algo que estuviese preparado al detalle, pero la noche anterior se pudo dar la posibilidad y no fue. Y ahora me encontraba en una habitación, a solas, con ella y sin esperar a nadie más.

Tomé a Cata de la cintura y continué besándola, escalando su cuerpo con mis manos. Una vez llegué al fin de su cuello, acaricié su delicada cara con sus facciones finas. Tenía una piel blanca y perfecta, pero al mismo tiempo la delataba; sus mejillas habían adquirido un tono sonrosado.

Ella, a pesar del rubor, también buscaba el contacto; consiguió acariciar mi espalda apartando capas y capas de ropa y, de pronto recordé que seguía llevando una chaqueta, la sudadera y alguna camiseta más. Me lo quité todo, me sobraba a esas alturas, y también ayudé a Cata a desprenderse de su jersey. Llevaba un sujetador blanco con pequeñas mariquitas. Creo que, cuando me quedé observando su ropa interior, se sintió muy vulnerable, porque en seguida se cubrió con los brazos.

—Debe parecerte ridículo…

—No tengo nada en contra de las mariquitas —le respondí.

Salió de ella una risa nerviosa y esa vez se cubrió el rostro.

—Lan, nunca he estado con nadie. Nunca… hasta el final. —Su confesión me sorprendió, no voy a negarlo.

—¿Y con el *Borjamari* no…? —Ella negaba antes de que yo acabara mi pregunta.

—No sé si ahora querrás…

—Más que nunca —la besé—, aunque no quiero decepcionarte.

—¿Por qué ibas a decepcionarme?

—No sé —volví a besarla con su rostro entre mis grandes manos —, pero la primera vez y la primera persona nunca se olvidan. No me gustaría que… —Ahora yo era el inseguro y ella la que me cortaba con un largo beso.

—Entonces, mejor aún. Vamos…

Tiró de mi mano, sin dejar de mirarme con intensidad, y me condujo a una habitación, la que deduje que era en la que estaba durmiendo esos días.

La siguiente hora fue un ritual de conocimiento mutuo, de recuperar el tiempo que no pudimos tener y de acumular todo el que sabíamos que no conseguiríamos darnos más adelante. Quise que todo fuera muy despacio para memorizar cada instante y cada centímetro de su cuerpo, desnudándola poco a poco.

Cata reaccionaba a cada caricia y a cada estímulo con sorpresas placenteras, lo que me hacía entender que tenía un mapa en blanco ante mí y que tenía la oportunidad de activar sensaciones que nadie había provocado en ella. Y eso hice, activar sensaciones y provocar en ella espasmos calientes en zonas que ni conocía y que la ayudarían a recibirme en su cuerpo con el mínimo dolor hasta que se acostumbrara a mí.

Mientras estaba dentro de ella, no podía dejar de mirar esa cara ya relajada y abandonada a lo que estábamos viviendo. Terminé con un grito ahogado, acompañado de una corriente eléctrica que pasó de cuerpo a cuerpo, más fuerte que jamás había sentido. La besé en la frente varias veces, mientras le repetía «Te quiero». Ella sonreía, estaba exhausta y creo que asimilando todo lo que habíamos vivido.

El tiempo restante nos quedamos abrazados, con nuestras extremidades enroscadas; éramos un yin yang perfecto. Y así, refugiada en mí y con caricias suaves, se durmió. Nunca el silencio me había parecido tan mágico.

No podía creer que yo fuera el primero para ella y que nada iba a cambiarlo, pasara lo que pasara. Cuando pensaba en mi vida —pocos años atrás—, conocer a Catalina hubiese sido imposible y, tenerla desnuda a mi lado, un sueño. Por eso quise que ese instante fuera lo más perfecto posible para ella, algo que pudiera recordar en mil vidas, aunque en ninguna de ellas llegáramos a conocernos.

Aunque nunca lo mencionaba, no dejaba de llegarme el mismo pensamiento una y otra vez: en circunstancias normales, si yo no hubiese tenido ese golpe de suerte y no fuera jugador profesional de fútbol, jamás nos hubiésemos conocido. Imagino que tampoco

hubiese conocido a Nadia, pero lo que sentía con Cata era muy distinto, era algo que no me había sucedido antes con nadie.

¿Por qué me había enamorado precisamente de ella? La situación no era fácil. Esto no iba a ser como relacionarme con otras chicas, con quienes podía ir a discotecas, salir a cenar o visitarlas en su casa sin esconderme. Catalina pertenecía a una familia que siempre estaba en la prensa y en los programas de televisión, vigilando sus movimientos, sus opiniones y hasta la ropa que vestían. Pertenecía a una sociedad en la que pesaba lo tradicional, incluso para relacionarse con gente. Raras veces salían de su círculo y, viendo cómo tenía que buscar sus tretas para vernos a escondidas, deducía que tenía una vida muy organizada y trazada a gusto de otros.

Pero en ese instante sabía que la quería y, si además ella deseaba estar conmigo y me había regalado algo tan íntimo como su primera vez, también la merecía.

∞∞∞

Desperté bastante desconcertado, aunque no era de extrañar que me quedara dormido acompañando a Catalina, después de la noche que había tenido sin pegar ojo, preguntándome dónde estaba mi móvil e intentando localizarla a ella. Pero, al abrir los ojos y buscar con mi brazo, no la encontré a mi lado.

Me puse los *boxer* y salí al pasillo, asomándome por las habitaciones de ese amplio apartamento parisino. Encontré la cocina y, en ella, a Cata. Llevaba la misma ropa que cuando la desnudé horas previas y unos calcetines gordos. Estaba preparando algo.

Me acerqué despacio y, sin que ella se percatara de mi presencia, le di un beso en la mejilla, abrazándola por detrás. Cata dio un respingo y soltó una carcajada nerviosa.

—¿Qué estás haciendo? ¿La realeza cocina?

En los fogones tenía una olla con pasta hirviendo y un cazo en el que estaba calentando una salsa de marisco que olía de muerte.

—¿Creías que no sabía cocinar? —contestó mientras se apoyaba en mi pecho, ladeando la cabeza para dejarme besar su cuello.

—Pensaba que en tu palacio te lo hacían todo y también en el castillo inglés en el que estudias.

—¿Huelo a prejuicios, señor Yassa? Creo que voy a tener que desvelarte unas cuantas verdades y mentiras de lo que se puede contar por ahí sobre mí y mi familia —dijo divertida.

Comimos espagueti con una salsa de almejas y gambas que Catalina había preparado —y que estaba sorprendentemente buena — en la mesa de la cocina. Más tarde, con unos cafés calientes, nos sentamos en el salón y estuvimos hablando durante horas. Habíamos hablado en muchas ocasiones de diferentes cosas, pero tal vez, por el hecho de que yo no tenía que coger un avión o que a ella no le cerraban las puertas de la escuela, ahondamos en temas que en otras ocasiones pasamos de largo.

Yo le hablé de los orígenes humildes de mi familia y de la difícil situación que tuvieron que pasar mis padres; desde luego, no era nada atractiva. Pero sentía mucha curiosidad por los padres de Catalina. Siempre había escuchado los nombres de los reyes Nicolás y Paula de oídas, pero sin interesarme mucho. Sinceramente, un chaval de San Blas cuyo horizonte del día a día era ir a clase y salir a jugar al fútbol después de ayudar en la tienda, los temas de monarquía y política poco me importaban. ¿Por qué iba a interesarme por personas que no se molestaban en conocer mi barrio y a gente como yo? Pero Cata me hizo entender que todos teníamos nuestros microsistemas y que unirlos no era una cuestión de esperar, sino de actuar.

—¿Cómo se conocieron tus padres? —pregunté.

—Mi madre actuaba en Madrid, llevaba un tiempo interpretando al personaje de Carmen en *Cinco horas con Mario*, ¿la conoces? —Negué—. Es una obra muy intensa y difícil de llevar. Al parecer, las críticas llevaron el trabajo de mi madre a lo más alto; fue nominada a numerosos premios y ganó algunos de ellos.

»Mi padre acudió al teatro en una ocasión, animado por todas esas críticas y, al parecer, quedó prendado de la actuación de mi madre. Y de ella. Él estuvo mandándole flores durante las siguientes funciones y envió a alguien de su confianza a su camerino para pedirle una *reunión*. Mi madre se negó en todas esas ocasiones, ella

me contó que mi padre tenía fama de mujeriego y de andar cambiando de novias como de zapatos y no quería ser una más en su colección. Al final, un día, mi padre acudió a otra de sus funciones. Me dijo que llegó a ver hasta tres veces la misma en dos meses. Y él mismo fue directamente al camerino de Paula Sáez.

»Quizás fuera por tanta insistencia o porque vio un interés real en él, pero aquella noche mi madre accedió a cenar con mi padre en una sala privada de un restaurante de Madrid. Continuaron viéndose a escondidas durante un tiempo. Cuando la prensa vio que el príncipe Nicolás no andaba persiguiendo a modelos durante su último verano en Mallorca, empezaron a sospechar y a seguir sus pasos más de cerca. De lo que se enteraba la prensa, se informaba antes a la Casa Real y, antes de que se supiera nada, mis abuelos ya sabían de la relación de mis padres.

—¿Les pareció bien? —Dudé de hacer esa pregunta por la posible respuesta.

—¡No! Mi abuela montó en cólera cuando mi padre le dijo que no dejaría de ver a mi madre y anunció, muy en serio, que si no aceptaban a mi madre, él renunciaría a todo. Intuyo que hubo una fuerte crisis. Pero mi abuelo estaba bastante enfermo y estaba previsto que mi padre asumiera su cargo. Creo que fue mi abuelo el que ablandó a mi abuela y la convenció para que le concediera a Paula el beneficio de la duda.

»Mi madre conoció a la familia de mi padre y, finalmente, la aceptaron. Aunque no se lo pusieron nada fácil y mi abuela no fue del todo agradable con ella hasta bastante después. Creo que fue cuando nació Gabi y vio cómo mi madre se volcaba en ella, cuando mi abuela entendió que Paula hizo el sacrificio más grande que una persona puede hacer por amor: cambió su estilo de vida y sus prioridades. Ya no existían los focos y el escenario, tampoco la privacidad o hacer una vida normal, y renunció a todo eso por su hijo, mi padre. Mi madre se esforzó mucho por estar a la altura y no siempre fue fácil. Ella, muchas veces, nos ha contado a Gabi y a mí que, si no hubiese accedido a acudir a aquella cita con ese príncipe insistente y caprichoso su vida, ahora sería muy distinta.

—No quiero ni imaginarme lo que sería dejar de jugar al fútbol, por ejemplo. Lo de tu madre es digno de admirar.

—Sí. Cuando saltó la noticia, ella se estaba preparando para hacer de Sally Bowles en *Cabaret*. Hubiese sido un gran éxito para ella. Pero tuvieron que sacarla de Madrid por *seguridad* y, de repente, todo se precipitó: el compromiso, vivir en palacio, las clases de protocolo, conocer a otras familias reales europeas… Yo no lo hubiese escogido teniendo la opción.

La abracé. Sabía lo mucho que le incomodaban todos aquellos actos, a pesar de que ella no era heredera y su papel era más secundario.

—Piensa que ella tuvo la opción y escogió lo que tiene. Y tú también vas a hacer otras cosas, ¿no? —la animé.

—Sí, eso quisiera. Estoy mirando varias ofertas en universidades de Londres para estudiar Historia y Arqueología. Pero estas Navidades me han hablado en casa de, o bien seguir la instrucción militar como mi hermana o estudiar Ciencias Políticas o Derecho Internacional. ¿Me imaginas con uniforme y trepando una cuerda? —me preguntó a modo de chiste, aunque con una sonrisa triste.

—No, pero te imagino con mapas y pergaminos viejos o sacando brillo a esculturas o haciendo cualquier cosa que hagan los historiadores. Si lo tienes claro, no te lo calles. Piensa que, si tus padres se rebelaron contra un sistema para buscar su felicidad, tú también puedes hacerlo.

—Gracias. Te quiero.

La besé en la cabeza sobre su precioso cabello claro. Me sentía feliz.

∞∞∞

Antes de que llegara medianoche, lo preparamos todo en la amplia terraza de la azotea. La casa de Lexy era increíble, no sabía dónde se estaba quedando ella a dormir, pero había tenido un buen detalle con su amiga, dejándonos su casa para nosotros. Preparamos unos bocadillos con lo que encontramos en la nevera —algo había que

hacer con tanta *baguette*— y Cata encontró una botella de *champagne* que colocamos en una cubitera. También encontramos unas velas que encendimos en la mesa de la terraza; a pesar de que tuviésemos luz, a ella le hacía ilusión. Sacamos mantas para taparnos cuando nos sentáramos para cenar y de ese modo, más tarde, ver lo poco que nos pudiera llegar del espectáculo de fuegos artificiales que se lanzaban en los Campos Elíseos, resguardados del frío. Podríamos haber ido hasta allí con todo el tumulto para despedir el año como se hacía en la ciudad, pero creo que ninguno de los dos tenía ganas de verse en una situación como la de la noche anterior y tener que huir y separarnos para despistar.

—¿Crees que se verá algo? —le pregunté a ella, con la manta hasta el cuello, mientras daba buen provecho a mi bocadillo.

—¿Ves la Torre Eiffel? Lexy me dijo que de pequeña pasó un par de noches de Fin de Año y que tenía el recuerdo de que se veían los fuegos. Y si no, nos felicitaremos el año nuevo igualmente.

Nos sonreímos y brindamos.

Yo ya había llamado un par de horas antes a mi casa, les felicité el año por adelantado a mis padres y a Seydou. Cata también se alejó durante un rato para felicitar a los suyos; primero llamó a sus padres y, más tarde, a su hermana, con la que no parecía muy contenta tras la conversación. No le quise preguntar. A Lexy le escribió, pero no le contestó.

A las doce de la noche, dio comienzo el espectáculo de fuegos. Tal y como le había augurado Lexy a Cata, desde la terraza se podía ver algo y para nosotros bastaba.

Pero los auténticos fuegos artificiales sucedieron más tarde, durante gran parte de la madrugada del primer día del nuevo año.

19
Catalina

Estábamos en un tren de alta velocidad, donde recorríamos el Canal de la Mancha en la mañana del dos de enero. Podría haber viajado a Madrid para pasar los Reyes en casa, pero la excusa de que las clases comenzaban ya —y mi última conversación con Gabi en la tarde de Fin de Año— me frenó a hacerlo.

Cuando llamé a Gabi para felicitarle la entrada de año por adelantado, a sabiendas de que se encontraba en casa con mis padres y que podríamos hablar todos, sentí el impulso de contarle lo que me había sucedido aquel día con Lan. A Lexy no la vería hasta el día siguiente —Lexy era otro tema que me preocupaba— y Gabi era algo más que mi hermana, era mi amiga y confidente y con quien compartía todo el tiempo de nuestros días. Siendo niñas, crecimos en una situación muy particular hasta que a ella la mandaron a Llantwit Major a estudiar. Por eso me dolió tanto que, cuando le conté algo tan importante para mí, en lugar de sentir curiosidad y preguntarme cómo lo había vivido y cómo estaba en esos momentos o simplemente alegrarse, me reprendió por haber sido tan arriesgada. Me echó en cara mi irresponsabilidad y dejar de prestar atención a las cosas que realmente importaban por un chico al que, según ella, no sabía si terminaría decepcionándome.

Apoyé mi sien en la ventana del tren y dirigí mi mirada al exterior, aunque sin mirar nada. Me sentía distinta, todo en mí era diferente, como si me hubiese desprendido de una capa que antes no me permitía sentir las cosas como las estaba sintiendo ahora.

Mientras recordaba a Lan desnudándome, besándome y mirándome como me miraba cuando estaba sobre mí, toda mi piel reaccionó erizándoseme el vello de los brazos. Una sonrisa involuntaria se dibujó en mis labios.

—¿Y esa cara de boba que se te está poniendo desde que estamos en el tren? ¿Me lo vas a contar ya? Tenemos una hora hasta llegar a St. Pancras —me interrumpió Lexy.

No le había contado nada a Lexy hasta ahora, la tarde anterior llegó al apartamento con un semblante bastante decaído. Lan se marchó horas antes para tomar su vuelo de regreso a Madrid.

Cuando Lexy se dejó caer en el sofá y le pregunté qué tal su Fin de Año con su profesor —lo de llamarlo así era desde el cariño y la complicidad con ella—, se desbordó por completo y sus ojos estallaron en lágrimas. «Peter y yo hemos terminado», me dijo.

Me explicó que, ante esa inusual situación de cierta libertad entre ellos, en la que podían pasear sin esconderse, entrar y salir del hotel sin temor a que a ella le pidieran la documentación o cenar en un restaurante con la certeza de que ninguna amigo de los señores Bennett iba a estar en la mesa de al lado, Lexy y Peter se mostraron tal y como eran. Ambos exteriorizaron su esencia: ella, alocada y con ganas de constante movimiento, curiosa y espontánea; él, discreto y reflexivo, deseando pasar una tarde leyendo un libro y evitando ser el centro de atención.

Al principio, Lexy intentaba amoldarse a él. «Seguro que, pasadas unas horas, se relaja» pensaba. Aunque deseaba comérselo a besos, como hazaña de lograr subir todos los peldaños de la Torre Eiffel, sabía que Peter se podía sentir incómodo.

La misma noche de Fin de Año, habiendo pasado una mañana —y parte de la tarde— en el museo del Louvre productiva para Peter y, a última hora, tediosa y aburrida para Lexy, esta propuso salir a cenar a un restaurante en el que había reservado. Después irían a ver los fuegos artificiales en los Campos Elíseos y terminarían la noche bailando en los mejores locales de Montmartre.

Peter se desperezó en la cama, haciendo entender a Lexy que estaba cansado, pero que haría todo eso por ella, aunque pasadas las doce de la noche, él ya no era persona. «Estoy cansado», decía.

Lexy sentía que lo llevaba a rastras, por lo que se marcharon de nuevo al hotel poco después de ver los fuegos.

Esa primera noche de nuevo año, la que tendría que haber sido la más romántica, acabó con Peter leyendo a la luz de la mesilla de noche y con Lexy en su lado de la cama, en postura fetal, dándole la espalda y soltando alguna que otra lágrima. Sentía la incomodidad que supuraba todo ese cuerpo juvenil que debería encontrarse en una pista de baile, no así, no como se imaginaba que estarían sus padres cualquier noche del año.

Al día siguiente, mientras hacían sus bolsas de viaje, Peter inició la conversación que terminaría en un ataque de cólera de Lexy y un portazo de él, dejándola sola en esa habitación hotel de dos estrellas, al que había accedido a quedarse por él. Ella se había adaptado a las necesidades de su pareja, pero a Peter le seguía pesando el ostracismo laboral al que se había visto obligado a llevar, tras descubrirse su relación con Lexy en el instituto donde él era su profesor. A pesar de que había vuelto a encontrar trabajo —no como docente—, y de toda la pasión que sentían y de todo lo que habían pasado juntos, ese vínculo se debilitaba si se prolongaba en el tiempo o si se convertía en algo más mundano o menos prohibido.

—¡Ey! Despierta ya de una vez. —Lexy chasqueó los dedos ante mis ojos en un segundo intento por llamar mi atención.

—Perdona, estaba pensando en cómo me convenciste para regresar a Inglaterra por este túnel bajo el agua —me excusé.

—Tu mirada no era de pánico hace unos minutos, sino de tonta enamorada. Venga, cuéntamelo todo, no nací ayer y has tenido mi apartamento para ti sola con el futbolista famoso. —Lexy permaneció un instante pensativa—. Podría haber puesto cámaras y vender la exclusiva… Aunque no sería buena idea, habría tenido que dar a mis padres muchas explicaciones…

—No sé, Lexy. Me da mucha vergüenza, nunca… nunca había llegado hasta el final —le confesé a mi amiga entre susurros.

—Cuéntamelo como si fuese una película —propuso Lexy—. ¿Cómo fue ese final?

—Pues fue un final feliz, de los que te dejan sin aliento y con ganas de… rebobinar y de volver a poner la cinta desde el principio.

Lexy comenzó a reír de forma escandalosa, mientras yo observaba a mi alrededor, abochornada. En realidad, la gente estaba abducida por su móvil o su *tablet* con los auriculares puestos, y algún otro dando una cabezada.

—Esa sí que ha sido buena, Cat —dijo al fin, esforzándose por controlar su risa—. Te gustó, ¿verdad?

—Mentiría si te dijera que no —confesé con vergüenza.

—*Minitirii si ti dijiri qui ni* —repitió mis palabras con un acento muy ridículo—. Venga ya. Disfrutaste, tu cuerpo vibró por cada rincón, desde la punta de los dedos de los pies hasta tu cabeza, quedaste extasiada y dolorida, ¿por qué no? Eso también sucede cuando una se pasa la tarde y la noche dándole como co…

—¡Lexy! —interrumpí, mirando a mi alrededor.

—Dime la verdad y dejaré de avergonzarte.

Tomé aire. Este tema debía concluirlo o me acompañaría de Londres a Llantwit Major y continuaría en nuestra habitación.

—Vale —miré a ambos lados para asegurarme de que nadie en el vagón estaba atento, no debía olvidar quién era—, fue algo maravilloso y simplemente sucedió. Sé que suena muy de rollo película, pero aunque sabíamos que ese día iba a suceder, creo que ninguno de los dos pensaba que solo íbamos a necesitar dos segundos estando a solas y una frase estúpida sobre comida para lanzarnos el uno sobre el otro. No soy tonta, él me gana en experiencia por goleada, pero en ningún momento me hizo sentir inferior o alguien frágil a quien no se le debe dañar. Entiéndeme, quería que disfrutara tanto como él en todos los sentidos, y lo hizo.

—¿No te dolió?

—Sí, un poco al principio, pero no sé cómo explicártelo. Mira, no me gusta hacer comparaciones, pero cuando Fernando me tocaba y se pasaba más de la cuenta, mi cuerpo se tensaba y se ponía en alerta. Sin embargo, con Lan, no había señales de alarma. Todo mi cuerpo estaba relajado y receptivo, sentí como nunca antes había sentido. Así que, como comprenderás, cualquier rastro de dolor quedó en un segundo plano.

—Uau, la pequeña y dulce *Cathy* ha pasado la barrera de la adultez. Te doy mi enhorabuena por tener una primera vez tan

épica. La mía fue con un gilipollas que no tuvo ni el detalle de ponerse solito el condón.

—¿No fue Peter? —pregunté extrañada.

—Qué va, ojalá. Seguro que hubiese sido más digno de recordar. Si Peter hubiese pensado que era virgen, no se hubiese atrevido a tocarme, demasiadas reglas estaba rompiendo ya.

—¿Crees que lo arreglareis? Peter y tú.

—No lo sé, Cat. Ahora mismo estamos a años luz el uno del otro. No supe cuán distanciados estábamos ni lo grandes que eran los obstáculos que nos separaban hasta ayer. El individualismo es difícil de llevar en dos personas como nosotros. ¿Y tú cuándo vas a ver a tu goleador?

—¡Calla! —Odiaba esos chistes tan malos de doble sentido—. Tal vez en dos semanas.

Habíamos pensado que yo viajara a Madrid a mitad de enero con la excusa de no celebrar Reyes con la familia, y buscar el modo de vernos si no coincidía con ningún entrenamiento, ya que a final de mes tenía partidos.

Tenía anotados en mi agenda todos los encuentros deportivos de Lan, incluso los que no jugaba, pero que afectaba a su equipo. Jamás me había interesado por el fútbol y ahora estaba pendiente de la Liga, la Champions, la Copa del Rey… Hacía apenas unos meses, hubiese odiado que mi padre me reclamara para acompañarlo a una final deportiva. Sin embargo, ahora pensaba que si Lan y su equipo conseguían llegar a la final del torneo al que representaba el rey Nicolás, deseaba fervientemente que mi madre tuviese una jaqueca terrible o un dolor de muelas y que reclamaran mi presencia para acompañar a papá, como lo hice en Berlín. Porque Gabi, calculando las fechas, en abril seguiría en su instrucción por el mar.

Gabi. Me entristecía pensar en ella, y no poder compartir todas estas inquietudes. Jamás pensé que me alejaría de ella. ¿Por qué no aprobaba mi relación? A Lexy no le había contado mi última conversación con mi hermana, creo que la había aborrecido un poco —tal vez por mi culpa— por contarle cómo me sentía cuando Gabi se mostraba tan distante conmigo; especialmente si tenía que ver con

Lan o con mis planes por Londres. Por ese motivo, había un sentimiento en mí que me ahogaba, que no me permitía disfrutar del todo de las cosas que me habían sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas.

En algún momento tendría que hablar con Gabi, pero la distancia no lo ponía fácil; tampoco las dificultades de la comunicación telefónica.

∞∞∞

Ya en mi habitación, dentro del castillo de St. Donat de Llantwit Major, y descansando de un intenso viaje para reanudar las clases al día siguiente —en España faltaba la llegada de los Reyes Magos, pero en Gales ya se había dado carpetazo a las vacaciones de invierno—, intenté despejar mi cabeza y dejar a un lado los problemas y conversaciones pendientes con mi hermana que tanto me pesaban. Me dejé llevar por las noticias seleccionadas por Google en mi móvil. No era de extrañar que, viendo mi historial de búsquedas, muchas de las noticias que aparecían estuviesen relacionadas con Lancine Yassa y que, por lo tanto, si Nadia Blume aparecía en el primer número del año de una conocida revista, con reportaje fotográfico incluido y «desnudando su alma» con respecto a sus relaciones sentimentales, la noticia saltara a mi pantalla.

Y no pude evitar leerla. Aunque sabía que esa lectura me generaría dudas, incomodidad y mucha inseguridad respecto a mí misma. Ahora que me encontraba tan vulnerable y con los sentimientos a flor de piel. Ahora que me había entregado toda entera a alguien y por primera vez.

Nadia Blume hablaba de sus trabajos, de sus proyectos futuros y de los propósitos del nuevo año, que no podían acabar sin ese «¿Qué espera Nadia del amor?» por parte de la periodista, y a lo que la *influencer* respondió con grandes revelaciones que, sin decir nada, lo decían todo:

Fallé a alguien muy importante en mi vida, perdí su confianza y ahora mi propósito es recuperarla. Porque algo tan auténtico no puede terminar. Todos nos equivocamos en algún momento y tenemos derecho a reparar lo que hemos dañado y a una segunda oportunidad. Así que, del amor, solo espero redención.

La periodista le preguntaba abiertamente si estaba retomando los contactos con un joven y floreciente futbolista nacional, a lo que ella contestó con un: «No quiero dar nombres. La exhibición de mi relación fue uno de los motivos por los que se dañó y no pienso volver a caer en el error. Por favor, entiéndelo».

¿Que uno de los motivos fue la exhibición de esta? ¡Fue porque le puso los cuernos, entre otros motivos! Estaba indignadísima. Si estaba hablando de Lan, él no había propiciado eso que ella decía de «retomar el contacto». En otras circunstancias, en otra realidad, si todos fuésemos personas anónimas que iban a un instituto normal o que tenían un trabajo mundano, con obligaciones típicas y trascendencia más bien baja, yo podría haberla llamado —o buscarla— para decirle que dejara en paz a mi novio. O seamos sinceros, seguramente me hubiese quedado callada y mordiéndome los nudillos de la rabia, pero sin ese añadido de pensar que todo el mundo podría dar por hecho que Lan y Nadia Blume estaban intentando retomar su relación, cuando en realidad, Lan solo tenía pensamientos para mí en ese sentido. O, al menos, eso esperaba.

Estaba celosa. Estaba insegura. Otra vez y por el mismo motivo.

Lexy vio la noticia al acostarse junto a mí en la cama.

—No hagas caso a esas gilipolleces. Ese chico viajó a París para pasar el Fin de Año contigo, cuando podría haber estado con sus amigachos futbolistas en una discoteca de Madrid bailando con *gogós* o en reservados llenos de *groupies* ansiosas por hacer cualquier cosa con él. También podría haber estado con esa —dijo señalando la pantalla— si es cierto que sigue habiendo algo, pero prefirió estar contigo.

—Quizás solo quiere un rollo fugaz conmigo y después regresar con la que ha sido su novia —le ofrecí como posibilidad a Lexy, poniéndome como siempre en el peor escenario.

—No hagas caso de todas las mierdas que dicen por ahí. Y mucho menos de una *influencer* ansiosa por hinchar su número de seguidores en las redes. Al fin y al cabo, ella vive de ser noticia.

Le di las buenas noches a Lexy, intentando creer en lo que ella me decía. Pero era difícil.

Mi teléfono se iluminó al instante. Era Lan. Un enlace con la misma noticia que acababa de leer y un mensaje después:

No se te ocurra creerte nada de esto. Con la única persona que quiero estar es contigo. Te quiero. Buenas noches, princesa.

Sonreí. Accedí al Instagram de Lan y vi que había publicado una historia con la grabación de un trozo de los fuegos artificiales que vimos desde la terraza del piso de Le Marais. No me acordaba de que estuvo grabando. También había un pequeño texto que decía «Feliz Año, E.» —E de Eurídice—.

Me dormí. Profundamente.

20
Lancine

Enero pasó fugaz. Hacía dos días que fue mi cumpleaños. Veinte. Tenía veinte años, la edad con la que mi padre —sin recursos, sin un futuro claro, con unos pocos contactos en Madrid y un escaso dominio del castellano— era padre por primera vez con su novia de diecinueve; es decir, mi madre. Yo tenía una carrera deportiva que había despegado y que volaba a toda velocidad, un buen contrato con un club de primera, seguridad para mi familia, mi proyecto del polideportivo en marcha y una chica a la que quería como no había querido a ninguna otra.

Mi vida con veinte años era muy distinta a la que tenía mi padre, era muy consciente. También era consciente de que mi buena estrella podía dejar de brillar, de que podía acabar. Todo era muy complicado y yo no controlaba nada al cien por cien; la mayoría de las cosas que tenía eran por puro azar. Por eso las disfrutaba y me aferraba a ellas como si fuera a perderlas pronto.

Días atrás, celebré una fiesta con amigos y familia en mi casa. Esperaba que Cata pudiera venir, pero no pudo ser. Y no porque ella no quisiera —sabía que ella quería conocer a mi gente—, sino porque las circunstancias hacían muy difícil cualquier encuentro. A pesar de que lo programáramos con antelación y midiendo todos los posibles obstáculos, teníamos en cuenta la distancia, nuestra exposición pública y el entorno de ella en particular.

Mi madre vio la decepción en mi rostro. Aunque no sabía quién era la famosa Cata, era consciente de que esa chica —que estaba tan presente en mi vida— se trataba de alguien importante. Era

imposible ocultarlo. Temía que ahora sí me lo pudieran hacer pasar mal o salir muy mal parado, sin embargo, también pensó en el Lancine de los últimos meses: entusiasta, alegre, feliz… y entendió que todo se reducía a esa sola persona. «Ya habrá tiempo de conocerla», me dijo, aunque no muy convencida de que fuera a suceder, pero con la intención de infundirme ánimos en el día de mi fiesta de cumpleaños.

También supe que Nadia intentó acudir a la fiesta con unas amigas —estaba muy insistente—, pero por suerte no tuve que aguantar su presencia.

Y en esos instantes me encontraba tras el balón, acercándome a la portería contraria, en uno de los partidos decisivos que podía llevar a mi equipo a la final de la Copa del Rey. Y ella ese día sí que estaba allí, en el palco con su padre, a pesar de que no era una práctica habitual que el rey estuviese presente en partidos previos a esa final. No sabía cómo lo había conseguido, pero Catalina estaba allí y teníamos planeado vernos más tarde… Tampoco sabía cómo haría para engañar a su equipo de guardaespaldas.

Moncho se encontraba cerca, y un jugador del otro equipo empezaba a meter el pie en mi camino. Dejé la mente en blanco. Siempre conseguía hacerlo cuando llegaban momentos de máxima precisión, en los que se requerían todos los sentidos. Sabía que llegaba el momento.

Le pasé el balón a Moncho y este continuó llevándolo hasta el lateral izquierdo de la portería, donde los defensas se imaginaban que chutaría a puerta. Pero la señal de su mano —un código que nosotros teníamos— me invitó a situarme justo en el otro lateral de la portería para que yo hiciera el remate del tiro que él me iba a pasar. Lo hizo y nadie se lo esperó, teniendo una posición tan buena para chutar a portería, pero a nosotros nos gustaba sorprender y asegurarnos ese pase para que fuese certero.

Recibí el esférico más alto de lo esperado, pero lo suficientemente cerca para rematar con una chilena. En el momento en que lo hice, sentí esa tensión que se contagiaba en todo el ambiente y, al instante, la gloria. Pero mientras caía, antes de tocar césped con el cuerpo, algo se interpuso en mi cabeza.

Todo se vio borroso. Y, después, silencio.

∞∞∞

Jamás he hablado con alguien que hubiese vivido una experiencia cercana a la muerte o que hubiese pasado un largo tiempo a oscuras. Tampoco conocía a nadie que le hubiese sucedido.

Durante un tiempo que supuso un limbo, escuché voces de compañeros, silencios, gritos ahogados, murmullos de muchedumbre, sirenas de ambulancia. Noté el tacto en mi mano, aunque no conseguía saber quién me la sostenía… Y aunque no veía nada, la imagen que me acompañaba siempre era la misma: un rostro con cabello rubio y ojos verdosos, mirándome a los míos, tumbada sobre una almohada y unas sábanas blancas, como aquella tarde en París.

—Cata… —Mi voz era seca. Necesitaba beber agua.

—Parece que despierta. —Oí una voz desconocida en la lejanía, mezclada entre los pitidos de una máquina.

—¿Dónde…? —murmuré.

Veía muy borroso. No distinguía nada; solo siluetas, luces y sombras.

—Tranquilo —la misma voz masculina—, abre los ojos poco a poco y tómate tu tiempo. No es necesario que hables ahora. Llevas muchas horas sin ingerir líquido por la boca.

—¿Quién…? —pregunté con un hilo de voz y, aunque de forma incompleta, dándose por hecho mi pregunta.

—Soy el doctor Vargas. Tu neurólogo. Has sufrido un fuerte golpe en la cabeza al chocar con otra persona y eso ha causado una conmoción cerebral. Estuviste inconsciente varios minutos —dejó de hablar unos segundos y fui viendo con mayor nitidez— y te llevaron en ambulancia al hospital. Te encuentras en el Hospital Universitario Gregorio Marañón.

—Mmm…

—¿Recuerdas algo? —Negué—. Has tenido momentos en los que te encontrabas despierto. Te hemos realizado todas las pruebas

necesarias para descartar cualquier lesión interna, incluido un TC, y todo está correcto. Puede que en los próximos días tengas pérdida de memoria parcial o dolor de cabeza fuerte.

—¿Me dan el alta?

—No corras, hijo. —Rio a carcajadas—. Vas a permanecer un día más en observación y, según cómo evoluciones, te daremos el alta. Pero no vas a poder estar en activo durante unas semanas.

—¿Fue…? ¿Fue gol?

—Sí, hijo. Y pasáis a la final.

El resto de la mañana —el incidente sucedió por la tarde noche y las pruebas médicas me las realizaron a lo largo de la madrugada— fue tranquila. Mi madre permanecía conmigo todo el tiempo, por lo que también se preocupaba de que nada ni nadie me molestara.

A media tarde, dormitaba en mi habitación. Había comenzado a beber líquido e iban a comenzar a introducirme la comida sólida. Si todo iba bien, la tarde siguiente me darían el alta para recuperarme en casa, pero podía olvidarme de volver al campo. Tardaría un mes, por lo menos, y con ello contando que todo fuese bien, no hubiese secuelas y mi recuperación física me permitiera estar a la altura. Me esperaban unas semanas de poca actividad, algo a lo que no estaba acostumbrado, pero ya vería cómo lo gestionaría. Por lo pronto, podía olvidarme de la final de la Copa del Rey y del resto de partidos de la Liga hasta verano. Esperaba que ese percance no influyera en mi renovación con el equipo; hacía una semana que Gaspar inició las negociaciones con el Real Madrid y todo se decidiría a finales de junio.

Mi madre se levantó para ir a la máquina de cafés del pasillo. Yo casi ni me enteré, seguía dándole vueltas a mi futuro inmediato. Tampoco me di cuenta de la visita que entró a continuación.

—Hola.

—Nadia, ¿qué haces aquí? —La sorpresa de la irrupción, de la que fue mi novia, me produjo un dolor de cabeza repentino. Al parecer, se notó en mi semblante.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? —Vino corriendo, tocándome la frente y besándomela, como si quisiera tomar la temperatura a un niño pequeño.

—¿Qué haces? —Estaba muy sorprendido por su actitud.

—Me has dado un susto de muerte. Estaba viendo el partido con unas amigas, es lo que siempre hago cuando juegas…

—Eso debe ser nuevo. —Nunca se interesó por mis partidos, pero sí por las firmas con marcas o con las celebraciones de triunfos.

—El caso es que ha sido muy impactante. Te caíste al suelo, todos te rodeaban, te sacaron inmovilizado en una camilla… Dios, casi me muero de pensar…

Empezó a sollozar, cubriéndose la cara con sus manos. Me fijé en su perfecta manicura, en esas uñas tan desproporcionalmente largas y vistosas. Cata tenía unas uñas cortas, finas, sin florituras.

—Para, Nadia. Este numerito está de más.

—¿Así me agradeces que me preocupe por ti y me recorra medio Madrid para venir a verte, sabiendo que podemos tener *paparazzis* a la vuelta de la esquina y ser carne de noticias?

—Eso es lo que quieres, ¿no? ¿Has venido con algún fotógrafo escondido? ¿Está ahí fuera?

Su ceñido vestido de *animal print*, la chaqueta vaquera con lentejuelas y su visera plateada que dejaba caer su melena castaña y muy muy lisa, no daban a entender que ella intentara pasar desapercibida.

—¡NOOOO! —alzó la voz indignada.

—Mi cabeza. —Su grito me produjo un dolor muy molesto—. Hasta ahora he mirado a otro lado cuando has hecho declaraciones o has publicado algo insinuando que nos estábamos viendo o dando una oportunidad, pero como vea en alguna revista o en Internet alguna foto filtrada en la que salgamos tú y yo en este cuarto, te juro que te denuncio.

—Pero Lancine…

—Perdonad —mi madre irrumpió en la habitación—, se oyen gritos desde el pasillo. Mi hijo está todavía convaleciente, necesita tranquilidad y hay más enfermos en planta que necesitan lo mismo. —Nadia estaba sin palabras—. Soy Fátima, no tenemos el placer de conocernos después de tanto tiempo. —Le tendió la mano—. ¿Puedes salir un momento al pasillo?

Y desaparecieron. Y por un momento, tuve miedo —a la vergüenza— de lo que podría decirle mi madre a ese intento de *it girl*, pero enseguida ese miedo se convirtió en orgullo.

21
Catalina

A la mañana siguiente del partido, amanecí con esa ansiedad que únicamente puede generar la incertidumbre de sentirte tan cerca de alguien y al mismo tiempo no poder estar a su lado.

Cuando se llevaron a Lan del campo, el encuentro continuó y otro jugador del banquillo salió para sustituir su posición. A pesar de que los ánimos de su grupo estaban muy bajos, pudieron defender su posición y el accidental gol de Lan había decidido la victoria. Pero esa victoria fue aséptica, nadie sabía cómo estaba Lan. Yo me volvía loca entrando en las noticias de Google para ver si actualizaban la información sobre su estado de salud. Lo único que decían era que se encontraba «estable». Pero ¿qué era «estable»? ¿Mejor de lo que podría estar? ¿Igual?

Se suponía que, esa noche, ganara o perdiera su equipo, me iba a «mezclar e interactuar con los deportistas jóvenes de nuestros equipos nacionales», así se lo había vendido a mi padre para acudir a la fiesta posterior que marcaba el calendario de la final de la Copa. A papá le había parecido bien y no estaba previsto que regresara al internado hasta dentro de tres días. La idea sería celebrar el cumpleaños con Lan, me había sido imposible acudir a la fiesta que preparó días antes en su casa. Era una fiesta a la que me hubiese encantado ir, conocer dónde vivía, quiénes eran las personas importantes para él, pero también implicaba acceder a su mundo, algo para lo que no había marcha atrás y me daba miedo. No obstante, estaba decidida a hacerlo; quería entrar en su mundo.

Pero ese maldito accidente me había hecho entender lo lejos que me encontraba de pertenecer a cualquier cosa de la que él formara parte. No tenía modo de averiguar cómo estaba ni de hablar con alguien cercano que pudiera informarme, ni siquiera tenía el contacto de Moncho. Nuestra relación había sido tan clandestina y estanca que ahora veía todas las limitaciones y me arrepentía de no haber dado el paso antes.

Pero cuando una está desesperada hace cosas que, en situaciones normales, ni se imagina: rompe las reglas, pierde la vergüenza, miente. Jamás creía que engañaría a mi madre con un fingido dolor de estómago, incluyendo síntomas externos bastante convincentes. Le hice entender que lo mejor era acudir al médico y que, el hecho de que me acompañara a mí —estando sola en un país extranjero donde me había hecho bastante autónoma—, se me hacía muy raro. Así que, desde casa, lo arreglaron todo para que un coche con chófer me dejara en el *parking* del Gregorio Marañón.

No me resultó difícil ubicar la planta en la que Lan se encontraba. A una enfermera muy simpática y regordeta, quien no me reconoció —pero le resulté familiar—, no le costó decirme el número de habitación guiñándome el ojo. Tomé el ascensor y me dirigí por el pasillo que marcaba los números de habitaciones entre los que se encontraba el de Lan. Al girar, pude ver la espalda de una melena perfectamente alisada con una llamativa gorra y un redondeadísimo glúteo que a duras penas cubría una tela de guepardo. Mi instinto me dijo que me quedara al otro lado de la pared y no pude evitar escuchar la conversación.

No llegué a ver a la otra persona que se encontraba con la chica, pero enseguida deduje de quién se trataba.

—Verás, Nadia, mi hijo necesita descansar.

—Señora, su hijo no necesita una madre sobreprotectora, ya ha cumplido veinte años. Deje que solucionemos nuestras cosas —sonaba la voz de Nadia Blume altanera.

—Mi hijo es mayorcito y, precisamente por eso, nunca me he metido en su vida. Ni siquiera cuando le pusiste una cornamenta pública con ese *top model* cuarentón, sabiendo que le habías hecho sufrir mucho. Tampoco me he metido en su vida después, sabiendo

que él volvía a rehacer su vida con el riesgo a ser otra vez dañado. Pero fíjate, nunca lo he visto tan feliz, tan sano por fuera. Así que, haz el favor, vete y déjalo que continúe su vida y, si algún día quiere volver a verte, ya lo hará. Como bien has dicho, es mayorcito. Pero ahora está postrado en una cama, con una lesión que nos ha dado un susto de muerte y, ante eso, una madre no puede dejar solo a su hijo. Vete —ordenó Fátima, la madre de Lan.

—Es usted una maleducada. Cómo me alegro de no haberla conocido antes.

Nadia giró el pasillo y pasó por mi lado, dejando un olor a perfume empalagoso, de esos que te avisan que esa persona necesita llamar la atención como sea. No se percató de mi presencia, aunque yo iba bastante informal para no ser blanco de alguna mirada.

Me asomé y vi que la madre de Lan se marchaba al otro lado del pasillo, tal vez para no tener que entrar de nuevo en la habitación con esa carga negativa, así que aproveché y accedí yo.

—¿Y ahora qué quieres…?

No pudo terminar la frase cuando me vio.

—No soy ella —contesté sonriendo y dándole a entender que era sabedora de la visita que acababa de tener.

—No, no eres ella. Por suerte para mí eres quien tienes que ser.

Me acerqué a su cama, dudando, como si pudiera hacerle daño con un mínimo contacto. Él me tendió la mano. Llevaba la típica pulsera de agujeros con la etiqueta y una bata de esas que seguramente dejara al descubierto su perfecto trasero. Reí. Incluso así estaba guapísimo.

—Anda, ven. Acércate, no le hagas suplicar a un enfermo —rogó.

Me puse a su lado y él mismo me tomó para abrazarme. Me dejé caer con cuidado y, cuando estuve segura de que no le hacía daño, le devolví el abrazo. Lo disfruté.

—Qué susto me diste.

—Ya ha pasado.

Lo miré e hice lo que sentía en ese momento: besarlo. Le di pequeños y sutiles besos a sus labios resecos, pero Lan tomaba mi rostro con sus manos para prolongarlos. Disponía de poco tiempo y

eso me mataba, sabía que la convalecencia iba a ser larga; él estaría en su casa y yo a media península y un mar de distancia. No era justo que otras chicas de mi edad, en circunstancias similares, fueran a casa de sus novios a visitarlos para estar con ellos mientras veían el tiempo pasar, con la tranquilidad que da el saber que se iban a volver a ver al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente.

Pero yo tenía el *ahora* en esos momentos. *Ahora* podía ser un instante en el tiempo, pero también podíamos convertirlo en una prolongación de momentos, diseccionados en detalles para que fueran mucho más duraderos. Él y su cara de sorpresa al verme, yo contándole el sermón de su madre a Nadia, él acariciándome el brazo, yo besando la superficie del vendaje en su cabeza. Él ilusionado, mientras organizaba su baja en los partidos para dedicarle más tiempo a su proyecto del polideportivo. Yo venerando cada una de sus palabras… Esa tarde, a pesar de las circunstancias en las que estábamos, pasé unos momentos muy íntimos con Lan.

No se trataba de la intimidad que a cualquiera le podría venir a la cabeza, era evidente que él tampoco estaba en sus mejores facultades. Era una intimidad que solo se alcanzaba cuando dos personas se sentían cómplices la una de la otra, y eso era increíble.

Le conté cómo los espectadores vivimos su golpe, le describí su gol y le hablé del miedo que había pasado y de cómo había fingido un fuerte dolor de estómago para llegar hasta ahí. Él me contó las cosas que había percibido en su estado de semiinconsciencia, una imagen mía que le llegaba en todo momento —algo que me cautivó — y lo que le había explicado su médico: podía darse el caso de que, hasta un mínimo de dos meses, no retomara su ritmo habitual; implicaba nada de partidos por el momento, ampliación paulatina de los entrenamientos y mucho tiempo libre para supervisar su proyecto de centro deportivo de su barrio y para hacer otras cosas. Tal vez dejarse caer por Llantwit Major.

Un ruido desde la puerta nos interrumpió y yo me incorporé como pude, avergonzada por la posibilidad de un encuentro. Pero parecía que, desde fuera, alguien de la Seguridad del hospital estaba interviniendo.

—Es Nadia otra vez —susurré, como si ella me fuera a oír—. Será mejor que me vaya.

—No la dejarán pasar, parece que están advertidos —dijo refiriéndose a los trabajadores que estaban fuera, mientras me tomaba la mano.

—Prefiero no verme involucrada en una situación que… comprometa a los míos, ¿entiendes?

—Entiendo —y lo dijo con sinceridad—. Ve por la dirección contraria a donde has venido, así no te encontrarás con el numerito.

Parecía que Nadia estaba montando una escena y algún curioso de la planta hacía el amago de querer sacar el móvil para grabar.

Le di un beso rápido a Lan y me camuflé en mis gafas de sol deportivas y mi gorro de lana —en el que escondí mi pelo— para salir de esa habitación, no sin antes decirle que lo llamaría esa misma noche.

Cabizbaja para no captar la atención de Nadia ni de cualquiera que pudiese estar cerca, a los pocos pasos de girar por la puerta, mi hombro se chocó con el de otra persona que venía tan rápida como yo, solo que desde el sentido contrario.

—Disculpe —musité continuando mi paso.

Sabía de quién se trataba, me hubiese encantado pararme y hablarle. Pero mi acercamiento a su mundo tendría que esperar.

∞∞∞

Cuando llegué a casa y estando a solas en mi habitación, me llegó una notificación en el móvil. Era Gabi.

¿Cómo está?

Bien, lo he visto en el hospital. Me he chocado con su madre. Bueno, también estaba Nadia Blume.

Ostras. Lleva cuidado, haz el favor.

Y así, Gabi y yo nos acercamos un poquito. Pero seguía mostrándose muy desconfiada.

22
Lancine

Mi madre entró por la puerta y cerró tras de sí para que no nos perturbara el espectáculo que Nadia estaba dando en el pasillo.

Se suponía que era uno de los mejores y más seguros hospitales de la ciudad y ya se había colado en mi pasillo una histriónica ansiosa de atenciones —dos veces, además— y una rubia preciosa, tímida y escurridiza.

—¿Quién era? —preguntó mi madre.

—¿Quién va a ser? Nadia otra vez.

—Me refiero a la chica que ha salido de la habitación con una actitud de ladrón, aunque podría ser otra cosa.

—¿Qué has visto? —Pensaba que, con el escándalo de Nadia, mi madre no habría reparado en Cata en caso de verla salir de la habitación o cruzársela por el pasillo.

—Una chica con gafas de sol, muy tapada y con un gorro de lana, aunque se le salían varios mechones de cabello y he podido darme cuenta de que es rubia. —Yo permanecía callado, porque si hablaba, esa vez no podía omitir y no quería mentirle. A ella no—. Por un instante, me ha parecido que se trataba de… Pero no puede ser.

—Pues si no puede ser, no preguntes. Será lo mejor.

Mi madre se puso las manos en la boca para ahogar un suspiro.

—Ay, hijo, te vas a buscar muchos problemas.

—Mamá, déjalo ya —insistí.

—No se trata de una modelo como la chica de ahí fuera o de una famosa como cualquier otra con la que podrías coincidir en una

fiesta. Ella es… de otro mundo —me dijo, no supe si con miedo o con condescendencia.

—¿Y yo no soy suficiente? ¿Eso quieres decir? Te recuerdo que, no hace mucho, me decías que cualquier chica sería afortunada de estar conmigo.

—Sabía que estabas conociendo a alguien y que estabas ilusionado, pero no me imaginaba que fuera ella. —Se sentó y me tomó la misma mano que unos minutos antes Catalina me acariciaba. Sentí el deseo de retirarla, pero no lo hice. En el fondo, su juicio no era contra mí—. No se trata de ella, seguro que es una chica extraordinaria; he leído en las revistas que estudia en el extranjero y es muy guapa y muy discreta. Pero ella no es como nosotros y algo así, con tantas cosas en contra, acabará por romperse y el malparado serás tú.

—¿Por qué piensas eso, mamá? —Quería saber hasta qué punto llegaba su percepción sobre Catalina.

—Porque ella tiene gente de seguridad que vela por su bienestar, lugares seguros en los que protegerse e impunidad. Nadie se atrevería jamás, ni la prensa siquiera, a hablar mal o posicionarse en contra de ella o cualquiera de su familia. Sin embargo, tú estás al alcance de todo el mundo, cualquiera puede hablar y opinar de ti, ensalzarte y hundirte en el fango con malas críticas. ¿Quién te protegerá a ti si sale mal?

—¿Por qué crees que tiene que salir mal?

—Lancine, hijo…

—Mamá, ¿por qué no piensas en que yo, tu hijo, a pesar de la hostia y las consecuencias de la lesión, del parón que voy a tener, la rehabilitación posterior, que a pesar de todo eso, soy feliz, tengo ilusión y la responsable de eso es la chica de la gorra de lana con la que te has cruzado? —le supliqué.

—Haz lo que tengas que hacer, pero cuídate —me advirtió con un tono que caló en mí.

Yo tenía muy claras mis prioridades: nada ni nadie podía determinar lo que sucediera entre Catalina y yo, salvo nosotros mismos. Pero esa última sentencia de mi madre, ese «haz lo que tengas que hacer», plantó en mí una pequeña semilla de duda,

minúscula al principio, que poco a poco fue ocupando parte de mis pensamientos hasta que algo comenzó a agrietarse en mis entrañas. Lo noté en el momento en el que la enfermera llegó con la bandeja de mi cena y, a pesar del hambre que tenía, apenas logré probar bocado.

«Esa sensación de duda», pensé, «no es real». Estaba seguro de que mi subconsciente la atribuía a la reacción que mi madre había tenido al ponerle cara a la persona que hacía meses me quitaba el sueño. Quizás yo lo había idealizado, esperaba que hubiese tenido una reacción positiva de Cata, que hubiese abanderado ese mensaje de romper las reglas que representaba nuestra relación. Jamás había pensado que el apoyo o la opinión de mi madre, respecto a algo tan personal y tan mío con otra persona, fuera tan relevante.

Yo no quería que fuese así. No podía dudar cuando Cata había arriesgado tanto por mí.

Los días que permanecí en el hospital, en los que mi madre custodiaba la habitación, no volvimos a mencionar el tema. Todo se volvió muy incómodo: había un enorme elefante en mi cuarto, invadiendo el espacio cada vez más, y ninguno de los dos se atrevía a hablar por lo que podría desencadenar. Esos días, mis mensajes con Cata fueron más sutiles y estoy seguro de que ella lo notó. Aunque tratándose de mi situación médica, no le dio importancia.

Cuando regresé a casa pensé que, con la presencia de Seydou, esa incomodidad que flotaba en el ambiente se disiparía. Pero no fue así. Yo me limitaba a hacer reposo en soledad, pero en una casa llena era inevitable. Y por primera vez sentí la necesidad de poner cierta distancia y de buscar un espacio solo para mí.

Tenía veinte años, pero suficiente solvencia para apañármelas solo. No era una pataleta por una regañina de mi madre. Era que, por primera vez, tenía la necesidad de seguir mi camino de manera independiente.

Una tarde, en la que Gaspar Granados estaba en casa, contándome los progresos del proyecto del centro deportivo, le saqué el tema.

—Necesito que me busques una casa o un piso para mí.

—Vamos, que quieres despegarte de las faldas de tu madre. —Rio —. Oye, que lo veo genial, ya está bien de tener que andar de hoteles o casas ajenas para pegar un polvo. Eres joven y necesitas tu espacio. Te lo hubiese propuesto antes, pero estabas tan emperrado por seguir viviendo con los tuyos…

—Ya, pero las cosas cambian. Han tenido muchos cambios y ahora ya los veo ubicados. ¿Cuánto crees que tardarás en encontrarme algo? —pregunté para centrarnos en el tema.

—Depende de muchas cosas: el tipo de casa, la zona, alquiler o compra… Yo de ti miraría por Valdebebas: al lado de la ciudad deportiva, tranquilo, bien comunicado… Haré las gestiones.

∞∞∞

Cómo que te vas de casa?

Catalina estaba muy sorprendida y no era para menos. Mi decisión no tenía nada que ver con lo que yo siempre le había transmitido respecto a mi unión y buena convivencia con mi familia.

Ya te explicaré. Con esto de estar en reposo y pasar tanto tiempo en casa, me he dado cuenta de que necesito mi espacio.

No me atrevía a decirle a Catalina los temores de mi madre y que ahora también se habían convertido en mis propios miedos. Pensaba que, en cuanto me mudara y pasara un tiempo solo, se aclararían mis ideas. No tener permiso médico para viajar me daba también una sólida excusa para posponer una cita con Cata en Llantwit, como tantas veces le había prometido, y así pensar en qué cojones hacer con mi vida.

¿Tenía sentido seguir con esto? ¿A dónde nos iba a llevar? ¿Y si se descubría todo y era Catalina la que se alejaba de mí?

Quería a Catalina, pero no sabía si eso era suficiente.

Necesitaba pensar.

23
Catalina

Habían pasado unos dos meses desde el accidente de Lan en el campo y, desde entonces, estaba más raro, distante. Aunque me fui percatando de esa lejanía poco después. Durante mi visita en el hospital no me dio esa sensación, sino todo lo contrario. Aquella tarde me fui de allí con el alma llena y los pies flotando sobre el suelo, a pesar de todo.

¿Qué le podría estar sucediendo? Su actitud era hermética, según Lan, «no pasa nada». Era inútil rascar. Yo lo atribuía a esa pérdida de control y al verse fuera de los torneos importantes en momentos decisivos.

Y de repente, me dijo que se iba a vivir solo. Él, a quien siempre se le llenaba la boca contando anécdotas familiares y de su necesidad de llegar a casa tras una larga estancia y encontrar allí a sus seres queridos. Era una decisión tan contradictoria.

Pude ver su nuevo apartamento a finales de abril, tomando todas las precauciones necesarias para que nadie me situara allí. Se encontraba muy cerca de la Ciudad Deportiva. Era un lugar floreciente, con muchas zonas verdes, locales de ocio y parques, pensado para la gente joven que buscaba un lugar en el que iniciar una vida. La urbanización cerrada desprendía olor a nuevo desde su puerta de entrada hasta en el mismo salón de Lan: muebles genéricos y minimalistas, nada de fotografías o efectos personales y mucho orden.

Hicimos el amor de una forma igual de insulsa que esa misma casa, haciendo juego con el ambiente. Quise pensar que estar tanto

tiempo convaleciente, y con esa nueva situación de independencia, le hacía estar incómodo. Pero era la primera vez que estábamos así desde antes del accidente, deberíamos habernos devorado. Después me contó que se había incorporado a los entrenamientos de una forma más dura y que, si todo marchaba bien, se agregaría en cuanto pudiera al calendario deportivo. No pude hacer otra cosa que mostrarme comprensiva.

Regresé a mi refugio de estudiante en Gales, el castillo de St. Donat, con un abatimiento inexplicable y con la certeza de que algo no marchaba bien. Lan me estaba alejando, lo sentía. Me dejé caer en mi cama con todo el peso que acarreaba, más mental que físico. Le escribí a Lan para decirle que había llegado y permanecí un largo rato mirando al techo y, de vez en cuando, a la mesilla de noche —donde se encontraba el teléfono— por si la pantalla se encendía o por si sonaba alguna notificación.

Pero no llegaba ninguna contestación.

Quien sí llegó como un relámpago, que también se dejó caer en su cama, fue Lexy. Ni me miró siquiera, lo que me dio a entender que algo no marchaba bien.

—Ey, amiga —intenté llamar su atención—, ya sé que tu vida es muy ajetreada, pero podrías saludarme al entrar, preguntarme por mi fin de semana y esas cosas que hacemos las amigas, e incluso las buenas compañeras de habitación.

Lexy levantó su cara de la almohada y mostró un rostro derrotado, ojeroso y con el rímel corrido por las lágrimas que aún le brotaban.

—¡Lex! —fui corriendo a tumbarme con ella y abrazarla—, ¿qué ha pasado?

Lexy sacó de su bolsillo un papel de periódico algo arrugado y me lo tendió con brusquedad.

—Lee.

La obedecí, era una noticia pequeña de la sección de sociedad del *The Telegraph*. Anunciaba el compromiso de una de las herederas del sello editorial *Jo Fletcher Books*, Persephone Davies, con uno de sus trabajadores, Peter Dickinson:

La señorita Davies y el señor Dikinson se conocieron cuando este fue fichado por la editorial como uno de sus correctores, en el departamento que dirige la propia Davies. Durante las Navidades pasadas, iniciaron su relación de una forma muy discreta y ahora han anunciado su compromiso, fijando la fecha de la boda para finales de verano. El padre de la novia es una figura importante en el mundo editorial, por lo que se prevé que al enlace asistan personalidades de…

No pude seguir leyendo.

—¿Sabías esto? —pregunté, zarandeando la hoja de periódico arrugado.

—¿Cómo iba a saberlo? Lo noté raro en París, de hecho, su actitud ausente provocó que cortáramos después de Año Nuevo, pero jamás pensé que el motivo de su distanciamiento fuera porque estaba empezando con otra… Yo he arriesgado mucho por él. ¿Cómo me hace esto?

—¿Cómo te has enterado? ¿Habéis hablado? —No podía creer que el mismo hombre desesperado, que aguardaba en el Jubilee Oracle aquella tarde en Londres, fuese el mismo que acababa de romperle el corazón a mi amiga.

—Que va, no me coge el teléfono. Este papel me lo ha enseñado mi madre esta mañana. Hemos discutido porque no me dejaba ir sola a… Da igual, ahora da lo mismo. El caso es que ha salido el tema de lo que sucedió el curso pasado, cuando en mi instituto se supo de mi relación con Peter. Le he echado cosas en cara y Lydia ha aprovechado para plantarme esta noticia en mis narices. Es de un periódico de la semana pasada, estaba deseando enseñármelo.

—¿Y dices que Peter no te coge el teléfono? —insistí.

—¿De qué te sorprendes? He sido su fantasía de profesor, se le fue de las manos e intentó no cortar conmigo de forma brusca por si me daba por denunciarlo y, en cuanto ha visto que podía deshacerse de mí… —Lexy sollozó y fui a abrazarla, pero me hizo un gesto para que la dejara seguir—. Míralo, ha conseguido engatusar a la futura dueña de la mitad de una editorial. No ha podido ejercer de profesor,

pero entró a trabajar en *Jo Fletcher* y ahora está a punto de asegurarse una estabilidad para toda su vida si no la caga.

En cuanto terminó, me dejó que la abrazara y lloró. Lloró por lo tonta y humillada que se sentía, sabía que le habían robado algo que jamás podría volver a recuperar. Se trataba de su inocencia. A pesar de que Lexy era una chica viva y con iniciativa, no estaba preparada para aquel engaño y, después de eso, no volvería a vivir una relación sin la sombra de la mentira acechando. No sería capaz de confiar en un hombre al cien por cien.

—¿Qué vas a hacer, Lex?

—Hice un trato con mis padres: yo me graduaba en esta mierda de instituto internacional con unas notas excelentes y, en cuanto acabara el curso, me dejarían hacer lo que me diera la gana con mi vida. El plan original era irme a vivir con Peter, pero ¿sabes qué? A la mierda, voy a hacerme ilustradora, voy a hacer que mis flores lleguen a cualquier lugar del mundo y ya no pienso pisar una puta escuela o universidad.

Tras esas declaraciones de Lexy, llenas de rabia y dolor, se fue al baño. El grifo de la ducha se estuvo escuchando durante un tiempo muy prolongado. Hubo un momento en el que tuve miedo y me acerqué a la puerta para preguntarle si todo estaba bien, pero escuché el ruido del secador y volví a acostarme, ya más aliviada.

Al día siguiente, me levanté muy temprano, más de lo habitual. Lexy dormía profundamente, señal de la batalla emocional que estuvo combatiendo durante horas, hasta que finalmente logró conciliar el sueño. Me fui directa a los establos que, a esa hora, iniciaban su rutina. Yo no era una gran amazona, pero de vez en cuando, montaba a caballo. Me gustaba pasear por los caminos de campo que formaban parte de St. Donat's Castle y pensar en mis cosas.

Esa mañana, el mozo me ensilló a Sunset, una yegua marrón preciosa y pacífica, que me llevó de paseo, sola, con mis pensamientos. Estuve analizando las palabras de Lexy, lo extraño que notó a Peter durante la escapada a París y la posterior coincidencia con el inicio de esa relación con la que ahora sería su

futura mujer, una mujer más accesible y acorde con su nueva vida y necesidades.

Y, de pronto, pensé en Lan. En su nueva vida tras la lesión, sus recientes decisiones y la necesidad de vivir solo, su distanciamiento y actitud conmigo. Todo parecía encajar, pero no quería verlo de ese modo.

—No, él no me haría eso —me dije en voz alta, como si así pudiera sonar más convincente para mis oídos y mi mente.

Esa misma tarde, tras las clases y la hora de estudio, no estando Lexy en la habitación, escribí a Lan.

Hola. No he sabido nada de ti desde que me fui de tu casa. ¿Todo bien?

No obtuve respuesta y, siendo sincera conmigo misma, tampoco la esperaba.

Entré en mi cuenta de Instagram. Eurídice tampoco tenía ningún mensaje ni señal, pero yo necesitaba gritar mi agonía por la incertidumbre y no tenía nadie a quien contarle. Escribí —en una historia que duraba de veinticuatro horas— una afirmación que me rondaba desde hacía horas:

Qué fácil hubiese sido todo si
alguien me hubiese enseñado mucho antes que
el silencio también es una respuesta.

No tenía por costumbre escribir frases intensas o ideas transcendentales en mis redes sociales. No era mi estilo llamar la atención con indirectas elegantes, pero había que ponerse en mi lugar. Me sentía muy sola y no podía compartir mi angustia con nadie. Lexy ya tenía demasiado con lo suyo y Gabi era un tema aparte, no quería darle motivos para que me soltara un «Te lo advertí» y tampoco sabía hasta qué punto querría escuchar mis angustias sobre alguien a quien no terminaba de aceptar. Y él, el motivo de mi agobio, de ese nudo en el estómago que me apretaba cada vez más fuerte, no parecía querer hablar. Pero no quería pensar que Lan pudiera ser como Peter, él no podía ser así.

∞∞∞

No podría decir que me acostumbré al prolongado silencio de Lan, pero me aclimaté. No era la primera vez, pero ahora dolía.

Esperé un par de días. Después intenté enfrentarlo, llamarlo por teléfono para saber qué narices le sucedía y él me contestó con un escueto «Nada». Una palabra que, en el fondo, parecía reprocharme que yo era la desequilibrada que veía problemas donde no los había o que no era capaz de comprender su falta de interacción sin presuponer que tenía que ver conmigo. Al menos, así me llegaba esa respuesta despreocupada. Desvinculada.

Estaba la pelota en su tejado. Me esperaba lo peor, pero deseaba que esa pelota rodara pronto y cayera para no tener que enfrentarla más. Sin embargo, los exámenes me mantenían distraída.

Mi mente también estaba ocupada en Lexy. Esos siguientes días, tras enterarse del compromiso de Peter, aparentaba desinterés, aunque se le daba fatal. La conocía lo suficiente, había compartido con ella demasiadas horas de almohada para saber cuándo sus ojos ocultaban lágrimas o si su garganta peleaba con algún nudo. Pero estaba totalmente hermética y a una persona no se le puede obligar a hablar si no quiere, solo hay que observar y acompañar en la distancia hasta que esté preparada para hacerlo.

Y, aquella tarde, Lexy no llegaba. Yo estaba inquieta, mirando el reloj, aunque pensaba que estaría en la biblioteca ocultándose de mí. A veces sucedía, no le gustaba que la viera llorar. Pero tampoco se encontraba en el comedor. Fui a buscarla a la habitación para obligarla a que comiera algo y tampoco estaba allí. Ni en ninguno de los rincones de St. Donat.

—Señorita McFadden, no encuentro a Alexandra. Temo que le haya sucedido algo.

No pude evitar buscar a mi profesora, esa mujer que era objeto de mofas por su aspecto peculiar, pero la más cercana y comprensiva de todos los adultos de aquel castillo escuela.

La señorita McFadden vio mucha preocupación en mis ojos.

—¿Dónde crees que puede estar? —preguntó con sincero interés y dispuesta a ayudarme.

Estaba anocheciendo. Lo más fácil sería dejar aquella moral inglesa a un lado y no ocultar que una alumna se encontraba desaparecida. Se organizaron varias batidas por el pueblo, el bosque y los caminos. La señorita McFadden me pidió que recordara algún lugar en concreto para tener en cuenta. En ese momento, estaba bloqueada y simplemente salí a caminar.

Caminaba por el sendero que comunicaba con el pueblo en una dirección y que llevaba a la bahía de St. Donat por la contraria. Recordé las veces que fui allí con Lan, aparcábamos el coche frente al mar, donde terminaba el sendero y lo más cerca posible de aquella playa rocosa y deshabitada en pleno invierno. Después llegaba muerta de frío a mi habitación y le contaba todo a Lexy, y ella reía porque visitó esa playa muchas veces con su profesor Dickinson a escondidas.

—¡La bahía! —grité.

Corrí y la señorita McFadden, que iba cerca de mí, supo que debía seguirme. Corrí como jamás había corrido, enfocando el sendero a duras penas con mi linterna. Salté piedras y matorrales hasta que llegué a la playa, dirigiendo el punto de luz por cada tramo de arena.

Y allí estaba Lexy. Sentada en el mar, el agua le cubría por la cintura y se iba mojando con cada azote de olas que le llegaban.

—¡Lexy! —la llamé, aunque ella no se inmutó.

Bajé a la playa y entré hasta alcanzarla. Sentí el frío clavarse en mis piernas. Las aguas atlánticas del canal de Bristol en el mes de abril podían estar a cuatro grados Celsius, suficiente para que un cuerpo entrara en hipotermia en cuestión de minutos. Pero daba igual el frío. Cogí a Lexy de las axilas y la arrastré fuera del agua, me quité mi abrigo y se lo coloqué para darle calor.

Al fondo, escuché a la eficiente señorita McFadden llamar al 999, saltándose cualquier protocolo de privacidad de los alumnos del *college*.

Rogué para acompañar a Lexy en la ambulancia. Una vez más, la señorita McFadden intercedió por mí, habló rápidamente con el

director y me permitieron ir con mi amiga en la ambulancia que nos llevó al hospital en Cardiff.

Lexy tenía los labios morados y el rostro cadavérico, pero sus constantes vitales estaban estabilizadas y estaba entrando en calor. No sabíamos si algún tejido externo se había visto afectado por la hipotermia, pero mi amiga se había salvado. La pregunta que me hacía a mí misma era: «¿Quería ser salvada?».

«¿Por qué lo has hecho, Lexy? ¿Por qué no hablaste conmigo?».

Cuando saqué a Lexy del agua, todavía no había perdido el conocimiento. Era señal de que la hipotermia no había avanzado demasiado, aunque estaba muy desorientada y somnolienta. Se le hizo un profundo estudio. Una vez estabilizada, sus órganos parecían funcionar, aunque permanecía monitorizada por si tenía alguna infección pulmonar.

Mientras Lexy encontraba esa paz que buscaba en el sueño reparador, después de que su cuerpo luchara contra el frío, a pesar de que su mente hubiese disociado el dolor físico, yo la miraba con extrañeza. Jamás hubiese pensado que ella, tan decidida y aparentemente fuerte e independiente, se diera por vencida. Una vez pasado todo, tenía que contarme muchas cosas.

Y, entonces, vibró mi móvil. Él volvió a dar señales, justo cuando más vulnerable me sentía.

23
Lancine

Me estaba comportando justo de la misma forma en la que jamás hubiese querido que me trataran a mí. Siempre intenté huir de ese prototipo de hombre joven de éxito al que la gente persigue y que, por la misma razón, se permite despreciar o ignorar. Odiaba lo que Nadia me había hecho y lo que representaba; detestaba esas correrías que muchos compañeros relataban en los vestuarios, de chicas con las que pasaban la noche y les daban un número de teléfono falso o de novias a las que engañaban por alimentar su ego y, aun sabiéndolo, ellas permanecían ahí.

Por eso me odiaba todavía más, después de llevar a Cata a mi nueva casa y demostrarle mi nueva independencia de todas las maneras posibles, incluyendo la distancia emocional. La hice mía en mi nueva cama, pero noté que lo único nuevo que sintió ella fue un vacío inexplicable. Y dejar de hablarle por chat fue el colmo de la cobardía. Me recordé a mí mismo a finales de septiembre del año anterior, cuando Nadia se acercó de nuevo a mí. Aunque, en esa ocasión, no había otra mujer. Era imposible que hubiera otra mujer estando Catalina en mi vida.

Lo que me acechaba era el miedo y la inseguridad de que, involucrarme en esa historia, fuera a llevarme a algo malo. Necesitaba tomar las riendas de mi vida. Pero ¿cómo se hacía cuando, en veinte años, siempre me había sentido arropado y aconsejado por las mismas personas? Me aterraba haberme alejado de todo. Odiaba a mi familia por darme consejos que me hacían dudar en el camino, pero al mismo tiempo los necesitaba.

Poner distancia con Cata era la forma de darme tiempo y evitar que ella llegara a saber lo que me sucedía. Pero no era justo para ella. No era justo para ninguno de los dos. Ella se encontraba en una situación similar y no me había dado la espalda.

Cata me escribió y me preguntó si todo andaba bien. Y yo le oculté mis dudas, como cobarde que era. Aunque ella tampoco se merecía una explicación por chat.

Y sentí la necesidad de salir. Solo. Solos Madrid y yo.

Había retomado los entrenamientos y teníamos el clásico en Barcelona para los próximos días, pero yo no iba a estar de titular; todavía no. Por eso pensé que era el momento, no había presión profesional y la personal solo se podía aliviar con un trago.

No era bebedor, pero necesitaba tomarme un *whisky* con hielo en la barra de la terraza del exclusivo pub Gabana. Yo, que mi primer contacto con el alcohol fue en el parque de al lado de mi casa en San Blas, compartiendo litronas de plástico con mis amigos, intentaba encontrarme a mí mismo en el lugar con el que menos me identificaba. Al fin y al cabo, esa era mi nueva vida: estar en sitios que no formaban parte de mí y, a veces, rodearme de un mar de personas que no me importaban pero a las que les debía un gesto de simpatía.

Estaba apoyado en esa exclusiva barra, pensando en el precio que tenía que pagar por vivir de lo que sabía hacer y en las decisiones que no me atrevía a tomar y defender, cuando llegó una chica. Era una mujer que rondaría casi los treinta años, pero el maquillaje le restaban edad, el peinado en largas ondas y un minivestido que se intuía cómo sería su cuerpo sin nada.

—Hola —saludó—. Si me invitas a una copa, te cuento un secreto.

Sonreí por esa forma tan descarada de entrarme.

—Te invito a la copa, pero no hace falta que me cuentes secretos.

—Vaya, la aceptaré igualmente. ¿Estás así por Nadia?

—¿Es que conoces a Nadia? —pregunté sorprendido.

—Todo el mundo conoce a Nadia… y a ti. Ella cuenta en todas partes que os estáis acercando un poco.

Iba a obviar esas preguntas y seguirle el rollo a esa chica, pero pensé que era la oportunidad de mirarme en un espejo nuevo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Amanda. —Sonrió y se acercó más a mí, mientras pedíamos algo para ella en la barra.

—¿Te habrías fijado en mí si yo no fuera Yassa? —continué con mi interrogatorio.

Noté que la pregunta le vino de sorpresa. Ella estaba acostumbrada a acercarse a un hombre y, en el mejor de los casos, amanecer en una cama de lujo y con un contacto nuevo en el móvil. Pero no a que le cuestionaran su evidente interés.

—Eres mono, así que… supongo que sí —contestó con una poca convicción mal disimulada.

—Y si, siendo yo un desconocido —seguí—, justo a mi lado hubiese estado, qué sé yo, Cristiano Ronaldo, ¿a quién le hubieses pedido la copa?

—Pues… —ella dudó unos segundos, pero finalmente pensó que lo mejor era la sinceridad— a Cristiano. ¿Para qué engañarte?

Brindé con ella por su respuesta.

—Amanda, ¿sabes qué? Al principio me gustaba que la gente se acercara a mí por ser quien era. Bueno, en realidad no soy lo que ves.

—¿No? —Ella miraba hacia otra mesa, donde imaginaba que estaban sus amigas observando. Se impacientaba.

—No. A mí, en realidad, no me gusta venir a las discotecas, prefiero quedarme en mi casa mirando una peli.

—Y ¿por qué estás aquí? —preguntó Amanda con curiosidad.

—Porque tengo miedo a hablar con alguien. Y en vez de coger el teléfono y llamar, me voy a perder mi tiempo en el último lugar en el que querría estar.

—Vaya, pues debes de estar aterrado —sentenció.

Asentí.

—Te voy a decir una cosa —me dijo Amanda—, a mí tampoco me gusta estar aquí, odio maquillarme y detesto el alcohol. —Su copa estaba intacta—. Pero tú tienes algo que yo no tengo.

—Alguien a quien llamar para que me saque de aquí —adiviné.

Amanda alzó la copa para brindar y yo le seguí el gesto. Chocamos los cristales y acercamos nuestros labios a nuestros vasos. Pero ninguno de los dos bebió.

Amanda cogió su cartera y se levantó del taburete.

—Gracias por la copa y por la conversación. —Se acercó a mi oído y me susurró—: Te voy a contar igualmente el secreto: si te digo la palabra «ojos», los primeros que te vienen a la mente son los que debes seguir hasta el amanecer… —Se retiró—. Claro que esta revelación está pensada para que me mires mientras te la digo, y me hago cargo de que no me has mirado en ningún momento con lo bonita que me he puesto. —Hizo un mohín.

—Disculpa, para nada pienses que…

Amanda me puso un dedo en mis labios para callarme.

—Busca esos ojos y persíguelos hasta el amanecer. —Me dio un beso en la mejilla y me guiñó un ojo como despedida, regresando a la mesa de sus amigas.

Me fui a dormir a mi nuevo y solitario apartamento con el consejo de Amanda dando vueltas en mi cabeza.

Pero era imposible conciliar el sueño.

Cogí el teléfono e hice la llamada que debí haber hecho hacía días.

—Cata…

—*Lan, eres tú.* —Percibí angustia.

—Perdóname, yo… No sé cómo explicarte…

—*Lan, estoy en el hospital.* —Escuché al otro lado del teléfono y me invadió el miedo de que le hubiera sucedido algo mientras yo la esquivaba.

—¿Qué ha sucedido? ¿Estás bien?

∞∞∞

Llegué a Cardiff al mediodía del día siguiente. El relato de Catalina me había dejado impactado. No conocía bien a Lexy, pero por todo lo que me contaba la propia Catalina, su amiga no parecía de esa

clase de personas que se rendía y se dejaba llevar por la desesperación y la muerte. Quizás nadie lo parecía, en realidad.

Estaban en el Hospital Universitario de Gales. A Lexy le darían el alta al día siguiente y sus padres, que ya se encontraban allí, se la llevarían a Londres manteniendo un estricto secreto. Quedé en recoger a Cata en los alrededores.

Ella se lanzó dentro de mi coche de alquiler en cuanto me vio llegar.

—Arranca. En la escuela cuentan con que los padres de Lexy me lleven de nuevo a Llanwit Major, y yo le he dicho a la señora Bennett que venía a buscarme un coche de la escuela —me apremió Catalina.

Le hice caso. Una pequeña chispa de alegría se encendió en mí, dentro de lo grave de la situación. Tenía la sutil esperanza de que era un tiempo muerto para los demás y de que Cata y yo teníamos ese tiempo para nosotros, si ella quería todavía.

Fuimos a Cowbridge —a unos diez minutos de trayecto—, al norte de Llantwit Major, donde había conseguido hospedaje. Pagué una buena suma de dinero para que en el hotel nadie hiciera preguntas sobre mí o sobre la chica que me acompañaba. Subimos a mi habitación y le pedí perdón de todas las maneras que pude.

Busqué los ojos de Catalina, siguiendo el consejo de Amanda, y ahí me encontré. No pude dejar de mirar esos ojos verdes, reprendiéndome en silencio por haber sido tan gilipollas de estar a punto de perderlos.

—¿Cómo lo haces? —me preguntó ella.

—¿El qué?

Estaba tan absorto en ella, sobre su cuerpo, mientras nuestras respiraciones se relajaban después de haberla amado con toda la intensidad de la que era capaz. Su pregunta me sorprendió.

—Mirarme así, como si hiciera meses que no hubiésemos estado juntos. Como si…

—Como si hubiese estado pensando en ti con el miedo de la posibilidad de que te había perdido. Como si me hubiese imaginado que ya no volvería a verte más.

—¿Habías pensado en dejar de verme? ¿Por eso estuviste tan frío la última vez?, ¿por eso llevas días sin hablarme? —preguntó seria.

Me incorporé y ella también, cubriendo parte de su cuerpo con la sábana. La tomé de la barbilla para seguir conectado a sus ojos.

—Cuando te marchaste del hospital, después de mi accidente, yo…

—Dudaste, lo noté. Todo este tiempo he notado algo, pero quería pensar que era por la lesión y porque te estabas perdiendo partidos importantes. Cuando yo tuve dudas, fuiste tú quien insistió en que nunca nos calláramos nada, que preferías hablar las cosas de forma clara y que no soportabas la incertidumbre. ¿Lo recuerdas?

No sabía cómo explicarle que me habían condicionado las opiniones de las personas que me querían por el simple hecho de que no la conocían a ella, no nos conocían juntos y porque la distancia física había reforzado cualquier pensamiento de flaqueza. Pero no tenía más remedio que hacerlo así, aunque le doliera escucharlo, tal cual había sucedido. Contarle que verme sin el apoyo de mi madre me generó mucho vértigo, pero también me hizo replantearme todo mi mundo, mi independencia. Le debía una explicación sincera.

—Lan, mi hermana Gabi también se muestra reticente. Ella tampoco se fía de que tú me hagas daño y de que yo salga malparada e incluso de la maldita responsabilidad por lo que representamos. Y, a pesar de eso, he defendido lo nuestro por encima de todo, a pesar de que mi hermana se ha distanciado de mí —me confesó molesta.

—No he sabido gestionarlo. No había sido consciente hasta ahora de todo lo que tenemos en contra.

—Y quieres dejarlo aquí —añadió Cata resignada, aunque muy equivocada.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre pensar eso? He venido a buscarte para pedirte perdón y a enmendar mi error.

—No tienes que enmendar nada ni disculpar nada. Te conté lo de Lexy por teléfono. Me sentía desbordada. Acababa de sacar a mi amiga del agua, pero no era un aviso de nada. Yo no soy como Lexy, no me creas tan débil como para hacer algo para dejar de sufrir si

me dejas. Dolería mucho, pero no se acabará el mundo para mí si te vas de mi vida. No te preocupes.

—Acabamos de estar juntos. Jamás habría hecho esto si no fuera porque no pienso soltarte, al menos que tú quieras que te deje ir —musité con miedo.

—Yo no quiero que me dejes ir. Y no quiero que me distancies de ti como has estado haciendo en este último mes y medio.

Apareció una lágrima rodeando el perfecto y blanco rostro de Catalina. Me odié por ello.

—No volveré a hacerte llorar.

—No anuncies cosas que no dependan de ti —me dijo, mirándome con nostalgia.

—Déjame que te lo demuestre —supliqué.

—No tienes que demostrarme nada. Solamente, no desaparezcas y no me ocultes cosas. ¿Serás capaz de hacerlo?

—Sí.

Joder, claro que sí.

—Bien, porque no estoy dispuesta a volver a vivir la tortura de estos últimos días.

Besé a Catalina con fuerza, sabiendo que no me merecía esa oportunidad disfrazada de advertencia. Fuera comenzaba el frío atardecer y allí dentro, en esa habitación del acogedor hotel, la piel de Catalina me envolvía cálida en su abrazo. Así permanecimos, observando por la ventana mientras yo recorría el camino de su hombro hasta el codo y a la inversa, pensando en lo idiota que había sido y en lo cerca que había estado de no volver a recorrer ese brazo.

Cuando se hizo la hora de que la llevara a St. Donat en Llantwit Major —hubiese sido una locura que ella desapareciera e hiciera saltar las alarmas—, salimos un poco antes de tiempo para recorrer sin prisa los alrededores del pueblo.

En Londres la besé por primera vez; en Llanrwit Major le revelé que la quería y en París sucedió nuestra primera vez. Pero en Cowbridge había encontrado la mejor versión de Catalina: la indulgente.

—Cowbridge me gusta, me compraría una casita para veranear contigo—le dije.

Ella se abrazó a mí.

—Me niego a veranear tan cerca de mi colegio —dijo con humor.

Estallé en risas, no lo había pensado.

—¿A dónde te vendrías conmigo este verano? —le pregunté.

—A un lugar tranquilo, sin duda.

—Pues está decidido. Cowbridge.

—¿Por qué Cowbridge?

Pensé por un instante en cómo explicarle lo que me había transmitido esa pequeña aldea en las pocas horas que había permanecido allí.

—Cowbridge me parece un buen lugar para sanar y comenzar.

—¿Y para recordar?

—Para recordar es distinto. Iría al London Eye.

Ella me dio un codazo. Yo la tomé por la cintura. Le robé un último beso antes de abandonar las ruinas del castillo de St. Quentin y regresar al coche para poner rumbo por la B420 a Llantwit Major.

24
Catalina

Cinco meses después…

Sin darme cuenta, había dejado atrás la primavera y el verano. Las últimas semanas, antes de los exámenes finales y de graduarme en la UWC Atlantic College de Gales, fueron duras. Se intercalaron con visitas de Lan —ahora nos encontrábamos en Cowbridge cada vez que venía— y con mis viajes a Madrid. Cuando estaba en Madrid era casi imposible vernos, siempre acudía por la programación de algún acto oficial en el que debía hacer acto de presencia o estar con mi familia.

Mi hermana concluyó su formación naval para tomarse unos días de descanso y continuar haciendo prácticas de pilotaje aéreo. Solo Gabi podía llevar el ritmo y disfrutar de esa formación. Su camino estaba claro. El mío lo tuve que discutir con mis padres esa misma primavera.

A pesar de que mamá insistía en que me matriculara en Derecho, yo les puse sobre la mesa mis opciones: me gustaba Reino Unido, disfrutaba del anonimato que Londres y los pequeños rincones que Gales me ofrecía. Quería estudiar Historia y Arqueología en la Universidad de Cardiff; me interesaba mucho el programa de estudios y pensaba que ese podía ser mi camino. Quería preservar la historia, aunque no formara parte de ella. Al menos, no protagonizarla.

Fueron días muy tensos y, sorprendentemente, papá fue mucho más comprensivo. Convenció a mamá para que me apoyara, ya que

en breve tenía los exámenes finales y debía hacer la preinscripción.

—Pensaba que regresarías a Madrid —me tanteó Gabi tras una de las escasas comidas familiares en la que pudimos vernos.

—¿Por qué piensas que querría estudiar en Madrid? —le pregunté con interés.

—Por estar más cerca de él.

—Te equivocas, aquí es peor. —Ella me ignoró y continuó cortando el entrecot—. ¿De verdad crees que condicionaría mi vida solo en base a él?

—¿No lo estás haciendo ya? —me cuestionó Gabi con una mirada inquisidora.

—Eres muy injusta, te recuerdo que no soy yo la que se ha distanciado. ¿Cuánto tiempo vas a castigarme por querer vivir mi vida a mi manera?

—Al final renunciarás a todo, ¿verdad? —me preguntó Gabi muy seria, sabiendo que se refería a mi título y mis privilegios, aunque también a mis responsabilidades.

—Niñas, ¿de qué discutís? —interrumpió mamá, que tenía un radar para detectar hostilidades fraternales.

—De nada —contestó Gabi mientras se levantaba de la mesa—. Si me disculpáis, estoy un poco cansada. Necesito ir un rato a mi habitación.

Aquella visita de fin de semana fue un triunfo, supuso el primer paso para construir el camino que quería labrarme. Pero perdí una oportunidad de acercarme a Gabi y averiguar qué era lo que realmente le sucedía.

En Llantwit Major, cuando estaba en el *college*, tenía poco tiempo para pensar durante la recta final, pero echaba de menos a Lexy. Hablaba con ella muy a menudo y, en alguna ocasión, fui a Londres a visitarla. En cuanto Lexy se recuperó, tomó una decisión radical en su vida: era un alma libre de Camden, lo había visto con mis propios ojos, y se dejó llevar por ese sentimiento de pertenencia a un lugar.

Encontró un alquiler aceptable en la zona —junto a tres inquilinos más— y un trabajo por el día en una tienda de moda, y por la noche, en un *pub* de música alternativa. Lexy me contaba que, en

su tiempo libre, aprendía con tutoriales a crear una página web y comenzó a subir sus láminas florales bajo la firma *Flowers by Lex*.

—Mira que si un día tus láminas adornan el salón de mi casa… —le dije en una ocasión.

—Sería la hostia.

Lexy no había vuelto a mencionar a Peter Dickinson, pero sabía que pensaba en él. La había visto, en una ocasión, leyendo un libro con el sello de *Jo Fletcher Books*. Había visto las ilustraciones que ponía en venta y sabía cuándo sus flores eran tristes o tenían tintes nostálgicos.

A comienzos de septiembre, la propia Lexy me pidió que fuese a Londres y la acompañé hasta las cercanías de All Saints' Church, donde vimos desde la lejanía cómo Peter salía —entre vítores, aplausos y pétalos de flores lanzados al aire— con su recién estrenada esposa. Por un instante, él cruzó su mirada hacia donde estábamos Lexy y yo, como si la atracción de ambos fuese más fuerte que cualquier cuerpo que los rodeara. Él la miró con nostalgia, parecía que había arrepentimiento en sus ojos y que, durante unos segundos, el tiempo se paraba, hasta que Percy Davies lo sacó de su ensimismamiento y tiró de su brazo para conducirlo al coche que los esperaba.

—No es feliz —le dije a Lexy con total convencimiento, no para complacerla.

—Eso ya da igual. Vámonos.

Alexandra Bennett consiguió cerrar una etapa de su vida, o eso pensó ella. Tal vez jamás volvería a ver a Peter o tal vez se reencontraran dentro de unos años, en otro punto de sus vidas. Ella era así: cerraba puertas, pero dejaba opciones abiertas en forma de pequeñas ventanas.

Y Lan era mi puerta abierta, mi salón acogedor. Él siempre estaba presente de algún modo. Mi amor por él crecía en cada logro que celebraba y en cada fracaso que compartía conmigo. Conversaciones en nuestro refugio de Cowbridge, citas diarias en el chat o encuentros *express* en Londres o Madrid. Todo nos valía.

A finales de mayo se celebraron unos premios presididos por mi hermana. Lan fue galardonado e hizo historia por muchos motivos.

Gabi tuvo que entregarle la placa y darle la mano disimulando todas sus reticencias y el secreto que guardábamos. En la postcelebración de los premios, aproveché un momento para coger la mano de Lan. Le hice un gesto para que me siguiera a la sala más alejada de la fiesta, quería felicitarlo de la única forma que deseaba. Ese fue el único instante en el que nos permitimos bajar la guardia y también fue el que cambiaría mi vida, aunque no lo sabría hasta mucho más tarde.

Lan volvió a jugar a pleno rendimiento. Pudo participar en los encuentros deportivos de mayo a junio, terminar lo que había comenzado —a pesar de su lesión y su pequeño parón— y confirmarse que era una de esas pocas personas que destacaban entre un millón y de las que no se volverían a tener en años.

Julio fue mucho más tranquilo, pudimos disfrutar de unos días en nuestro refugio en Cowbridge —la versión oficial era que me había ido a Londres a visitar a Lexy—, pasear como auténticos desconocidos por sus calles y descubrir senderos que ocultaban siglos de historia. Parecía tan fácil llevar una vida tranquila con él. Durante esos días, que al final se convirtieron en semanas, Lan se mantenía al tanto de sus proyectos y yo me tomaba un descanso para coger fuerzas y comenzar la universidad en septiembre.

Y todavía tenía por delante las vacaciones en Mallorca.

Mi estancia en Marivent fue más corta que en años anteriores. Todos lo atribuían a que había creado mi propia red de amistades en Gales y muchas de estas se iban a prolongar en Cardiff y Londres, como era el ejemplo de Lexy. Lan también repitió sus vacaciones familiares, no era extraño para nadie, ya que lo hizo el año anterior y en esa ocasión Moncho también estuvo unos días. Pudimos vernos en un local de moda y celebrar mi diecinueve cumpleaños de una forma mucho más íntima y reducida que el año anterior. Arrastré a Gabi a regañadientes y, aunque nunca me lo reconocería, se lo pasó bien.

Un día estábamos mi hermana, mi abuela y yo paseando por las tiendas de Palma. Me quedé atrás mirando unos pendientes en un escaparate. Allí era tan habitual y mundana nuestra presencia, que a

los pocos días ya no atraíamos a los *flashes* de los *paparazzis*. Una mujer me interrumpió mientras miraba la sencilla joya.

—Eres Catalina, ¿verdad?

La reconocí al instante. Una mujer morena, con expresión dura, aunque elegante. Era la madre de Lan, la mujer que no veía con buenos ojos que su hijo se aventurara a implicarse con alguien como yo. No la culpaba por ello.

—Sí —dije con determinación. Aunque ella no me aprobara, no pensaba mostrar debilidad—, encantada.

Le tendí la mano y ella me la estrechó.

—Me alegro de haber visto que, con el tiempo, me equivocaba.

—¿A qué se refiere? —pregunté con recelo.

—Pensé que mi hijo sufriría contigo, que viviría otra decepción como… Da igual, el caso es que me alegro de que estéis bien. Tienes todo mi respeto y la puerta de mi casa está abierta para cuando quieras entrar.

—Gracias. —Estaba abrumada por esa confesión: la madre de Lan dejó a un lado sus prejuicios.

La familia de Lan, de algún modo, no aprobó lo nuestro cuando lo supieron. Su madre se lo hizo saber, y fue la única vez que él flaqueó. Eso ya lo habíamos superado. No determinaba lo que íbamos a ser si los suyos estaban de nuestro lado o no. Pero ahora, viendo a esta mujer mostrando su humildad, parecía que las cosas podían ser más fáciles.

Fátima miró a su alrededor y se despidió de mí.

—No quiero robarte más tiempo, tampoco llamar la atención más de lo necesario —sonrió—, puede ser chocante que te vean hablando conmigo. De verdad, lo habéis llevado con mucha discreción hasta ahora y no quisiera estropearlo. Me ha alegrado hablar contigo.

—Igualmente —asentí—. Hasta otra ocasión.

Y eso último lo dije con todo conocimiento de causa, sabiendo que algún día podría compartir conversaciones estrechas con esa mujer.

Cuando regresé con mi abuela y con Gabi, me preguntaron dónde me había metido. Tan solo les contesté que me había entretenido un

poco, sin embargo, Gabi me miró con recelo. Y esa noche le conté lo que Fátima me dijo, haciéndole saber a Gabi que todo era posible, que las corazas al final caían y que esperaba que ella también terminara desprendiéndose de la suya.

—Ya veremos —me dijo—. Tal vez, algún día.

—Con eso me basta.

Antes de que acabara la temporada estival en Palma, los reyes Nicolás y Paula reunieron a gente influyente que se encontraba en la isla para celebrar una cena especial; incluía a los Osorio Alcalá de la Alameda, marqueses de Villaflores, y por ende, a Fernando. Ante mis padres podría haber suplicado no coincidir con él, pero ante los reyes de España debía callar y acatar. Además, Fernando ya no influía en nada para mí. Hacía un año del bochornoso incidente de mi cumpleaños, yo no lo delaté y esperaba que fuese suficiente para que me dejara en paz y, en esa ocasión, tampoco intentara excederse conmigo.

Por desgracia, en la cena coincidí justo al lado de Fernando. Todo iba bien si me limitaba a hablar con otras personas, pero era difícil evitarlo por completo. Cuando tuvo una ocasión para hablarme, sus palabras me dejaron helada.

—¿Qué tal te va con el *morenito*?

—¿Disculpa? —Fue lo único que alcancé a decir, haciéndome la sorprendida, en un intento de creer que se refería a otra persona.

—Quién iba a decir que al final no eras una mosquita muerta y el año pasado, mientras yo intentaba arreglar lo nuestro, tú ya andabas detrás del futbolista ese —dijo, tal y como yo temía—. ¿O me la estabas pegando desde antes y te hiciste la víctima?

—No sé de qué me hablas…

—Os vi en el certamen que presidió Gabriela. La postfiesta, tú llevándotelo a una habitación, ¿lo recuerdas?

—No sé de qué me hablas. Tu imaginación es increíble —disimulé.

—Oh, sí. Mi imaginación. —Se acercó un poco a mi oído para asegurarse de que nadie lo escuchaba—. Si no quieres que esto explote, tendrás que hacer algunas cositas por mí, ya que el tipo ese te habrá enseñado bastante. ¿Te viene bien esta noche?

—Cuenta lo que quieras, nadie te va a creer, imbécil. Y si piensas que voy a caer en tus chantajes, es que todavía no me conoces —murmuré sin ocultarle mi odio.

Al instante, interrumpió Gabi, que estaba sentada en frente de nosotros, junto a otros jóvenes privilegiados de la isla.

—¿Todo bien por ahí?

—Sí, tu hermana ya me ha dejado todo muy claro —contestó Fernando con chulería.

Fernando continuó cenando a mi lado sin volver a dirigirme una palabra. Lo que más me inquietaba era la sonrisa que se le formaba de vez en cuando. ¿Qué sería capaz de decir? Daba igual, yo era un miembro de la Casa Real. Estaba comprobado que, antes de hacerse una filtración, si esta no tenía sustento o no se podía comprobar su veracidad, ninguna publicación se arriesgaba a contar palabras sin argumentos y menos de un antiguo novio despechado. Mi familia era muy respetada por la prensa, nunca se publicaba algo inventado o que no tuviera la aprobación de nuestra organización.

En cuanto abandonara Palma y volara hacia Cardiff, dejaría de ver a aquel imbécil.

Lan y yo habíamos planeado estar juntos la primera semana de septiembre, antes de que yo iniciara la universidad y él la temporada deportiva y lo que lo tenía realmente nervioso: la ceremonia del Balón de Oro, que sí esperaba ganar ese año.

25
Lancine

Ya era septiembre. No podía creer que hubiese pasado un año, que otra vez estuviese caminando hacia ese *photocall* de una ceremonia que esperaba con ansia. Después de un duro comienzo de año con mi lesión, había logrado remontar y volver a ser quién era. Era increíble que, por fin, en unas semanas se inaugurara mi proyecto de polideportivo y escuela de fútbol en el mismo San Blas que me vio crecer. Quería darles la oportunidad a otros chavales que, con mi edad, tenían el mismo sueño que yo.

Y no podía ser verdad que ya hiciera algo más de un año desde que conocí a Catalina y empezó a formar parte de mi vida. Solo me faltaba ella ahí, acompañándome. En esa ocasión, quise acudir sin acompañante a esa cita con el deporte en París.

Gané el Balón de Oro. Fue un chute de adrenalina imposible de explicar con palabras. Estaba deseando que terminara la ceremonia y la fiesta posterior para llamar a casa y también a ella, la que siempre andaba por mi cabeza.

Con Catalina había pasado unos días antes, en nuestro escondite de Cowbridge. Celebramos otra vez su cumpleaños —con bastante retraso—, pero esa vez solo ella y yo. Fue genial. Le dije que, si ganaba el Balón de Oro, se lo dedicaría y ella lo sabría. «Para ti, Eurídice», tan solo dije eso.

Cuando la ceremonia concluyó y salí al exterior para posar en el *photocall* con mi galardón, intuí que algo no marchaba como debería. La euforia era demasiado exagerada, los periodistas se

lanzaron como locos y el personal de seguridad tuvo que esforzarse. De hecho, tuvieron que sacarme de ahí.

—¿Qué pasa? —pregunté a un escolta, confuso.

—Se acaba de filtrar una noticia. Corre por todo Internet como la pólvora. —No me dijo más.

Llegó Gaspar con cara de apuro. Aparecieron Moncho y Charly.

—Tíos, ¿qué pasa? Me han sacado de ahí como si hubiesen declarado una guerra contra mí —expliqué, todavía intentando digerir el éxito y la respuesta histriónica de los periodistas.

—Tío, Lan —me dijo Moncho—, es lo tuyo con la Cata. Se sabe hasta en Brasil.

—¿Qué?

—Joder, Lan —intervino el gilipollas de Gaspar con sus aportaciones inoportunas—, estas cosas me las tienes que decir. Si no, ¿cómo cojones intervengo? ¿Cómo respondo por ti?

—Pero ¿qué hostias ha pasado? —conseguí decir, casi suplicante.

Lo que había pasado era que la página de Internet sobre noticias de cotilleo con más alcance del país —y parte del extranjero— había llegado a un acuerdo millonario con el proveedor de un video grabado con un iPhone, en el que se veía al jugador de fútbol Lancine Yassa en actitud cariñosa con la princesa Catalina de Moncada y Sáez, hija de los reyes de España y segunda en la línea de sucesión.

Solo hicieron falta unos días para que el equipo de seguridad de la Casa Real detectara que el dueño del vídeo era —nada más y nada menos— que Fernando Osorio Alcalá de la Alameda. Aunque la distribución de las imágenes se pudo retirar de la red, su reproducción se había duplicado y cruzado todas las fronteras.

Además, la estrategia había sido muy meditada: las imágenes se hicieron públicas el día de la ceremonia del Balón de Oro, durante el acto de entrega de premios.

—¿Y qué hago? —pregunté sin saber muy bien cómo actuar en una situación así.

Me habían fotografiado cientos de veces con Nadia, pero eso era otro nivel. Catalina era una *royal* —como se las hacían llamar en el mundo de la prensa rosa—, y yo era un deportista salido de la nada.

El video era bastante explícito en lo que se refería a las muestras de cariño que nos profesábamos. Lo normal en una pareja. No podía confirmar nada ni mostrar ningún gesto que me delatara, podría influir en la forma en la que se abordara desde el Palacio o desde donde actuaran las personas que trabajaban para perseverar la integridad de Catalina.

—Sal al *photocall* con el huevo dorado ese que te han dado y posa con él. Si te preguntan por el tema del video, no contestes —me recomendó mi agente, pasándose un pañuelo por la frente—. Se van a poner en contacto los de la Casa Real y hay que bailarles el agua, ¿vale? Así que no la cagues y no digas nada.

Como si yo tuviera ganas de decir algo. Hice caso a las órdenes de Gaspar. Estaba acojonado. Y lo peor de todo era que no llevaba mi móvil encima para llamar a Cata. Lo tenía el asistente que contratamos y que, en teoría, me esperaría en el coche. Lo mejor que podía hacer era acabar con ese circo, posar, sonreír con mi premio, quedarme calladito y después irme al hotel; ni fiestas ni hostias.

Salí a la palestra. Un millón de *flashes* me cegaban y cientos de voces me hacían preguntas que yo procuraba ignorar. Escuchaba «relación», «princesa» y cosas así.

Llegué a mi coche y me refugié en él, por fin con mi móvil en la mano. Pude ver el video y me di cuenta de que eran unas imágenes de muy mal gusto. No se reflejaba lo que realmente éramos. Nosotros éramos mucho más que dos personas escondidas en una biblioteca y comiéndose la boca. Ese día acababa de recibir un premio honorífico de manos de la princesa Gabriela, después de haber vivido unos meses difíciles de rehabilitación y regreso al campo. La persona que más me importaba, además de mi familia, estaba eufórica por compartir esa gloria conmigo y yo no cabía en mí de gozo por tener la posibilidad de vivir esos momentos a su lado, sin escondernos en un hotel de la Inglaterra profunda o camuflarnos entre miles de turistas. Era un momento íntimo entre Cata y yo, alejados de una fiesta concurrida, y ese pedazo de cabrón —sí, me refería al *borjamari*— nos lo había robado.

Sabía que, tarde o temprano, lo nuestro se llegaría a saber. Cata y yo lo habíamos hablado muchas veces, pero ninguno de los dos contemplaba la posibilidad de que nuestra relación se revelara así, como si nos hubiésemos conocido ese día y nos diéramos el lote en un lugar escondido. Yo quería hacer las cosas bien, no solo por quién era ella, sino porque sentía que debía esforzarme por darle el lugar que merecía Catalina ante los míos y ante los suyos. El respeto se ganaba ofreciendo respeto. Y, en ese momento, esa palabra parecía que no había existido nunca.

Llamé a Catalina, pero su teléfono no daba señal. Debía estar durmiendo. Al día siguiente, le explotaría la noticia en la cara.

∞∞∞

Al día siguiente, estando en casa, y después de contratar un avión privado para regresar cuanto antes, mi salón era un hervidero de teléfonos. Desde bien temprano, intenté contactar con Cata y la respuesta fue «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura». No había manera de localizarla. Sin embargo, a mí me estaban llamando de todas partes: programas de televisión, radio, periódicos deportivos, revistas del corazón, compañeros, el entrenador, etc.

Gaspar, instalado en casa, también estaba hablando con unos y con otros. Aunque a mí me importaba poco, solo quería hablar con una persona y era inaccesible.

Intenté salir de mi casa para entrenar en el gimnasio de la Ciudad Deportiva: error, había *paparazzis* por todas partes. Volví a subir a mi piso.

A mitad de tarde, llegaron mis padres con Sey. Mi hermano era feliz y ajeno a lo que estaba sucediendo; en esos momentos, deseaba ser un crío de cinco años. Mi madre se sentó a mi lado.

—¿Cómo estás? ¿Has sabido algo de ella?

—No, es como si se la hubiese tragado la tierra —admití con preocupación.

—Seguramente, por protección, la han aislado de todo el mundo —intentó tranquilizarme.

—Yo no soy todo el mundo.

—Lo sé, cariño, pero ella tampoco es una chica corriente.

Mi padre estaba fumando un cigarro en la terraza. Él, en esos casos, prefería quedarse callado. No se le daba bien tranquilizar o dar consejos, pero creo que me vio tan agobiado que pensó que era mejor decir algo.

—El tiempo pone las cosas en su sitio. Esto no puede durar más de unos días. En cuanto haya otra cosa de qué hablar, se olvidarán de vosotros. Pero óyeme una cosa —lo miré asustado—, en cuanto pase todo esto, vas a presentarle tus respetos al padre de esa chica.

—Y digo yo que a la madre también, ¿no? —le increpó mi madre.

Mi padre, a veces, obviaba el papel de la mujer y mi madre era la que se encargaba de recordarle cómo eran las cosas en occidente.

—Primero tendré que saber dónde está ella…

—¡Lancine! —me gritó mi Gaspar desde el comedor—. Tengo cita mañana por la mañana en la Zarzuela, pero no es una visita oficial. Se van a tomar medidas para que sea todo muy discreto.

—¿Por qué tú? —pregunté bastante mosqueado.

—Porque los representantes de Casa Real quieren hablar con tu representante, es decir, yo. ¿O te pensabas que el rey quería tomar unas cervezas contigo? —preguntó con ironía.

Mi padre no pudo reprimir la risa y mi madre lo regañó con la mirada, un gesto que bastó para que se le cortara la risa en seco.

—Joder, joder, joder —maldije echándome las manos a la cabeza —. Yo quiero hablar con ella. Por favor, diles que me dejen llamarla o que le den un mensaje de mi parte.

Por mucho que se lo pidiera a la persona que representaba mis intereses, él tampoco podía hacer mucho más. Me fui a mi habitación y me eché en la cama. Cogí el teléfono y escribí a Eurídic» por Instagram, pero no estaba en línea. Quise salirme de la red social, solo aparecían titulares del estilo «Un gol en palacio» o «La Casa Real ficha a Yassa». Era lamentable. Seydou vino y yo dejé el móvil en la mesilla, se tumbó conmigo y los dos nos quedamos dormidos.

26
Catalina

Amanecí tranquila en mi residencia de estudiantes en Cardiff. Estaba feliz de estar instalada allí, estudiando lo que quería, en una ciudad cercana al refugio de Cowbridge para verme de vez en cuando con Lan; y también de Londres para hacer una pequeña escapada con Lexy.

Recordaba el día que era y la celebración que tuvo lugar la noche anterior en París. Encendí el móvil para ver la noticia. Y… ¿qué encontré? Todo era irreal. De pronto, me sentí desnuda y vulnerable. En una publicación digital se podía acceder a un vídeo de la noticia principal: «Yassa, coronado».

Al principio, pensaba que se refería al triunfo del Balón de Oro, pero no era así. Se trataba de un vídeo mal enfocado, cuya grabación malintencionada hacía que las imágenes pareciesen sucias y de mal gusto. Me tapé la boca con la mano para no emitir un grito de sorpresa.

¿Desde cuándo circulaba eso?

A los pocos minutos, tenía al personal de mi padre irrumpiendo en los pasillos de mi residencia. Cogieron mi móvil para confiscarlo, decían que era para «asegurarse de que no se había producido ninguna intrusión en mis correos o en la nube».

¿Dónde me llevaban? Lo desconocía.

«Lan», pensé.

—Por favor, déjenme el móvil, necesito grabar un teléfono.

Conseguí anotar el número de Lan antes de perder mi teléfono móvil de manera indefinida. Y, en menos de veinte minutos, me

encontraba en un coche con los cristales tintados, desde el que se podía ver una lluvia de incesantes *flashes*, de camino al aeropuerto para tomar un vuelo privado que me llevaría a Madrid.

∞∞∞

Habían pasado varias horas desde que alguien del personal de seguridad me había dejado sola en mi habitación hasta que mamá entró con su mirada inquisidora.

—¿Me vas a explicar qué es lo que ha pasado? —arremetió sin piedad.

—Mamá, yo…

—¿Eres la nueva Estefanía de Mónaco? ¿Desde cuándo andas viéndote y revolcándote con gente de la farándula? No te hemos llevado a una de las mejores escuelas internacionales para que hagas esto.

—Mamá, esto no es lo que parece, esta persona no es…

—Es un futbolista al que se le ha relacionado con… ¿Qué más da? El caso es que hay un vídeo en el que aparecéis los dos en una actitud bochornosa. ¿Te has olvidado de quién eres? —insistió mi madre, a quien nunca había visto tan enfadada.

Me cubrí el rostro con las manos. Estaba avergonzada por lo que había percibido de ese vídeo mi madre y cualquier otra persona de mi familia. Ese momento de Lan y mío no debería haberlo visto nadie. ¿Quién lo había grabado? Lan no podía haberme hecho eso, imposible. La única persona que me venía a la mente era Fernando, por aquella mención de lo que sabía en la cena de final de verano, pero hacer algo así…

—El Gabinete de Crisis está trabajando en cómo han llegado esas imágenes a la prensa sin que se informara primero a los intermediarios de Casa Real —prosiguió—, pero has sido tan irresponsable. Tu padre está encolerizado, tu abuela tiene un disgusto que casi es atendida por los servicios sanitarios y esta noticia ha provocado que tu hermana interrumpa la formación en la escuela de aviación.

—¿Va a venir?

—No, solo ha hecho un paréntesis por precaución, pero no abandona la escuela. Ella sí se centra en sus obligaciones.

Cada palabra de mi madre era un dardo que escocía y yo me encontraba en el último lugar en el que deseaba estar. Me había imaginado cientos de veces mi independencia en Cardiff. Ya estaba tocando con mis dedos ese sueño de ir haciendo poco a poco mi camino, y de repente me encontraba en ese lugar al que cada vez me apetecía menos volver.

Madrid era sinónimo de encierro y supervisión.

—¿Qué quieres que te diga, mamá? Alguien grabó un momento íntimo y lo ha difundido sin consentimiento. Y estoy segura de que ha sido Fernando Osorio.

—¿El hijo de los marqueses de Villaflores? Eso es imposible, tenías una amistad con él y su familia está muy ligada a la Casa Real. Esto ha sido cosa del chico ese, ha querido sacar provecho de acercarse a ti y…

—Lan no ha hecho nada. Él y yo somos…

Irrumpió mi padre en la habitación.

—Vamos a emitir un comunicado en el que vas a disculparte por la imagen que has ofrecido y explicar la inexistente relación que mantienes con ese joven.

—Papá…

—Ya se está especulando que la princesa está despilfarrando el dinero de sus estudios en Reino Unido, mientras alterna con futbolistas y gente de la farándula —me hablaba con una seriedad que asustaba.

—Papá, ese video es de la fiesta posterior de los premios que concedió Gabi. Fue antes de verano, pero por un motivo que desconozco, ha salido a la luz ahora y sé que ha sido…

—Ya basta. Permanecerás aquí hasta que las aguas vuelvan a su cauce. Ahora mismo eres carne de revistas y nuestra institución ha quedado en muy mal lugar.

Me dejaron sola en mi habitación, sin posibilidad de comunicarme con nadie. Permanecí así varias horas, pensando en lo absurdo de la situación. Yo, una chica mayor de edad, con ideas propias, objetivos

e inquietudes, que estaba viviendo en otro país, alejada de mi familia desde hacía dos años y que había tomado un papel discreto hasta ahora, me encontraba —de repente— sin posibilidad de decidir ni siquiera dónde permanecer recluida hasta que aquello pasara. Sin saber qué iba a pasar con mi vida en Cardiff, mis estudios y me habían quitado el móvil.

Lan.

Busqué el papel en el que anoté su teléfono antes de que aquellos hombres de traje negro me confiscaran el móvil. Salí a hurtadillas de mi habitación y accedí a un pequeño salón que utilizaba mi madre, donde había un teléfono fijo. Marqué el número de Lan.

—*Diga.* —Su voz sonaba desesperada.

—Lan.

—*Cata, ¿dónde estás?* —Su voz sonaba desesperada.

—Estoy en Madrid, unos hombres de Seguridad vinieron ayer por la mañana a la residencia, me confiscaron el móvil y estoy encerrada en la casa del palacio. —Dicho así, sonaba tan ridículo, tan a cuento de Rapunzel o Blancanieves, pero así era.

—*Pero ¿vas a estar así mucho tiempo? Necesito verte.*

—Ahora no es buen momento —contesté con sinceridad.

—*No hemos hecho nada malo*.

—No. Tú y yo, como Lan y Cata, no. Pero yo, como la princesa Catalina, he mostrado una imagen de mí que… —me desmoroné—. Por Dios, Lan, ¿no has visto las imágenes? Es tan bochornoso verme así, como si fuese una vulgar…

—*No sigas. No estábamos haciendo nada malo. Solamente nos estábamos besando y nos abrazábamos. Pero ahí no había nada vulgar, lo único vulgar es el enfoque que se le ha dado.*

Y él tenía razón, pero no era tan sencillo.

—Ese enfoque solo ha afectado a mi imagen y a mi vida.

—*¿Por qué dices eso?*

—¿A ti te han arrancado de tu casa? ¿Te tienen encerrado sin poder salir a la calle? —insistí.

—*El otro día salí de la ceremonia casi a empujones hasta el coche y estoy en mi casa, sin salir tampoco. Ni siquiera me han permitido ir*

a una entrevista con los representantes de tu familia.

—¿Cómo? —Papá no me había dicho nada. En realidad, no me había informado de gran cosa.

—*Cata, vámonos. Tú y yo* —propuso Lan.

Hablaba muy en serio.

—Ni siquiera sé cuándo podré salir de este edificio.

—*Cata.*

—Lan.

—*No dejes de hablarme…*

—Estoy cansada de esto, es como si llevara toda una vida prisionera.

Escuché un ruido que procedía del pasillo.

—Lan, te tengo que dejar.

—*¿Cuándo podré verte? Necesito que hablemos.*

—No lo sé, no sé cuándo se solucionará esto…

Colgué.

Pensé que, escuchando la voz de Lan, me agarraría a él fuera como fuera, que buscaría la forma de saltar de una ventana y salir a su encuentro. Pero tras colgar, no fue así. Me acurruqué al lado del mueble del teléfono, como si todas mis energías se hubiesen ido con esa llamada, escapando a través del cable telefónico.

Había pasado del estado de alerta, al agobio y a la falta de aire traducidos en rabia. En ese momento, era como si hubiese entendido que solamente me quedaba claudicar, esperar a lo que tuviera que suceder y dejarme llevar por las normas e indicaciones por las que siempre me habían regido.

Me encontraba de nuevo en la casilla de salida y lo peor de todo era que había conocido los dos mundos que la vida podía ofrecerme. En el palacio se vivía mejor en la ignorancia.

27
Lancine

El tiempo es relativo dependiendo de la situación en la que uno se encuentre o los sentimientos que aparezcan. El bienestar y la felicidad hacen que el tiempo pase rápido. La incertidumbre hace que el tiempo pase muy lentamente; el anhelo hace que el tiempo pase muy lentamente; la falta de libertad hace que el tiempo pase muy lentamente…

¿Cómo estaría ella? Su llamada rápida, con susurros que daban a entender que se escondía, no me inspiraban nada bueno.

Por fin llegó Gaspar. Creo que nunca había tenido tantas ganas de verlo como en ese momento.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué te han dicho? —lo interrogué antes de que se hubiese desprendido del maletín.

—No he hablado directamente con el rey. —Claro que no—. Su equipo ha sido muy contundente. Han investigado el origen del video y ya se ha descartado que lo hayas difundido tú y…

—¡Claro que no fui yo! —lo interrumpí indignado—. ¿Qué interés tendría yo en que se publicara ese vídeo? Al contrario, ahora no tengo manera de verla.

Gaspar alzó las manos para que le dejara proseguir y yo le hice un gesto de «Adelante».

—Van a tomar medidas con el causante, un tal Fernando Osorio.

—Lo sabía…

—Pero va a ser muy privado. Es hijo de un marqués muy vinculado con la Casa Real y antiguo *amigo especial* de la princesa Catalina…

Reí.

—Amigo especial. Van a ser indulgentes con ese capullo porque es noble y antiguo amigo especial de Catalina. Y a mí, que formo parte de su vida, me tienen apartado de ella. Soy una lacra.

—No eres la clase de visitas a palacio que necesitan ahora. La imagen de la princesa Catalina está dañada y también la de la Casa Real. Eso han dicho ellos.

—Eso espero, se me hace raro que hables así. Igual podrías trabajar para la Casa Real —le sugerí. Estaba muy cabreado y lo estaba pagando con el pobre Gaspar.

—Oh, cállate, Lancine. —Hablaba muy en serio—. No seas crío, así que no hagas ninguna tontería. Tú céntrate en el deporte y en tus proyectos. Sal y diviértete. Esto va para largo. Y no esperan que vayas a palacio de forma oficial.

Gaspar se despidió de mí para hacer otras gestiones, como la de posponer la inauguración del Polideportivo de San Blas. El ambiente no estaba para inaugurar nada ni para que hiciese apariciones en las que figurara como protagonista.

«Puedo ir de forma extraoficial», pensé.

∞∞∞

Me colé. Literalmente. Ignorante de mí, pensé que a ese palacio se podía acceder con entrada, pero no era un monumento turístico. Debí suponerlo, al fin y al cabo, era donde vivían los reyes y su familia y donde, en ocasiones protocolarias, recibían a personas —como mi equipo y yo, cuando ganamos la Eurocopa— siguiendo unas medidas de seguridad muy estrictas.

Por eso no era de extrañar que, por mucho que corriera, no llegara ni a la gran escalinata de la entrada. Antes de que pisara el mármol, ya tenía encima de mí a tres armarios empotrados llamados «Personal de Seguridad». No me quedaba otra que liarla, gritando con todas mis fuerzas su nombre.

—¡¡¡Cataaaaaaa!!! ¡¡¡Cataaaaaa!!! —vociferaba.

Me taparon la boca y me metieron tras una puerta lateral del edificio. Supuse que era una habitación destinada al servicio a cargo de la seguridad. Su habitación del pánico, quizás.

—Chaval, o te tranquilizas o llamamos a la policía —me amenazaron.

—¡Pues que venga la policía!

Una puerta se cerró en el otro extremo de la sala. Joder, era el rey. Se me quitaron las ganas de seguir armando jaleo, ese hombre acojonaba desde la distancia.

El rey Nicolás se acercó a mí.

—Dejadnos solos —dijo dirigiéndose a esos hombres que me contenían.

Estaba tan seguro de que yo no iba a atreverme a hacer algo improcedente, que no le importó quedarse a solas conmigo para tener una charla de tú a tú. Lo que me tenía que decir era lo que más me asustaba. Sabía que no me iba a gustar, que no iba a estar de acuerdo y que no pensaba acceder a sus órdenes.

—Muchacho, sé que tú no tienes nada que ver con la grabación y difusión de ese video —iba a interrumpirlo, pero levantó la mano para que lo dejara proseguir—, pero ella no puede implicarse emocionalmente contigo. No porque seas tú, sino porque es ella.

—¿A qué se refiere? Ella no es la heredera.

—No, pero va a convertirse en un gran apoyo para la heredera. Catalina tiene su papel en esta institución. Le esperan responsabilidades y una vida dura, por eso le he permitido estudiar lo que le gusta en la universidad que ha elegido. Le di esa concesión antes de que deba hacer frente a las obligaciones que le esperan; era importante que experimentara con el mundo y se relacionara con personas diferentes y de otras condiciones sociales. Pero no era de esperar que iniciara una relación sentimental con un futbolista mediático, con un historial de fiestas y relaciones con *influencers*.

—Usted ni me conoce ni puede resumir mi vida en esos tres o cuatro datos. No sabe de dónde vengo ni conoce mis esfuerzos, tampoco los de mi familia.

—Estoy seguro de que tu familia es digna de admiración…

Ahora fui yo quien alzó las manos para mandar callar al rey.

—Y no tiene ni idea de lo enamorado que estoy de su hija y de lo que sería capaz de hacer por ella —expuse sin pudor.

El rey Nicolás permaneció callado, solo unos segundos, para pensar lo que iba a decir después.

—Si tanto te importa Catalina, debes saber que el único modo para que ella pueda retomar sus estudios en Cardiff y experimentar esa vida que desea antes de regresar aquí para ejercer sus funciones, la única forma en la que nos sentiremos tranquilos, es sabiendo que tú no interferirás en esa etapa. Esa libertad previa a que reanude sus obligaciones depende de ti.

—¿En serio? —No podía creer que me estuviese poniendo en una encrucijada, que me estuviese extorsionando con su propia hija para quitarme de en medio.

—Sé que suena horrible tal y como lo planteo, pero créeme, estáis en una edad en la que pensáis que todo es posible, que el amor todo lo puede. Cuando veáis lo equivocados que estabais y que no podéis rectificar vuestros errores, errores que influyen en otras personas, en todo un país en este caso, entonces será tarde para que retoméis vuestros caminos, tal y como debería haber sido.

—Habla como si el destino de todo el mundo ya estuviese escrito —dije con horror.

—En algunos casos, es así. —Se tomó unos segundos para tomar aire y proseguir—. Ahora te marcharás sin armar ningún escándalo y pensarás en todo lo que te he dicho. Catalina tiene una imagen que reparar y, créeme, tu presencia en su vida no le va a favorecer nada.

No tenía nada más que decirle a ese hombre que me había decepcionado con unas pocas palabras. Por desgracia, tenía el control de Catalina. Y me jodía reconocer que, en parte, tenía razón.

∞∞∞

Llegué a casa devastado, dejando atrás un rebaño de fotógrafos y periodistas. Pero no fui a mi apartamento, sino a mi casa, donde estaban las personas con las que necesitaba sentirme arropado. Mi madre estaba sentada en el sofá, mirando un programa de corazón

en el que hablaban —cómo no— de Catalina y de mí. Ella apagó la televisión y abrió sus brazos. Yo me dejé arropar.

—Se acabó —le dije.

—El tiempo dirá —contestó ella.

Por primera vez, vi en mi madre un atisbo de positividad en lo que concernía a Cata. Y, por primera vez, me devastó no poder estar de acuerdo con ella.

28
Catalina

Papá me citó en su despacho, mamá estaba con él. No sabía qué pensaban decirme, pero deseaba saber qué iba a suceder con mi encierro, cuánto tiempo iba a pasar hasta que recuperara mi vida.

—Siéntate, Catalina —me ordenó papá.

Me acomodé en los asientos de los visitantes. Había una gran mesa de roble que me separaba de mis padres y del mensaje que iba a darme. Había leído en mis libros de protocolo y lenguaje corporal que, el hecho de disponer un mueble entre dos cuerpos, implicaba formalidad, confrontación o distanciamiento emocional. Nada de eso era lo que yo quería. Necesitaba cercanía y que entendieran lo que estaba suponiendo el encierro y no poder tener una relación con otra persona, como la tendría cualquier otra chica de mi edad. Habían averiguado que Lan no tenía nada que ver con lo del vídeo, no sabía qué más querían.

—Vas a regresar a Cardiff a retomar los estudios universitarios —dijo con contundencia.

Mi rostro cambió en cuestión de nanosegundos e iba a decirle a mi padre tantas cosas como agradecimiento. Iba a levantarme para abrazarlo, pero con un gesto me hizo saber que debía permanecer sentada.

—Debo recordarte que tu madre y yo habíamos pensado para ti otra universidad y otra carrera, pero fuiste muy insistente con quedarte en Cardiff y formarte en Historia y Arqueología, algo que poco te va a servir para lo que se espera de ti. —No quise interrumpir a papá para decirle que jamás entró en mis planes

formar parte de la institución de manera tan activa, pero no era el momento; eso podía jugar en mi contra—. De todos modos, ya retomaremos esa cuestión cuando acabes en Cardiff y regreses aquí. Todavía tenemos tres años por delante. Lo que queremos transmitirte tu madre y yo es que, a pesar de que no sea la rama de estudios que deseábamos para ti, hemos respetado tu decisión.

»La de Cardiff no es una universidad dispendiosa, no obstante, hay que asumir su coste y tú debes demostrar tu compromiso en algo que tú misma has querido. Así que solo te pedimos que te instales allí para estudiar. Sin distracciones. ¿Sabes a qué me refiero?

—Puedo intuirlo.

—Tu estancia en el curso pasado, en Llantwit Major, sin supervisión, ha generado una serie de consecuencias que han acabado con un vídeo desagradable contigo de protagonista, del que todavía andamos apagando fuegos y desconocemos hasta cuándo —me avergonzaba cuando sacaba el tema del video, sentía que ya estaba marcada de por vida—, pero no voy a tenerte encerrada hasta que eso suceda. Nadie sabe cuánto tiempo vas a ser de interés para toda esa gente, aunque tampoco vamos a cometer los errores del pasado; para eso están, para aprender de ellos.

—¿Y eso que implica? —Temía lo que fuera a decirme.

—Eso implica que no va a haber escándalo de ningún tipo, ningún titular con tu nombre y con el de ese chico o cualquier otro del que no sepamos nada con anterioridad. En el momento en que vuelvas a salir a hurtadillas y perderte en playas o en hoteles de pueblos, regresas aquí con todas las consecuencias —sentenció papá.

—¿Me estás diciendo que no puedo verlo? —pregunté incrédula.

—Te estoy diciendo lo que te estoy diciendo. Saca tus propias conclusiones. Estoy harto de esforzarme por defender la institución; tu hermana se está esforzando y sacrificando, todos aportamos algo. Y tú lo único que has hecho es dar el mayor escándalo que la Casa Real ha ofrecido en siglos de historia —me recordó una vez más.

Había quedado muy claro.

Me fui de nuevo a mi habitación para preparar mi maleta. Mis cosas permanecían en mi residencia de estudiante, pero ya que me

encontraba en casa, quería aprovechar para llevarme algunas pertenencias más.

Casa. Se me hacía cada vez más raro llamar así al que había sido mi único hogar durante tantos años, pero sentía que me alejaba, que ya no pertenecía a esas paredes y esas ventanas. Mi hogar estaba muy lejos de ahí.

Mamá irrumpió de nuevo en mi habitación. Era de esperar, teniendo en cuenta que en el despacho no había dado su aportación.

—Catalina, lo que ha dicho tu padre es muy serio. Espero que no cometas ninguna imprudencia —reiteró ella.

—Mamá… —Estaba cansada de escuchar el mismo discurso de vergüenza y decepción.

—Gabriela está superando una formación dura que la mantiene fuera de casa, incluso en otro continente, ¿crees que ella no tiene ganas de divertirse? Todos hemos hecho sacrificios para que la imagen de la institución salga adelante —dijo, cada vez con más solemnidad.

—Claro, tú dejaste de actuar. Precisamente por eso, porque sabes lo que es renunciar a una vida que te gusta, ¿no eres capaz de ponerte en mi lugar durante unos segundos? —Las lágrimas comenzaban a brotar en mis ojos.

—Cómo se nota que eres una niña mimada y una egoísta…

—Me he preguntado tantas veces cómo fuiste capaz de renunciar al teatro y a tu libertad por papá… Me dijiste que, cuando llegara el momento, cuando me enamorara, lo entendería. ¡¿Por qué no podéis entenderme a mí también?! —pregunté, alzando la voz.

—Te estoy hablando de responsabilidad. La responsabilidad siempre ha estado por delante. Por supuesto que me apenó desprenderme de mi otra vida, pero tu padre y yo siempre hicimos lo correcto, respetando las normas y a las personas a las que nos debemos. Y, desde luego, jamás ofrecimos ningún escándalo mediático. No lo olvides.

—Tal y como hablas, suena como si casarte con papá hubiese sido un negocio.

No lo vi venir. Mamá me dio un bofetón, pero me dolió más su falta de comprensión.

—No te atrevas a juzgarme. —Me señaló con su dedo acusador—. No dejas de ser una niña que acaba de despertar en el mundo. Cuando alguien toma decisiones, lo hace por una misma, pero también por los demás. ¿Te crees que eres la única que se ha enamorado?, ¿la única que sufre? No te das cuenta de todo lo que te queda por aprender, ¿verdad? Lo que te acaba de conceder tu padre es algo que yo no he vuelto a recuperar desde que llegué a formar parte de esta casa y que tu hermana no ha experimentado ni lo hará.

—Tú eres la reina y mi hermana es la heredera.

—Bien, pues tú eres la hija de la reina y la hermana de la heredera. —Dirigió su mirada a la maleta que había sobre mi cama —. Haz tus maletas y procura aprovechar la oportunidad que te ha dado tu padre sin hacer ninguna tontería.

∞∞∞

Llegué a Cardiff una lluviosa tarde de principios de octubre. Había podido llevarme casi todo lo que tenía en mi habitación de Madrid. No quería tener la necesidad de ir a buscar nada. Haría el menor número de viajes de visita posibles y, cuando fuera inevitable regresar, tendría la excusa de quedarme el mínimo tiempo posible bajo el mismo techo con mis padres.

Mi cuenta de Instagram había sido borrada, al igual que las cuentas de mis otras redes sociales. Mi teléfono estaba controlado y limitado por «seguridad». Recordaba el control al que Lexy se había visto sometida y ahora comprendía lo importante que era un gesto tan simple como acceder a Twitter para leer noticias o chatear con alguien cualquiera. No había vuelto a saber nada de Lan.

Esperaba que Lan me hubiese escrito, que hubiese saturado el teléfono de llamadas o incluso que hubiese dejado algún recado en la secretaría de la universidad o en el colegio mayor. Yo no hubiese podido contestarle, pero me hubiese tranquilizado un poco saber

que él estaba ahí, al otro lado de aquella barrera invisible e impuesta.

O tal vez era mejor así: no tener noticias de él y no torturarme por no poder corresponderle.

Dejé la maleta sobre la cama y descorrí las cortinas verdes que cubrían la ventana, con aquel fondo gris y triste, tan gris como me sentía yo en esos instantes.

Tenía por delante tres años para formarme en Historia y Arqueología. Después se decidiría mi futuro definitivo, según los planes de mis padres, colaborando con Gabi. A Gabi no la había visto durante esos tortuosos días, pero en las recriminaciones y comparaciones de mis padres, ella estuvo más presente que nunca; ella representaba el ejemplo y también lo que se esperaba de mí. Gabi no tenía la culpa, pero fui incapaz de ponerme al teléfono las dos únicas veces que intentó hablar conmigo antes de regresar a Cardiff.

Tarde o temprano, tendría que hacer frente a Gabi, a mis padres y al futuro que todavía no quería mirar de frente. Todavía no había llegado ese momento y sentía que había perdido para siempre las riendas de mi vida. Había perdido a Lan, nuestros sueños en Cowbridge y los recuerdos del London Eye.

—Se acabó —me dije en voz alta para convencerme de que así era y de que, cuanto antes lo asimilara, menos doloroso sería todo.

Tres años después…

29
Catalina

Después de todo, noviembre había llegado a Londres.

Salí de mi cafetería predilecta —cercana al Museo Británico—, enfundada en mi abrigo naranja y con la bufanda de rayas negras y blancas que mi compañera Lucy tejió en un intento desesperado de aficionarse a algo como el *crochet*.

El invierno anterior, durante el último curso en Cardiff, compaginé el semestre con las prácticas. Solicité como primera opción el Museo Británico, y quedaron tan satisfechos con mi proceso de aprendizaje que me habían presentado un contrato de trabajo como ayudante del conservador del museo, en el equipo de proyectos del Departamento de Antigüedades Griegas y Romanas, algo que se me daba genial y que disfrutaba en cada instante del día.

Pero el comienzo no resultó tan fácil. En junio me gradué, tal y como se esperaba de mí en casa, y debía regresar para comenzar —después del verano— la intensa formación protocolaria como mano derecha de la futura reina. Lo que nadie de mi familia sabía, cuando llegué a palacio, antes de trasladarnos a Mallorca, era que firmé mi contrato de incorporación para septiembre en el Museo Británico.

Estuve con Gabi y con Nico disfrutando del que sabía que sería mi último verano en Marivent, al menos tal y como lo conocía.

Incorporarme como miembro de la plantilla del museo implicaba no continuar con el plan de mis padres. Había tardado mucho tiempo en convencerme de que era mayor de edad, ahora también era autosuficiente. Me encontraba en un correcto uso de mis

facultades mentales y, durante tres años, cumplí con todas las restricciones para no afectar a ningún miembro de la casa real.

El incidente del video quedó en el olvido: el elemento de escándalo se retiró mediante un largo proceso legal de supresión y nadie podía difundirlo. El escándalo estaba callado. Respecto a las represalias contra Fernando, me era indiferente; él fue el menos afectado.

Ahora solo quería libertad y vivir mi vida de una forma completa para mí. Por desgracia, para mi familia, esa forma no encajaba con la suya y, aunque nunca saqué el valor hasta ahora para hacerlo, sentía que había llegado el momento de desvincularme.

Ese verano solicité formalmente audiencia con mi padre, mantuve mi entrevista con el rey Nicolás, le puse sobre la mesa un escrito —me informé con un abogado de Londres, no se trataba de un procedimiento cotidiano— en el que presentaba mi renuncia a los derechos dinásticos; también a mis privilegios y obligaciones como princesa.

—Catalina, ¿qué es esto? —preguntaba papá, mostrándome el escrito.

«No voy a dar ni un paso atrás», me dije a mí misma tratando de infundirme valor.

—Papá, solo estoy haciendo las cosas como deben hacerse, siguiendo el procedimiento.

—Esto no es tan sencillo. Hace falta presentar una Ley Orgánica, que lo aprueben las Cortes y que, finalmente, se anuncie en el BOE —me explicó de una forma que ya conocía, añadiendo una actitud tediosa a cada aspecto para que me resultara un camino imposible de atajar sin abandonarlo a mitad del proceso.

Lo que él no sabía era que llevaba tres años recorriendo, lentamente, ese camino.

—A efectos prácticos, podemos darlo por hecho. En septiembre empiezo un trabajo en Londres. Ya he firmado el contrato, están contentos conmigo y esperan mucho de mí. ¿De verdad no quieres que intente cumplir mi sueño? —pregunte, exponiéndole mis verdaderos planes y deseos.

—¿Y eso no lo puedes hacer sin renunciar a tu título? —me preguntó, en esa ocasión, con una actitud casi suplicante.

—Hace tres años, no me diste alternativa. Y en este tiempo me he dado cuenta de que, aunque cambiaran las cosas, ya no hay otra opción. Mi decisión está tomada.

—Lo perderás todo, piénsalo. Tus privilegios y tus derechos —insistió.

—Ganaré otras cosas, pero —miré a mi padre con cariño— espero no perder lo que de verdad es importante.

—Eso jamás. —Y en sus ojos pude ver una lágrima contenida.

El resto ya era un recuerdo de escenas dramáticas por parte de la abuela y un silencio prolongado en mi madre. Pero aceptaron mi decisión sabiendo que, independientemente de ser princesa o no, antes era hija y nieta.

Con Gabi fue con quien hablé más amplia e íntimamente.

—¿Lo haces por él? —preguntó con recelo.

—¿Lan? No he sabido nada de él en los últimos tres años. He procurado no estar al tanto de las noticias deportivas ni de la prensa sensacionalista. En realidad, he permanecido apartada de todo, primero por el alcance que tuvo el video y, una vez que se calmaron las aguas…, me acostumbré a no mirar más allá de mi zona de confort que era Cardiff. —Y lo dije con una sinceridad en la que antes no había reparado. Realmente fue así.

—Siempre pensé que te tendría a mi lado —concluyó Gabi.

Gabi cayó en la cuenta de que ya no éramos las mismas. Antes nos necesitábamos, nos apoyábamos porque permanecíamos recluidas más allá de las horas lectivas en los colegios, compartiendo siempre juego, habitación, confidencias. Todo. Pero cuando ambas comenzamos a ver mundo y a construir nuestras vidas sin la otra, fui la primera de las dos en darme cuenta de lo distintas que éramos, de lo poco que teníamos en común. El tiempo que nos necesitamos fuimos nuestro mejor apoyo, y ahora que nos habíamos hecho fuertes, debíamos dejarnos ir, liberarnos. Pero siempre seríamos hermanas, siempre nos uniría un hilo indestructible que nos conectaría.

∞∞∞

Desde el verano era un rumor, pero ahora era un hecho. Estaba anunciado en el Boletín Oficial del Estado. Tomé mis precauciones para no ser asaltada por periodistas y retomé mi vida normal en cuanto dejaron de rondar *paparazzis* por los alrededores del museo. En esa ocasión, no se levantó tanto revuelo: eran más interesantes los vídeos intensos que las medidas institucionales. Aunque parecía que pasó una eternidad desde que presentara mi petición, hacía unos escasos tres meses. Lo más importante era que me había reconciliado con mi familia y estaba haciendo mi vida por mi cuenta.

Quedé con Lexy para almorzar. A pesar de que compartíamos piso en su queridísimo Camden —no la hubiese imaginado viviendo en otro lugar—, por nuestros horarios era difícil tener un rato en casa para hablar. Lexy me acogió en su casa cuando regresé a Reino Unido en septiembre. Convivir con ella se volvió tan natural como cuando compartíamos habitación en el internado de Llantwit Major. Ese día —de ahí la urgencia de vernos para almorzar—, Lexy no podía esperar para enseñarme su nuevo catálogo de agendas, *blocks* y material de oficina con sus diseños florales. Había firmado un contrato con una importante marca de productos varios, que buscaban un *merchandising* que se diferenciara de la competencia creciente. *Flowers by Lex* era perfecto para ellos.

—*Cathy*, si esto sale bien, supondrá mi gran salto. Imagínate: *totebags*, camisetas, calcetines… Las láminas solo son la base de lo que está por llegar —me contaba entusiasmada.

—¿Y esto implica que debas dejar tu web? —pregunté, pensando en lo que le costó a Lexy crear esa emancipación artística.

—No, eso es lo mejor de todo. Yo continúo siendo una marca independiente, pero hago colaboraciones. De esta manera, llego a más público. Mi estilo de ilustración se encuentra en un gran escaparate y el coste que debo pagar es compartir los beneficios de esos productos.

Lexy estaba pletórica, sin embargo, si una se paraba a observarla, si se la conocía bien, se podía ver que la envolvía una coraza, pero

esa coraza tenía fisuras y se percibían cosas a través de sus grietas. El miedo que yo tenía era que cualquier día pudiera romperse, pero confiaba en que no. Lexy había vuelto a hablar con el profesor Dickinson. Probablemente quedaban para acostarse. Ella se sentía cómoda en esa posición de ser la segunda, la amante; lo prefería mil veces a la ausencia de contacto. Yo no le sacaba el tema, aunque ella sabía lo que pensaba de la infidelidad.

—Por cierto, ¿has visto últimamente las noticias deportivas? —preguntó Lexy y enseguida supe a dónde quería ir.

—Evito las noticias deportivas lo mismo que comprar libros de cierta editorial —respondí con un pequeño ataque.

—*Cathy*, fichó por el Arsenal —me contó, ignorando mi puya.

—¿Qué es Arsenal? ¿Una ciudad de los Emiratos Árabes?

Lexy puso los ojos en blanco.

—Te lo digo porque ya va siendo hora de que actives las noticias del móvil y te enteres de a quién tienes cerca, por si algún día te lo encuentras, no sé, ¿en el Museo Británico, por ejemplo? —dijo con ironía.

—Lex, no creo que él vaya al Museo Británico, antes visitaría otros lugares —dije con una falsa despreocupación, ya que por dentro me temblaba todo. Era el efecto que causaba en mí y por eso evitaba esas conversaciones.

—¿Por qué? —insistió ella.

Maldita y cabezota Lexy.

—Por la simple razón de que él no es de los que van a museos. La única vez que lo hizo fue conmigo y era para evitar estar rodeados de gente —recordé, mientras mi mente viajaba a la Sala 72 del Museo del Prado en Madrid.

Cuando llegué a casa y cerré la puerta, mientras me desprendía de la bufanda y el abrigo, pensaba en si era correcto escribirle y felicitarle o lo que fuera que debía hacerse con un traslado —no sabía si era deseado—, pero recordé que ya no tenía su teléfono y que hacía mucho tiempo que mi cuenta de Instagram fue eliminada.

En fin, a veces las cosas no sucedían y los contactos no se retomaban porque no debía ser así.

30
Lancine

Mi traspaso al Arsenal fue inesperado. Mi permanencia con el Real Madrid no estaba decidida, de hecho, ese año me iban a ofrecer un contrato más duradero. Pero los ingleses negociaron con Gaspar y le ofrecieron una oferta muy suculenta, aunque con una permanencia de dos años que después se podría volver a negociar. Eso último fue lo que me gustó, no quería verme obligado a permanecer en un sitio mucho tiempo. Y el motivo de esa necesidad de desarraigo y compromiso limitado eran esos últimos tres años de confusión que había vivido en Madrid.

Tras irrumpir en el palacio y con el ultimátum del padre de Catalina —tres años atrás—, tuve claro lo que quería para ella. Si pensaba en mí, la hubiese condenado a una infelicidad permanente: no hubiese podido estudiar en Cardiff como quería y hubiese tenido que estar en constante vigilancia. Estaba seguro.

En esos tres años, intenté pasar página. No resultó muy difícil pasar la primera etapa de acoso periodístico, solo dejé de encender la televisión durante un tiempo, bloqueé mis redes sociales y me dediqué a salir de mi apartamento al campo y del campo a mi apartamento. En cuanto se supo que entre Catalina y yo no había nada para contar, se centraron en buscarme novias eventuales. Continué entrenando, saliendo de vez en cuando, me enrollaba con chicas de forma esporádica y sin implicarme. Y, desde luego, con Nadia no repetí, a pesar de la insistencia de ella; creo que le podía más el morbo de conocer de primera mano mi historia con la princesa que retomar algo conmigo. Pasé muchas noches

llenándome de alcohol y sexo; mi conducta llegó a afectar en los entrenamientos y en algún que otro partido. El míster me tuvo que llamar la atención.

Quien me conocía, sabía que algo no funcionaba bien. Moncho y los demás compañeros intentaban levantarme los ánimos, pero al final se acabaron acostumbrando a esa nueva versión taciturna de Lancine. En mi casa también eran conscientes de ese letargo que arrastraba conmigo, pero nadie mencionaba el motivo, el que todos conocían; mi reacción podía ser huraña y podía volverme intratable.

Convencí a mi padre para que dejara de trabajar en la tienda y se ocupara de mis asuntos con Gaspar. Le di un papel importante en la gestión del polideportivo, que funcionaba tal y como yo quería. Era el único aspecto de mi vida del que me sentía orgulloso —mi proyecto del polideportivo—, y aun así no me completaba.

Pero al final remonté, volví a dar el cien por cien en el campo y a aparentar que todo marchaba genial. Cuando acepté la propuesta del Arsenal —a pesar de que intentaron convencerme para que me quedara donde estaba, mejorando además la oferta—, vi ante mí una nueva ilusión y un cambio muy necesario. Alquilé una vivienda adosada en la zona de Highgate para vivir cerca del campo de entrenamiento. Al mes de instalarme en Londres, busqué lo que pensaba que me haría sentirme bien otra vez: adquirí una granja en Cowbridge para pasar mis días libres. Sinceramente, no me interesaba socializar en Londres ni conocer a más gente.

En una ocasión, dije que Cowbridge era un buen lugar para sanear y comenzar de nuevo. Era el lugar donde soñar. Y yo solo tenía ganas de soñar. Cuando mi familia o algún amigo venían de visita, esperando que le mostrara Londres y sus posibilidades, yo los llevaba a ese pequeño pueblo para enseñarles mis progresos como dirigente de una granja de vacas, gallinas y ovejas —por suerte para los animales, trabajaban granjeros de verdad, quienes estaban a mi cargo—. Todo lo confundido que estuve en Madrid se borró en cuanto pisé por primera vez mi pequeño rincón de sueños. Y así quise continuar, sin pensar en nada más. Mi ventaja era que en Reino Unido tenía fama deportiva, pero nadie me relacionaba con Catalina y con el escándalo que protagonizamos. En Londres, mis

compañeros no me conocían por mi historial sentimental, pero sabían qué acontecimientos deportivos me elevaron hasta llegar a donde estaba.

Me gustaba ese cambio. ¿Para qué remover nada, si ni siquiera ella volvió a dar señales de vida? Seguramente Catalina ya se habría incorporado a sus obligaciones en la Casa Real y la estaban formando para ello. Aunque en las últimas semanas también escuché rumores de una renuncia, algo que me resultaba poco creíble.

Sin embargo, esa delicada tela de paz que un día me tejí, se rasgó. Recibí un mensaje de mi madre, en el que puso un enlace a una página web. Ella no solía hacer esas cosas, así que sentí curiosidad y pinché esas letras azules. El mensaje me llevó a una publicación del BOE. Lo que pensaba que eran especulaciones sin fundamento, era oficial. Pensé que no daría el paso, la subestimé.

Y a raíz de aquella noticia que me había hecho llegar la persona que menos me hubiese imaginado —mi escéptica y realista madre—, volví a pensar en Catalina y en que ya no tendría por qué ser tan inalcanzable. Ya no había restricciones, ¿no?

Pero también pensé en los tres años que nos separaban. Yo ya no era el mismo y, probablemente, ella tampoco. Quizás Catalina había encontrado a alguien y había rehecho su vida. Tal vez ya no había ningún sentimiento hacia mí, solo un bonito recuerdo empañado por los últimos acontecimientos que nos separaron.

Por primera vez en mucho tiempo, me dediqué a navegar en Internet y busqué noticias con palabras clave para rastrearla. Lo último que se escribió sobre ella, después del que seguro fue un sonado anuncio de la renuncia dinástica en España, era:

> La tranquila vida que lleva Catalina de Moncada desde que ha renunciado a sus títulos reales: la ya antigua princesa y ciudadana sin distinciones disfruta de su visado de trabajo en Londres, donde ejerce un puesto en el Museo Británico.

Con eso ya tenía suficiente información.

∞∞∞

Fui al Museo Británico, me senté en las escalinatas de ese edificio que parecía un templo griego y permanecí fuera un buen rato. Podría entrar y preguntar en la recepción, pero mi inglés era malísimo y no quería hacer el ridículo; también podía comprar una entrada y pasearme por el museo hasta encontrarla, pero —en cuanto vi el edificio desde fuera— supe que sería buscar una aguja en un pajar. Era inmenso.

La gente entraba y salía. Había grupos de estudiantes en las escaleras, turistas haciendo fotos y mucho movimiento en general, pero ni rastro de Catalina. Cuando comenzó a descender el tránsito de gente, casi a la hora del cierre, escuché una voz familiar —a pesar de que hablara en inglés británico— pasar por mi lado y supe que era ella, aunque su cabello se había oscurecido un poco y lo llevaba con un corte algo más desenfadado. Ella caminaba hablando animadamente con el típico inglés alto y rubio, los dos con sus abrigos elegantes y ella aferrada al brazo de él. Parecía que hubiese cierta complicidad, pero no había llegado hasta allí y esperado dos horas para verla marcharse con otro tío.

—¡Cata! —grité.

Ella se giró sonriendo, todavía inmersa en el diálogo de su acompañante. Conforme me vio, su sonrisa cambió a un gesto de sorpresa y también noté algo de incomodidad. Catalina se soltó del brazo del rubio inglés, que me miraba por encima del hombro. Él, con su abrigo de *lord* británico, su bufanda anudada al cuello y sus pantalones de pana marrones, y yo con mis deportivas llamativas y mi habitual abrigo acolchado de relleno de pluma. Él parecía salido del Palacio de Buckingham y yo del túnel de los *graffitis*. Tal vez ese era el príncipe que ella ahora necesitaba.

—¿Lancine? ¿Qué haces aquí? —Se acercó a mí.

Que me llamara por mi nombre completo, como un antiguo conocido, me rompió. Yo me levanté del escalón y fui a darle un abrazo. Ella respondió un poco fría y distante.

—He sabido que trabajas aquí y, no te lo vas a creer, me han fichado en otro equipo. Llevo unas semanas instalado en Londres; bueno, ando entre Londres y Cowbridge.

—Cowbridge… —dijo en voz baja.

Y ahí volví a ver una pequeña conexión con la antigua Cata, con *mi* Cata. Seguro que le vinieron a la mente una tira de recuerdos de todo lo que pasamos allí, estaba seguro de ello.

—*Catherine. What are you going to do? Are you coming?*[4] —nos interrumpió el capullo inglés.

—*Better go, Hugh. We'll talk tomorrow*[5] —le contestó ella.

Sonaba a que lo había despachado, quedó claro en cuanto ese tío se largó y nos quedamos los dos solos. El problema era que no tenía plan para lo que iba a hacer a continuación.

—Lancine, cuánto tiempo —rompió ella el silencio.

—Por favor, llámame Lan, como siempre. —Miré cómo se marchaba el acompañante de Cata—. Espero no haber interrumpido si tenías algún plan, no quiero ser un aguafiestas.

Ella se giró y volvió a mirarme.

—¿Te refieres a Hugh? Es mi compañero de trabajo. Iba a acompañarme al metro.

—Si quieres, puedo acompañarte yo… —propuse, tanteando su reacción.

—Claro, aunque no sé si se corresponde con el tuyo —dijo despreocupada.

No la reconocía. Veía en ella una Catalina más madura, aparentemente más segura de sí misma, sabiendo lo que tenía que decir sin importarle si podía molestar o no. Tomaba el metro y parecía que se movía por la ciudad como una londinense más.

—Podemos tomar algo, si quieres… —pregunté sin formular una pregunta en sí, demostrando todo lo contrario a ella: inseguridad y miedo.

—Lo siento, Lancine…

—Lan. Para ti, Lan.

—Lo siento, Lan, pero mañana debo estar en el museo a primera hora —miraba a diferentes direcciones, jugueteando con las manos

dentro de los bolsillos de su abrigo— y estos días hay mucho trabajo. Necesito descansar, me incorporé hace poco y…

—Lo entiendo, Cata, no quiero trastocarte nada —interrumpí.

—No es eso, es que… No esperaba… —Ella evitaba mirarme a los ojos. Me daba la sensación de que no le había gustado mi visita sorpresa.

Pensé que era el momento de marcharme, la situación se empezaba a volver un poco bochornosa para mí. Me quemaban los pies de estar ahí quieto, esperando a que me rematara con su rechazo.

—Tranquila, si no puedes, lo entiendo. —Cata ahora me miraba mientras se mordía el labio. Maldito labio—. En otra ocasión será.

Empecé a hacer el amago de irme, con toda la dignidad posible con la que se podía contar en esos casos. Y ella me frenó con su voz, sonando como una pequeña chispa de esperanza.

—Espera. Hoy no, pero mañana podríamos cenar, si te apetece. Mañana no tengo prisa y debo decir que siento curiosidad por saber cómo te va todo. —Sonrió.

Eso sí que me sorprendió.

—Cla… Claro que puedo. Acabaré el entrenamiento a la misma hora que hoy y el sábado lo tengo libre.

—Bien. Como eres nuevo aquí, permíteme que organice yo la velada. —Sacó su teléfono móvil de su bolso—. Dime tu número y mañana te mando ubicación del restaurante y hora.

—¿No tienes mi número? ¿En serio?

Aquello era una sorpresa tras otra.

—Y tú, ¿no tienes el mío?

—Parece ser que el nuevo no…

Me quedé mirándola fijamente. Tenía que contarme muchas cosas.

—El número —repitió.

—Ah, sí. Apunta.

∞∞∞

Me había mandado la ubicación y la hora para cenar. Nos veríamos en Baronys y, por lo que pude ver, ese restaurante estaba en Camden, no muy lejos de mi zona. Aunque si algo había aprendido era que las distancias no eran las mismas en un mapa que en la realidad; y la realidad era que Londres era enorme. Aun así, me las arreglé para llegar a la cita puntual. Me había tomado muy en serio qué ropa ponerme y estuve ensayando cómo iba a saludarla, tanto como si llegaba yo antes y la esperaba como si era ella la que me recibía en el lugar.

De pronto, todo me parecía difícil. Sentía náuseas, como cuando me cité en el parque de detrás de mi casa de San Blas para enrollarme con mi primera novia.

Cuando llegué al lugar de la cita, a pesar de que me había esforzado por ser el primero, ella ya estaba ahí. La vi en la barra de la entrada, con un recogido informal —desordenado, aunque perfecto— que le retiraba una parte de su cabello, un vestido de minifalda negro con mangas largas y escote redondo, medias tupidas y botines negros. Ella se encontraba ajena a mí, leyendo algo en su móvil y dando un sorbo a una copa de lo que parecía un vino blanco.

«Al menos», pensé mirándome antes de entrar, «he acertado con mi ropa y no voy a desentonar». Debajo de mi abrigo —yo también sabía lucir abrigo de pijo— llevaba pantalones de pinza y un suéter ligeramente ceñido.

Accedí al restaurante y me acerqué a la barra. Ella llevaba sombra de ojos oscura y pintalabios rojo; no era normal en ella, Catalina no solía maquillarse. La antigua Catalina no, desde luego. Algo me decía que iba a descubrir a una mujer muy diferente.

—Hola —saludé y le di dos besos torpemente. No era el saludo que había ensayado.

—Llegas puntual —sonrió—, vamos a avisar de que ya estamos.

A pesar de mi tensión inicial —esperaba no lo hubiese notado—, la cena fluyó. El vino también fluyó, lo cual ayudó bastante. Conversamos de cosas que sabíamos que no nos iban a incomodar: ella me preguntó por Seydou y yo hice lo propio con sus hermanos,

interesándome por Gabriela, aunque no me dio la sensación de que la relación entre ellas fuese tan estrecha como antes.

Después de dos copas y antes de que llegara el postre, reuní el valor para preguntarle por esos tres años en blanco para mí. Ella me habló de sus estudios en Cardiff y de cómo terminó haciendo prácticas en el Museo Británico, lo que le permitió quedarse y tener un plan B para cuando solicitara formalmente su renuncia dinástica. Le pregunté también por eso y ella me lo explicó todo sin tapujos. Había llevado una vida de control y restricciones durante ese tiempo, un tiempo que me describió como gris, pero que ahora estaba empezando a vivir de verdad. Me contó cómo había acabado viviendo con Lexy y el apoyo que se brindaban mutuamente.

Me daba vergüenza decirle que, en todo ese tiempo, yo había salido de fiesta, había jugado al fútbol, me había excedido y que lo único que hice por ella era estar a punto de echar mi carrera a perder. Pero me limité a contarle que estuve haciendo lo de siempre y que, con el fichaje en el Arsenal, veía una oportunidad de vivir lejos de mi zona segura.

—¿Y el gran Lancine Yassa no ha tenido novias mediáticas? No me lo creo. ¿Tan escarmentado acabaste? —me dijo.

Sabía que estaba tanteando el terreno. Reí.

—Obviamente no he estado a dos velas, pero no he tenido nada que se le pueda llamar serio. ¿Y tú? Tampoco creo que te hayas dedicado solamente a estudiar.

—No —sonrió y me citó—, obviamente tampoco he estado a dos velas. El primer año en la facultad fue horrible, pero en el segundo año estuve saliendo con un chico durante unos meses. Y en el tercer año también estuve con alguien, sin embargo, las prácticas en Londres enfriaron todo. No han sido relaciones sólidas, aunque me ayudaron mucho —dijo, y al mismo tiempo se le nublaron los ojos.

—¿Y el del museo? El tío rubio con el que ibas ayer. —Yo también necesitaba tantear el terreno.

—¿Hugh? —Cata se rio escandalosamente dando una palmada, mientras daba cuenta de su sorbete de postre—. Hugh es más *gay* que Elton John, solo que tiene mejor gusto para vestir.

—Vaya, me alegro.

—¿De que tenga buen gusto para vestir o de que sea *gay*? —preguntó ella de una forma muy tentadora.

Acabamos de cenar y fuimos paseando hasta una sala de conciertos de la que no recuerdo su nombre, solo que era el lugar predilecto de Cata y Lexy. Esa noche tocaba un grupo de *pop-rock* tributo de U2 y Cata me propuso tomar una última copa allí. A mí me daba igual quién tocara, solo quería pasar más tiempo con ella y conocer a esa nueva versión de Catalina; más despreocupada, menos comedida, más franca. Todavía se podía palpar el dolor en sus palabras y tal vez ese dolor la había vuelto más rígida y distante. Pero ella, la Catalina cálida, inocente y soñadora, seguía ahí.

Estuvimos navegando entre un mar de cuerpos que se movían, bailaban y reían al ritmo de una fiel versión de *Beautiful Day*, hasta que encontramos un lugar menos abarrotado. Nos apoyamos en una mesa alta, pedimos unas copas y escuchamos la música. Catalina estaba de pie, delante de mí, observando al grupo mientras balanceaba su cuerpo al ritmo de la mítica canción. Cuando el camarero trajo nuestras bebidas, ella dio un largo trago a su red Bitter, cerrando los ojos, disfrutándola. Yo notaba cómo su esbelto cuello se encogía y distendía, mientras el líquido bajaba por su faringe. Me quedé embobado. Ella dejó el refresco en nuestra mesa alta, sonriéndome, y volvió la vista de nuevo a la dirección en la que se encontraba el escenario.

Y Catalina comenzó a bailar al son de un nuevo tema que comenzó a sonar, *With Or Without You*. Aquella música la envolvía y parecía que la mantenía ajena al resto de la gente que la rodeaba. Nunca la había visto tan libre y desinhibida. Me encantó ver ese lado de ella inexplorado.

Cata bailaba. Tal vez ni siquiera era consciente de lo sensuales que estaban siendo sus movimientos, aunque no supe qué pensar cuando giró su cara para asegurarse de que la estaba mirando y, sin darle más importancia a mi presencia, continuó danzando. Recordé el día en que nos conocimos de verdad, el día de su cumpleaños, cuando se desmoronó ante mí después de lo que sucedió con el marquesito. Estaba frágil y asustada, pero ella ya no era así.

Mi dedo índice fue directo a acariciar la línea de su espalda, ese camino que formaba la fila de vértebras alineadas y que, en el cuerpo de ella, parecía una carretera que iba directa hasta el cielo o hacia el peor de los tormentos, según se mirara. Mi dedo descendió desde el centro de sus omóplatos hasta el final, donde la tela del vestido comenzaba a cubrir el resto de esa preciosa espalda. Catalina se tensó, y yo la tomé de la cintura con mis dos manos para atraerla hacia mí, haciendo que se girara y me mirara. No sabía qué decirle, ella me miraba intensamente.

Me tomó de la tela de mi suéter para acortar la distancia. Nos besamos a la vez, con ansia, como si necesitáramos esa parte de cada uno para seguir respirando. Catalina apretó su cuerpo contra el mío y yo volví a sentir ese fuego que hacía tiempo no me quemaba de esa manera. Ella lo notó. Éramos ajenos a la gente del local, pero la necesidad —y, finalmente, el pudor— pudo más.

—Vamos a mi casa, está aquí al lado —me propuso Catalina, apremiándome.

No me hizo falta decir nada.

No exageraba. A pesar de ser Londres, cuando dijo que vivía cerca, era así. Subir las escaleras de su apartamento se convirtió en el juego preliminar más tortuoso de la historia. Cada rellano era un nivel más de ebullición. Llegamos a su puerta, abriéndola torpemente, entró y yo cerré detrás de ella solo para abalanzarme y desprenderla del abrigo y de aquel vestido que tan difícil me lo había puesto durante la noche. Ella, con lencería de encaje también negra, era la confirmación de que ya no quedaba nada de la inocente e ingenua Catalina. Pero seguía deseando descubrir esa versión de ella. Lo único que quería hacer era que esa noche gritara mi nombre hasta que se quedara sin fuerzas.

Pero era Catalina quien marcaba el ritmo. Eso también me gustó. Ella me tumbó sobre su cama y se puso a horcajadas sobre mí para desprenderme de todo lo que llevaba. La dejé hacer, pero hubo un momento en el que quise tomar un poco el control. Ella llevaba controlando desde que nos vimos en la escalera del museo la tarde anterior. Quise recordarle por qué no había encontrado a otra persona que la hiciera vibrar. No era un engreído, sabía que a ella le

sucedía lo mismo que a mí, solamente había que despertar lo que dormía. Y despertó a base de besos recorriendo su cuerpo, saboreando cada centímetro hasta que ella me pidió que acabáramos con aquella tortura. Fue increíble, mejor que nunca. Cuando los dos llegamos al orgasmo, ninguno dijo nada. Permanecimos dormidos, enroscados, tal y como habíamos terminado.

∞∞∞

Tal vez se debiera a la suma de la tensión que soporté las horas previas a nuestra cita y durante esta, a la tarde de duro entrenamiento y a la culminación de la noche, la cuestión era que mi cuerpo sucumbió al sueño. Cuando me despertó la claridad y unos ruidos del exterior de la habitación, me percaté de que estaba solo en la cama de Catalina.

Me vestí, pensando que ella estaría fuera, pero no era Cata la de los ruidos.

—¡Lancine, *good morning*[6]! No esperaba encontrarte aquí. Sabía que *Cathy* estaba acompañada, pero… —me dijo, con su torpe y simpático español, nada más ni nada menos, Lexy.

—Hola, Lexy. —Le di un abrazo. Lo último que supe de ella fue la decisión de abandonar la casa de sus padres y que Cata la visitaba a menudo cuando se instaló en Camden—. Me alegro mucho de volver a verte. Se te ve muy bien. ¿Dices que no esperabas encontrarme a mí? ¿Suele haber mucho desfile de hombres por aquí? —Había sentido una punzada de celos cuando hizo el comentario.

—Ah, no. Menos del que debería, créeme.

Se abrió la puerta y entró Cata, con un moño mal hecho y un jersey extremadamente ancho y *leggins* bajo el abrigo.

—*Cathy*, ¿qué modales son esos? Has dejado al pobre Lancine solo, estaba aterrorizado.

Sonreí ante la exageración de Lexy.

—Alguien tiene que madrugar e ir al mercado si queremos tener fruta y verdura fresca en la nevera —dijo Cata, depositando unas bolsas de tela, llenas de productos verdes que sobresalían, en la mesa de la cocina. Luego me miró—. ¿Quieres un café? He hecho esta mañana, sírvete y come algo antes de irte.

Guau. Aquella indirecta tan directa no me la esperaba. Catalina no pretendía que me quedara más tiempo ni que pasáramos el sábado juntos, me lo acababa de dejar bien claro. Y por la expresión de incomodidad de Lexy, no había sido una impresión personal.

No obstante, dejé un margen de tiempo por si accedía a sentarse conmigo; incluso dar un paseo hasta la boca del metro que debía tomar. Me preparé un café cargado y pude detenerme para contemplar el apartamento, la nueva vida de Catalina. Era una cocina, comedor y salón, lleno de muebles viejos pero funcionales. Cada cosa estaba en su sitio por un motivo, no era un desorden; tal vez una organización caótica, pero para ellas tendría su sentido.

Había mucho color en las mantas del sofá, en la alfombra, en los platos del escurridor, en los imanes de la nevera. Las paredes estaban llenas de fotos —la mayoría pegadas con chicle— de Cata y Lexy mostrando su nueva vida juntas, sus amistades, su plan de un sábado noche o su espontaneidad, una durmiendo, otra riendo descaradamente y cosas así. Cata había sobrevivido por sí sola a todo lo que la sobrepasaba y había construido una nueva parte de su vida sin ayuda, tal y como se entendería la ayuda cuando alguien quiere emanciparse.

Cata me interrumpió.

—Lanci… Lan. —Se corrigió cerrando los ojos, mientras sacudía la cabeza—. Yo me marcho, he quedado con unos compañeros del museo para un *brunch*. Pero quédate el tiempo que necesites. Dúchate, si te apetece. Lexy está aquí…

Me levanté de golpe, dando un trago largo al café y dejando la taza en el fregadero abarrotado.

—Tranquila, yo también me voy. Te acompaño.

Creo que eso no era lo que ella quería escuchar, pero necesitaba hablar con Catalina, lejos de los oídos de Lexy, para que me dijera

qué narices le pasaba ahora, a qué venía esa frialdad cuando la noche anterior nos lo habíamos dado todo.

Estábamos bajando el último tramo de escaleras cuando alcancé a Cata y le sujeté el brazo para que frenara un momento.

—¿Sucede algo? —le pregunté.

—No, ¿qué tendría que pasar? —No se lo creía ni ella.

Salimos a la calle, tal vez así se sintiera menos amenazada.

—No sé, Cata. Ayer estuviste tan increíble conmigo, se me removieron un montón de cosas y creo que no fui el único. Pero esta mañana… ¿Qué quieres que te diga, Cata? Me he sentido como un gilipollas delante de tu amiga, como si fuese un moscón que no puedes quitarte de encima.

Catalina se paró y me miró. Iba hecha un desastre, con su pelo mal recogido y la bufanda colocada de cualquier manera, como si la personalidad de anoche y la de ahora no fuesen la misma.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que cojamos una cesta y un mantel de cuadros y nos vayamos a desayunar a Hyde Park? No puedes aparecer de repente y pensar que voy a paralizar todo mi mundo por ti —dijo muy severa.

—No pretendo que cambies nada por mí. Solo espero que me incluyas en ese mundo, igual que hace unos años…

—Pero es que no soy la misma de hace unos años. —Bajó la mirada y, cuando volvió a mirarme, pude ver esas lágrimas que no habían querido salir antes—. Hace tres años, necesitaba un héroe que irrumpiera en mi prisión de oro y me llevara con él. Ahora ya no. Ya me salvé.

—Si te refieres a que no te busqué, no es cierto. Fui a tu casa cuando estuviste recluida en Madrid por todo el jaleo de lo del vídeo. —Ella me miró sorprendida—. Sí, los gorilas de tu padre me llevaron a un cuartucho y allí se me dejó bien claro el coste que supondría para ti si yo te buscaba.

—Aun así, me quedé sola. Si hubiese sabido… si me hubieses mandado una señal para que supiera que estarías ahí, esperándome, no sabes la esperanza que habría sentido. Pero ahora, ¿qué más da…? —me dijo con pena, como si todo estuviese perdido.

—¡Nooo! —Algunos transeúntes me miraron y supe que debía bajar el tono de voz—. No es así. Te escribí, pero dejaste de existir en todas las redes sociales. No me acerqué a la universidad porque sabía lo que había sucedido en el palacio y no quería implicarte en más escándalos.

—Me resetearon el teléfono, Lan. No pude recuperar ningún contacto. Fue una suerte volver a dar con Lexy gracias a su web de ilustraciones. Solo esperaba que tú hubieses podido encontrar el modo de… —Cerró los ojos para ahogar las lágrimas que comenzaban a brotar de nuevo—. ¿Cómo quieres que entienda que tu forma de lamentarte por lo que nos estaba sucediendo era corriéndote juergas y buscando la compañía de mujeres distintas cada noche? ¿Por qué ahora tendría que ser distinto? —Reconozco que hubo un silencio demasiado largo, en el que no supe qué contestar y que ella aprovechó para confirmar lo gilipollas que fui—. Esta noche no ha sido tan distinta a tantas otras que has tenido. Lo hemos pasado bien, hemos recordado viejos tiempos y ahora puedes irte tranquilo a tu casa, sabiendo que no debes sentirte culpable por mí. Porque estoy genial.

Cata dio media vuelta para marcharse y la cogí del brazo. La acerqué a mí y me incliné a su altura, lo suficiente para notar su respiración temblorosa en mi cara.

—No estoy buscando que me perdones porque yo no hice nada malo. Yo te quería y te hubiese llevado conmigo —acerqué mi frente a la suya—, pero eso hubiese implicado hacerte elegir entre tu familia o yo, tus sueños o los míos. Jamás te haría escoger.

Le acaricié el rostro, y me acerqué un poco más a ella. Ya casi notaba sus labios, pero ella se zafó de mí.

—Mira, Lan, da igual. —Hizo el gesto de frenar cualquier acercamiento con sus manos—. No sé a qué has venido, pero si pretendes retomar lo nuestro donde lo dejamos, estás perdiendo el tiempo.

—Dime que anoche no sentiste lo mismo que yo, que no recordaste todos esos momentos únicos que vivimos. Dime que no significó nada y que has olvidado lo nuestro.

Cata dio un paso atrás.

—No va a funcionar, Lan, ha pasado mucho tiempo y muchas cosas. No se puede recomponer algo que se rompió.

—Pero ¿quién ha dicho que se rompió? —pregunté, desesperado, y cogiéndola de los hombros. Necesitaba acercarla a mí una vez más.

—Por favor —se desprendió de mí y se enjugó las lágrimas—, me ha costado mucho llegar hasta aquí. Me siento segura. No me quites eso, no podría volver a soportarlo otra vez.

—Cata…

—Déjame, por favor. Llego tarde.

Se marchó, vi cómo se iba alejando hasta perderse entre los viandantes. Yo no quise seguirla. Me parecía absurdo, ella no estaba receptiva. Tal vez en otro momento. O en otro lugar.

A pesar de todo, aunque Catalina hubiese levantado una barrera entre nosotros, yo había podido ver a través de aquel muro de rencor y falsa indiferencia. Me había colado la noche anterior y había comprobado que lo nuestro seguía intacto. La electricidad seguía ahí, y no podía entender que ella no la hubiese sentido. Estar con Cata había sido un viaje de regreso tres años atrás, solo que ahora no había que esconderse de nada ni de nadie.

Por eso iba a jugármelo todo a un solo viaje. El último que me quedaba.

31
Catalina

Quise ponerme a prueba aceptando una cita con él. Si no lo hacía, su imagen me iba a martillear la cabeza a todas horas.

Necesitaba cerrar aquel capítulo de mi vida, pero no conté con que mi debilidad iba a ser tan incontrolable.

La noche que quedamos para cenar en el Baronys, al principio todo iba bien; escuché cosas que ya sabía y que corroboraban que él había seguido con su vida a pesar de todo. Aquello dolió, pero aguanté el tipo.

Lan estaba irresistible, pero yo mantenía un control sobre mí misma y pensaba que —si continuaba así— superaría la noche. Una última copa, dos besos y cada uno a su casa. Ya no tendría una excusa para volver a buscarme y, si lo hacía, yo podría excusarme en que ya nos habíamos puesto al día.

Esa última copa decidí que la tomáramos en el KOKO, estaba muy cerca de casa. Si la cosa se ponía fea, podría marcharme. Era un lugar que frecuentaba con Lexy y con nuestro grupo de amigos. En definitiva, una zona en la que me sentía segura. Pero todo se tornó del revés. Aquel último trago, y la música sonando e invadiendo mi cuerpo, fueron los que terminaron de disolver mi coraza invisible. Me quedé sin defensas, libre de sentir sin restricciones. No pude evitar mirarlo y notar esa atracción.

Cuando recorrió mi espalda con su dedo, la electricidad que atravesaba mis vértebras paralizó mis pensamientos racionales, tomando posesión de mi sistema nervioso. Me lancé hacia él. Mi

cerebro solo buscaba sus labios y su cuerpo. Y, cuando lo besé, algo en mí estalló y se liberó. Me sentí más viva que nunca.

Lo que sucedió después fue la consecuencia de mi pérdida de control. Juro por Dios que disfruté cada caricia, cada sensación y cada contacto fulminante. Pero cuando él se durmió, mi habitación se sumió en un silencio que solamente rompía la respiración relajada de Lan. Era una tortura para mi mente confundida, y no pude pegar ojo en toda la noche. Lo miraba y veía al Lan de hacía tres años, el mismo que contemplaba durmiendo en nuestras tardes de hotel en Cowbridge. Pero ese Lan ya no existía.

Después de que se presentara en la puerta del museo por sorpresa, lo primero que hice al llegar a casa fue investigar el vacío que tenía de él de esos años: escarceos con modelos, fiestas desenfrenadas y demás. Tal vez más exagerado de lo que era, la prensa hacía eso, pero me dio a entender que no se había preocupado en saber qué había sido de mí.

Y volviendo a esa misma madrugada del sábado. A pesar de que observaba a *mi* Lan, el que reconocía, durmiendo plácidamente, esas noticias sensacionalistas venían a mi encuentro, y el vídeo viral que destrozó mi vida y mis meses de soledad en Cardiff hasta que remonté…

Cuando la duda y la angustia me embargaban, necesitaba estar activa. Me levanté temprano y puse la cafetera, me vestí con lo primero que vi y preparé las bolsas de tela para la compra. Lexy me interceptó y solo le dije que tenía compañía, ella me mostró una sonrisa pícara y me despedí. Apuré todo lo que pude en el mercado y lo último que esperaba era que Lan todavía estuviera en casa. Deseaba que fuese el Lancine Yassa de los titulares de Internet, que hubiese disfrutado de una noche conmigo y se hubiese largado para que yo no lo invitara a pasar el sábado conmigo, pero me encontré con todo lo contrario.

¿Qué quería de mí? No podía retomar lo nuestro cuando el tiempo había hecho que nos separara un abismo, por eso fui tan borde con él, pero no contaba con que no se diese por vencido. Y al final tuvo que suceder en medio de la calle: mi mensaje había sido claro, a pesar de que mi corazón volvía a estar roto.

¿Por qué los recuerdos dolían tanto?

Estuve a punto de desmoronarme cuando Lan me dijo que estuvo en el palacio, cuando me mantuvieron apartada de todo. Nunca llegué a saber que él fue allí a buscarme, hasta que el propio Lan me lo contó tres malditos años después. Y sé que lo hubiese elegido a él, sin duda, aunque también llevaba razón en que hacerme escoger nos habría destruido.

Por suerte, me mantuve firme como una roca, a pesar de que me delataron algunas lágrimas. Me marché y no miré atrás. No regresé a casa hasta bien entrada la tarde.

Cuando entré por la puerta, Lexy tenía mucho que opinar.

—Eres tonta, *Cathy*, has desperdiciado una ocasión preciosa para retomar lo vuestro.

—Por favor, Lexy, no sigas por ahí.

—Es que no te entiendo…

—No todos queremos permitirnos el riesgo de acabar destrozados. Tú has decidido jugar a los amantes con tu profesor. ¿Te recuerdo cómo acabaste hace unos años? —Lo que dije sonaba cruel, pero mi mayor temor era que Lexy no pudiera volver a soportar otro desengaño.

—Al menos yo tengo el corazón vivo.

Y se fue dando un portazo.

Me sentí fatal y todo esto había comenzado por mi cita con Lan, lo que me convenció —una vez más— de que eso no podía traer nada bueno.

Cómo lo odié en aquel momento. Odié a Lan por irrumpir en mi vida de esa manera tan inesperada. Odié a mi familia por ocultarme algo que lo habría cambiado todo. Y me odié a mí misma por proyectar toda esa rabia y frustración en mi amiga.

Pero ¿de qué servía tanto odio? Ya no tenía sentido.

∞∞∞

Lexy regresó bien entrada la noche, borracha y llorando. Fue directa al váter y yo la seguí en su ayuda, la acompañé mientras vomitaba

todo alcohol y muchas promesas rotas.

—Si pensabas tomar unas copas, podría haberme avisado —le dije.

—Vete a la mierda, *Cathy.* —Sonrió y suspiró. Ya lo había vomitado todo.

Pasamos el domingo haciendo sesión ñoña, es decir, tomando leche con bollitos y viendo *Notting Hill*, *Cuatro bodas y un funeral*; también nos dio tiempo para *Orgullo y prejuicio*. Antes de quedarnos dormidas en el sofá, Lexy me susurró «Gracias».

—¿«Gracias» por qué? —pregunté.

—Por ayudarme a soltar. No voy a volver a verlo.

—Me alegro, Lex. Te mereces mucho más que ser la segunda —le dije con sinceridad.

—Y tú te mereces recuperar tu felicidad.

∞∞∞

Llegué al Museo Británico a las ocho de la mañana. Aunque el museo abría al público a las diez, el equipo de trabajo nos organizábamos antes y siempre había proyectos en marcha. Realicé mi trabajo como una autómata, algo inusual en mí. Adoraba lo que hacía, pero ese día estaba inquieta e irascible; hasta mis compañeros lo notaron y procuraron no ser muy bromistas. Solo deseaba que fuesen las cuatro, mi hora de salida, para regresar a casa y pensar. Cuando se hizo la hora, no esperé más. Me despedí, cogí mi abrigo y fui hacia la salida.

Mildred, la recepcionista, me hizo una señal para que me acercara a su mostrador.

—Tienes un sobre. —Me lo entregó—. No te he visto esta mañana.

—¿De quién es? —pregunté cogiéndolo y mirándolo con curiosidad.

—No sé, lo dejaron ayer a última hora —dijo con despreocupación.

Me lo dio y me lo llevé conmigo, observándolo. No sabía si abrirlo ya, solo ponía «Catalina Moncada». Decidí salir de dudas y abrirlo fuera del museo. No contenía ninguna carta, pero sí una pequeña nota y un *ticket*. Me tembló todo el cuerpo. La nota decía:

Te esperaré donde los recuerdos se hacen realidad… Otra vez.

El *ticket* no era otra cosa que un pasaje a una cabina privada del London Eye, para ese día, a las cinco y cuarto.

Miré mi reloj. Si tomaba un taxi, me daba tiempo a llegar.

La pregunta que me rondaba por la cabeza era si quería regresar a ese lugar.

∞∞∞

Después de tanto tiempo, volvía a estar allí, donde empezó todo. Donde me dio el primer beso. Me temblaban las piernas. Había muy poca gente en la cola de acceso, eran los últimos pases; en esa época del año, la emblemática atracción cerraba a las seis de la tarde —o de la noche, como era el caso—. Las luces violetas de la inmensa noria se reflejaban por todas partes.

Enseñé mi pase privilegiado a la trabajadora y accedí. Me acerqué al comienzo de la atracción y entré —bastante dudosa— a la que debía de ser mi cabina. No había visto a Lan en la cola ni esperando en la entrada. ¿Qué sentido tenía dar la vuelta sola?

Pero solté un suspiro de alivio cuando accedí por completo y lo vi allí dentro, en el otro extremo. Estaba nervioso, mirando hacia la puerta y retorciéndose las manos.

—Sí, he estado dando la vuelta aquí solo durante media hora para esperarte dentro cuando entraras. Y ha sido la media hora más larga de mi vida —confesó, frotándose las manos, nervioso.

Me reí por lo cómico de la situación y también por los nervios que me habían mantenido en tensión.

—Me he asegurado de que pusieran vino blanco. —Sacó una botella de un refrigerador.

—Si bebo algo ahora, tal y como estoy, vomitaré. —Para ser las primeras palabras que pronunciaba, no eran nada románticas. En realidad, me había propuesto resistirme y no dejarme llevar a ese juego del que podía salir malparada.

Pero entonces, ¿qué demonios estaba haciendo en el London Eye?

—Si te parece, vamos a esperar a que te acostumbres al movimiento.

Comenzó a sonar la canción de Ed Sheeran, *Perfect*. No me lo podía creer.

—¿En serio? —pregunté.

—Deberíamos habernos visto aquí desde el principio, seguro que hubiese sido mucho mejor.

—Lan, aunque repitamos los patrones, no va a salir igual…

—Yo no quiero que sea igual. Solo quiero que recuperemos un recuerdo y, a partir de ese recuerdo, crear otros completamente nuevos.

Permanecí callada con los ojos fijos en el Támesis de reflejos violeta.

—¿Bailas? —me preguntó.

Eso ya era demasiado para mí. Pero pensé que, solo por esa vez, podía dejarme llevar. Solo por esa vez.

Bailamos en silencio hasta que *Perfect* terminó. Le siguieron otras canciones del hilo musical que creaba ese ambiente cálido y romántico. Cuando terminó la canción, pensé que ya me había permitido bastante romanticismo y decidí separarme de él antes de que volviese a perder mi lado racional.

—Espérate —me dijo mientras me abrazaba—, solo unos minutos más. No sabes cuánto he extrañado tu tacto.

Comencé a temblar, ya casi estábamos en lo más alto. Pero no temblaba por la altura. Se trataba de otra clase de vértigo. Él no dijo nada, continuó abrazándome. Nos mantuvimos unos instantes suspendidos a ciento treinta y cinco metros sobre el suelo.

Abrazada a Lan, podía ver la inmensidad de una ciudad completamente encendida. Las luces se perdían en la lejanía, en cualquier dirección. No recordaba haberlo visto así la última vez. Y volvimos a descender.

—Lo difícil es llegar a lo más alto. Una vez estás ahí, el resto es un paseo —me dijo, y me pareció percibir un doble sentido.

—¿Dónde se supone que estamos tú y yo ahora mismo? ¿En qué punto de la rueda? —le pregunté, siguiendo con ese doble lenguaje.

—Estamos pagando el pasaje de nuestro segundo paseo. Y este paseo va a ser mucho más largo y lo vamos a disfrutar más.

Y, de pronto, estallé por dentro. Todos esos sentimientos que contenía en mi interior salieron y comencé a llorar sin control.

Mi corazón iba a mil por hora y mi cabeza, la parte racional, todavía estaba asimilando que lo que estaba sucediendo era real. Después de tanto tiempo a oscuras, de esa soledad que me estuvo asolando y, finalmente, de la aceptación de que ya no volvería a verlo, allí estaba Lan: mostrándome lo que un día fuimos y lo que podíamos volver a ser.

Aquel recuerdo que había intentado enterrar en el fondo de mi mente seguía más vivo que nunca.

—Joder, Lan. No sabes cuánto… —Se me quebró la voz y no pude seguir hablando.

—Ssshhh… —me calmó mientras me acariciaba la cara con sus pulgares.

Nos miramos. Él se acercó poco a poco, atento a mi posible reacción. Pero ya estaba completamente desarmada. El beso fue lento y cálido. Ese perfecto beso duró todo lo que quedaba de recorrido.

Fue la despedida de un recuerdo y el comienzo de un nuevo viaje en la noria.

Él y yo. Nada más.

Cuatro años después...

LA GACETA COTILLA.COM

¿QUÉ FUE DE…?

Catalina de Moncada.

«Con motivo del inminente enlace matrimonial de la princesa Gabriela con el aristócrata y jinete Francisco Einaudi Soto, rescatamos al antaño personaje real, su pasado, su presente y su futuro».

La Casa Real se encuentra con más ajetreo que nunca y no es para menos, no todos los días se casa una princesa heredera al trono, con toda la pompa y protocolo que todo ello supone.

Tan solo hace seis meses que se anunció el compromiso de la princesa Gabriela con el que dentro de pocos días dejará de ser su prometido para, en un futuro, se convierta en nuestro rey consorte. Einaudi tiene la aprobación del rey Nicolás y la reina Paula. Siempre se ha movido en círculos de la aristocracia española e italiana y ha representado a nuestro país en los dos últimos Juegos Olímpicos y ganado diferentes encuentros hípicos. Sin duda, reúne todas las cualidades para ser digno de nuestra princesa, y a Gabriela no se le puede ver más feliz en las últimas apariciones públicas que ha protagonizado.

Pero todo el mundo se está preguntando si su hermana Catalina —antaño *su alteza real*— asistirá al enlace y, en caso de ser así, qué lugar ocuparán en la comitiva tanto ella como su pareja, Lancine Yassa, el delantero español que juega desde hace cuatro años en el Arsenal. ¿Recuerdan a esta pareja?

Para quien haya estado en Marte durante los últimos siete años, vamos a recordar cómo surgió el idilio entre la entonces princesa y el futbolista. Catalina y Yassa tuvieron un primer contacto cuando esta presenció junto con su padre, el rey Nicolás, la victoria de la Selección Española de fútbol en la Eurocopa 2024 en Berlín. Yassa, por aquel momento, mantenía una relación sentimental con la *influencer* Nadia Blume, quien poco tiempo después le fue infiel de manera pública —bendita hemeroteca—.

No sabemos cuándo surgió la atracción y en qué momento comenzó un acercamiento más prolongado, pero es seguro que —sin saberlo— el pueblecito galés de Llantwit Major, donde estudiaba Catalina por aquellos tiempos, fue testigo de aquel floreciente amor juvenil.

Un año después, se filtró el fatídico vídeo que supuso un grave escándalo con su consecuente crisis para la Casa Real. Recordemos que un habitual de la farándula y antiguo amigo de la familia real, Fernando Osorio, difundió una secuencia grabada con un teléfono

móvil, en el que la entonces princesa y el futbolista estaban en una actitud muy cariñosa.

Este video generó un importante debate sobre la libertad de prensa y el límite del derecho a la intimidad. Osorio se libró de pagar una multa sustanciosa por ello.

A pesar de la presión de la Casa Real por frenar la difusión del vídeo, el daño ya estaba hecho y la imagen de la princesa ultrajada. La entonces princesa Catalina se *desterró* a Cardiff, donde adquirió un perfil bajo y pasó los siguientes tres años concluyendo sus estudios superiores. No se le volvió a ver con Lancine Yassa, por más que la prensa acechaba sobre la jugosa foto de la primicia. Al parecer, si habían iniciado una relación, esta ya estaba rota.

En ese periodo, Yassa pasó por diferentes situaciones, que incluían un amplio historial de citas y escarceos y unos importantes altibajos en su carrera deportiva, que le afectaron incluso a su titularidad en el siguiente Mundial de fútbol y su continuidad en su club. Gente cercana al jugador dice que le afectó profundamente el incidente del vídeo y la interrupción de su romance con la joven *royal*.

El año en el que se graduó, Catalina protagonizó el que sería su último gran titular: su renuncia a los derechos dinásticos, que coincidió con la marcha del delantero al club inglés. ¿Casualidad? Y es cuando, meses después, pudimos ver de nuevo imágenes de la pareja, que había retomado su relación aunque, esta vez, en Londres y siendo ella una ciudadana común.

A pesar de que Catalina no contaba con la protección de la Casa Real, la pareja consiguió llevar su relación en la más estricta intimidad, adquiriendo un perfil bajo en lo que a la prensa rosa se refiere. Iniciaron una vida tranquila en Hightgate, él con sus entrenamientos y citas deportivas y ella en su puesto en el Museo Británico.

También se supo más adelante de la sociedad mercantil que la pareja creó, a partir de la granja que poseen en Cowbridge, donde además pasan periodos de vacaciones —irónicamente, muy cerca de Llantwit Major— y en la que cuentan con trabajadores cualificados para una explotación agrícola totalmente sostenible.

No fue hasta hace un par de años atrás que no se le comenzó a ver a Catalina en encuentros de fútbol relevantes —como el último Mundial—, y no precisamente en el palco oficial, sino en los lugares reservados para las familias, a veces acompañada por la familia de Yassa.

Aquellas primeras veces causaron un revuelo importante. Sin embargo, la pareja nunca le ha dado importancia a su protagonismo

en las páginas sensacionalistas y la expectación terminaba ahí: en el desinterés de sus propios protagonistas.

Si alguien se pregunta qué fue de la princesa Catalina de Moncada, debo decirles que fue una joven valiente que, tras un varapalo contra su intimidad y de impacto mediático, consiguió superar las barreras que le impedían ser feliz. Renunció a una vida privilegiada —aunque dura y de la que no sentía satisfacción— y persiguió sus metas hasta labrarse una vida independiente y sólida en Londres por ella misma. Pero lo más importante es que su renuncia la acercó de nuevo a ese amor perdido y del que, parece ser, todavía no había cerrado el capítulo .

Y es que el destino es caprichoso y los cuentos de hadas tienen mil maneras de ser contados, con sus giros inesperados, sus príncipes que caminan con botas de tacos y sus princesas que se salvan solas. Adoramos a esta pareja, aunque sea tímida y no se deje ver, y les deseamos todo lo mejor y que continúen escribiendo su historia juntos.

Nuestra Catalina se lo merece.

Los dos se lo merecen.

Agradecimientos

El proceso de crear una novela, de darle un sentido a esas ideas que han rondado por la cabeza, es solitario, sobre todo al principio, cuando estamos en la etapa de construir y de dar sentido a ese relato, juntando ideas y transformando esas ideas en palabras, como si se tratara de un puzle cuyas piezas cada vez se vuelven más pequeñitas y numerosas. Yo disfruto de esa soledad y la he convertido en un ritual necesario para evadirme y para encontrarme con esa faceta que tanto me gusta de mí.

Pero para avanzar y ofrecer lo mejor de una historia, exprimiéndola y sacando todo el potencial que se puede extraer, hace falta estar bien acompañada, rodearse de personas que también creen en un proyecto literario. Y es cuando la soledad de la escritora llega a su fin y su historia empieza a ser menos de ella y más de sus lectores.

El primer proceso de revisión llega con mis lectoras beta: Sus opiniones y sugerencias son muy importantes, ellas son el reflejo de lo que los lectores y lectoras pueden esperar de esta historia y, aunque la decisión final la tomo yo, lo hago con plena consciencia y teniendo muy en cuenta estas impresiones. Gracias a Irene Bueno, también conocida como @ladyromanticbook en Instagram, sus aportaciones han sido decisivas —un poquito más de drama nunca viene mal— y tengo la suerte de contar con ella desde hace unos cuantos proyectos. A Yoli —o Bella—, esa lectora voraz que hay detrás de @_elrincondebella_; te conocí por casualidad en un evento en Barcelona y, en los pocos minutos que estuvimos hablando, supe que debía proponerte un beteo. A mi amiga Lorena Mollà, no te

escogí buscando halagos, sino todo lo contrario, ya que eres de esas personas que me dice todo lo que piensa, con esa sinceridad respetuosa, incluso las cosas que a una no le gustará escuchar. Y a Laura Montalbán, compañera de letras y gran difusora de cultura: cuando alguien presta su colaboración con tanta profesionalidad y entrega, es imposible no sentirse satisfecha con este primer proceso de lectura tan necesario.

Quiero agradecer una vez más a Sandra Moya (@libertyeagle20), a quien ya considero una amiga, por contar con ella nuevamente en un proyecto: llevamos más de tres años trabajando en corrección de mis novelas, maquetación y asesoramiento literario. A pesar de eso, no nos conocíamos en persona, pero menos mal que al final logramos ponerle remedio y conseguimos desvirtualizarnos. Siempre es una gozada trabajar contigo.

Gracias Adela Aragón por hacer esta portada que todavía, cuando la miro, no puedo evitar dibujar esa sonrisa tonta de ilusión. Con tu trabajo tan cercano y personal demuestras cuán necesario es invertir en un diseño de portada libre de inteligencia artificial.

Y gracias a ti, siempre, que me estás leyendo. Si has llegado hasta el final, significa que has viajado con mis personajes, conociéndolos a fondo y formando parte de sus emociones. La persona que lee el libro, al final, es quien le da sentido a todo esto.

22 de febrero de 2026

Querida Cristi,

Creo que hará cosa de un año te estaba contando las ganas que tenía de cambiar de temática y escribir un romance juvenil, de esos que te hacen vibrar hasta las puntas de los dedos de los pies. Y tú, con ese optimismo que siempre me regalabas, me dijiste algo así como «Ay, pues qué bien, ¿no? ¡Hazlo!». Aunque creo que al rato me preguntaste qué era exactamente eso del *new adult*.

Y, sin darme cuenta, estoy escribiendo las dedicatorias y agradecimientos de *Donde los recuerdos se hacen realidad*, señal de que la parte de construir el proyecto termina. Debo decirte que lo más difícil fue el momento de buscar a las lectoras beta, sabía que esta vez no iba a contar contigo.

Y con ese pensamiento me vinieron otros, todos bonitos y algunos relacionados con esos días entre letras: cuando me decías que no estabas segura de si iba a funcionar una novela que transcurría en la época del confinamiento porque «la gente le tiene un poco de retintín a aquellos 99 días» y yo convenciéndote de que no tenía por qué; nuestros ratos de comentar y mejorar *La dama Blanca*, una historia que para ti era una cuestión personal porque tú eras la dama blanca, cómo nos reímos y qué bien supiste sacar mis fallos desde el respeto y la broma. También me acordé de cuando me apoyaste para darle bombo a mi primer *crowfunding* para publicar *La llamada del tiempo*, de cuando te arrodillaste en mitad de la calle para felicitarme por mi primera publicación —joder, qué vergüenza me hiciste pasar— o la charla que dimos sobre SciFi ligera en una Feria del Libro Independiente: creo que dejamos al público anonadado, aquel simpático grupito *nerd* no se esperaban aquello.

Pero creo que nuestra amistad, más allá del parentesco que tuviéramos, se empezó a formar en aquellas tardes en las que me enseñabas a hablar y a perder el miedo escénico, para hacer mi primera presentación en una librería con *Descubriendo a Carla*. El día de la presentación, tú estabas en primera fila, infundiéndome ánimos y procurando que no me faltara agua. Mi madre te dijo

después que le habías cambiado a su hija, porque quien me conoce sabe que siempre le he tenido pánico a enfrentarme a la gente.

Tenía pánico hasta que tú me enseñaste a no tenerlo, hasta que me enseñaste a confiar en mí misma. Siempre has tenido eso de sacar lo mejor de ti para ayudar a los demás, pues no ha sido solo conmigo. Siempre estuviste reinventándote y adaptándote a lo que hiciese falta por ti, pero sobre todo por los demás: tu familia, tus amigos o personas que apenas conocías.

Doy gracias a la vida por dejarme conocerte, aprender de ti y permitirme compartir esta época contigo. Porque, como alguna vez me dijiste: «Nuestra amistad fue tardía, pero tú y yo tenemos una historia preciosa».

Tu sobrinamiga

Biografía

Alicante (1986). Desde que tengo uso de razón devoro libros y desde que sé escribir he estado plasmando historias en mis múltiples libretas. Pero es en 2015 cuando me animo a publicar mi primera novela de género romántico, *La noche de las perseidas*. Después llegó *Descubriendo a Carla* (2017) —posteriormente reeditada en 2023—, *Desde el espejo* (2020), *La llamada del tiempo* (2021), *La Dama Blanca* (2024) y *99 días conociéndonos* (2025). Con mis últimas novelas he explorado mi estilo creativo, mezclando con mis historias románticas otros subgéneros como la ciencia ficción ligera o lo paranormal.

Con mi última novela, *Donde los sueños se hacen realidad*, experimento un nuevo género desconocido para mí como autora: el *new adult*, una historia juvenil entre una princesa y un futbolista.

Además de tener esta faceta de escritora, trabajo en el área de protección de infancia y adolescencia con menores. Nada tiene que ver con la literatura, pero es así y también disfruto de esta parte profesional de mi vida.

Tengo una familia maravillosa, con quienes procuro compartir y hacer partícipes de esta ilusión que es la escritura.

Si quieres saber más de mí, sígueme en las redes:
Web: elenapicoescritora.com
Instagram: @elenapico_writer
Facebook: elena.pico.escritora

X: @ElenaPic1



---

[1] ¡Mira, es él, Yassa!

[2] ¡Bien hecho! ¡Ganaste el juego brillantemente!

[3] Un autógrafo, por favor… Y una foto.

[4] Catherine. ¿Qué vas a hacer? ¿Vienes?

[5] Mejor vete, Hugh. Hablamos mañana.

[6] Buenos días.